JOHN C.H. LAUGHLIN

LA ARQUEOLOGÍA Y LA BIBLIA

Crítica

JOHN C. H. LAUGHLIN

LA ARQUEOLOGÍA Y LA BIBLIA

Traducción castellana de
YOLANDA MONTES

CRÍTICA
BARCELONA

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original:
Archaeology and the Bible

Cubierta: Joan Batallé
Fotocomposición: Fotocomp/4, S.A.
© 2000: Routledge, miembro de Taylor & Francis Group
© 2001 de la presente edición castellana para España y América:
EDITORIAL CRÍTICA, S.L., Provença, 260, 08008 Barcelona
ISBN: 84-8432-162-2
Depósito legal: B. 3.598-2001
Impreso en España
2001. – HUROPE, S.A., Recaredo, 2, 08005 Barcelona

LISTA DE ABREVIATURAS

AAI	*The Archaelogy of Ancient Israel*, A. Ben-Tor, ed., Yale University Press, New Haven, 1992
AAIPP	*The Architecture of Ancient Israel from the Prehistoric to the Persian Periods*, A. Kempinski y R. Reich, eds., Israel Exploration Society, Jerusalén, 1992
ABD	*The Anchor Bible Dictionary*, 6 vols., David Noel Freedman, ed., Doubleday, Nueva York, 1992
ABI	*Archaeology and Biblical Interpretation*, L. G. Perdue, L. E. Tombs y G. Johnson, eds., Scholars Press, Atlanta, 1987
AJR	*Ancient Jerusalem Revealed*, H. Geve, ed., Israel Exploration Society, Jerusalén, 1994
ANET	*Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament*, James Pritchard, ed., Princeton University Press, Princeton, 1969
ASHL	*The Archaelogy of Society in the Holy Land*, T. E. Levy, ed., Facts on File, Nueva York, 1995
BA	*Biblical Archaeologist*
BAR	*Biblical Archaeology Review*
BAReader	*Biblical Archaeologist Reader*
BASOR	*Bulletin of the American Schools of Oriental Research*
BAT	*Biblical Archaeology Today, Proceedings of the International Congress on Biblical Archaeology*, Jerusalén, 1984, Janet Amitai, ed., Israel Exploration Society, Jerusalén, 1985
BAT 90	*Biblical Archaelogy Today, 1990, Proceedings of the Second International Congress on Biblical Archaeology*, Jerusalén, 1990, A. Biran y J. Aviram, eds., Israel Exploration Society, Jerusalén, 1993
BTC	*Benchmarks in Time and Culture*, J. F. Drinkard, Jr., G. L. Mattingly y J. M. Miller, eds., Scholars Press, Atlanta, 1998
CAH	*The Cambridge Ancient History*, I. Edwards *et al.*, eds., Cambridge University Press, Nueva York, 1971, 1973, 1975
EA	El Armarna letters
EAEHL	*The Encyclopedia of Archaeological Excavations in the Holy Land*, 4 vols., M. Avi-Yonah y E. Stern, eds., Israel Exploration Society and Massada Press, Jerusalén, 1977

FNM	*From Nomadism to Monarchy: Archaeological and Historical Aspects of Early Israel*, I. Finkelstein y N. Na'aman, eds., Israel Exploration Society, Jerusalén, 1994
HBD	*Harper's Bible Dictionary*, P. J. Achtemeier, ed., Harper and Row, San Francisco, 1985
HNHAP	*The Hyksos: New Historical and Archaeological Perspectives*, E. D. Oren, ed., University of Pennsylvania Museum, Filadelfia, 1997
IEJ	*Israel Exploration Journal*
JBL	*Journal of Biblical Literature*
NDT	*The Nile Delta in Transition 4th-3rd Millennium BC*, E. C. M. van den Brink, ed., Edwin C. M. van den Brink, Tel Aviv, 1992
NEA	*Near Eastern Archaeology* (antes *Biblical Archaeologist*; primera edición, 61, n.º 1, 1998
NEAEHL	*The New Encyclopedia of Archaeological Excavations in the Holy Land*, 4 vols., Ephraim Stern, ed., Simon & Schuster, Jerusalén, 1993
OEANE	*The Oxford Encyclopedia of Archaeology in the Near East*, 5 vols., Eric M. Meyers, ed., Oxford University Press, Nueva York, 1997
PBIA	*Palestine in the Bronze and Iron Ages: Papers in Honour of Olga Tufnell*, J. A. Tubb, ed., Institute of Archaeology, Londres, 1985
PEQ	*Palestine Exploration Quarterly*
REI	*Recent Excavations in Israel: Studies in Iron Age Archaeology*, S. Gitin y W. G. Dever, eds., Eisenbrauns, Winona Lake, 1994
WLS	*The World of the Lord Shall Go Forth: Essays in Honor of David Noel Freedman in Celebration of his Sixtieth Birthday*, C. L. Meyers y M. O'Connor, eds., Eisenbrauns, Winona Lake, 1983
ZAW	*Zeitschrift für die alttestamentliche Wissenschaft*

1. INTRODUCCIÓN: LA ARQUEOLOGÍA Y LA BIBLIA

El presente libro se ocupa de la arqueología de campo tal y como se practica en el Oriente Próximo, particularmente en el moderno estado de Israel, y de sus implicaciones a la hora de leer y comprender la Biblia. No está dirigido a arqueólogos y/o especialistas bíblicos. Está escrito para aquellos que simplemente inician un estudio serio de este complejo tema. En consecuencia, he intentado reducir las notas al mínimo y al mismo tiempo proporcionar suficientes recursos en la bibliografía para posibilitar un estudio posterior y más técnico a cualquier lector interesado. Dado su formato e intención, este pequeño volumen no es más que una introducción general a un campo muy amplio sobre el que se han escrito miles de artículos y libros, muchos de ellos bastante técnicos y dirigidos a especialistas.

Así pues, debo comenzar con una advertencia. Fue Alexander Pope quien dijo «los necios se precipitan donde los ángeles temen pisar» (*An Essay on Criticism*, 1.625). Con el debido respeto, por lo que atañe a este libro, me apresuraría a parafrasearle y decir: «Los necios escriben libros sobre temas con los que los ángeles no se atreverían». Digo esto porque las cuestiones, los estudios especializados, las preguntas, controversias, métodos, conclusiones, así como las publicaciones sobre el tema de la arqueología y la Biblia son tan numerosas y complejas que nadie hoy puede esperar controlarlas todas. Por eso el título «La arqueología y la Biblia» es tan audaz como intimidatorio; tan esperanzador como sin duda incompleto.

A pesar de todo el trabajo arqueológico que se lleva a cabo hoy en el mundo, ninguno atrae tanto la atención como el que se considera asociado de algún modo con la Biblia. Es bastante común ver titulares en los periódicos sobre recientes descubrimientos en Israel (o en un país vecino) que se cree están relacionados con la Biblia (Davidson, 1996). La portada de la revista *Time* del 18 de diciembre de 1995 dice: «¿Es la Biblia realidad o ficción? Los arqueólogos en Tierra Santa están vertiendo nueva luz sobre lo que ocurrió —y no ocurrió— en la más grande historia jamás contada» (cf. el tema de portada, «La ciudad de Dios-3.000 años de Jerusalén: donde

David reinó, Jesús enseñó y Mahoma ascendió al cielo» de la misma fecha en *US News & World Report*).

Así, el propósito de este libro será el de proporcionar al estudiante interesado y serio una breve panorámica de la historia, métodos e implicaciones de los descubrimientos e investigación arqueológicos que han sido llevados a cabo en el Oriente Próximo durante los últimos 150 años aproximadamente. Pero es preciso comprender que la investigación arqueológica no se detiene,[1] y cualquier valoración actual de la situación se queda anticuada incluso antes de que el manuscrito llegue a publicarse. Sin embargo, es de esperar que sea de algún valor el detenerse el tiempo suficiente para encontrar nuestros propios pasos antes de continuar el camino. Este volumen, al menos es mi intención, es esa parada. Lo mejor que puedo esperar es que la información aportada por este libro, aunque incompleta en muchos aspectos, sea al menos clara y precisa; un indicador hacia la dirección correcta para cualquiera que esté interesado en el tema de una forma seria. Mi principal objetivo será la cuestion de cómo interrelacionar del mejor modo los datos conocidos en el momento presente por medio del descubrimiento arqueológico con el mundo y el texto de la Biblia hebrea, comúnmente llamada Antiguo Testamento.

2. UNA BREVE HISTORIA

> Palestina: Donde probablemente se han cometido más pecados en nombre de la arqueología que en cualquier porción equivalente de la faz de la tierra.
>
> SIR MORTIMER WHEELER, 1956

Tal y como ocurre siempre que se intenta escribir la historia de un tema complejo, es difícil saber por dónde empezar. Aunque podría argumentarse, y con razón, que la arqueología moderna comenzó en Israel con sir Flinders Petrie en Tell el-Hesi en 1890 (Callaway, 1980a), el interés del público acerca del Oriente Próximo Antiguo se despertó mucho antes. Este interés se debía en gran medida a tres exploradores y aventureros.

HORMUZD RASSAM (1826-1910)

En la noche del 20 de diciembre de 1853, H. Rassam, un cristiano caldeo asociado con el inglés Layard, comenzó a excavar en secreto en una parte del montículo correspondiente a la antigua Nínive (hoy en Iraq) asignada al francés por sir Henry Rawlinson, un funcionario pionero en descifrar el cuneiforme. Dos noches después Rassam entró en lo que resultó ser la biblioteca del palacio del rey asirio Ashurbanipal (668-626 a.C.). Rassam recibió los ataques tanto de franceses como de británicos, pero finalmente miles de tablillas fueron a parar al Museo Británico (Rassam, 1897, pp. 23 y ss.; Lloyd, 1955, pp. 166 ss). Como Rassam expresó de modo áspero: «Porque era norma establecida que, siempre que alguien descubriera un nuevo palacio, nadie más podía interferir, así, en mi posición como agente del Museo Británico, yo lo había hallado para Inglaterra» (1897, 26).

Unos diecinueve años más tarde, en 1872, George Smith, un precoz joven que tenía un profundo interés en lo que se descubría en el Oriente Próximo, consiguió una plaza en el Museo Británico. Smith adquirió la habilidad de

leer el texto cuneiforme de las tablillas y se le asignó la tarea de la clasificación y recomposición de los fragmentos. Lo que ocurrió después es el sueño de todo estudioso.[1] Descubrió una historia no bíblica del diluvio acerca de un barco que fue a detenerse sobre las montañas de Nizir y el envío posterior de una paloma que regresó al no poder encontrar un lugar sobre el que posarse. Cuando Smith informó de su descubrimiento en una comunicación leída en la Sociedad de Arqueología Bíblica el 3 de diciembre de 1872, «causó una considerable sensación» (Lloyd, 1955, p. 179).

A medida que su descubrimiento se iba difundiendo, los estudiosos bíblicos, en particular, se concienciaban de que la Biblia pertenecía a un contexto histórico mucho más amplio de lo que hasta entonces se había sospechado. Así, empezó a emerger una conciencia de lo que los descubrimientos arqueológicos podían hacer por los estudios bíblicos, y como un arqueólogo afirmó, «El saber bíblico ... dijo a la arqueología lo que Moisés a Jobab, "vente con nosotros y te trataremos bien..." (Núm. 10,29)» (Callaway, 1961, p. 156).

Este descubrimiento de Rassam y su ulterior publicación por Smith, junto a muchos otros descubrimientos de Mesopotamia, inscripciones en especial, alertaron del hecho de que culturas olvidadas tanto del mundo prebíblico como del bíblico yacían enterradas en ruinas (llamadas *tells*, que son montículos artificiales) por todo el Oriente Próximo. Pronto se multiplicarían las excavaciones y descubrimientos y nacería la «arqueología bíblica».[2]

HENRY LAYARD (1817-1894)

Uno de los más famosos de estos «arqueólogos», que representa lo mejor y lo peor de estos primeros tiempos, fue Henry Layard. Era resuelto, bien educado, ingenioso, y muy experto en tratar con los habitantes del Oriente Próximo, especialmente los árabes. Pero, por lo que se refiere a su faceta más negativa, era poco más que un cazador de tesoros que no llegó a apreciar la complejidad de un yacimiento antiguo.

> Layard excavaba como por instinto, ignorante por completo de las complejas estructuras de los montículos, siempre en busca de monumentos pétreos y sólo recuperando de los pequeños descubrimientos los más obvios y espectaculares. Donde las esculturas de piedra revestían muros de ladrillos de barro él era capaz de poner las estructuras sobre un plano. Cuando sólo el ladrillo de barro y sus escombros sobrevivían él se desconcertaba (Moorey, 1991, pp. 8-9).

Layard estaba especialmente interesado en excavar en Nínive. Obtuvo el respaldo oficial para excavar en este yacimiento en 1846, y recibió la ayuda de Rassam. Así se preparó el escenario para la posterior aventura nocturna de 1853.

EDWARD ROBINSON (1794-1863)

Mientras la caza de tesoros continuaba de forma constante en Asiria, motivada por lo que W. K. Loftus describió como «un deseo nervioso por encontrar grandes e importantes piezas de museo con el menor gasto de tiempo y de dinero» (citado en Lloyd, 1955, p. 161), E. Robinson revolucionó el conocimiento de la topografía de Palestina. Hombre de gran formación, especializado tanto en estudios de matemáticas como bíblicos, Robinson hizo dos largos viajes a Palestina, primero en 1838 y de nuevo en 1852.[3] Robinson contó en sus viajes con la compañía de uno de sus antiguos alumnos, Eli Smith, que había ido a Beirut como misionero y hablaba árabe de forma fluida. Esta última cualificación de Smith resultó ser de valor inestimable, dado que en esa época la mayoría de la población de Palestina era árabe, y se demostraría que la clave para la identificación geográfica de los emplazamientos bíblicos antiguos eran los nombres de los lugares en árabe moderno.

Robinson no era arqueólogo, pero sin sus logros los especialistas posteriores lo habrían tenido más difícil para identificar los emplazamientos antiguos. Durante sus dos visitas, siempre viajando a caballo, identificó correctamente más de cien de ellos. Tan concienzudo fue su trabajo que un topógrafo suizo contemporáneo dijo de él: «Los trabajos de Robinson y Smith por sí solos superan el total de las contribuciones previas a la geografía palestina desde los tiempos de Eusebio y Jerónimo hasta los inicios del siglo XIX».[4]

SIR FLINDERS PETRIE (1853-1942)

Sin embargo el honor de ser considerado «padre de la arqueología palestina» recae en sir Flinders Petrie (Callaway, 1980a). Sin tener una formación regular, Petrie fue uno de esos individuos extraordinarios que a causa de su personalidad, inteligencia, oportunidad y determinación dejaron una huella indeleble en la emergente disciplina de la arqueología. Calificado como «genio» por W. F. Albright (1949, p. 29), Petrie introdujo en las técnicas de campo arqueológicas dos de sus más importantes conceptos: tipología cerámica y estratificación. Hasta entonces, la mayoría de las dataciones se hacían a partir de inscripciones. En consecuencia, se prestaba poca o ninguna atención a los restos pequeños, difíciles de describir, y ésta era la realidad de miles de fragmentos de cerámica sin pintar hallados en un típico yacimiento de Israel o en cualquier otro lugar de Oriente Próximo.

Petrie llegó a Tell el-Hesi (que erróneamente identificó con el emplazamiento bíblico de Lachish) en 1890, tras haberse forjado una reputación

como egiptólogo. Reconoció que todos los pequeños objetos encontrados en los escombros de un yacimiento podían asociarse con un periodo de su ocupación. La clave estaba en la datación de los fragmentos cerámicos: «Primero, establecemos la cerámica de una región, y la clave para toda futura exploración está en nuestras manos» (Petrie, 1891, p. 40).

Petrie también reconoció, aunque lo comprendió escasamente, que un *tell* estaba compuesto de diferentes capas o estratos de ocupación. Parecía haber imaginado estos estratos como una especie de pastel de varios pisos bien cocinado: cada una de sus capas sería uniforme en tamaño y forma y claramente distinta de todas las restantes. Así creó un sistema que llamó «datación por secuencias» (figura 2.1), que en realidad no fue un método que le permitiera datar de forma absoluta todos los objetos que halló. Más bien le permitió clasificar sus materiales en lo que él creía que eran grupos naturales, separando lo que pertenecía a una familia (según el tipo, la decoración, la forma...) de otro grupo. Cada secuencia podía entonces relacionarse con un estrato del yacimiento (Callaway, 1980a, p. 64).

Aunque Petrie se mereció los elogios de los que ha sido objeto a través de los años, sus técnicas de campo tienen muchos puntos débiles; uno de los principales fue su entendimiento simplista de la formación de los estratos (cf. Davies, 1988, p. 49; Dever, 1980a, p. 42; Wheeler, 1956, p. 29). No obstante, debido a sus esfuerzos pioneros, la transformación de la arqueología del Oriente Próximo de caza de tesoros en empresa científica dio un enorme paso hacia adelante.

De Petrie hasta el presente

Es habitual dividir la historia arqueológica de aproximadamente los últimos cien años desde el trabajo de Petrie en Hesi en cuatro o cinco periodos.[5] Aquí sólo podemos hacer un brevísimo resumen.

De Petrie a la primera guerra mundial

El trabajo de Petrie en Hesi fue responsable de lo que W. G. Dever (1980a, p. 42) ha descrito como una «Edad de oro» de las excavaciones en Palestina, que se prolongó hasta el estallido de la primera guerra mundial. Por primera vez se excavaron algunos de los principales *tells* de Israel. Se incluye aquí el trabajo de R. A. S. Macalister en Gezer (1902-1909), y las excavaciones alemanas en Jericó (1907-1909) y en Megido (que comenzaron en 1903). Los americanos excavaron en Samaria bajo la dirección de D. G. Lyon y

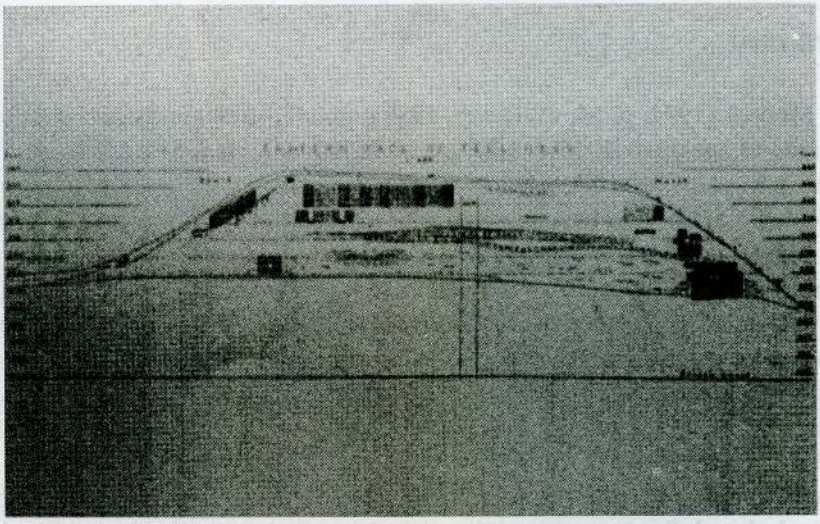

FIGURA 2.1. «Datación por secuencias» de Petrie en Tell el-Hesi. Tomada de Petrie, *Tell el Hesy, Lachish*, 1891.

G. A. Reisner (1908-1910).[6] Por añadidura, un americano, F. W. Bliss, continuó el trabajo que Petrie había comenzado en Hesi, aunque la idea de Petrie referente a la estratigrafía de un *tell* parece perderse en Bliss.

Debemos apuntar que ya se habían fundado varias sociedades nacionales de arqueología antes de la aparición de Petrie en suelo palestino: la Palestine Exploration Fund (británica, 1865); la American Palestine Society (1870); la Deutscher Palästina-Verein (1878); y la École Biblique francesa (1890).

A pesar de todo este frenesí de actividad arqueológica, se cometieron muchos errores tanto en lo referente al método (la falta de técnicas estratigráficas adecuadas llevó a Macalister a identificar sólo ocho de veintiséis estratos en Gezer) como a la datación (Macalister cometió un error en Gezer de unos 800 años). La carencia de mejores métodos así como de una mejor comprensión de la formación de un *tell* se reflejan claramente en las publicaciones de este periodo, las cuales se han calificado como «abrumadoras casas de tesoros fascinantes, pero a menudo una información inútil» (Dever, 1980a, p. 42). No obstante, dadas las dificultades que estos pioneros tuvieron que salvar o con las que tuvieron que aprender a vivir, sus logros fueron notables.

1918-1940

Moorey (1991, p. 54; cf. Dever, 1980a, pp. 43-44) ha reservado para este periodo el apelativo de «Edad de oro de la arqueología». Sea como sea, durante esta etapa, que ha dejado una marca indeleble en la arqueología del Oriente Próximo, y en Israel en particular, se hicieron muchos progresos y surgió mucha gente influyente en la disciplina. Políticamente los británicos tomaron el control de Palestina y establecieron un Departamento de Antigüedades (conocido hoy como Israel Antiquities Authority), lo que proporcionó una cierta estabilidad y control sobre las excavaciones de la región. Fueron las escuelas nacionales las que llevaron a cabo las principales excavaciones: Beth Shan (1921-1923) y Megido (1929-1939) los norteamericanos; Jericó (1929-1936) y Samaria (1931-1935) los británicos. La excavación en Samaria es singularmente importante porque introdujo a Kathleen Kenyon en la arqueología de Israel. Su meticulosa aplicación del análisis estratigráfico conduciría casi por sí sola a lo que Dever llamó su tercera «revolución» (1980a, p. 44).

Este periodo también fue testigo por vez primera de la aparición en escena de arqueólogos israelíes como A. Biran, que ha dirigido la excavación más prolongada de Israel, Tel Dan, iniciada en 1968 y aún en curso en el momento de la redacción del presente libro (1998). B. Mazar excavó el importante yacimiento palestino de Qasile, entre otros. La escuela de arqueología israelí, por razones obvias, es hoy el factor dominante en la arqueología palestina.

Pero el genio de este periodo fue W. F. Albright (1891-1971).[7] Su excavación en Tell Beit Mirsim (TBM) entre 1926 y 1932 le condujo al dominio del análisis y de la tipología cerámicos. Este dominio, junto a su comprensión estratigráfica del yacimiento (que se identificó con la bíblica Dębir, identificación discutida hoy por la mayoría de los arqueólogos), fue tan importante que revolucionó el marco cronológico para las edades del Bronce y el Hierro (*c.* 3300-540 a.C.; sobre la cronología véase más adelante). Su influencia se ha dejado sentir ampliamente entre muchos estudiosos, bien en los formados por él, bien en aquellos que han seguido sus métodos. Uno de sus más sobresalientes alumnos fue el rabino Nelson Glueck (1901-1971); véase Mattingly (1983) para una útil crítica de Glueck. Glueck forjó su reputación explorando las regiones de la Transjordania (Glueck, 1940; véase Moorey, 1991, pp. 75-77). G. E. Wright (1909-1974), después, fue el alumno más influyente de Albright (Wright, 1957; véase King, 1987). Wright, por encima del resto, popularizó los planteamientos de Albright y preparó a una nueva generación de arqueólogos en Shechem. Wright fundó asimismo la publicación *The Biblical Archaeologist* en 1938.

1948-1970

En 1948 la segunda guerra mundial había terminado, Israel era un estado independiente y el Mandato Británico en Palestina había llegado también a su fin. Las excavaciones arqueológicas se iniciaron una vez más con renovado vigor y controversia. La controversia se planteó principalmente acerca de la cuestión de la metodología de campo. K. Kenyon (1906-1978) introdujo una elaborada técnica estratigráfica, primero en Jericó (1952-1958) y después en Jerusalén (1961-1967). Su método consistía en una apertura menor del yacimiento así como un ritmo de trabajo más lento (Moorey, 1991, pp. 94-99).

Muchos arqueólogos israelíes, que comenzaron a excavar en algunos de los más importantes *tells* de Israel —es el caso de Yadin en Hazor y Biran en Dan—, se mostraron reticentes a adoptar el método de Kenyon de forma exclusiva. Su principal preocupación era desenterrar los restos arquitectónicos de los yacimientos (Dever 1980a, p. 45). Sin embargo, es justo señalar que, aunque posiblemente aún no exista acuerdo entre los arqueólogos israelíes por lo que respecta a la metodología de campo, hoy por hoy todos ellos dibujan secciones estratigráficas (para un resumen breve pero informativo de la arqueología israelí, véanse Ussishkin, 1982; A. Mazar, 1988).

De 1970 hasta la actualidad

Aproximadamente desde 1970 (según Dever) se ha producido un tipo diferente de revolución en la «arqueología bíblica». El impacto de la llamada «Nueva Arqueología», primero practicada en América, empezó a sentirse en Israel. Aunque simplificar en exceso siempre conlleva el riesgo de la distorsión, la clave principal de este movimiento parece haber sido el proporcionar *explicaciones* para los cambios culturales registrados en los restos materiales antes que *descripciones* de esos cambios, tal y como había sido previamente la norma. Así, una consecuencia natural de este cambio en los paradigmas fue el énfasis en la multidisciplinariedad. Nunca más podría un único «genio» por sí solo como Petrie o Albright llevar a cabo una excavación y esperar responder a todas las cuestiones que hoy se plantean. Científicos procedentes de muchas disciplinas, tales como la geología, la botánica y la zoología, comenzaban a contribuir de forma inestimable al conocimiento global de las excavaciones (Dever, 1980a, 1985b, 1988, 1989, 1992a; Moorey, 1991, pp. 114-175).

Las prospecciones regionales realizadas en los últimos años han tenido asimismo un gran impacto en la arqueología de Israel y Jordania. Tales pros-

pecciones son esenciales para apreciar un panorama holístico de la cultura que floreció en cualquier tiempo y lugar concretos y, como se verá, pueden tener un profundo impacto en áreas particulares de interpretación, como puede ser la «conquista de Canaán» por Israel (véase más adelante, capítulo 7).

Otro cambio que se produjo, al menos en algunos casos durante este periodo, es el que afecta a la planificación y realización de las excavaciones. Las excavaciones hoy en día se llevan a cabo en cortos periodos de tiempo, quizá con el objetivo de intentar responder a una cuestión específica. Algunos arqueólogos del Departamento de Antigüedades dirigen un buen número de excavaciones de urgencia. Por desgracia, muchas de estas excavaciones son precisas debido al rápido desarrollo que tiene lugar hoy en Israel y que está destruyendo un índice alarmante de emplazamientos antiguos. Estudiantes voluntarios, muchos de ellos provenientes de universidades americanas, realizan gran parte del trabajo manual.

El método de campo de análisis estratigráfico Wheeler-Kenyon, aunque modificado, pervive. Hay más cooperación entre los arqueólogos americanos y los israelíes, aunque los israelíes están haciendo cada vez más excavaciones (A. Mazar, 1988, pp. 112-114). Y, por supuesto, cada excavación tiene hoy su técnico informático, a menudo en el propio campo, donde registra diariamente las actividades de la misma. Por el momento, sin embargo, no existe una coordinación sistemática entre los arqueólogos en lo que se refiere a la programación informática. Esto ha limitado el uso de los datos generados por ordenador. Es de esperar que pronto será posible acceder libremente a la información de todas las excavaciones (pasadas y presentes) de tal manera que la investigación y el estudio puedan desarrollarse del modo más extenso posible. Con la tecnología actualmente disponible y aún más, sin duda, con la que está por venir, las clases de preguntas que los arqueólogos formulen y los tipos de datos que manejen para responder a esas preguntas estarán limitadas sólo por la creatividad practicada en las actividades de campo y las técnicas mismas de registro informático.

La arqueología y la Biblia

El título del presente libro presupone que los descubrimientos arqueológicos en Oriente Próximo, particularmente en Palestina, pueden tener conexión con la interpretación y valoración de la Biblia. Sin embargo, los temas y preguntas involucrados son muchos y complejos. De hecho, incluso es controvertido dar un apelativo a lo que los arqueólogos hacen en esta parte del mundo. Durante años la investigación arqueológica en Palestina (y países adyacentes) se llamó «arqueología bíblica». Algunos estudiosos, en particular Dever, de la

Universidad de Arizona, han propuesto el abandono de este término y han sugerido alternativas tales como «arqueología del Oriente Próximo» o más a menudo «arqueología sirio-palestina».[8] Dever ha declarado que el término «arqueología bíblica» es propio de un fenómeno norteamericano ligado fundamentalmente a los profesores de religión protestantes. En su esfuerzo por establecer la arqueología en Levante como una disciplina independiente, secular y profesional, Dever abogó por el cambio de nombre.

La reacción a su propuesta ha sido diversa. H. D. Lance, estudioso bíblico y arqueólogo norteamericano, ha argumentado que la arqueología bíblica «es una disciplina *bíblica* que existe en beneficio e interés de los estudios bíblicos. Mientras la gente lea la Biblia y se formule preguntas sobre la historia y la cultura del mundo antiguo que la generó, esas preguntas deberán ser contestadas; y la suma total de esas respuestas comprenderán la arqueología bíblica» (1981, p. 95).

V. Fritz, arqueólogo alemán, se ha resistido igualmente al cambio de nombre. En su libro, titulado de forma significativa *An Introduction to Biblical Archaeology*, concluye: «Desde un punto de vista académico no hay razón para abandonar el término de "Arqueología bíblica" dado que está justificada una relación entre ambas disciplinas. De todos modos el uso del término puede referirse únicamente a la arqueología de la totalidad de la región a través de todos los periodos y no al estudio de las antigüedades que estén exclusivamente relacionadas con los textos bíblicos» (1994, p. 12).

Amnon Ben-Tor, de la Universidad Hebrea, editor de un volumen sobre la arqueología de Israel escrito exclusivamente por estudiosos israelíes, también se ha opuesto a la sugerencia de abandonar el término de «arqueología bíblica»: «Ambas materias se relacionan de forma natural y se enriquecen mutuamente. Es tan poco razonable como exigir que la arqueología clásica sea separada de Homero y otros textos de la antigüedad. Eliminemos la Biblia de la arqueología de la Tierra de Israel en el I y II milenio a.C., y la habremos privado de su espíritu» (*AAI*, p. 9).

Para ser justos, se debe advertir que Dever nunca, que yo sepa, ha sugerido que la Biblia debiera ser eliminada de la arqueología que se lleva a cabo en Israel. Más bien, lo que ha propuesto es un diálogo honesto entre aquellos que se dedican a la arqueología por un lado, y aquellos que se dedican a los estudios bíblicos por otro. Como él dice: «La cuestión crucial para la arqueología bíblica, correctamente concebida como diálogo, siempre ha sido (incluso más hoy día) por un lado, su comprensión y uso de la arqueología, por otro su comprensión de las cuestiones de los estudios bíblicos que son temas apropiados para la aclaración de los datos arqueológicos; y la adecuada relación *entre* [subrayado en el original] las dos» (1985a, p. 61; véase Moorey, 1991, pp. 133-145).

El objetivo de Dever es recordar que ni el significado de los datos arqueológicos ni el de los textos bíblicos son en sí evidentes. Ser competente en cualquiera de las dos disciplinas requiere una preparación altamente especializada, algo que la creciente complejidad de ambos campos hace prácticamente imposible para un único individuo. De ahí que sea tentador para alguien formado en estudios tanto bíblicos como arqueológicos estar a la defensiva. Sin embargo, Dever ha hecho una valiosa contribución simplemente por haber planteado la pregunta y forzado a la discusión de las cuestiones. Me gustaría creer que aún hay lugar para aquellos que en sus cargos deben enseñar ambas disciplinas de modo que las contribuciones de los estudiosos bíblicos *y* arqueólogos alcancen una mayor audiencia. Es poco probable en esta época económica de recortes y restricciones que pequeños centros privados puedan permitirse el lujo de un arqueólogo «sirio-palestino» a tiempo completo. Si los estudiosos, especialmente quienes diseñan los planes de las carreras religiosas, así como los seglares, pretenden informarse de lo que tiene sentido y de lo que no cuando se acercan a la arqueología y a la Biblia, hay todavía, creo, lugar para aquellos que instruyen en ambas disciplinas. Prepararse en arqueología debería ser obligatorio para aquellos estudiantes que planeen ingresar en los ministerios profesionales de la Iglesia, por la sencilla razón de que son los arqueólogos quienes en los últimos años han estado en la vanguardia de una nueva evaluación de la historia y la cultura de la cual emanó la Biblia.[9]

Durante la primera mitad del presente siglo e incluso hasta la década de los sesenta muchos arqueólogos eran optimistas acerca del hecho de que los descubrimientos arqueológicos habían confirmado muchas de las afirmaciones históricas de la Biblia, si no las interpretaciones teológicas dadas a esa historia por los autores bíblicos. Por ejemplo, Albright declaró triunfante a mediados de los 30: «Un descubrimiento tras otro ha establecido la precisión de innumerables detalles, y ha conducido a un creciente reconocimiento de la Biblia como fuente de la historia» (1974, p. 128). El discípulo más famoso de Albright, G. E. Wright, también creía que la arqueología y la Biblia se encontraban en una línea próxima cuando concluyó que «el principal interés de la arqueología bíblica no son los estratos ni los pucheros ni la metodología. Su interés central y dominante es la comprensión y comentario de las escrituras» (citado en Dever, 1985a, p. 55).

Muchos arqueólogos israelíes aún parecen actuar desde esta perspectiva. Poco antes de su muerte, Y. Yadin (¡a quien Dever una vez llamó «fundamentalista secular»!) escribió a propósito de la historia de la conquista en la Biblia: «El hecho es que los resultados de excavación de los últimos cincuenta años aproximadamente apoyan de un modo asombroso, excepto en algunos casos, la historicidad básica del relato bíblico» (1982, p. 18).

Opiniones como las descritas son ejemplos de lo que Lemche ha considerado como «la manía generalizada entre ciertos círculos arqueológicos por correlacionar texto y excavación antes de que texto o excavación hayan tenido la oportunidad de hablar por sí mismos» (1985, p. 388). Esta visión sumamente optimista de lo que la arqueología puede hacer por los estudios bíblicos —históricamente hablando, al menos— está hoy prácticamente ausente excepto entre los arqueólogos e historiadores bíblicos más conservadores. La visión contemporánea de la mayoría de los arqueólogos es que el propósito de la arqueología, por mucho que se diga, no es probar la veracidad de la Biblia en ningún sentido, ni históricamente ni de ningún otro modo.

Dada la revolución que ha tenido lugar en la disciplina de la «arqueología bíblica» desde los años setenta, el problema, tal y como un arqueólogo ha declarado «es que no está realmente claro lo que la arqueología puede hacer por los estudios bíblicos» (Strange, 1992, p. 23). Esto conduce a la cuestión básica del objetivo de la arqueología en primer lugar. ¿Qué es lo que los arqueólogos deberían realmente intentar hacer si están haciendo lo que dicta la lógica de la disciplina?

Quizá podemos empezar estableciendo lo que los arqueólogos no hacen. Los arqueólogos no desentierran la historia, ni de la Biblia ni ninguna otra. Tampoco excavamos sistemas económicos, políticos o sociales antiguos. Ciertamente no recuperamos religiones antiguas. Lo único que el arqueólogo descubre del pasado son «*objetos*»; los restos materiales dejados por las actividades humanas y/o naturales (estos últimos son a veces llamados «ecofactos»). Correctamente interpretados y entendidos, estos «objetos» pueden en efecto informarnos sobre todos esos aspectos antes mencionados (cf. «*material correlate*» de Dever, 1992c, p. 550). Sin embargo, los arqueólogos sólo pueden *excavar* la realidad material del pasado, sea cual sea la forma que esa realidad adopte. Cualquier *interpretación* de esta información material recuperada es un *añadido* a los propios restos materiales. El problema, por supuesto, es que los «objetos», incluso si incluyen inscripciones o textos, no se interpretan por sí solos y pueden tener normalmente más de un significado. Aunque hay siempre una explicación o inferencia mejor por lo que respecta a cualquier dato material dado, nunca podemos estar absolutamente seguros de que tenemos la mejor, tal y como P. de Vaux señaló hace años. No debería sorprender, entonces, que los arqueólogos puedan estudiar los *mismos* datos pero lleguen a conclusiones *diferentes*, si no completamente opuestas. La totalidad de tales interpretaciones son altamente subjetivas, y por eso arqueólogos diferentes pueden «ver» lo mismo pero diferir de forma radical acerca de lo que significa. Estos desacuerdos serán más obvios a medida que estudiemos otros asuntos (véanse los comentarios de Knoppers, 1997, p. 44).[10]

Desde los años setenta ha aumentado enormemente la cantidad y el tipo de datos materiales que hoy se están recuperando de los yacimientos antiguos debido al uso del equipo multidisciplinar del que antes hablamos. Esto ha dado como resultado la recuperación de una amplia variedad de material concerniente al marco global de los yacimientos antiguos, incluido su entorno natural. Pero a pesar de la puesta en práctica de sofisticadas técnicas de recuperación así como del incremento de la complejidad general de las excavaciones contemporáneas, el desafío más importante al que se enfrentan los arqueólogos es aún «el desarrollo de medios seguros para justificar las deducciones» (Binford, 1989, p. 3). Se verá lo complejo que resulta «justificar la deducción» cuando abordemos la cuestión de los datos arqueológicos y el surgimiento del antiguo Israel (véase más adelante, capítulo 7).

Para el estudioso interesado en la «arqueología bíblica» hay dos clases de datos: los arqueológicos y los bíblicos. La Biblia ya no puede ser aceptada sin ningún sentido crítico como un relato «histórico» del antiguo Israel, si por histórico entendemos todas las connotaciones modernas de ese término. Antes bien, la Biblia interpreta a través de lentes teológicas, e incluso mitológicas, lo que los arqueólogos deben interpretar a través de lentes científicas-históricas. El caso de la historia de la destrucción de Jericó en el libro de Josué es un ejemplo clásico. La tentación fue, y aún es en algunos sectores, interpretar los datos arqueológicos de tal modo que se ajusten a una interpretación preconcebida de la Biblia. Garstang, en los años 30, interpretó sus descubrimientos en Jericó para apoyar su interpretación literal de la historia bíblica. En efecto, los hay que hoy han buscado reescribir la totalidad del armazón cronológico del Oriente Próximo para así hacer que las historias bíblicas encajen con sus ideas preconcebidas. Como mi antiguo profesor, Joseph Callaway, gustaba de advertirnos, es preciso que seamos cuidadosos para que no fabriquemos en la imaginación lo que nos falta en el conocimiento.

Cuanto más se comprenda que cualquier historia que se encuentre en la Biblia, particularmente de los periodos más antiguos, ha sido redactada después de las catástrofes de Israel, especialmente la del 587 a.C. (el «Exilio»), más obvio será que la Biblia no contiene un testimonio contemporáneo a muchos de los acontecimientos que describe.[11] La conclusión a la que llega Joseph Blenkinsopp parece reflejar el consenso de la mayoría de los estudiosos bíblicos: «Asumimos que la Biblia hebrea es un producto del periodo del Segundo Templo y que inevitablemente refleja los intereses del momento y la ideología de la minoría religiosa e intelectual responsable de su redacción final» (1995, p. 119). Sin embargo, esto no significa que ninguna parte de la Biblia estuviera puesta por escrito con anterioridad a los periodos exílico o postexílico (véase más adelante, capítulo 8).

Dada esta naturaleza literaria de la Biblia y el hecho de que existen muchos datos arqueológicos cuya interpretación niega a la Biblia mucho de su valor histórico, ¿qué puede hacer la arqueología por los estudios bíblicos? El resto del presente libro se dedicará a intentar responder a esta pregunta. Pero debe admitirse que la arqueología sencillamente no ha hecho por la Biblia lo que antiguos colegas profesionales esperaron que hiciese. Para un no creyente este hecho no es particularmente problemático. Pero para aquellos que hacen suyo el judaísmo o la fe cristiana, el consenso que se está desarrollando hoy en arqueología así como en los estudios de crítica literaria da lugar a muchas y agudas cuestiones acerca del uso de la Biblia como fuente de verdad religiosa. El creyente parece estar atrapado, como un observador apuntó recientemente, «entre la roca de la afirmación bíblica y el duro espacio de la contradicción arqueológica» (Willis, en Charlesworth and Weaver 1992, p. 77).

El tema es complicado, más incluso cuando se considera el hecho de que el panorama arqueológico de Palestina está lamentablemente incompleto. En la mayoría de los casos los excavadores descubren sólo trozos y fragmentos del pasado. Todos estos fragmentos son importantes, sin duda, pero lo mejor que podemos hacer es sacar únicamente conclusiones provisionales. Así, cualquier valoración que se haga sobre la arqueología y la Biblia debe estar siempre abierta a la modificación, si no a un rotundo rechazo, en el momento en que los nuevos testimonios así lo requieren. Aún así, a pesar de tales limitaciones, la arqueología ha hecho muchas y valiosas contribuciones a nuestra comprensión de la Biblia. Éstas son sólo algunas indicaciones que serán desarrolladas con posterioridad a medida que avancemos:

1. Los datos arqueológicos en múltiples casos proporcionan el único testimonio contemporáneo que tenemos para muchos «acontecimientos» descritos en la Biblia. Esto es especialmente cierto para las historias paradigmáticas de la «conquista» de Canaán y el surgimiento del antiguo Israel.
2. Los datos arqueológicos nos permiten crear un punto de vista diferente (véase Lance, 1981) a partir del cual podemos comenzar a evaluar los puntos de vista bíblicos, especialmente los que se refieren al modo en que los escritores bíblicos entendieron la historia y la cultura de Israel, y en particular su religión (véase más adelante, capítulo 8). A menudo estos dos puntos de vista chocan. Cuando lo hacen, deben realizarse juicios críticos. Estos juicios pueden en ocasiones ser complejos, provisionales e incluso ambiguos, pero no es culpa ni de la Biblia ni de los métodos del arqueólogo. Es simplemente reflejo del complejo mundo en el que todos vivimos.

Los descubrimientos arqueológicos han ayudado a aclarar que la Biblia no es un libro infalible ni de historia ni ciertamente de ciencia. Más bien, han

reforzado las conclusiones a las que han llegado los estudios literarios de que la Biblia es un libro que refleja sensibilidades teológicas de generaciones de pensadores que se enfrentaron a algunas de las cuestiones más problemáticas y difíciles y al mismo tiempo más excitantes y esenciales. A veces los descubrimientos arqueológicos han forzado al estudioso honesto a cuestionarse y/o rechazar la reconstrucción «histórica» que allí se encuentra y rechazar en efecto mucho de lo que pasa por interpretación bíblica contemporánea hecha por fundamentalistas que insisten en confundir verdad con literalidad y fe con hecho. Aunque los datos arqueológicos pudieran justificar la historicidad de los relatos bíblicos, esta justificación podría no decir nada acerca del uso que de tales «acontecimientos históricos» han hecho los escritores bíblicos. Las afirmaciones que la Biblia hace sobre las verdades esenciales sólo pueden ser afirmadas o negadas, ni probadas ni refutadas por los datos arqueológicos o por cualquier otro tipo de datos científicos. Los descubrimientos arqueológicos y las interpretaciones pueden llevar al umbral de la fe, pero no pueden hacernos cruzarlo.

En los capítulos siguientes me ocuparé simplemente de sugerir lo que este «punto de vista arqueológico» puede contribuir a nuestra comprensión de la Biblia. Para fijar el tono de nuestra investigación será suficiente citar a P. King, que ha pasado una buena parte de su vida profesional debatiéndose sobre el mismo tema:

> La arqueología impide que la Biblia sea mitológica manteniéndola en el terreno de la historia. La arqueología proporciona el contexto geográfico y cronológico del pueblo y los acontecimientos bíblicos. La arqueología recupera los datos empíricos necesarios para la clasificación del texto bíblico. La arqueología vierte luz sobre la vida diaria del pueblo bíblico al recuperar su cerámica, utensilios, armas, sellos, *óstraca*, y su arquitectura. Dado que la arqueología palestina prolonga su horizonte geográfico a la Península Arábiga y dilata su perspectiva cronológica hasta la época prehistórica, es posible comprender la Biblia en un contexto mucho más amplio (1983b, pp. 3-4).

3. CÓMO SE HACE: INTRODUCCIÓN AL TRABAJO DE CAMPO

> Los excavadores, por regla general, registran sólo aquello que les parece importante en el momento de realizar su trabajo, pero constantemente surgen nuevos problemas en Arqueología y Antropología ... Cada detalle debería, por tanto, ser registrado del modo más propicio para facilitar la consulta, y debería ser en todo momento el principal objetivo de un excavador reducir al mínimo su deducción personal.
>
> PITT-RIVERS, 1887; teniente general

Hoy en día las excavaciones arqueológicas son tareas muy complejas y multifacéticas. Requieren la participación de una serie de especialistas en disciplinas diversas, entre ellos técnicos informáticos. Sobre todo, las excavaciones consisten en tres actividades principales interrelacionadas: selección del yacimiento, trabajo de campo y publicación.

SELECCIÓN DEL YACIMIENTO

Obviamente, la primera tarea que debe llevarse a cabo antes de que una excavación pueda tener lugar es la selección de un yacimiento. En los inicios de las excavaciones arqueológicas en Israel, la mayoría de los yacimientos seleccionados eran grandes *tells* (ruinas en forma de montículo; véase la figura 3.1) que eran identificadas (correctamente o no) con importantes ciudades bíblicas. Aunque aquellos excavadores pioneros, tales como Petrie, Macalister, Sellin y Watzinger, merecen la admiración y gratitud de los arqueólogos actuales, sus técnicas de campo a menudo dejaban mucho que desear. En consecuencia, con el transcurrir de los años se han vuelto a excavar muchos de estos mismos yacimientos, con el fin de comprobar y a menudo corregir o

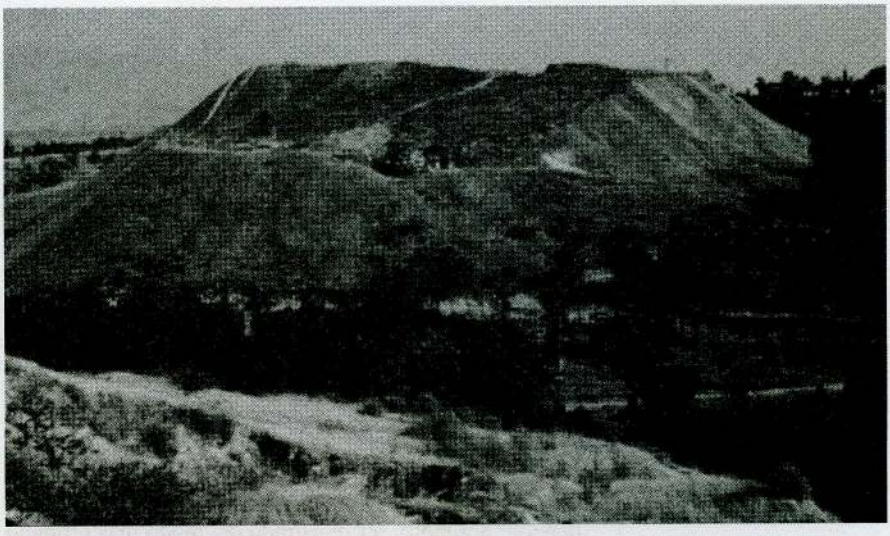

FIGURA 3.1. Tel Beth Shan. Fotografía de J. Laughlin.

modificar las conclusiones a las que llegaron los primeros excavadores (sobre Megido, por ejemplo). Así, no es inusual que los estudiosos descubran al indagar en la historia de las excavaciones que algunos yacimientos se han excavado de forma repetida. De hecho, los arqueólogos hoy tienen la esperanza de que sus yacimientos volverán a ser excavados en un futuro cuando las técnicas de recuperación disponibles sean mejores. En consecuencia, es hoy práctica común dejar deliberadamente áreas intactas en un yacimiento de tal modo que futuros arqueólogos tengan la oportunidad de llegar a conclusiones independientes con las que comprobar o contradecir las establecidas por excavadores anteriores. Esto es una oportuna advertencia de que todas las interpretaciones expuestas en las publicaciones arqueológicas, al margen de lo llamativas que puedan resultar, son susceptibles de corrección y modificación.

Muchas excavaciones que tienen lugar hoy en Israel son excavaciones de urgencia dirigidas por arqueólogos de la Israel Antiquities Authority. En estos casos el yacimiento es «seleccionado» por el arqueólogo, que de forma habitual dispone de un periodo de tiempo prefijado bastante corto para excavar antes de que el yacimiento sea parcial o totalmente enterrado o destruido.

Otros yacimientos son elegidos por su accesibibilidad o porque se piensa que pudieran contener restos de aquellas épocas en las que el excavador está particularmente interesado. Cualquier combinación de los factores mencionados, entre otros, puede influir en la elección de un yacimiento. En Banias (Cesarea de Filipo), yacimiento al que me encuentro actualmente vinculado, la elección se vio afectada por las realidades políticas contemporáneas así

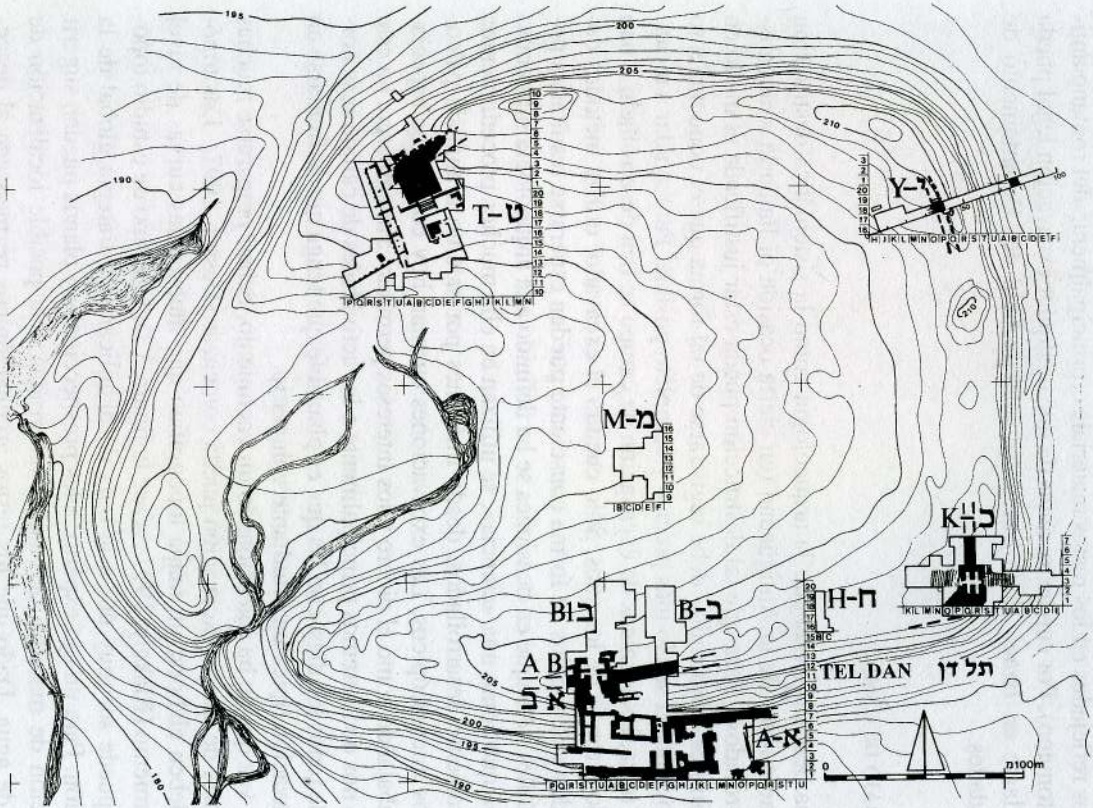

FIGURA 3.2. Plano topográfico de Tel Dan, en el que se observan las áreas de excavación de la campaña de 1992. Tomado de *Dan I.* Cortesía de A. Biran, excavaciones de Tel Dan, Hebrew Union College, Jerusalén, 1996.

como por la historia ocupacional del yacimiento. Antes de 1967 el lugar se encontraba en Siria y era inaccesible para los arqueólogos que trabajaban en Israel. Fue posible tras la guerra de los Seis Días en 1967, pero hasta 1988 no pudo organizar una excavación un arqueólogo interesado en los periodos históricos reflejados en los restos materiales (principalmente del romano antiguo al otomano). Por supuesto, antes de que cualquier excavación legal pueda desarrollarse en Israel, debe obtenerse una licencia del Departamento de Antigüedades.

EL TRABAJO DE CAMPO

Se ha descrito a menudo la arqueología como la sistemática destrucción de un yacimiento de la Antigüedad (en cierta ocasión oí llamarla «vandalismo controlado»). Para que tal destrucción pueda estar justificada el modo en que el sitio es «destruido» debe registrarse de tal forma que el conocimiento obtenido sobre él sea lo más preciso y completo posible. Para ayudar a alcanzar esta meta, las técnicas de excavación de campo se han desarrollado y han mejorado a través de los años. Sólo cuando el excavador utiliza métodos desarrollados y aceptados de forma consciente pueden esperarse resultados positivos, útiles.[1] Aunque en ocasiones se ha definido a la arqueología más como un «arte» que como una «ciencia», se utilizan en ella muchos procedimientos científicamente desarrollados, desde imágenes por satélite a análisis paleobotánicos microscópicos. Las excavaciones cuentan hoy con tantos especialistas trabajando como el dinero y los intereses permitan. Sin embargo, en este capítulo nos dedicaremos principalmente a las actividades de campo más normales, de todos los días, con las que es plausible que tenga que enfrentarse en una excavación típica un estudiante voluntario.

Una vez que se ha seleccionado un yacimiento, deben prepararse muchas cosas antes de que la excavación pueda comenzar (Dessel, 1997). Los topógrafos deben elaborar un mapa topográfico que muestre las curvas de nivel del yacimiento (Blakely, 1997; véase la figura 3.2). Este tipo de estudio topográfico puede ser muy útil a la hora de planificar la estrategia global de la excavación. Para un ojo experto, tales prospecciones y planos pueden sugerir la situación de murallas defensivas enterradas o la posible localización de fuentes de agua. Dado que los restos arquitectónicos permanecen al descubierto y se dibujan a escala en el mapa, puede sugerirse el trazado o plano de un periodo en la historia ocupacional del yacimiento. El plano además permite a futuros arqueólogos localizar áreas excavadas con anterioridad las cuales pueden haber sufrido erosión o haber sido eliminadas.

Una vez que se ha completado esta tarea, se divide normalmente el yaci-

miento en sectores o áreas designados por números o letras. En Banias utilizamos letras: áreas A, B, C y así sucesivamente. Debemos mencionar también que en algunos sistemas, las designaciones de «área» se refieren a «cuadrados» individuales. Cada área o sector se dibuja en un «plano topográfico» normalmente a escala 1:50. Este plano está orientado sobre el eje norte-sur y dividido por una cuadrícula. Estos cuadrados miden normalmente cinco metros de lado. Sin embargo este número es puramente arbitrario, y cada excavador puede optar por modificar el tamaño de la cuadrícula según sus propios objetivos. Al margen de las modificaciones del sistema de cuadrícula, éste es hoy utilizado por todos los arqueólogos que trabajan en el Oriente Próximo.[2] Sin embargo, a medida que la excavación avanza, esta cuadrícula puede alterarse de forma radical según las condiciones lo requieran. Nunca se destacará en exceso que el objetivo de todo trabajo arqueológico es, o debería ser, recuperar los datos físicos dejados tanto por la actividad humana como por la actividad natural en un yacimiento y explicar las interrelaciones entre estos datos con el fin de comprender las culturas humanas del pasado. Las técnicas de recuperación arqueológicas son los medios para este fin, no el fin en sí mismo, y no hay nada sagrado en ellas.

No obstante, el sistema de cuadrícula ha probado su utilidad debido al modo en que se formaron los yacimientos de la Antigüedad en el Oriente Próximo. Muchos de estos yacimientos estuvieron ocupados a lo largo de prolongados periodos de tiempo por diferentes pueblos. En Megido, por ejemplo, se han identificado unos veinticinco periodos, o estratos, de ocupación que datan desde el IV milenio a.C. hasta el siglo IV d.C. Sólo recientemente se ha hecho un gran esfuerzo por comprender cómo se formaron los *tells*, y en consecuencia se han producido en el pasado muchos errores en las estrategias de excavación (véase capítulo 2).[3]

ESTRATIGRAFÍA

Fue sir Mortimer Wheeler quien dijo hace muchos años que «no existe un modo correcto de excavar, pero sí muchas maneras erróneas» (1956, p. 15). Una de estas últimas sería dar piquetas a un grupo de trabajadores y dejarles picar donde les apetezca (véase la lámina 4a en Wheeler). Este método, si puede llamarse así, no funcionará por razones obvias. No sólo es imposible controlar y registrar de forma precisa lo que ocurra, sino que también lo es una interpretación de los datos. Otra forma errónea, en circunstancias normales, sería utilizar grandes (¡o incluso pequeños!) equipos mecánicos de excavación, tales como *bulldozers*. Sin embargo, en circunstancias anormales o inusuales, tal equipo no sólo es útil, sino realmente necesario si apelamos al sentido

FIGURA 3.3. Excavación arqueológica realizada a partir del método de la «cuadrícula». Fotografía de J. Laughlin.

común. Por ejemplo, algunos yacimientos están cubiertos por miles de metros cúbicos de escombros modernos o de material que contiene restos poco o nada relevantes. Una vez que esto se ha establecido mediante una exploración cuidadosa, el uso de un equipo moderno de excavación puede ahorrar las incontables y tediosas horas necesarias para quitar este material manualmente. Pero esto es sólo la excepción que confirma la regla. La mayor parte de la excavación debe hacerse manualmente. Cambios sutiles en la composición del suelo, niveles superpuestos, zanjas de cimentación de muros, incontables pequeños objetos y muchos otros datos serían completamente destruidos y perdidos usando sólo equipo mecánico. El sentido común del excavador y las particularidades y los objetivos de la investigación deberán jugar en cada caso un papel decisivo al respecto.

Con el fin de atribuir los datos arqueológicos (muros, suelos, calles, pozos, cisternas, tumbas, sepulturas, fragmentos cerámicos, derrumbes y demás) a su periodo cronológico correcto, las diversas y a menudo complejas capas de un *tell* deben quitarse del modo más controlado posible. El periodo de tiempo al cual se asignan los datos materiales recuperados se llama habitualmente «estrato» (véase la nota 3). Son las cuadrículas de excavación las que permiten está técnica de remoción controlada, que deja, normalmente, un muro de

FIGURA 3.4. Sección que muestra una serie de estratos superpuestos. Apréciese la piedra de época romana encastrada en la parte superior. Fotografía de J. Laughlin.

un metro entre cada cuadrado (figura 3.3.). Sobre una cuadrícula donde el lado de cada cuadrado tenga 5 metros de largo (un cuadrado de 5 metros es un tamaño popular pero arbitrario, y las circunstancias pueden dictar cuadrados de dimensiones diferentes, incluso en el mismo yacimiento) se crea un cuadrado efectivo de excavación de cuatro metros de lado. Los muros artificiales que se hacen entre cada cuadrado se llaman «testigos». Nadie que yo sepa cree que los antiguos vivían en cuadrados de 5 metros (¡o de 10, o 20 metros!) orientados sobre un eje norte-sur. Pero es la cara vertical del testigo llamada «sección» (figura 3.4) lo que proporciona al excavador la posibilidad de distinguir correctamente las capas superpuestas que existen en esa parte del yacimiento. Sólo cuando se ha hecho esto, y todos los hallazgos se han

asignado correctamente a cada capa o estrato, el excavador puede comenzar a componer un perfil estratigráfico del yacimiento.

Comprender la estratigrafía de un yacimiento es uno de los retos más difíciles a los que se enfrenta el excavador. Esto es así especialmente en yacimientos que han sido ocupados muchas veces a lo largo de miles de años. Hay varias razones por las que esto es así. Sólo ahora estamos empezando a comprender algo del complejo proceso que daba forma a los *tells* antiguos (véase la nota 3). Hay depósitos de restos materiales dejados por muchas y variadas actividades que se han prolongado en algunos casos durantes milenios. No hay dos *tells* exactamente iguales en su formación o sus restos. Desde la situación geográfica al clima, todo afecta a su formación e historia.

Comenzando por la cima del *tell*, uno espera poner al descubierto primero el último estrato de ocupación. Pero ni siquiera es éste siempre el caso, ya que el último periodo de ocupación puede estar situado al pie del *tell*. Algunas veces es útil excavar lo que se llama una «zanja escalonada» desde la cima del *tell* hasta su base para alcanzar una comprensión global de la historia ocupacional del mismo (figura 3.5).

Los estratos de un *tell* están naturalmente asociados a restos arquitectónicos. Sin embargo, edificios, calles, suelos y otros restos pueden haber pasado por varias fases de utilización y reutilización dentro del mismo periodo o estrato de ocupación. Además, una vez que la ocupación del *tell* ha terminado, por la razón que sea, la actividad puede continuar indefinidamente dentro de los restos materiales del emplazamiento. La construcción de madrigueras por parte de algunos animales puede provocar que materiales de ocupaciones más tardías aparezcan en los periodos más antiguos y viceversa.[4] Pozos de almacenamiento, cisternas, tumbas, zanjas de cimentación de muros de periodos más tardíos pueden introducirse en depósitos más antiguos. Este tipo de alteración conduce frecuentemente a lo que en ocasiones se denomina «*upward migration*», un proceso por el cual objetos más antiguos recorren un camino ascendente y se mezclan con materiales más recientes (Schiffer, 1987, pp. 122-125). Es también bastante común encontrar materiales de estratos antiguos reutilizados con posterioridad, a veces siglos más tarde, por otros grupos que ocuparon el yacimiento. También existe la posibilidad de que la erosión causada por el viento y el agua haya vuelto a depositar objetos y suelos o destruido ambos. Por ahora estamos simplemente comenzando a comprender cómo el medio ambiente ayudó a modelar y fue modelado por la actividad humana en estos *tells*. Todo lo dicho, así como otras actividades, colaboraron a crear la complejísima historia estratigráfica que es común en la mayoría de los *tells* del Oriente Próximo. Uno de los principales objetivos del excavador es reconocer cada capa o estrato e identificar correctamente todo el material que pertenezca a cada uno de ellos.

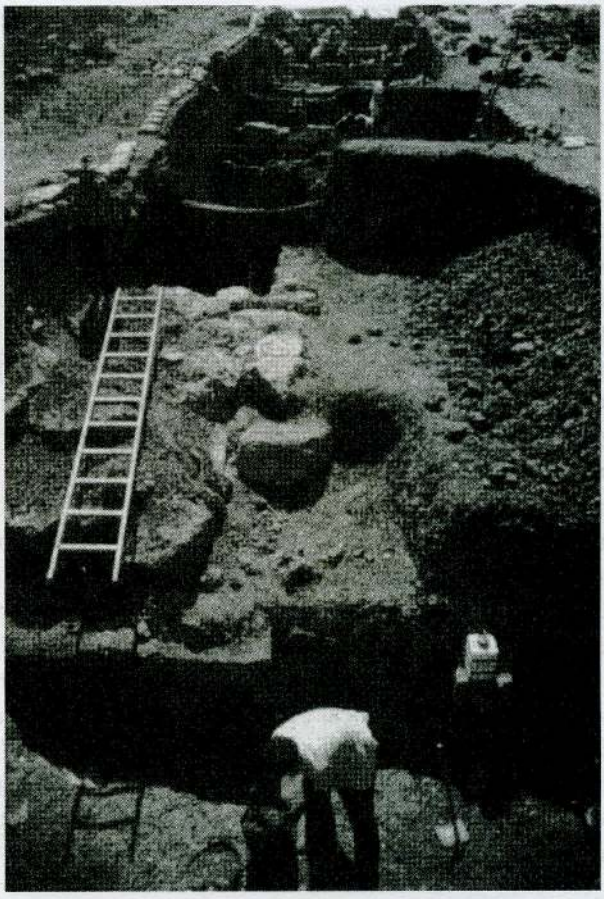

FIGURA 3.5. Excavación arqueólogica en la que se emplea el método de la «zanja escalonada». Fotografía de J. Laughlin.

«LOCUS»

Esencial para el sistema de registro en la mayoría de las excavaciones es el concepto de *locus* (Lance, 1978; Nakhai, 1997b; Van Beek, 1988). Todo lo que es excavado debe pertenecer a un *locus*, que puede definirse simplemente como cualquier sección tridimensional de un yacimiento que necesita diferenciarse de cualquier otra sección tridimensional. Así, un *locus* es aquello que es preciso registrar como diferente de todo lo que le rodea. Esto incluye capas de suelo, pisos, derrumbes (Boraas, 1988), escombros de destrucción, capas de ceniza, pozos, muros (en algunos sistemas a los muros se les da designaciones separadas), pavimentos, calles, cañerías, umbrales, canales de agua, tumbas,

sepulturas, etc. Excavadores diferentes utilizan sistemas diferentes para registrar los *loci*, pero, de cualquier forma, todo lo que se recupere en un yacimiento arqueológico debe ser asignado a un número de *locus*.

En Banias, se dividió el yacimiento en áreas designadas por letras del alfabeto (Áreas A, B, C...). Al comienzo de cada campaña el número de ésta se anteponía al área que se estaba excavando. El primer número de *locus* asignado a cada área fue el «001». Así, «10B025» se referiría al *locus* 25 del Área B de la décima campaña. En la práctica es mejor tener muchos *loci* que pocos. Si tras una reflexión y estudio más minuciosos se descubre que los materiales originalmente asignados a *loci* separados pertenecen al mismo, los números de *loci* pueden convertirse en uno. Por otro lado, si los datos que pertenecen a *loci* separados son excavados como un *locus*, es normalmente imposible separarlos después. Esto es así especialmente en el caso de la bolsa donde se recoge la cerámica (véase más adelante).

Otra importante, aunque a veces difícil tarea del supervisor de área, es proporcionar una descripción detallada de cada *locus* en su área o sector. Esta descripción debe incluir la identificación del tipo de *locus* (tal como suelo, pozo, entrada, foso), sus límites horizontales y sus niveles superiores e inferiores. Tal descripción es esencial a la hora de comprender el perfil estratigráfico del área que se está excavando. Cada *locus* individual debe ser relacionado con los *loci* adyacentes tanto vertical como horizontalmente. Una de las funciones prácticas de los testigos es que proporcionan puntos de referencia fijos para la descripción de los *loci*. Una vez que uno o más de los testigos se han retirado deben establecerse otros puntos de referencia. La «retirada de los testigos», por cierto, implica otra designación de *locus*.

La numeración de las bolsas

Debe registrarse todo artefacto hallado en un *locus*. Esto se hace etiquetando los materiales recogidos con números de bolsa (Blakely y Toombs, 1980, pp. 87-108; Van Beek, 1988, pp. 155 y ss.). Dado que el artefacto más comúnmente recogido en los *tells* del Oriente Próximo desde el periodo Neolítico cerámico (VI-V milenio a.C.) es el modesto fragmento de cerámica, la mayoría de los números de bolsa se refieren a la cerámica recogida en cada *locus*. Así, la numeración de esas bolsas es la ocupación diaria básica del supervisor (Lance, 1978, pp. 75-76). Un solo *locus* puede dar lugar a muchas bolsas, representando cada uno una sección tridimensional del *locus* del que procede. La etiqueta de la bolsa (en muchos casos hoy se trata en realidad de un cubo) contiene una información vital que acompaña al material desde el campo, a través del proceso de limpieza, y de restauración, cuando ésta es

necesaria, al laboratorio de almacenaje y finalmente hasta las fases de interpretación y publicación de la excavación.

Una etiqueta típica contiene la siguiente información básica: el nombre del yacimiento que se está excavando; el número de licencia para esa campaña concedida por el Departamento de Antigüedades; la fecha en que se excavó la bolsa; el área o sector y *locus* del que procede la bolsa; los niveles superior e inferior de la bolsa; y una breve descripción del tipo de *locus* del que se excavó, por ejemplo, «material de superficie», «umbral en construcción B2036», «derrumbe», etc. En Banias utilizamos un sistema diseñado de forma específica para el uso informático. Así, un número de bolsa típico sería algo como esto: «14D0128p». El número «14» designa la décimocuarta campaña de la excavación, en este caso el verano de 1996; la letra «D» se refiere al área de procedencia de la bolsa; el número «128» a la bolsa número 128 que se había excavado; y la letra «p» a los contenidos de la bolsa, en este caso fragmentos cerámicos. Si tenemos el número «14D0128l», se estaría indicando fragmentos de mármol (indicado por la letra «l» en nuestro sistema) hallados en el mismo *locus* y material que la bolsa de cerámica descrita anteriormente.

La bolsa de cerámica es básica, ya que en un *tell* del Oriente Próximo son normalmente los fragmentos cerámicos los que proporcionan la fecha más fiable del horizonte cultural («Edad del Bronce Medio», «Edad del Hierro I» y así sucesivamente) del que proviene el material. Otros materiales, tales como los fragmentos de mármol mencionados en el caso anterior, podrían datarse según la fecha de los restos cerámicos encontrados en el mismo *locus*. Esto presupone que el locus está «limpio» o sellado. Pero pueden darse, y de hecho se dan, intrusiones. Si el *locus* resulta ser un «depósito» o un «pozo», los fragmentos de cerámica podrían provenir de diferentes periodos y es concebible que los fragmentos de mármol mencionados provinieran a su vez de otro. Aunque suena bastante confuso y complicado, sin duda es o puede ser así. Ésa es otra razón por la cual la recuperación y las técnicas de registro controladas son esenciales para que la excavación tenga éxito.

Todo el material excavado en un *locus* es etiquetado y preparado para su estudio posterior en el laboratorio. Pueden incluirse piezas como huesos, monedas, téseras (de mosaicos), lámparas de aceite, sílex, conchas, fragmentos de yeso, carbón vegetal, fragmentos metálicos, raspadores y, con suerte, algún tipo de inscripción. Y siempre está esa «cosa» retorcida, corroída o ese fragmento cerámico de aspecto extraño que nadie parece ser capaz de identificar. Después de que finalice la excavación todos estos materiales, así como muchos otros encontrados en una excavación típica, deberán limpiarse, a menudo investigarse, y estudiarse de forma cuidadosa. Muchos de estos estudios requieren de especialistas y pueden implicar un largo y costoso proceso.

Por otro lado, los fragmentos recogidos cada día son normalmente limpiados y «leídos» en el campo. Excavaciones diferentes usan métodos diferentes para hacer esto. Un sistema que parece funcionar bastante bien requiere que los hallazgos cerámicos de cada día sean puestos a remojo durante la noche. Se lavan y se secan a la mañana siguiente y son «leídos» por la tarde después de que el trabajo de campo ha terminado. La desventaja que tiene este método es que la lectura se realiza un día después del trabajo de campo. Independientemente del método empleado, es esencial que el lavado, secado y ordenación de la cerámica para su lectura, así como el etiquetado y almacenamiento de los fragmentos más relevantes esté bien organizado, de lo contrario los resultados habituales serán el caos y la confusión.

La lectura de la cerámica es esencial, tanto por su valor inmediato al informar y guiar al excavador en el campo como en la identificación y datación final de los estratos del conjunto del yacimiento. Dado que puede señalarse en la cuadrícula la situación precisa de la que los fragmentos de cerámica provienen, puede estimarse de forma alentadora la fecha de la actividad que dejó tras de sí esos restos (de nuevo asumiendo que la cerámica no está «mezclada»). Encajando todos esos datos recogidos a lo largo del transcurso de la excavación, es posible reconstruir la historia ocupacional global del yacimiento. Sin embargo, todo experimentado arqueólogo sabe que algo escondido simplemente a unas pocas pulgadas dentro del testigo o en una cuadrícula aún no excavada puede alterar radicalmente la comprensión o (quizá) la fecha de una fase de ocupación o de la funcionalidad de una construcción. Así, parece ser que la mejor política que seguir para los arqueólogos es la formulación de conclusiones provisionales abiertas a modificaciones a la luz de un nuevo testimonio.

Registro informático y análisis

Desde la introducción de los ordenadores en la arqueología de campo en la década de los setenta, se han hecho grandes progresos en la utilización en esta disciplina de los siempre en alza avances tecnológicos. Es hoy común que las excavaciones cuenten con un especialista informático que registra las actividades diarias de las mismas. J. Strange[5] ha identificado tres usos principales del ordenador, el cual es hoy omnipresente en las excavaciones arqueológicas. En primer lugar, la utilización de los ordenadores permite al excavador contemporáneo establecer una base de datos de un conjunto de objetos siempre en aumento. Lo que habría precisado hace unos años cajas de fichas escritas a mano puede hoy registrarse de forma fácil y rápida en un ordenador. En segundo lugar, los ordenadores permiten el manejo de estas bases de

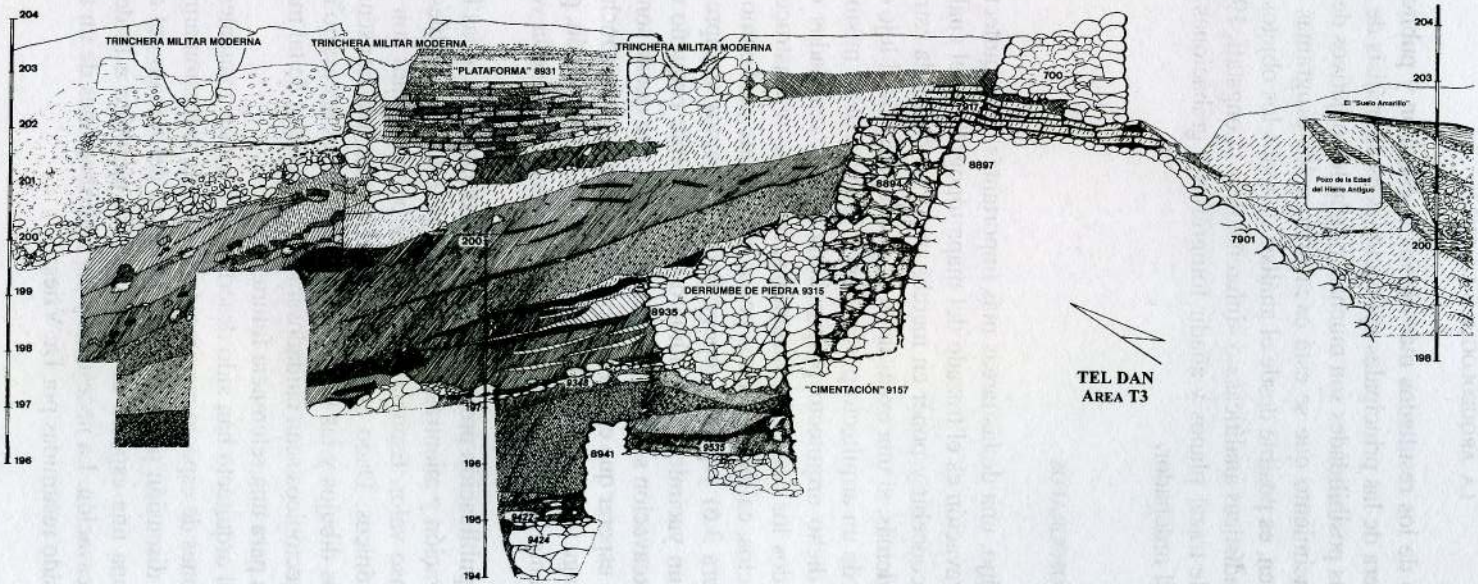

FIGURA 3.6. Dibujo de un perfil estratigráfico. Tomado de *Dan I*. Cortesía de A. Biran, excavaciones de Tel Dan, Hebrew Union College, Jerusalén, 1996.

datos, siendo uno de los resultados más obvios la creación y publicación de informes. La tercera de las principales aplicaciones es el análisis de los datos arqueológicos. Las posibilidades son muchas. Según los objetivos del excavador, el tipo de yacimiento que se esté excavando y los programas informáticos que se utilicen, es posible desde el análisis de todos los objetos registrados hasta las «estadísticas analíticas» o «inferenciales» (Longstaff, 1997). Hoy es también posible trazar planos y añadir fotografías y grabaciones de vídeo directamente en el ordenador.

Arquitectos y topógrafos

Como ya se dijo, una de las tareas más importantes del arquitecto y/o topógrafo de la excavación es el trazado del mapa topográfico, el cual es esencial a la hora de concebir y poner en marcha una bien diseñada estrategia de investigación.[6] Además, si una excavación se puede permitir el lujo de contar con los servicios de un arquitecto profesional a lo largo de la misma, es responsabilidad de dicho arquitecto proporcionar planos realizados de forma profesional de todos los restos de estructuras, incluidas reconstrucciones hipotéticas de edificios, calles, cisternas, pozos, muros, etc., así como «dibujos de sección» (figura 3.6) y planos topográficos.[7] Debemos siempre recordar que sólo excava un yacimiento un número relativamente pequeño de personas. Cuando la excavación se ha completado lo único que queda son agujeros en el suelo (es de esperar que en forma de «cuadrículas»), y que incluso éstos, a menos que se haga un considerable esfuerzo por su conservación, pronto estarán completamente irreconocibles a causa del crecimiento de la vegetación y la erosión.

Así, hasta la publicación precisa (véase más adelante) de todas las actividades de la excavación y mientras los resultados no estén disponibles, la excavación tiene escaso valor. Esenciales para estas publicaciones son todos los dibujos arquitectónicos. Dado que es bastante común que transcurran años entre los primeros dibujos y las publicaciones finales, es necesario que todos los dibujos arquitectónicos sean cuidadosamente archivados de tal manera que estén disponibles para una referencia futura.

Las tareas del arquitecto han sido descritas en muchos manuales de campo y las limitaciones de espacio nos impiden aquí una discusión amplia (véase la nota 3 y la discusión previa). La importancia del trabajo del arquitecto es que proporciona una especie de complemento pictórico a la descripción verbal de una excavación. La necesidad y las contribuciones de un arquitecto profesional han sido resumidas por De Vries:

> Los dibujos arquitectónicos se basan en la medición precisa y la reproducción a escala de las características y los materiales de un yacimiento. Un objetivo primordial es proporcionar un marco tridimensional en el que pueda situarse todo lo excavado, incluidas las características estratigráficas del yacimiento y los materiales encontrados dentro de los estratos. En este sentido, el dibujo arquitectónico es similar a la cartografía, y los diferentes dibujos son componentes integrales de un mapa maestro del emplazamiento. De forma vertical, todas las características y materiales son situables en secciones que engloben todo el yacimiento en relación a su distancia sobre el nivel del mar. Dicho marco tridimensional aporta una localización precisa para todo lo hallado en el yacimiento en cuestión y hace posible determinar la relación dimensional comparativa entre éste y las características de otros yacimientos (1997, p. 198).

PUBLICACIONES

Sin publicaciones, el mejor de los trabajos de campo arqueológicos es un fracaso. El trabajo de campo en sí mismo no tiene un valor intrínseco excepto para las pocas personas que han participado en él.[8] Publicar los resultados de las excavaciones no sólo proporciona registros permanentes que sobrevivirán a los excavadores, también posibilita la investigación a otros arqueólogos, incluyendo los que aún ni siquiera han nacido. Un volumen bien publicado con planos, dibujos, fotografías y demás permite a otros reconstruir en sus mentes el modo exacto en que el yacimiento fue excavado. Si un arqueólogo cualificado no sabe hacer esto, entonces la publicación es de uso defectuoso y en todo caso limitado. Una buena publicación también permite a otros arqueólogos interpretar por sí mismos el significado de los datos arqueológicos. Aunque puede existir una explicación mejor para los restos materiales recuperados en cualquier excavación, los arqueólogos con frecuencia y en ocasiones de forma enérgica, difieren en cuál es. La razón de que las buenas publicaciones sean tan importantes fue bien apuntado por H. D. Lance hace varios años: «La excavación de cualquier conjunto particular de datos arqueológicos sólo puede tener lugar una vez. No hay modo de repetir la experiencia, tal y como fue, aunque fuera realizada de modo incompetente» (1981, p. 49).

Lance identificó y habló sobre tres tipos principales de escritos arqueológicos: informes primarios, crítica y síntesis (1981, pp. 53-58). Más tarde, dividió los informes primarios en tres tipos: los preliminares, los escritos principalmente por especialistas (que se vuelven a subdividir) y los finales. Como Lance observó, es imprescindible que cualquier estudiante de arqueología sea capaz de utilizar estas fuentes de modo crítico.[9] Finalmente aconsejó:

El investigador tendrá que trazar con cuidado el curso de la publicación, aceptando el hecho de que toda excavación seguirá un modelo diferente. Algunas van de los informes generales a los informes finales sin realizar informes preliminares. Algunas, a causa del fallecimiento o desinterés del excavador nunca van más allá de los informes preliminares o incluso de los generales. Desde luego los informes generales y a veces incluso los informes preliminares aparecen de forma imprevisible en diferentes publicaciones. Los informes finales pueden publicarse años más tarde por personas que ni siquiera estuvieron presentes durante las excavaciones.[10] En resumen, el sistema de publicación es irregular, incierto, y despilfarra los datos arqueológicos.

APÉNDICE: UNA NOTA CRONOLÓGICA

Desde los comienzos de la disciplina se han discutido las fechas de los periodos arqueológicos. Los problemas y diferencias de opinión son tan importantes que este campo de la investigación se ha convertido en sí mismo en un estudio especializado. Uno no debe desalentarse al leer fechas diferentes en otras publicaciones. Lo importante aquí es que el lector se familiarice con la terminología empleada para identificar estos periodos y sus fechas, si no exactas, aproximadas.

Para la mayoría de ellas he seguido las indicaciones de la *OEANE*, vol. 5, p. 411 y/o las de *NEAEHL*, vol. 4, pp. 1.529-1.531.

Periodos prehistóricos	
Paleolítico	1.200.000-18000 a.C.
Mesolítico	18000-8500 (8000) a.C.
Neolítico	8500-4500 (4200) a.C.
Neolítico precerámico	8500 (8300)-6000 (5500) a.C.
Neolítico cerámico	6000 (5500)-4500 (4200) a.C.
Calcolítico	4500 (4200)-3300 a.C.

Periodos históricos	
Edad del Bronce Antiguo	3300-2200 (2000) a.C.
Edad del Bronce Antiguo I	3300-3000 a.C.
Edad del Bronce Antiguo II	3000-2700 (2800) a.C.
Edad del Bronce Antiguo III	2700-2200 (2800-2400) a.C.
Edad del Bronce Antiguo IV (Bronce Medio I)	2200-2000 (2400-2000) a.C.
Edad del Bronce Medio	2000-1550 (1500) a.C.
Edad del Bronce Medio I (Edad del Bronce Medio IIA)	2000-1800 (1750) a.C.

Edad del Bronce Medio II (Edad del Bronce Medio IIB)	1800-1650 a.C. (otros datan el Bronce Medio IIB entre *c.* 1750-1550)
Edad del Bronce Medio III (Edad del Bronce Medio IIC)	1650-1550 a.C.
Edad del Bronce Tardío	1550-1200 a.C.
Edad del Bronce Tardío I	1550-1400 a.C.
Edad del Bronce Tardío IIA	1400-1300 a.C.
Edad del Bronce Tardío IIB	1300-1200 a.C. (otros ven el Bronce Tardío II entre 1400-1200)
Edad del Hierro	1200-587 (540) a.C.
Hierro I	1200-1000 a.C. (otros dividen el Hierro I en dos periodos: IA: 1200-1150; y IB: 1150-1000)
Hierro IIA	1000-923 a.C. (1000-900 según otros)
Hierro IIB	923-700 (900-700)
Hierro IIC	700-540 a.C. (otros datan este periodo del 700 al 586)

4. EL NACIMIENTO DE LA CIVILIZACIÓN: DEL NEOLÍTICO A LA EDAD DEL BRONCE ANTIGUO (*c.* 8500-2000 A.C.)

> El paso más largo en la evolución del hombre es el cambio del nomadismo a la agricultura aldeana.
>
> JACOB BRONOWSKI, 1973

LOS ANTECEDENTES

Hoy se sabe que los seres humanos vivían en Palestina hace más de un millón de años en el periodo llamado «Paleolítico» ('Piedra Antigua'). Durante cientos de miles de años estas gentes permanecieron como cazadores y recolectores.[1] Pero en algún momento del IX milenio a.C., tuvo lugar ese «largo paso en la evolución del hombre» del que hablara Bronowski (1973, p. 64). Durante los siguientes seis mil quinientos años, los pobladores del Oriente Próximo aprendieron a construir y mantener complejas estructuras sociales, políticas, económicas y religiosas que van a culminar en las grandes ciudades fortificadas de la Edad del Bronce Antiguo (véase más adelante). Entre el final de la denominada «Edad de Piedra Media» (*c.* 18000-8500 a.C.) y el comienzo de la Edad del Bronce Antiguo se sitúan dos periodos arqueológicos sumamente importantes: el «Neolítico» ('Piedra Nueva', *c.* 8500-4200 a.C.), y el Calcolítico ('Piedra de Cobre', *c.* 4200-3300 a.C.). Ambos estadios del desarrollo del ser humano han sido objeto de un tratamiento minucioso por parte de los especialistas y se merecen un serio estudio. Sin embargo, debido a nuestras limitaciones de espacio, sólo podemos mencionarlos de modo sucinto y remitir al lector interesado a la bibliografía.[2]

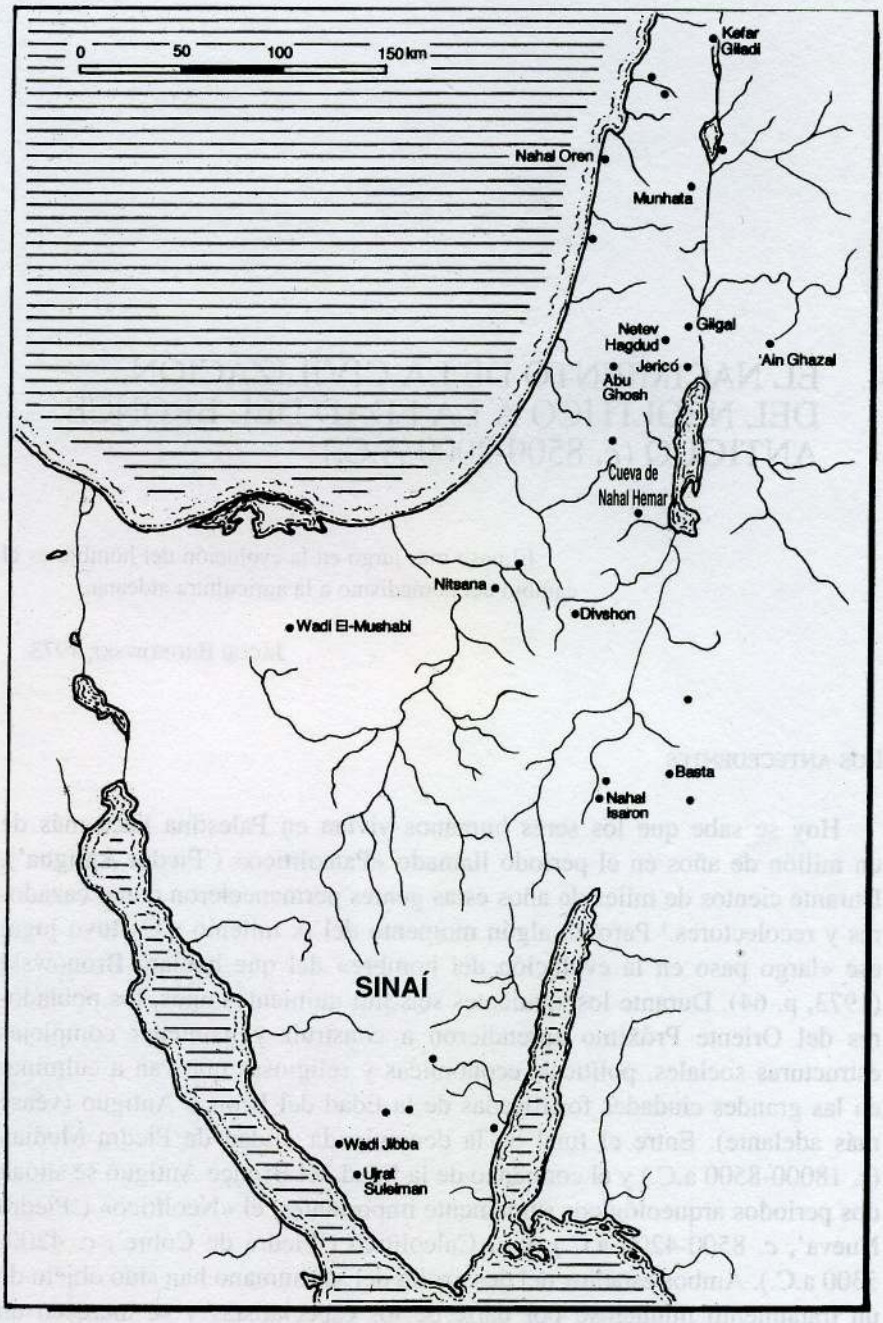

FIGURA 4.1. Mapa de los yacimientos neolíticos precerámicos.

El periodo neolítico

Este periodo se divide, a su vez, en dos subperiodos principales: el Neolítico precerámico (8500-6000 a.C.) y el Neolítico cerámico (6000-4200 a.C.). Se han identificado varios cientos de emplazamientos neolíticos (figura 4.1) en el Oriente Próximo, desde el Éufrates medio en Siria, al desierto del Sinaí en el Levante meridional. Uno de los más famosos es Jericó, aún llamada «la ciudad más antigua del mundo» (véase Kenyon, 1979). Entre los principales logros de este largo periodo prehistórico se encuentra el «descubrimiento» de la cerámica en algún momento del VI milenio a.C., quizá propiciado por el uso que se hacía de hogares enlucidos desde el Neolítico precerámico B (A. Mazar, 1990, p. 49). En consecuencia, los restos cerámicos que se encuentran en los yacimientos del Oriente Próximo son una de las principales herramientas de diagnóstico a disposición del arqueólogo, no sólo a la hora de establecer cronologías absolutas, sino también para comprender muchos otros aspectos de las sociedades antiguas.

El periodo calcolítico

En el VI milenio a.C., surge en el Oriente Próximo la tecnología necesaria para la producción del cobre. Dicha técnica no reemplazó sin embargo el uso de la piedra, de ahí el nombre de «Calcolítico» con que se describe el periodo. Aunque se conocen muchos emplazamientos calcolíticos, esta época es aún en cierta medida un misterio por lo que se refiere tanto a su inicio como a su fin. Se han encontrado sólo en Palestina más de 200 yacimientos (figura 4.2). Se extienden desde el Golán en el norte al Neguev en el sur; de la llanura costera en el oeste a la Transjordania en el este. Tres de los asentamientos permanentes más importantes son Shiqmim (Levy 1995 a) y Gilat en la región de Beersheba, y Teleilat Ghassul en Transjordania. Estos yacimientos han proporcionado la mayor parte de la información de la que disponemos para este periodo.

Uno de los avances más sorprendentes de esta cultura se refiere a la especialización artesanal. La alta calidad de los restos materiales sugiere la existencia de una clase profesional de artesanos cualificados. Buena prueba de ello son las piezas de cobre, cuyos ejemplos más famosos se hallaron en la «Cueva del Tesoro» en 1961 (Bar-Adon, 1980; Moorey, 1988; figura 4.3). Este tesoro contiene 416 piezas de cobre, así como objetos en marfil tallados sobre colmillos de hipopótamo y elefante. En la producción artesanal de este periodo se incluyen una industria del basalto en el Golán (Epstein, 1977), estatui-

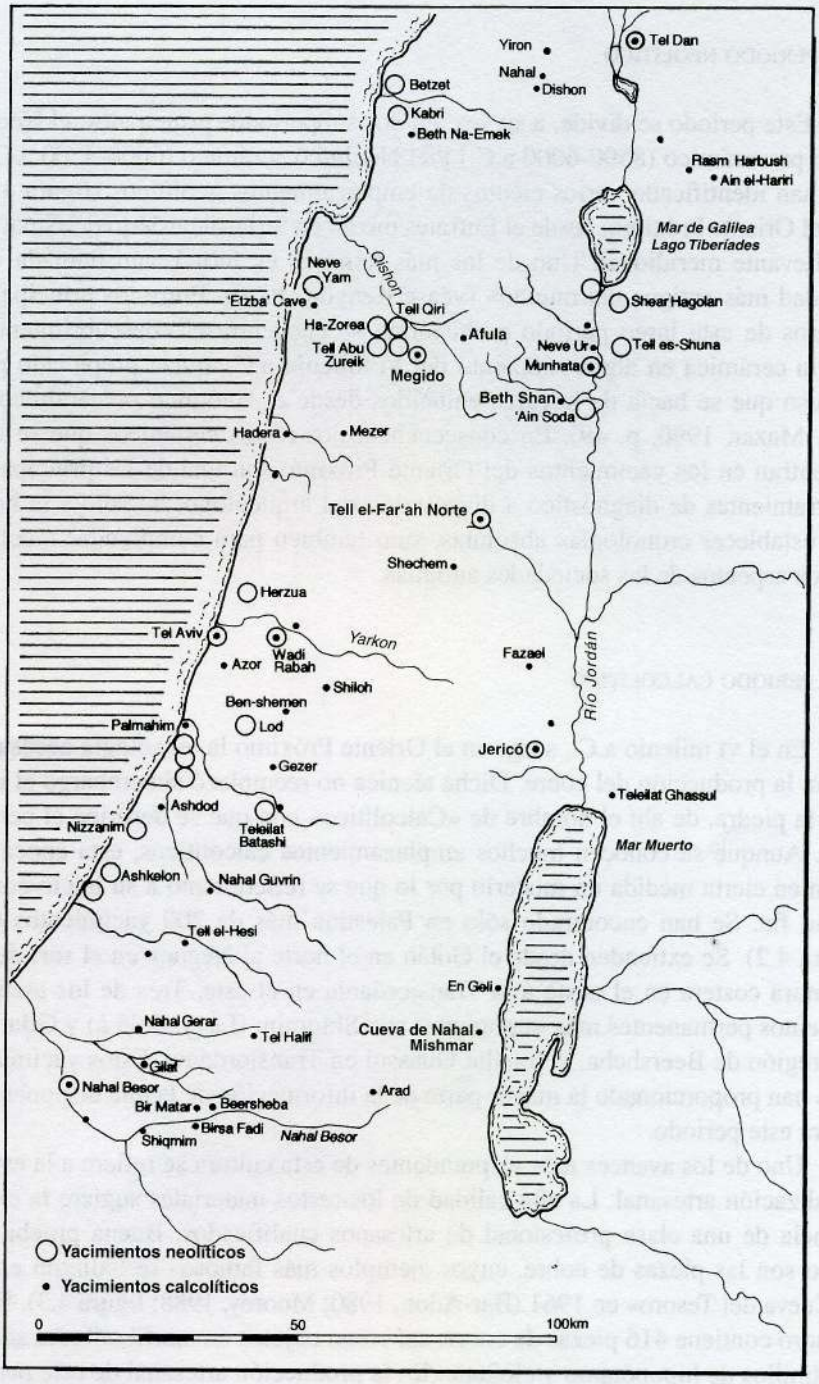

FIGURA 4.2. Mapa de los principales yacimientos cerámicos del Neolítico y el Calcolítico.

FIGURA 4.3. Tesoro calcolítico de cobre procedente del desierto de Judea, primera mitad del IV milenio a.C., Nahal Mishmar. Colección del Departamento de Antigüedades de Israel. Fotografía del Museo de Israel, David Harris.

llas antropomorfas en marfil procedentes, entre otros lugares, de Bir Safadi (figura 4.4) (Levy, 1986, p. 92), y enigmáticas pinturas murales en Teleilat Ghassul (Cameron, 1981). A esto se añade el hecho de que las piezas en oro más antiguas descubiertas en Palestina datan de esta época (Gopher y Tsuk, 1991). Debemos mencionar, de forma especial, los numerosos objetos de pequeño tamaño con forma de violín hallados en muchos yacimientos, fabricados normalmente en piedra (granito o creta) con una longitud de entre 20 y 25 cm. Un ejemplo destacable de estos objetos es el que se encontró en Shiqmim, realizado en hueso (Levy, 1996). Esta figurilla tiene sólo 10 cm de altura y está decorada a base de varias líneas de perforaciones. En el rostro se resaltan los ojos y la nariz. Levy ha interpretado esta pieza como una representación de aspectos sincréticos y mnemónicos de la cultura calcolítica que hoy por hoy desconocemos.

Figura 4.4. Figurillas calcolíticas de marfil, primera mitad del IV milenio a.C. Colección del Departamento de Antigüedades de Israel. Fotografía del Museo de Israel, Jerusalén.

Otra característica de esta cultura calcolítica son los cementerios tradicionales situados fuera de las áreas de habitación. Algunos de éstos se encuentran en cuevas hechas por el hombre, muchas de ellas en la llanura costera. Los enterramientos secundarios, a menudo en osarios (recipientes cerámicos en forma de casa; figura 4.5), se convierten en una práctica popular para los adultos. A los niños, sin embargo, se les enterraba con frecuencia bajo los suelos de las casas (Teleilat Ghassul) o en grandes *píthoi*.

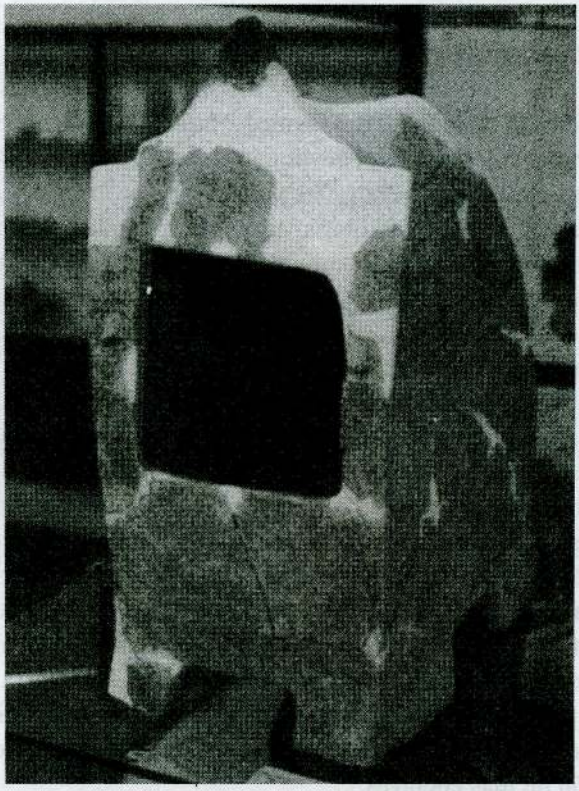

FIGURA 4.5. Osario calcolítico. Fotografía de J. Laughlin.

Tras mil años de existencia, los calcolíticos desaparecen. Muchos yacimientos fueron abandonados y nunca volvieron a habitarse. No conocemos la razón de esta repentina marcha. Se han propuesto toda clase de hipótesis, desde cambios políticos y sociales hasta una catástrofe medioambiental o un trastorno de tipo económico. De hecho no se sabe la causa exacta de su desaparición ni a dónde fueron a parar. Gonen, en su estudio, lo ha resumido bien:

> El periodo Calcolítico resulta un misterio de principio a fin. Si no está por venir ningún avance significativo en la apreciación de su verdadera esencia, sólo nos quedará contemplar sus creaciones, admirarlas, y preguntarnos quiénes fueron sus creadores, cómo vivían, de qué modo interpretaban el mundo que les rodeaba, y por qué finalmente desaparecieron de la escena de la historia humana (1992a, p. 80).

La Edad del Bronce Antiguo (3300-2000 a.C.)

La comprensión de la Edad del Bronce Antiguo por parte de los arqueólogos ha experimentado una gran revolución en los últimos quince o veinte años. Las publicaciones acerca de este periodo han proliferado y han dado lugar a una lista interminable de libros, artículos generales y estudios técnicos especializados de todo tipo.[3] Las antiguas síntesis se apoyaban principalmente en los datos extraídos de los *tells* más importantes de Palestina, tales como Arad, et-Tell ('Ai), Beth Shan, Hazor, Jericó, Gezer, Megido, Tell el-Far'ah Norte, Yarmuth y Lachish entre otros. Hoy, estos datos se han visto ampliados gracias a recientes prospecciones y excavaciones de muchos yacimientos circunscritos a un único periodo. Es más, el antiguo paradigma político-histórico ha sido reemplazado por una aproximación más holística que tiene en cuenta los modelos más novedosos de interpretación del pasado, tomados de la antropología y las ciencias sociales. El resultado final ha sido un gran aumento de los datos relativos a todo aquello que atañe, entre otras cuestiones, a los patrones de asentamiento, la estratificación política, social y económica; la identificación del papel de los géneros; las relaciones medioambientales; los patrones de comercio; el aprovechamiento de la tierra... Aunque es necesario emplear estos enfoques con una adecuada cautela, únicamente puede esperarse que la información de base se incremente con el descubrimiento y/o excavación de más enclaves.

También la cronología de la Edad del Bronce Antiguo ha experimentado una serie de revisiones durante aproximadamente la última década. Las áreas principales de discusión atañen tanto a las fechas de inicio como a las de fin. En el caso de estas últimas, ha existido una enérgica discusión acerca de la terminología para el periodo, lo que ha llevado a confusión.[4] Basada en las dataciones de carbono-14 y en las correlaciones con los periodos egipcios, la siguiente division cuatripartita (con algunas subdivisiones) parece contar con la aprobación de la mayoría de los arqueólogos, al menos entre aquellos que escriben sobre este periodo; véase en particular Dever (1980b, 1995b), ambas publicaciones con completas bibliografías.

Palestina	Egipto
Bronce Antiguo I: 3400-3100 a.C.	Gerzense: 3700-3100
Bronce Antiguo II: 3100-2700	Dinástico temprano: 3100-2700
Bronce Antiguo III: 2700-2300	Reino Antiguo: 2700-2200
Bronce Antiguo IV: 2300-2000	Primer Intermedio: 2200-2000[5]

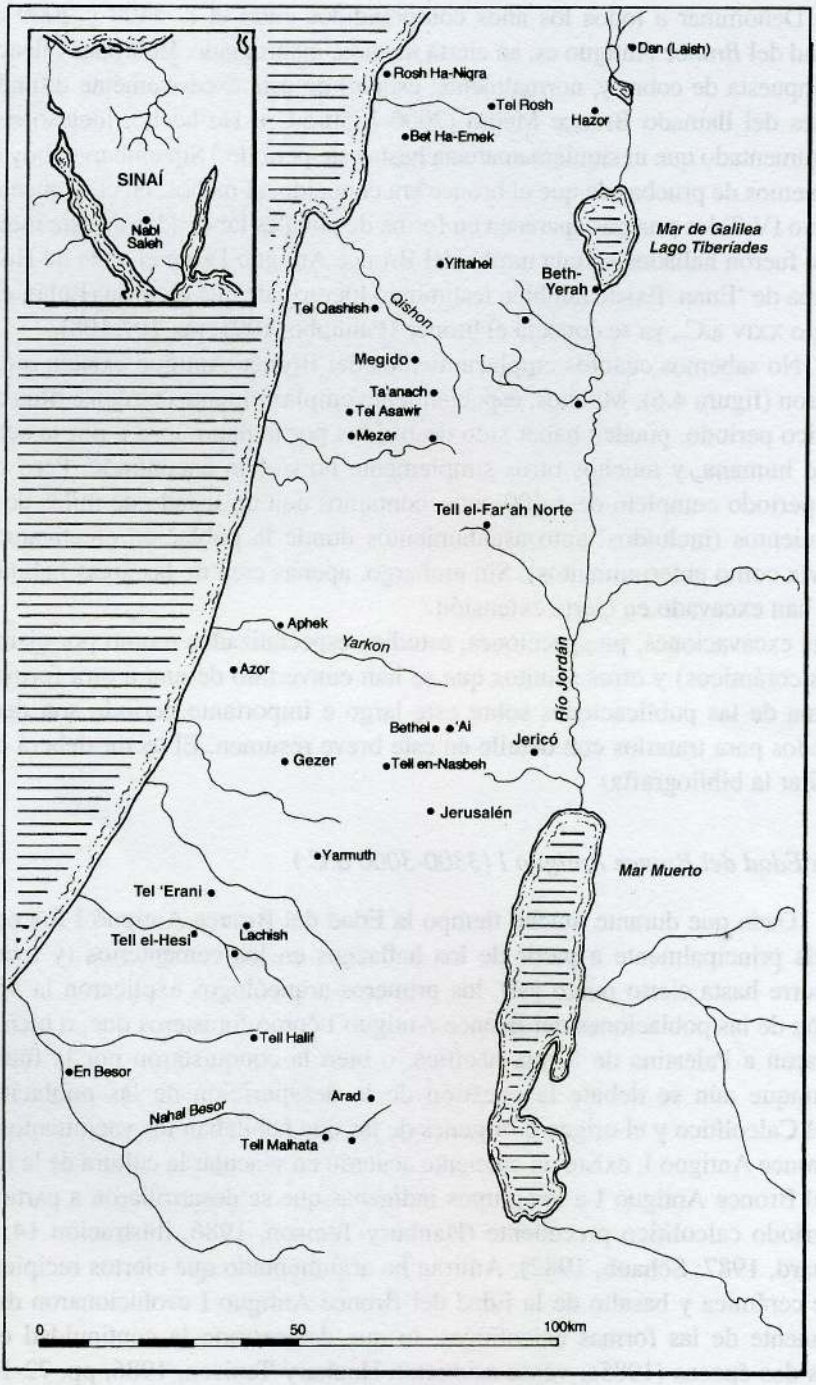

FIGURA 4.6. Mapa de los yacimientos de la Edad del Bronce Antiguo.

Denominar a todos los años comprendidos entre el *c.* 3400 y 2000 a.C. Edad del *Bronce* Antiguo es, en cierta medida, inapropiado. El bronce (aleación compuesta de cobre y, normalmente, estaño) no está excesivamente difundido antes del llamado Bronce Medio (2000-1550 a.C.). De hecho, incluso se ha argumentado que ni siquiera aparecía hasta este periodo.[6] Sin embargo, hoy disponemos de pruebas de que el bronce era conocido, al menos, en el Bronce Antiguo IV. Tales pruebas aparecen en forma de puñales fabricados de este metal y que fueron hallados en una tumba del Bronce Antiguo IV en el valle de Huleh, cerca de 'Enan. Existe también testimonio literario de que en Siria (Ebla), en el siglo XXIV a.C., ya se conocía el bronce (Palumbo, 1991, pp. 107-108).

No sabemos cuántos emplazamientos del Bronce Antiguo existen o existieron (figura 4.6). Muchos, especialmente emplazamientos circunscritos a un único periodo, pueden haber sido destruidos por la naturaleza o por la actividad humana, y muchos otros simplemente no se han encontrado. Pero para el periodo completo de 1.400 años, contamos con un listado de miles de yacimientos (incluidos tanto asentamientos donde la población efectivamente vivía como enterramientos). Sin embargo, apenas cien de las áreas habitadas se han excavado en cierta extensión.[7]

Las excavaciones, prospecciones, estudios especializados (como por ejemplo los cerámicos) y otros asuntos que se han convertido de una u otra forma en tema de las publicaciones sobre este largo e importante periodo son demasiados para tratarlos con detalle en este breve resumen. El lector deberá consultar la bibliografía.

La Edad del Bronce Antiguo I (3300-3000 a.C.)

Dado que durante mucho tiempo la Edad del Bronce Antiguo I fue conocida principalmente a partir de los hallazgos en los cementerios (y todavía ocurre hasta cierto punto así), los primeros arqueólogos explicaron la aparición de las poblaciones del Bronce Antiguo I como forasteros que, o bien migraron a Palestina de forma pacífica, o bien la conquistaron por la fuerza.[8] Aunque aún se debate la cuestión de la desaparición de las poblaciones del Calcolítico y el origen u orígenes de las que habitaban los yacimientos del Bronce Antiguo I, existe un creciente acuerdo en vincular la cultura de la Edad del Bronce Antiguo I a los grupos indígenas que se desarrollaron a partir del periodo calcolítico precedente (Hanbury-Tenison, 1986, ilustración 14; Richard, 1987; Schaub, 1982). Amiran ha argumentado que ciertos recipientes de cerámica y basalto de la Edad del Bronce Antiguo I evolucionaron directamente de las formas calcolíticas, lo que demostraría la continuidad entre las dos épocas (1985a; véase asimismo Hanbury-Tenison, 1986, pp. 72-103). Amiran también ha sugerido que tanto el creciente contacto con Egipto como

el posterior desarrollo de una economía agropastoril durante el Bronce Antiguo I ya se anticiparon en el periodo calcolítico, y apunta de este modo a un origen indígena de la cultura de la Edad del Bronce Antiguo I.

El estudio de Hanbury-Tenison (1986) es, hasta ahora, el más profundo al respecto. Mediante la comparación de aspectos tales como patrones de asentamiento, modelos económicos, tradiciones cerámicas y líticas, especialización artesanal y arquitectura, llegó a la conclusión de que aunque se produjo una completa ruptura entre los dos periodos, es decir, entre el Calcolítico Tardío y el Bronce Antiguo I, se trató más de una «transición gradual, que de un cambio abrupto. No hay fundamentos para una hipótesis invasionista o para rastrear las raíces del Bronce Antiguo I fuera de Palestina y Transjordania» (1986, p. 251; cf. la conclusión de Richard, 1987, p. 24).

Sin embargo, debido a la dificultad siempre presente cuando uno intenta *interpretar* el significado de los cambios en la cultura material, no todos los arqueólogos coinciden en que la transición desde el Calcolítico Tardío a la Edad del Bronce Antiguo I fuera un asunto exclusivamente local. A. Mazar, en su reciente estudio sobre este periodo, dice: «Así, parece que la cultura material de la Palestina de la Edad del Bronce I fue una mezcla de rasgos nuevos —originarios de Siria, Anatolia, y Mesopotamia— con elementos arraigados en la cultura local del periodo precedente» (1990, p. 105; cf. Gophna, 1995). No obstante, existe un creciente cuerpo de datos que indica que los elementos indígenas jugaron un papel sin duda más importante de lo que se creía hace no muchos años.

Uno de los cambios más evidentes que tuvo lugar durante el Bronce Antiguo I fue la elección de las áreas de asentamiento. En contraste con el periodo calcolítico previo, donde el patrón de asentamiento a menudo incluía regiones áridas (tales como el Neguev septentrional), se ha estimado que el 90 por 100 de los yacimientos del Bronce Antiguo I se encuentran en áreas de asentamiento nuevas (Ben-Tor, 1992, p. 84). Estas áreas incluyen especialmente la región montañosa central de Palestina, el valle del Jordán y la Sefelá (Hanbury-Tenison, 1986).

Un rasgo destacable de este patrón es el gran incremento en el número de asentamientos en el norte, y el casi total abandono de los que existían en el sur. Finkelstein y Gophna han puesto de manifiesto que en el Neguev ese número se redujo de setenta y cinco emplazamientos en el periodo calcolítico a ocho en el Bronce Antiguo I. Por el contrario, en la región montañosa central, se pasó de veintiocho durante el Calcolítico a más de sesenta yacimientos durante el Bronce Antiguo I (Finkelstein y Gophna, 1993). Este patrón ocupacional de la región montañosa central durante el Bronce Antiguo I se repetirá sólo en dos ocasiones más: una durante la Edad del Bronce Medio (2000-1550 a.C.) y, de nuevo, durante la Edad del Hierro (1200-587/540 a.C.; Finkelstein y Gophna, 1993, p. 6; cf. A. Mazar, 1990, p. 95).

Finkelstein y Gophna también explicaron este aumento del número de enclaves habitados no como una «explosión demográfica» (ya que algunos así lo habían sugerido), sino debido a las ventajas económicas que el entorno natural de las tierras altas ofrecía. Este medio va muy bien para el cultivo de aceitunas y uvas, así como para la cría de animales. La producción a gran escala de aceitunas y vino durante el Bronce Antiguo I abrió la posibilidad del comercio, en particular con Egipto (1993, pp. 12-13).[9] La institución de los patrones comerciales implicaría una cierta organización central y una estabilidad política y social. Esto puede ayudar a explicar por qué, como en los periodos calcolíticos precedentes, la mayor parte de los yacimientos del Bronce Antiguo I no estaban fortificados. En cualquier caso, el pastoreo (principalmente de la cabra y la oveja) y la producción de aceituna y vino se convirtió en la base de la vida económica de Palestina (Ben-Tor, 1992, p. 85; Richard, 1987; Hanbury-Tenison, 1986).

Aunque la mayoría de los arqueólogos dividen la Edad del Bronce Antiguo I en dos periodos principales (Bronce Antiguo I y Bronce Antiguo II),[10] por razones de espacio consideraremos el periodo como un todo. Muchas ciudades importantes de la Edad del Bronce, como Hazor, 'Ai, Jericó, Lachish, Megido, Gezer y Arad, por nombrar algunas, tienen restos del Bronce Antiguo I. Sin embargo muchos asentamientos del Bronce Antiguo I fueron bastante pequeños y tuvieron una duración relativamente corta.[11] Un ejemplo de lo dicho es Ein Shadud, una aldea del Bronce Antiguo I no amurallada situada a unos pocos kilómetros al noroeste de Afula, y cuya excavación se llevó a cabo en 1979 (Braun y Gibson, 1984; Braun *et al.*, 1985). Su economía se basaba en la agricultura y en la cría de ganado, como sin duda era el caso de la mayoría de las aldeas de esta época. En algún momento hacia finales del Bronce Antiguo I, el emplazamiento fue abandonado y nunca se volvió a ocupar.

Otro yacimiento importante del Bronce Antiguo I es Hartuv, situado cerca de Beth-Shemesh en la Sefelá (A. Mazar y P. de Miroschedji, 1996). Uno de los principales descubrimientos que tuvieron lugar allí fue una estructura, quizá un santuario, que contenía una serie de piedras colocadas verticalmente, llamadas *massebot*. Tales pilares aparecen de forma recurrente en la religión cananea e israelita (véase más adelante). Aquí, los excavadores las interpretaron como piedras en honor de patriarcas fallecidos.[12] Hartuv fue también abandonada a finales del Bronce Antiguo I, lo que indica que la transición al Bronce Antiguo II fue de signo pacífico. En este caso los excavadores sugirieron que el naciente asentamiento urbano de Tel Yarmuth, que se convirtió en una gran ciudad fortificada durante el Bronce Antiguo II, podría haber absorbido a los habitantes de Hartuv.

Sus *massebot* y su «santuario», así como los restos materiales de otras construcciones identificadas como «templos» plantean la cuestión de la naturaleza del culto (o cultos) religiosos que se desarrollaron durante este perio-

do. El hecho de que los llamados «templos» sean los únicos edificios públicos conocidos del Bronce Antiguo I puede indicar que los líderes religiosos (¿sacerdotes?) tenían un considerable poder durante esta época prehistórica (A. Mazar, 1990, p. 98). En este contexto podemos también mencionar un grupo de pinturas encontradas en el pavimento de un patio asociado al templo «doble» de Megido (estrato XIX). Estas pinturas incluyen imágenes de animales, antropomorfas... entre otras. Tales ejemplos, junto a impresiones dispersas de sellos sobre recipientes cerámicos, constituyen la mayor parte del trabajo «artístico» que conocemos correspondiente al Bronce Antiguo I.

La cerámica de la Edad del Bronce Antiguo I

No podemos pasar por alto la importancia de los restos cerámicos en los yacimientos del Oriente Próximo. La identificación cultural y/o étnica (que no es lo mismo) de un pueblo, sus relaciones con otros grupos (tanto extranjeros como locales), la cronología absoluta de su ocupación del lugar, así como otros aspectos, todos se reflejan en las colecciones cerámicas recogidas y estudiadas por los arqueólogos. La cuestión de la «etnicidad» es tan importante como compleja. El debate referente a este tema está abierto, especialmente por lo que respecta a la cuestión del origen e identidad del «antiguo Israel» (véase más adelante, capítulos 8 y 9 y notas). Existe una creciente discusión acerca de si los restos cerámicos son o no un verdadero marcador étnico (véase en particular Dever, 1993b, 1995c; Finkelstein, 1996; y más adelante). Los argumentos son complejos y técnicos, y únicamente los especialistas están cualificados para tratar estos planteamientos con detalle. No obstante, los conjuntos cerámicos son esenciales (en especial en ausencia de textos escritos) como es el caso de Palestina y Transjordania durante la Edad del Bronce Antiguo. La mayoría de las publicaciones sobre trabajo de campo, ya sea en sus páginas preliminares o en las finales, incluyen descripciones del repertorio cerámico (figura 4.7). Ser capaz de «leer» la cerámica lleva años de experiencia y estudio sobre el tema. Aquí sólo podemos ofrecer un brevísimo resumen.[13]

Las discusiones sobre la cerámica del Bronce Antiguo I se centran normalmente en tres grupos principales: «roja bruñida», «gris bruñida» y las «pintadas en rojo». Sin embargo algunos arqueólogos han utilizado nombres diferentes para la misma cerámica, con lo que se ha creado de este modo una confusión innecesaria. Kenyon, por ejemplo, llamó a la cerámica roja bruñida «Protourbana A» o PUA; a la roja «Protourbana B» o PUB; y a la gris bruñida «Protourbana C» o PUC (1979). Además, dado que la cerámica gris bruñida se encontró por primera vez en el valle de Esdrelón, en particular en Megido, a veces se la llama «cerámica de Esdrelón».

Núm. de objeto	Núm. de registro	*Locus*	Descripción
1. Fuente	232/2	18	Pasta roja clara (10R 6/8); partículas blancas y rojas. MW
2. Fuente	169/5	18	Pasta amarilla rojiza (5YR 7/6); partículas blancas y marrones; borde bruñido; MW
3. Fuente	169/3	18	Pasta roja clara (10R 6/6); partículas blancas y grises; labio rojo; bruñida
4. Fuente	230/4	18	Pasta marrón rojiza clara (2.5YR); núcleo gris; partículas blancas y rojas; labio rojo; bien cocida (MW?).
5. Cuenco	237/4	18	Pasta roja amarillenta (5YR 7/6); partículas blancas, rojas y grises; labio rojo delgado; cocción media
6. Jofaina	237/2	18	Pasta roja clara (10R 6/8); núcleo rojo claro; partículas blancas y rojas; decoración a peine; MW
7. Cerámica de cocina	169/8	18	Pasta roja (2.5YR 5/6); partículas blancas, rojas y grises; exterior ennegrecido; cocción media
8. Cerámica de cocina	169/4	18	Pasta marrón rojiza (5YR 5/4); partículas blancas, grises y de calcita; ennegrecida; cocción media
9. Jarra	148/10	18	Pasta rosa (7.5YR 8/4); partículas blancas y grises; decoración en rojo; cocción media
10. *Píthos*	235/1	18	Pasta roja clara (2.5YR 6/6); núcleo gris rosáceo; partículas blancas, rojas y marrones; decoración a peine; MW
11. Cuenco	23200/1	4663	Pasta roja clara (2.5YR 6/8); superficie roja clara (2.5YR 6/6); partículas blancas, rojas y marrones; a torno; buena cocción
12. Cerámica de cocina	23223/5	4674	Pasta marrón rojiza clara (5YR 6/4); partículas blancas, grises y de calcita; ennegrecida; buena cocción
13. Fragmento de asa	23200/7	4663	Pasta roja clara (2.5YR 6/6); partículas blancas y de calcita; decoración a peine; ennegrecida; cocción media
14. Fragmento de asa	23248/7	4674	Pasta gris (10YR 5/1); partículas de cuarzo; impresión vegetal

FIGURA 4.7. Clave.

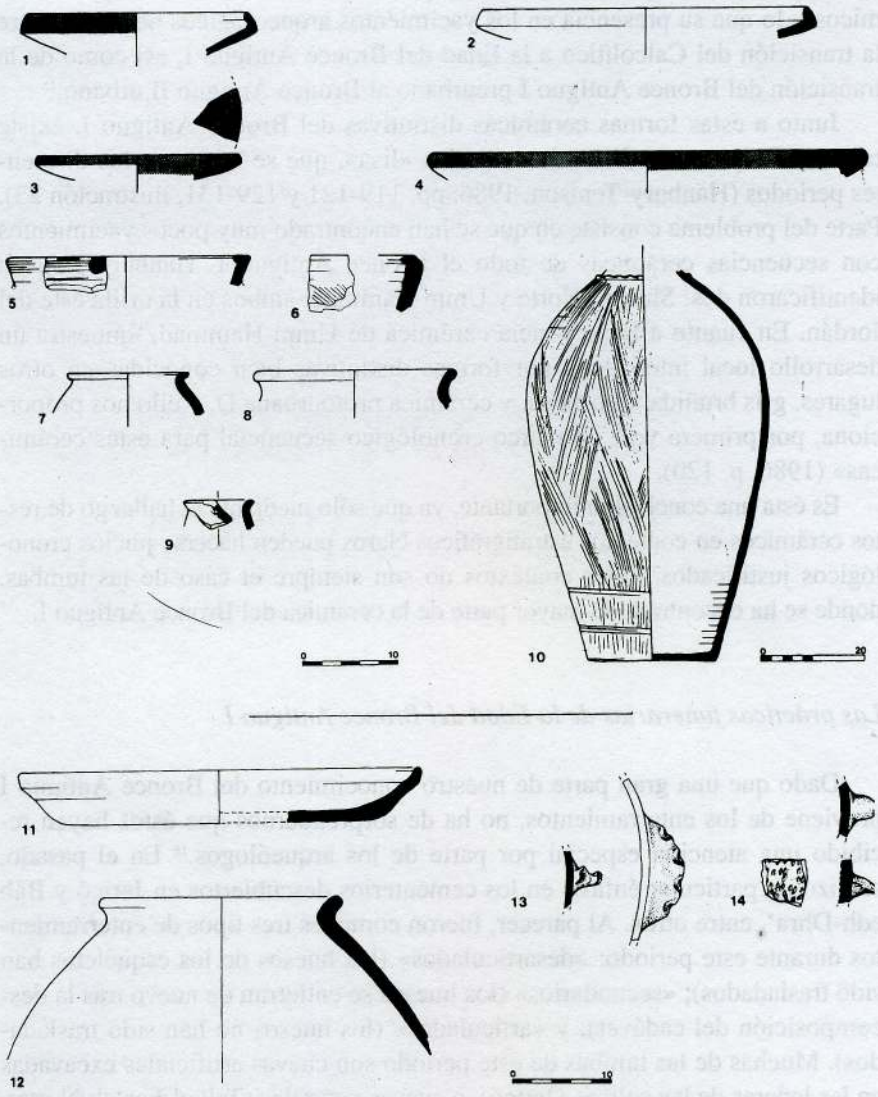

FIGURA 4.7. Tipología cerámica del Bronce Antiguo III. Tomado de *Dan I*. Cortesía de A. Biran, excavaciones de Tel Dan, Hebrew Union College, Jerusalén, 1996.

Persiste además un debate entre los arqueólogos en torno a la cronología de la aparición de ciertos tipos, así como a su origen y distribución. Algunos creen que los diferentes tipos cerámicos apuntan a variaciones regionales dentro del periodo del Bronce Antiguo I. Por ejemplo, la mayor parte de la cerámica gris bruñida se localiza en los yacimientos septentrionales y en Transjordania.[14] La discusión aquí afecta a la cronología de ciertos tipos cerá-

micos y lo que su presencia en los yacimientos arqueológicos nos dice sobre la transición del Calcolítico a la Edad del Bronce Antiguo I, así como de la transición del Bronce Antiguo I preurbano al Bronce Antiguo II urbano.[15]

Junto a estas formas cerámicas distintivas del Bronce Antiguo I, existe también lo que se ha llamado cerámica «lisa», que se repite en los diferentes periodos (Hanbury-Tenison, 1986, pp. 119-121 y 129-131, ilustración 23). Parte del problema consiste en que se han encontrado muy pocos yacimientos con secuencias cerámicas de todo el Bronce Antiguo I. Hanbury-Tenison identificaron dos: Shunah Norte y Umm Hammad, ambos en la orilla este del Jordán. En cuanto a la secuencia cerámica de Umm Hammad, «muestra un desarrollo local intercalada por formas distintivas bien conocidas en otros lugares, gris bruñida, tipo Jawa, y cerámica protourbana D, y ello nos proporciona, por primera vez, un marco cronológico secuencial para estas cerámicas» (1986, p. 120).

Es ésta una conclusión importante, ya que sólo mediante el hallazgo de restos cerámicos en contextos estratigráficos claros pueden hacerse juicios cronológicos justificados. Tales contextos no son siempre el caso de las tumbas, donde se ha encontrado la mayor parte de la cerámica del Bronce Antiguo I.

Las prácticas funerarias de la Edad del Bronce Antiguo I

Dado que una gran parte de nuestro conocimiento del Bronce Antiguo I proviene de los enterramientos, no ha de sorprendernos que éstos hayan recibido una atención especial por parte de los arqueólogos.[16] En el pasado, se hizo un particular énfasis en los cementerios descubiertos en Jericó y Bab edh-Dhra', entre otros. Al parecer, fueron comunes tres tipos de enterramientos durante este periodo: «desarticulados» (los huesos de los esqueletos han sido trasladados); «secundarios» (los huesos se entierran de nuevo tras la descomposición del cadáver); y «articulados» (los huesos no han sido trasladados). Muchas de las tumbas de este periodo son cuevas artificiales excavadas en las laderas de las colinas (Jericó), o cuevas naturales (Tell el-Far'ah Norte). Otros son tumbas de cámara (Bab edh-Dhra'), a las que se accede por una galería excavada en la roca. El número de cámaras varía entre una y cuatro. Existe algún ejemplo de cremación, entre otros yacimientos, en Gezer y en los osarios de Bab edh-Dhra' (Hanbury-Tenison, 1986, pp. 234, 238). Sin embargo, la cremación no parece haber sido demasiado común, y la razón por la que algunos cuerpos fueron incinerados es aún un misterio (Hanbury-Tenison, 1986, p. 247).

Otra forma de enterramiento son los dólmenes (del celta *dol* = 'mesa' y *men* = 'piedra'), la mayoría localizados en el Levante septentrional. Aunque

existen diferencias en la construcción de estos dólmenes, muchos están realizados a partir de grandes bloques de roca utilizados en los lados y en la parte superior, y a veces también en los extremos. Se encuentran normalmente sobre un montículo de piedras y pueden tener una ventana o una puerta esculpida. Esta variedad es particularmente corriente en el caso de Transjordania. No hay acuerdo sobre su datación, pero Hanbury-Tenison apunta al gran campo de dólmenes de Jebel Mutawwaq, en la Transjordania septentrional, como prueba para fecharlos en el Bronce Antiguo I (1986, pp. 244-245, e ilustración 38). Zohar (1993), por su parte, aunque los data en un periodo tan temprano como el Calcolítico, sitúa su época principal de uso entre el Bronce Antiguo IV y el Bronce Medio I (*c.* 2200-1800 a.C.).

Las conexiones egipcias

Existen numerosas pruebas de la presencia egipcia en Palestina, en especial en la región costera, durante el Bronce Antiguo I. Buena parte de las mismas provienen del yacimiento de Tel 'Erani, donde se encontraron más de 1.000 recipientes cerámicos egipcios (Ben-Tor, 1991; Brandl, 1992, 1997). En el pasado, esto se interpretó como un signo de la opresión militar egipcia. Pero más recientemente se ha hecho hincapié en explicar estos enclaves egipcios simplemente como «asentamientos comerciales».[17] En su estudio, Ward (1991) llegó a la conclusión de que las razones de la presencia de colonos egipcios en el norte del Sinaí y Neguev durante el Bronce Antiguo I fueron «comerciales» y no militares.

Los hallazgos en el yacimiento de En Besor avalan la interpretación no militarista de la presencia egipcia. El planteamiento que aboga por la convivencia durante casi 200 años de una población egipcia de varios cientos de individuos con los habitantes indígenas se basa en la presencia de numerosas hojas de hoz y escasas puntas de flecha, lo que ha llevado a suponer que la población era civil, no militar (Ben-Tor, 1991).

Sin embargo, durante el periodo posterior del Bronce Antiguo II, las relaciones con Egipto se reducen drásticamente. La causa, aunque no se sabe con exactitud, pudiera estar en los cambios sociales-políticos-económicos que tuvieron lugar durante este periodo. Lo que sí está claro es que se produjo un cambio radical que tuvo como resultado la construcción, por vez primera, de grandes fortificaciones.[18] No obstante, los contactos comerciales con Egipto iniciados durante el Bronce Antiguo I fueron sólo el comienzo de lo que un arqueólogo ha descrito como «una intrincada red de relaciones … que se prolongarán a lo largo de tres milenios» (Richard, 1987, p. 27).

La Edad del Bronce Antiguo II-III (3000-2300/2200 a.C.)

Los periodos correspondientes al Bronce Antiguo II-III son el corazón de la Edad del Bronce Antiguo en Palestina/Transjordania. Éste fue el momento de las «ciudades-estado», la primera época realmente «urbana» en la historia de esta región. Sin embargo, es preciso entender los términos «ciudad-estado» y/o «urbano» de forma adecuada. A partir de los trabajos de prospección se identificaron unos 260 yacimientos del Bronce Antiguo II-III en Palestina, de los que más de un 60 por 100 (158) tenían una hectárea o menos (Broshi y Gophna, 1984). Así la palabra «ciudad», cuando es aplicada a estos asentamientos primitivos, no tiene ninguna de sus connotaciones modernas en términos de tamaño. Algunas de estas «ciudades» existieron a lo largo de los periodos II-III del Bronce Antiguo, incluidas Dan (Laish), 'Ai, 'Erani, Yarmuth, Jericó y Bab edh-Dhra'. Otros yacimientos fueron abandonados o destruidos durante el Bronce Antiguo II, entre ellos Arad y Gezer. Para el final del Bronce Antiguo III, todos estos asentamientos serán destruidos o abandonados, y muchos, tales como Arad y 'Ai, no volverán a ser ocupados durante siglos.

Mientras en el pasado se hizo especial énfasis en los grandes *tells* que abarcaron la mayor parte del periodo del Bronce Antiguo, prospecciones recientes (Finkelstein y Gophna, 1993; Palumbo, 1991) han puesto de manifiesto que durante el Bronce Antiguo II-III, prosperaron las comunidades rurales y las aldeas. Parece lógico pensar que estos pequeños enclaves rurales estarían vinculados económicamente y políticamente a las ciudades de mayor tamaño. De hecho, en el estudio de Broshi y Gophna, veinte yacimientos, lo que supone casi la mitad del espacio total ocupado durante estos periodos, tenían más de 10 ha de extensión. Algunos de estos yacimientos, como Tel Dan (20 ha), Hazor (10 ha), 'Ai (11 ha) y Lachish (15 ha), figurarán en la historia de los israelitas bíblicos siglos más tarde.

En el Sinaí, durante el Bronce Antiguo II, tuvo lugar lo que Beit-Arieh (1981) describió como una «expansión extensiva del asentamiento» vinculado a Arad. También concluyó que los restos materiales apuntan a un «único grupo étnico» responsable de su crecimiento (p. 50). Aunque Beit-Arieh no identificó a este «único grupo étnico», otros han argumentado que los asentamientos amurallados del Bronce Antiguo II-III no eran el resultado de poblaciones nuevas llegadas a la zona, sino de procesos internos (de tipo social y económico) que se habían puesto en marcha en el largo periodo precedente del Bronce Antiguo I (Gophna, 1995, p. 274; Hanbury-Tenison, 1986; para un planteamiento más antiguo pero muy influyente véase Kenyon [1979, pp. 84-118]). Es más, Richard llegó a la conclusión de que la semejanza de la cultura material apuntaba a una «sociedad integrada» (1987, p. 29).

Sin embargo persisten muchas preguntas. ¿De qué modo se relacionaban aldeas y asentamientos fortificados? ¿Por qué fueron precisas esas imponentes fortificaciones? ¿Proporcionaban los núcleos no urbanos los materiales que las ciudades requerían, tales como alimentos y otros productos? ¿Qué tipo de «administración» existía para supervisar aspectos tan críticos como el aprovechamiento de la tierra y el agua y la distribución de los bienes? Todos estos temas llevaron a Richard a sugerir que durante este periodo existía una sociedad organizada en tres niveles, compuesta de «ciudades, poblaciones de menor tamaño y aldeas con una sociedad completamente integrada en la que se darían unas complejas interrelaciones e interdependencias» (1987, p. 29).

Aunque algunos yacimientos del Bronce Antiguo II fueron abandonados o destruidos y no volvieron a habitarse durante el Bronce Antiguo III (es el caso de Arad, Tell el-Far'ah Norte), otros fueron reconstruidos (por ejemplo Tel Dan, Megido, 'Ai, Beth Shan y Jericó). ¡Kenyon afirmó que en algunos puntos las murallas del Bronce Antiguo de Jericó se habían reparado un total de diecisiete veces! (1979, p. 29.) Para complicar aún más las cosas, aparentemente también se fundan nuevos yacimientos durante el Bronce Antiguo III (así Bethel, Beth-Shemesh, Tell Beit Mirsim y Hazor). En la zona septentrional de Palestina, algunos de ellos adquirieron importancia durante el Bronce Antiguo III. Se incluyen aquí Tel Dan, Tel Abel Beit Ma'acah, Tel Qadesh, Hazor, Megido, Ta'anach, Beth-Yerah y Beth Shan. En las colinas de Judea, 'Ai se convirtió en un importante centro regional, tal y como hizo aparentemente Arad en el Neguev septentrional.[19]

Una de las principales características arquitectónicas de este periodo fue la construcción de grandes fortificaciones. Entre otros ejemplos tenemos las de 'Ai, la muralla de Jericó (de 8 metros de grosor)...¡y la muralla defensiva de Arad, de más de 1.150 metros de longitud! No obstante, a pesar de tales edificaciones, hacia el 2300 a.C., estos enormes *tells* fortificados o bien habían sido abandonados o bien destruidos. Después de haber sobrevivido unos 700 años, los temores que indujeron al levantamiento de aquellas fortificaciones se hicieron realidad. No está claro qué fue lo que ocurrió para provocar el fin del periodo. Quizá se produjo un conflicto entre los centros urbanos y las poblaciones no urbanas (¿nómadas pastoriles?); o bien, como indica un grupo de inscripciones, los egipcios atacaron algunas de las ciudades. Podríamos pensar que las causas fueron medioambientales. Cualquiera que sea la razón o las razones, la urbanizada Edad del Bronce Antiguo se derrumbó. Transcurrirán tres siglos antes de que estos asentamientos existan de nuevo.

La Edad del Bronce Antiguo IV (2300/2200-2000 a.C.)

Desde finales de los años setenta se ha llevado a cabo un estudio tan intenso de aproximadamente los últimos tres siglos del III milenio a.C. que este periodo se ha convertido en sí mismo en un campo de investigación especializada.[20] A pesar de este interés por parte de arqueólogos e historiadores, muchas preguntas permanecen sin respuesta. ¿Quién o qué puso fin a la larga cultura urbana del Bronce Antiguo II-III? ¿Cuál fue el origen (u orígenes) de los pueblos que habitaban las ciudades, las aldeas y las cuevas del Bronce Antiguo IV? ¿Qué tipo de relación podemos establecer entre la cultura del Bronce Antiguo IV y la previa del Bronce Antiguo II-III? ¿Qué conexiones, si las hay, existieron entre esta cultura y la posterior de la Edad del Bronce Medio?

Aunque aún carecemos de respuestas definitivas para estas y otras cuestiones, en algunos casos las viejas teorías y conclusiones se han visto superadas, o seriamente modificadas. En las décadas de los sesenta y setenta era común abogar por una completa ruptura entre el periodo llamado Bronce Antiguo IV y la precedente época urbana. Esta ruptura se atribuía habitualmente a una invasión de amoritas o de algún otro grupo proveniente del norte (así Kenyon, 1979, pp. 119-147; cf. Lapp, 1970; De Vaux, 1971). Del mismo modo, hasta no hace mucho, dado que la mayor parte de la cultura material de esta época era conocida a partir de depósitos funerarios, el periodo recibía frecuentemente el apelativo de «Edad Oscura».

Debido a lo poco que conocemos sobre este periodo, existía también desacuerdo (y aún existe) acerca de cómo llamarlo. Kenyon, sobre la base de su interpretación de los restos funerarios de Jericó, lo denominó «Bronce Antiguo Intermedio-Bronce Medio» (1979, p. 119). Otros lo han llamado «Bronce Medio I» (cf. terminología de *NEAEHL* y en *OEANE*). No hay aún para este periodo una nomenclatura aceptada unánimemente, aunque «Bronce Antiguo IV» parece ser la más defendida por todos los estudiosos, a excepción de los israelíes, y será la que utilicemos aquí.

Una de las principales razones de que la antigua «hipótesis amorita» haya sido desechada es que se apoyaba en la suposición de que la mayoría, si no todas las ciudades del Bronce Antiguo III, tuvieron un final violento. En 'Ai, Jericó y Bab edh-Dhra' parece haber sido efectivamente el caso. Pero la mayoría de los yacimientos fueron abandonados aunque no destruidos. Entre éstos se incluyen Hazor, y probablemente Dan, Tell Beit Mirsim, Megido, Lachish, Ta'anach... Los datos arqueológicos hoy disponibles indican que ninguna teoría o modelo encaja con todos los testimonios con los que contamos. En los últimos quince o veinte años, las prospecciones han identificado

miles de yacimientos del Bronce Antiguo IV (Palumbo, 1991; Haiman, 1996). Es más, en la Transjordania, asentamientos fortificados, tales como Khirbet Iskander (Richard y Boraas, 1984, 1988; Schaub, 1982) han demostrado una clara continuidad respecto de la cultura precedente del Bronce Antiguo III. Así, la antigua visión del Bronce Antiguo IV (o como quiera que se le llame) caracterizado por estilos de vida nómadas o seminómadas, está dando paso a puntos de vista más inclusivos que tienen en cuenta que durante este periodo existió un elemento sedentario extensivo que requería actividades agrícolas permanentes.

Dever sugirió hace años que el modelo del «nomadismo pastoril» era quizá el mejor modo de explicar los datos materiales tal y como se conocían entonces (Dever, 1980b; y bibliografía). Este modelo estaba en parte basado en el trabajo de Dever en Beer Resisim, en las tierras altas del Neguev, y que interpretó como estacional. Hizo hincapié igualmente en la naturaleza regionalista de este periodo, particularmente en su expresión en los conjuntos cerámicos. De hecho, identificó seis grupos regionales que creyó podrían funcionar como indicadores cronológicos. Esto le llevó a proponer tres subfases principales para el Bronce Antiguo IV: Bronce Antiguo IV A-C. Otros han cuestionado sus interpretaciones cronológicas (Palumbo, 1991; Goren, 1996; Gophna, 1992),[21] pero se acepta de forma general su insistencia en las diferencias regionales.

En su último resumen sobre el Bronce Antiguo IV, Dever (1995b, p. 295) sugirió el modelo del «ruralismo» para comprender este horizonte cultural. Se basaba en los miles de emplazamientos rurales hoy conocidos a partir de las prospecciones. Lo que esto significa es que durante aproximadamente los últimos trescientos años del III milenio a.C., las sociedades de Palestina y Transjordania fueron, con diferencia, más complejas de lo que las generaciones previas de arqueólogos habían sospechado. Esta complejidad limita la utilidad de la mayoría de los modelos propuestos para la época, como el del «nomadismo», «nomadismo pastoril», «intervalo nómada» o «invasión amorita»... Cuanto más obvio es que poblaciones diferentes utilizan estrategias diferentes de subsistencia, más obvia es la inadecuación de los antiguos modelos.[22]

Las conclusiones sobre este periodo deben permanecer como provisionales y abiertas a la corrección y/o modificación a medida que se identifiquen y excaven más yacimientos. Cualquier hipótesis debe tener en cuenta su extrema diversidad. Dever ha demostrado claramente que para que un modelo sea útil debe ser capaz de explicar el hecho de que durante el Bronce Antiguo IV se produjera «una transformación de las estrategias económicas y de la organización social junto a un *continuum* [subrayado en el original]; una casi infinita variedad de respuestas adaptativas interrelacionadas sobre una escala teórica desde lo "urbano" a lo "nómada"» (1995b, p. 295).

La ubicación de los yacimientos

Aunque algunos yacimientos del Bronce Antiguo IV se construyeron sobre los depósitos del Bronce Antiguo III (Jericó, por ejemplo), la mayoría de ellos se encuentra en zonas previamente deshabitadas o en lugares que proporcionan fechas anteriores al comienzo de la Edad del Bronce Antiguo (Palumbo). Se han identificado más de 1.000 yacimientos del Bronce Antiguo IV en el Neguev y el Sinaí (Haiman, 1996), muchos de los cuales están tan bien conservados que han recibido el apelativo de «museos al aire libre» (Gophna, 1992, p. 134). La mayor parte de estos yacimientos son muy pequeños (de 1.000 a 5.000 m^2), y se localizan en áreas previamente deshabitadas. Conocemos yacimientos más grandes, dos de los cuales están excavados: Beer Resisim (aproximadamente 1,5 ha) y Har Yeruham (5.000 m^2; véase Gophna, 1992: ilustraciones 5.4-5.6, para los planos de ambos yacimientos). En estos yacimientos, así como en otros de la misma zona, las estructuras domésticas eran de forma oval, con un diámetro de 2 a 4 metros. La mayoría de estos lugares tuvieron una ocupación breve, quizá no superior a dos o tres generaciones. Esta última característica llevó a Gophna a llamarlos «asentamientos transitorios» (1992, p. 137).

En agudo contraste con la cultura del Bronce Antiguo IV en el Neguev y el Sinaí, en la zona de la Transjordania las prospecciones y excavaciones han revelado una importante área fechable en este mismo periodo. Aparentemente existieron aquí particularidades regionales como existen en Cisjordania, plasmadas en las diferencias de los repertorios cerámicos. La existencia de estos yacimientos, como Khirbet Iskander, con arquitectura monumental, fortificaciones y barrios residenciales, sugiere que, en algunos casos al menos, no se rompió la continuidad cultural con el Bronce Antiguo II y III (para más detalles véase Richard y Boraas, 1988). Es obvio a partir de este breve examen, que el patrón de asentamiento del Bronce Antiguo IV varió enormemente según las regiones. Queda por verse si esto tiene o no implicaciones para la identidad del pueblo (o pueblos) que las habitaron.

Interesantes son las prácticas de enterramiento de este periodo, que incluían tumbas de fosa así como túmulos, diseminados por diferentes partes de la región. Por lo que respecta a este último caso, el cuerpo era colocado en una sepultura poco profunda cubierta después con un montículo de piedras o de tierra. También se utilizaron dólmenes, y, de hecho, hay miles de ellos en el Golán y Transjordania (Gophna, 1992, mapa 5.2; Zohar, 1993).

Finalmente, por la razón que sea, en comparación con los periodos anteriores del Bronce Antiguo II-III, se han recuperado más objetos de cobre, la mayoría en forma de armas (puñales, lanzas, hachas de guerra y puntas de

flecha; cf. Gophna, 1992, pp. 147-152). Aún hay muchas preguntas sin contestar acerca de estos objetos. ¿Fueron importados y, si es así, de dónde? ¿Quiénes fueron los artesanos que los produjeron? ¿Cuál es la fuente del cobre? También se han encontrado adornos, entre ellos anillos, brazaletes y pendientes.

CONCLUSIONES

Los restos materiales pertenecientes al Bronce Antiguo IV revelan claramente un amplio grado de adaptación y subsistencia económica. Utensilios de molienda y herramientas de sílex, junto a restos florales de cebada, trigo y otros cereales, apuntan al cultivo del grano como fuente principal de la economía. Por otro lado, los restos óseos de ovejas, bóvidos, cerdos y cabras indican la práctica de la cría de ganado. Sin embargo, no se encuentran todas las variedades de animales en las mismas regiones. Ésta es otra indicación de que las diferencias regionales persistieron a lo largo del periodo. La presencia de huesos de gacela y antílope también indican que la caza jugó un cierto papel en el conjunto del esquema económico. Los restos de cerámica y hallazgos especiales, como la famosa copa de plata encontrada en un tumba cerca de 'Ayin Samiyu (Gophna, 1992, ilustraciones 5.21, 5.22), sugieren la existencia de relaciones comerciales con áreas del norte de Palestina. Es Siria el lugar más frecuentemente propuesto (Richard, 1987, p. 38).

Quizá la conclusión más trascendental a tenor de los datos arqueológicos es que los tres últimos siglos del III milenio a.C. fueron tan sedentarios como nómadas. Así, el cambio pudo no haber sido tan abrupto como suponía el antiguo modelo del «nomadismo». De hecho, Richard y Boraas identificaron catorce características del Bronce Antiguo IV que lo ligaban con el precedente Bronce Antiguo III (1988, p. 127). Debería ser obvio a partir de tales estudios que los antiguos modelos no son ya suficientes para explicar esta compleja y diversa sociedad. Es de esperar que el llamamiento de Dever a la realización de «un trabajo de campo y una investigación más precisos, sofisticados y disciplinados en la próxima generación» (1995b, p. 295) sea escuchado y reciba respuesta.

5. LA EDAD DEL BRONCE MEDIO (2000-1550 A.C.)

> Este es el nacimiento, florecimiento y declive de Canaán tal y como se refleja en la antigua tradición israelita. Es realmente el primer periodo histórico en Eretz-Israel del que se han preservado documentos escritos … lo cual da vida a los desnudos descubrimientos arqueológicos.
>
> Y. AHARONI, 1978

En algún momento del siglo XX a.C., se produjo un renacer de las ciudades así como la emergencia de un alto nivel de cultura material en Palestina que duraría cerca de 800 años. Los arqueólogos han dividido este largo periodo en dos subperiodos principales: Edad del Bronce Medio y Edad del Bronce Tardío. La Edad del Bronce Medio ocupa la primera mitad del II milenio a.C. Sobre la base de los restos materiales encontrados en los emplazamientos excavados del Bronce Medio (figura 5.1), pueden identificarse varias características distintivas (véase Ilan, 1995). Éstas incluyen la extensión del uso del bronce, especialmente en la manufactura de las armas; nuevos patrones de asentamiento, acompañados de la construcción de grandes ciudades fortificadas; y la extensión del uso del torno de alfarero. Contamos también con documentos escritos, particularmente procedentes de Egipto y Mesopotamia, en los cuales se nombran por primera vez ciudades palestinas, algunas de las cuales menciona la Biblia. De las misma época data una arquitectura monumental que incluye, junto a imponentes muros defensivos y puertas tripartitas de acceso a la ciudad, palacios y las llamadas casas «patricias». Se documentan, asimismo, nuevas prácticas funerarias (en el interior de los asentamientos). Existen también indicios de prácticas comerciales a nivel internacional y de una estructura jerárquica de tipo político y social.

En los últimos años se han publicado varios resúmenes de este periodo, muchos con completas bibliografías. Su lectura es muy recomendable, no sólo para obtener una buena impresión global de la Edad del Bronce Medio, sino

también para comprobar cómo ha cambiado la comprensión de este periodo en los últimos veinte o treinta años: véanse B. Mazar (1968); Kenyon (1973a); A. Mazar (1990, pp. 174-231); Kempinski (1992b); Ilan (1995). Junto a estos resúmenes, se han llevado a cabo muchos estudios especializados sobre varios aspectos de la Edad del Bronce Medio. La lista es demasiado larga para recogerla aquí, pero nos referiremos a muchos de ellos a lo largo de este capítulo.

La cronología de la Edad del Bronce Medio

Muy pocos periodos en la arqueología del Oriente Próximo cuentan con una cronología y una nomenclatura tan confusas y controvertidas como la Edad del Bronce Medio. Aunque todas las fuentes sitúan la Edad del Bronce Medio (al menos la mayor parte de ellas) en la primera mitad del II milenio a.C., persiste aún un gran desacuerdo sobre subfases, nomenclatura descriptiva y datación absoluta.[1] Aquí, para ser consecuente, utilizaré la nomenclatura y las fechas sugeridas para la Edad del Bronce Medio en la reciente publicación de *OEANE*, vol. 5, p. 411. Hago esto por dos razones: primera, esta publicación especializada sin duda se convertirá en el trabajo de referencia habitual para la arqueología del Oriente Próximo durante muchos años; y en segundo lugar porque, a excepción de algunos integrantes de la escuela israelí, la mayoría de los arqueólogos parece optar por este esquema (véase la discusión en Dever, 1987a). En esta publicación, la Edad del Bronce Medio se divide en las siguientes fases:

Bronce Medio I: 2000-1800
Bronce Medio II: 1800-1650
Bronce Medio III: 1650-1500

Es esencial darse cuenta de que el mismo periodo (o periodos) puede ser nombrado y fechado de forma diferente en otras publicaciones (por ejemplo, Bronce Medio I=Bronce Medio II). Es de esperar que un día cesará toda esta confusión. Sin embargo, hoy por hoy, los arqueólogos no sólo debaten las cuestiones de la nomenclatura y las fechas relativas para cada subperiodo que hemos enumerado previamente, sino que también debaten de modo enérgico el tema de la cronología absoluta de la Edad del Bronce Medio (*inter alia*, véase Beck y Zevulum, 1996; Bietak, 1991; Dever, 1991a, 1992b; Ward, 1992; Ward y Dever, 1994; Weinstein, 1991, 1992, 1996). Las discusiones son a menudo bastante técnicas y tediosas, e implican asunciones por parte de los arqueólogos que incluyen desde metodología, perfiles estratigráficos, tipología cerámica y datación, hasta la apropiada utilización de la cronología egip-

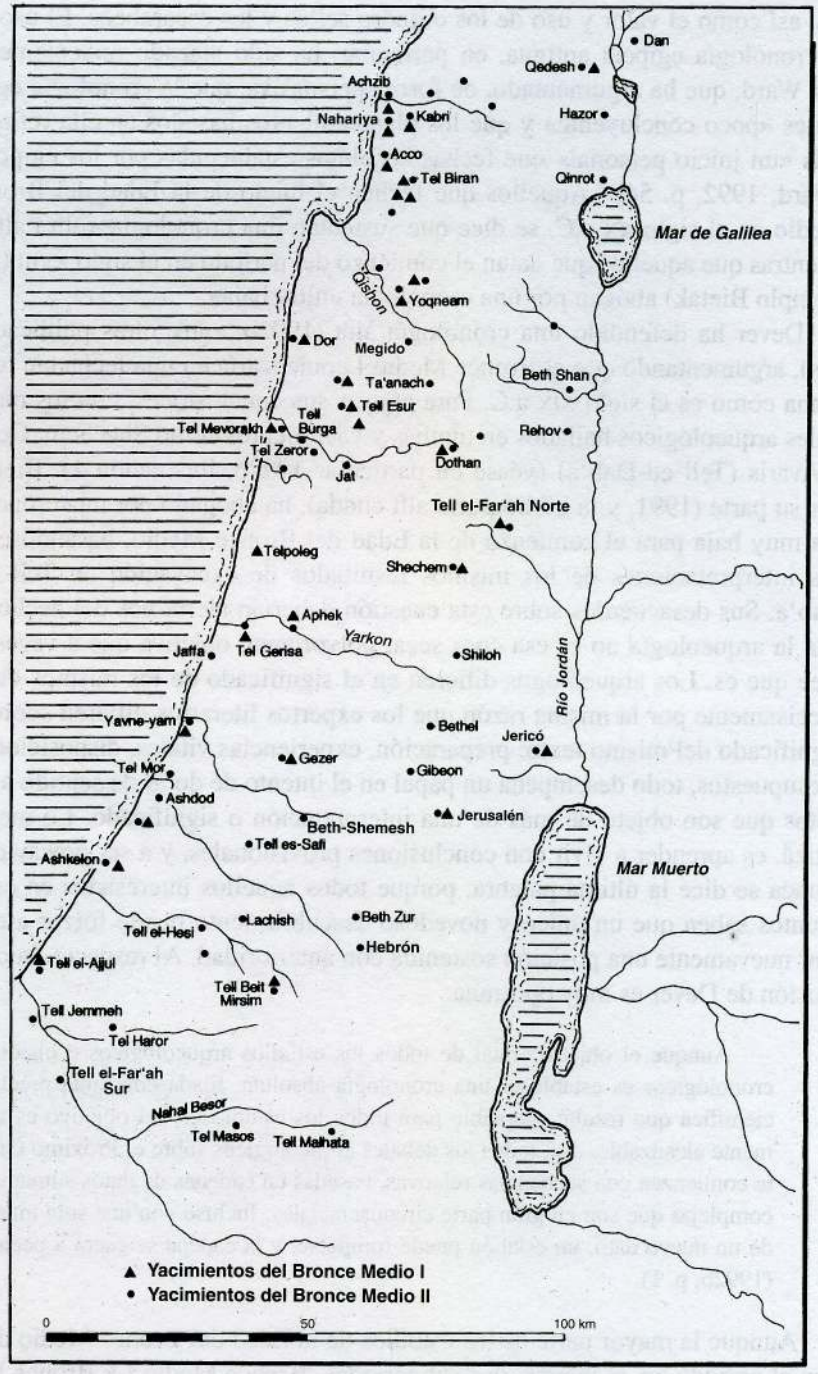

FIGURA 5.1. Mapa de los yacimientos de la Edad del Bronce Medio.

cia, así como el valor y uso de los cilindro sellos y los escarabeos. El uso de la cronología egipcia antigua, en particular, ha sido atacado recientemente por Ward, que ha argumentado, de forma persuasiva, que la cronología egipcia es «poco concluyente» y que los planteamientos basados en ella reflejan más «un juicio personal» que fechas absolutas establecidas por los egipcios (Ward, 1992, p. 54).[2] Aquellos que fechan el inicio de la Edad del Bronce Medio en el siglo XX a.C. se dice que sustentan una cronología «ultra alta», mientras que aquellos que datan el comienzo del periodo en el siglo XVIII (por ejemplo Bietak) abogan por una cronología «ultra baja».

Dever ha defendido una cronología alta (1992b, entre otras publicaciones), argumentando que el Bronce Medio I comenzaría en una fecha tan temprana como es el siglo XIX a.C. Para apoyar sus conclusiones, cita los materiales arqueológicos hallados en tumbas y yacimientos como Shechem, Gezer y Avaris (Tell ed-Dab'a) (véase en particular 1992b, ilustración 1). Bietak, por su parte (1991, y la bibliografía allí citada), ha abogado por una cronología muy baja para el comienzo de la Edad del Bronce Medio, basándose en sus interpretaciones de los mismos resultados de excavación en Tell ed-Dab'a. Sus desacuerdos sobre esta cuestión deberían alertarnos del hecho de que la arqueología no es esa cosa seca, polvorienta, objetiva que a veces se cree que es. Los arqueólogos difieren en el significado de los mismos datos precisamente por la misma razón que los expertos literarios difieren sobre el significado del mismo texto: preparación, experiencias vitales, disposiciones, presupuestos, todo desempeña un papel en el intento de dotar de sentido a los datos que son objeto de más de una interpretación o significado. Lo mejor, quizá, es aprender a vivir con conclusiones provisionales, y a ser precavidos. Nunca se dice la última palabra, porque todos aquellos interesados en estos asuntos saben que un único y novedoso descubrimiento puede forzar a evaluar nuevamente una posición sostenida con anterioridad. Al respecto, la conclusión de Dever es muy oportuna:

> Aunque el objetivo final de todos los estudios arqueológicos e históricos cronológicos es establecer una cronología absoluta, fijada con tanta precisión científica que resulte aceptable para todos los estudiosos, tal objetivo es raramente alcanzable. Así, todos los debates arqueológicos sobre el Próximo Oriente comienzan con secuencias relativas, basadas en cadenas de datos sumamente complejas que son en gran parte circunstanciales. Incluso con una sola muestra de un nuevo dato, un eslabón puede romperse, y la cadena se caerá a pedazos. (1992b, p. 1).

Aunque la mayor parte de los estudios de la Edad del Bronce Medio dividen el periodo en, al menos, dos subperiodos, Bronce Medio I y Bronce Medio II, por razones de espacio, trataré el periodo como un todo.

El origen de la Edad del Bronce Medio

Del mismo modo que los arqueólogos discrepan en la datación de la Edad del Bronce Medio, así también discuten sobre el origen de la población que la inició. Existen sólo tres opciones razonables: o bien el grupo (o grupos) de población provenía del previo Bronce Antiguo IV (y, de este modo, eran indígenas), o bien venían del exterior, o bien, y esto es lo más plausible, la población del Bronce Medio I se forjó a partir de una combinación de ambos conjuntos humanos. En los años sesenta y setenta era corriente argumentar que la cultura de la Edad del Bronce Medio se generó como consecuencia de la llegada de un nuevo grupo (o grupos) proveniente del norte, particularmente de Siria, identificados como «amoritas» (véase en especial Kenyon, 1973a; 1979, pp. 148-179; Dever 1970, incluida la bibliografía). Estos amoritas serían los responsables de establecer la llamada cultura «cananea»[3] que encontramos en los textos ugaríticos y en la páginas de la Biblia. Otros (Gerstenblith, 1980; Tubb, 1983) han argumentado que en el periodo de la Edad del Bronce Medio en Palestina se produjo un «desarrollo indígena de la población como respuesta a la reanudación de unas condiciones más favorables, tanto climáticas como económicas, las cuales permitieron una vuelta al asentamiento urbano» (Tubb, 1983, p. 59).

Más recientemente, Ilan (1995) ha llegado a la conclusión de que los cambios visibles en los restos materiales de la Edad del Bronce Medio reflejan «una compleja combinación de factores exógenos y endógenos» (p. 297). Como él acertadamente apunta, el auténtico problema aquí es el de establecer una metodología válida que nos permita identificar los movimientos de población en el registro arqueológico.[4] Ha sugerido cuatro criterios para apoyar su hipótesis de que efectivamente tuvo lugar la inmigración desde Siria a Palestina durante la Edad del Bronce Medio, o al menos el «intercambio de información» (una expresión bastante ambigua). Sus criterios son interesantes y merecen ser tenidos en cuenta (1995, pp. 300-301):

1. En varios casos, tales como Tel Dan (la Laish cananea), Acco y Ashkelon, las puertas de ladrillo del Bronce Medio fueron construidas y rápidamente obstruidas debido al rápido deterioro causado por un clima más húmedo. La postura de Ilan es que el ladrillo de barro secado al sol no funcionaba tan bien en Palestina como en Siria.

2. La presencia de nuevas prácticas funerarias (en el interior de los asentamientos) que completaban, antes que reemplazaban, las tradiciones locales (véase especialmente 1995, pp. 318-319).

3. El análisis de los restos óseos, que indica que durante esta época estaba presente más de una población.

4. La cerámica local («pintada en crema») cuyo estilo, forma, etc., apuntan a una fuente siria.

Si esta nueva población era o no «amorita» es una cuestión diferente (Ilan, 1995, p. 301). Pero la postura de Ilan de que al menos parte de la población del periodo del Bronce Medio I tuvo conexiones con el norte parece razonable.

Los textos históricos

Uno de los logros más importantes que tuvo lugar durante la Edad del Bronce Medio fue la escritura, tanto en Egipto como en Siria-Mesopotamia. De hecho, en algún momento de la primera mitad del II milenio a.C., los fenicios hicieron al mundo uno de sus más grandes regalos: el alfabeto (véase más adelante, capítulo 7). En consecuencia, se han hecho importantes descubrimientos de documentos escritos que datan de este periodo y que, por primera vez, proporcionan al arqueólogo textos coetáneos a los restos materiales no textuales.

Dos importantes descubrimientos de Egipto son los denominados textos de «execración» (inscripciones que contienen una maldición). El grupo más antiguo (hallado en Tebas) aparece escrito sobre cuencos, se encuentra actualmente en Berlín y se ha fechado en el siglo XX a.C. El otro grupo, datado a mediados del siglo XIX, está inscrito sobre figurillas (hoy en los museos de El Cairo y Bruselas). Ambos grupos contienen los nombres de ciudades que los egipcios consideraban sus enemigas. Los recipientes fueron rotos, al parecer en algún tipo de ritual, para asegurar su derrota. Estos recipientes contienen los nombres de algunas de las principales ciudades mencionadas en la Biblia, como Beth Shan, Jerusalén, Laish (Dan), Shechem, Hazor y Beth-Shemesh (*ANET*, pp. 238-239; véase también Kempinski, 1992b, pp. 159-160).

Otra fuente escrita que se cree vierte algo de luz sobre la época, es la llamada «Historia de Sinuhé» (*ANET*, pp. 18-22). Sea o no ficción, la historia se fecha en el siglo XX a.C. y trata de un hombre, Sinuhé, que de forma voluntaria se traslada de Egipto al norte de Canaán. Allí consigue el éxito aunque añora su hogar. Antes de volver a Egipto a petición del dirigente egipcio, San-Usert I (*c.* 1971-1928 a.C.), se encuentra con un grupo de nómadas en Palestina. Finalmente, de la primera mitad del siglo XVIII a.C. datan los llamados «Textos de Mari» (Malamat, 1970), que contienen registros comerciales. Según estos textos, el estaño, preciso para la fabricación del bronce, era comercializado en emplazamientos palestinos como Hazor y Laish (Dan).

Los patrones de asentamiento

Estudios recientes (por ejemplo, Broshi y Gophna, 1986; Gophna y Portugali, 1988) han hecho hincapié en los patrones regionales a la hora de hablar de la expansión y crecimiento de los emplazamientos de la Edad del Bronce Medio. Broshi y Gophna dividieron Palestina en 10 regiones y catalogaron unos 400 yacimientos. Es más, sobre la base de una fórmula de 250 personas por cada hectárea de área de ocupación, estimaron la población del Bronce Medio I (su Bronce Medio IIa) en aproximadamente 106.000 personas, 140.000 para el periodo del Bronce Medio II.[5] Asimismo, dedujeron que más del 75 por 100 de los asentamientos eran considerablemente pequeños, entre 1.000 m² y 1 ha.

El área de mayor concentración fue la región costera (Gophna y Portugali, 1988, ilustraciones 7-9). Durante el Bronce Medio I existirían unos cuarenta y nueve emplazamientos que vendrían a ocupar un área de más de 180 ha. Durante el Bronce Medio II, el número de asentamientos se incrementó hasta los sesenta y cinco sobre un área ocupacional de más de 200 ha. Que una buena parte de esta población costera provenía de otro lugar (bien de dentro o de fuera de Palestina) está indicado por el hecho de que se descubrió que el 80 por 100 de los emplazamientos identificados no contenían restos anteriores a la Edad del Bronce Antiguo (Broshi y Gophna, 1986, ilustración 2).

También otras áreas experimentaron un incremento en el número de asentamientos durante el Bronce Medio II. La baja Galilea, por ejemplo, pasa de cuatro asentamientos con unas 2 ha de área ocupada, a cincuenta y siete asentamientos con más de 35 ha. Los valles medio y bajo del Jordán contaban con dieciséis emplazamientos en unas 14 ha, durante el Bronce Medio I, y treinta y cuatro emplazamientos con unas 16 ha durante el Bronce Medio II. Algunas de las transformaciones más drásticas tuvieron lugar en Samaria. Con sólo cuatro asentamientos identificados del Bronce Medio I, ocupando alrededor de 11 ha, el área pasó a 105 asentamientos con 83 ha ocupadas en el Bronce Medio II. Todos estos datos ilustran claramente la expansión de los asentamientos durante la última parte de la Edad del Bronce Medio (véase Kempinski, 1992b, p. 166).

Aunque Broshi y Gophna identificaron unos 410 emplazamientos, debieron de haber sido muchos más, especialmente pequeños asentamientos, los cuales se pierden en el propio proceso de excavación. Gal (1991) dedujo a partir de su prospección de los valles de Jezrael y Beth Shan, que muchas aldeas agrícolas se hallarían enterradas bajo el suelo aluvial, donde son extremadamente difíciles de encontrar. ¡Incluso se descubrió una de estas aldeas bajo un estanque en Kibbutz Kfar Rupin, donde había pasado desapercibida durante treinta años (Gal, 1991, p. 29).

Cualquiera que sea el número de asentamientos de la Edad del Bronce Medio, muy pocos han sido excavados. En el norte, los más importantes son Tel Dan y Hazor. En el valle medio del Jordán, Beth Shan (yacimiento de la Edad del Bronce Medio de unas 5 ha de extensión) es el más importante hasta ahora excavado. En el valle de Jezrael, Megido se convirtió en una gran ciudad durante el Bronce Medio II y aparece en el grupo Poesner de textos de execración que mencionamos anteriormente. Durante esta época mediría unas 16 ha, y contaría con una gran muralla, palacios y una nueva puerta.

Aunque la mayor parte de los yacimientos de la Edad del Bronce Medio en Samaria corresponden al Bronce Medio II, Shechem es una excepción. Dominando la región montañosa central a lo largo de la Edad del Bronce, esta ciudad (de aproximadamente 5 ha de extensión[6] en el Bronce Medio I) pudo haber sido un centro para los asentamientos rurales, especialmente durante y después del Bronce Medio II (Kempinski, 1992b, p. 172). En Judá, Bethel (la Luz cananea), construida en el Bronce Medio II, medía aproximadamante unas 2 ha. Por otro lado, Gezer existió a lo largo de la Edad del Bronce Medio y alcanzó una extensión de unas 12 ha. Otros yacimientos importantes de la Edad del Bronce Medio de Judea son Hebrón, Lachish y Jerusalén. Esta última ciudad se estima que habría tenido unas 4 ha durante este periodo.

Con mucho, la mayor concentración de grandes asentamientos se produjo en la llanura costera. En el norte, ocho asentamientos ocupaban en torno a 93 ha. Todos ellos, menos uno, estuvieron ocupados a lo largo de la Edad del Bronce Medio. El yacimiento más grande es Tel Kabri, con cerca de 40 ha. Seis de estos emplazamientos tenían sistemas de murallas defensivas (véase más adelante). Al sur del Monte Carmelo, se han descubierto varios yacimientos que también habían existido a lo largo de la Edad del Bronce Medio, de los cuales el mayor de ellos es Yavne Yam (65 ha). Otros asentamientos son Ashkelon (50 ha), Aphek (10 ha), Dor (10 ha), y Tell el-'Ajjul (12 ha). 'Ajjul ha sido identificado con la antigua Sharuhen (famosa gracias a los hicsos) [ver más adelante]. Aphek fue un importante emplazamiento en la cuenca del Yarkon (Kempinski, 1992b, p. 170). Aquí, se han descubierto restos de grandes edificios identificados como palacios y una casa patricia, datados en el Bronce Medio I-II. La casa patricia tenía un grueso piso de cal, rasgo que se ha descrito como «lo más característico» de los suelos en los palacios y las casas de este tipo en ese periodo (Kempinski, 1992b, p. 170). Casas de esta clase se han documentado también en otros yacimientos del Bronce Medio, como Megido (1992b, p. 172, figura 6.7). La gente de Aphek practicaba enterramientos bajo los suelos de sus casas, tal y como ocurre en Megido. En contraste con estos ejemplos, el poblamiento del Neguev septentrional durante la Edad del Bronce Medio fue muy escaso. Sólo se han encontrado dos pequeños yacimientos del Bronce Medio II. Por otro lado, se piensa

que la existencia de varias ciudades portuarias a lo largo de la costa, como Mevorakh, Tel Poleg, Jerishe y Nahariya, podría ser un indicador del comercio entre Siria y Palestina durante la Edad del Bronce Medio (Kempinski, 1992b).

No sabemos aún con certeza cómo las grandes «ciudades» estaban relacionadas con las poblaciones más pequeñas así como con las aldeas. Algunos autores han interpretado dos de los yacimientos conocidos más destacados, Shechem y Jerusalén, como «centros de control», contando cada ciudad con su propio «jefe» (véase Finkelstein y Gophna, 1993). Por su parte, otros (por ejemplo Bienkowski, 1989) consideran que existió un sistema político fragmentado en el que las diferentes ciudades-estado competían por los recursos, lo cual condujo, en última instancia, al colapso de la cultura de la Edad del Bronce Medio.

Ilan, en su estudio (1995, ilustración 6), habla de lo que él denomina «ciudades puerta» que habrían existido a lo largo de los periodos de la Edad del Bronce Medio II-III (*c.* 1800-1550 a.C.), y ha sugerido tres tipos diferentes de «puertas», basándose en la situación geográfica, tamaño e indicadores de tipo económico: de «primer orden», tales como Hazor y Tell el-Dab'a (Avaris, en el delta del Nilo); de «segundo orden», entre las que se incluyen Ashkelon, Kabri y Pella; y de «tercer orden», tales como Jericó y Dan (Laish). Además, clasificó otros asentamientos como «centro (o centros) regionales» (así Megido, Beth Shan y Shechem) y «subregionales» (entre ellos Tell el-Hayyat y Afula). Las dos últimas categorías son «aldea» y «granja» o «alquería» (Ilan, 1995, p. 305).

Parece factible suponer que las ciudades más grandes, tales como Hazor, controlaban el territorio circundante. La imagen que emerge a partir de estos recientes estudios socioantropológicos es la de una sociedad compleja que sostenía a una minoría que habitaba en las ciudades principales, muchas de las cuales incluían instituciones del tipo «templo-palacio», más un campesinado rural en la periferia sociopolítica (Ilan, 1995, p. 306; Kempinski, 1992b).

La arquitectura de la Edad del Bronce Medio

Tomados como un todo, los restos arquitectónicos de la Edad del Bronce Medio pueden dividirse en cuatro categorías principales: domésticos; reales (palacios); cultuales (especialmente templos); y defensivos (puertas, murallas y muros con talud).

Restos de tipo doméstico (Kempinski, 1992b, pp. 194-196; Ben Dor, 1992, pp. 99-102)

La construcción doméstica más común durante esta época fue la casa en torno a un patio que aparece durante el Bronce Medio I y continúa a lo largo de la Edad el Bronce. Sin embargo, debido a la inclinación de los arqueólogos a concentrarse en los restos públicos monumentales tales como «palacios» y sistemas defensivos, se ha recuperado poca arquitectura doméstica. Una construcción doméstica típica consistía en un patio normalmente rodeado por varias estancias (Ben-Dor, 1992, en especial las ilustraciones 1 y 2). En los recintos amurallados, las casas tienen habitualmente paredes comunes como forma de aprovechar el espacio. Se han encontrado buenos ejemplos en Megido y Tel Nagilah (Ben-Dor, 1992, ilustraciones 3, 4). Estos patios varían en tamaño y van desde los 2-3 a los 4-4,5 metros. Es más, parecen haberse utilizado para la reunión tanto de personas como de animales, especialmente en las pequeñas aldeas no amuralladas.

Un tipo especial de construcción doméstica de mayor tamaño que las más comunes es la llamada casa «patricia». Fue Albright quien primero utilizó este término para referirse a una estructura que descubrió en Tell Beit Mirsim (Kempinski, 1992b, pp. 195-196, ilustración 6.25; Ben-Dor, 1992, pp. 101-102, ilustración 7; Oren, 1992, pp. 115-117). Ésta tiene casi 9 metros de largo y 5 de ancho. Contamos con ejemplos de casas similares en Megido (Kempinski, 1992b, ilustración 6.26), Ta'anach, y Tell el-'Ajjul. La mayor parte de los autores asume que este tipo de casas pertenecía a una elite dirigente-pudiente. Sin embargo, debido a la naturaleza fragmentaria de muchos de los restos, y a la ausencia de textos escritos contemporáneos que describan tales edificios y sus funciones, no conocemos su verdero uso.[7]

Palacios (Oren, 1992, pp. 105-115; Kempinski, 1992b, p. 196)

La misma dificultad que teníamos a la hora de identificar los restos materiales como casas «patricias» es la que tenemos para el caso de los «palacios», y por la misma razón: lo que queda de estas estructuras es o un accidente de la naturaleza y/o lo que han dejado los ladrones, tanto antiguos como modernos. Sin embargo, se han hallado restos identificados como palacios de la Edad del Bronce Medio en lugares como Megido, Tell el-'Ajjul, Aphek y Shechem (Oren, 1992, ilustraciones 1, 6, 8, 9 respectivamente). Los estratos XII-X de Megido han servido durante tiempo como modelo de ciudad palestina cananea. Allí, los arqueólogos pusieron al descubierto los restos de lo que se ha in-

terpretado como ocho palacios en tres áreas: AA, BB y DD. Los vestigios mejor conservados se encuentran en AA, y se han fechado a finales de la Edad del Bronce Medio. Según Oren (1992, ilustración 2) este palacio continuó en uso con pocas modificaciones en la Edad del Bronce Tardío.

Todas las estructuras que se cree pudieran tratarse de palacios consisten en un patio rodeado por estancias en, al menos, tres de sus lados. Ésta es la misma descripción general que hicimos de las casas privadas mencionadas con anterioridad. Sin embargo, una de las principales diferencias entre ambas es el tamaño. Los palacios son mucho más grandes, con muchas más habitaciones (aunque sólo podemos suponer la función de la mayoría de las estancias), oscilando entre los 740 m^2 (Megido, estrato X) y los 1.115 m^2 (Tell el-'Ajjul). Sin embargo, comparados con los de Siria y Mesopotamia, los palacios palestinos son muchos más pequeños y simples. En Mari (Mesopotamia), uno de los palacios encontrados medía más de 23.000 m^2, y contaba con más de 300 habitaciones. Muchos arqueólogos creen que los palacios de estas regiones tuvieron una considerable influencia en la construcción de los palacios de Palestina.

Si es acertado describir tales vestigios como palacios, entonces, políticamente es también seguro concluir que durante la segunda mitad de la Edad del Bronce Medio existió en Palestina un sistema político jerárquico centrado en los reyes o en los gobernantes de las ciudades. Dever, en su resumen más reciente de este periodo (1987a), concluyó que los grandes emplazamientos urbanos (para Dever, los emplazamientos de más de 8 ha) dominaron a otros asentamientos y constituyeron un «patrón organizado de forma jerárquica en tres niveles» (véanse especialmente pp. 152-153). Otro indicio arqueológico de esta dominación son los imponentes restos de muchas fortificaciones.

Fortificaciones

En una fecha tan temprana como el Bronce Medio I, en yacimientos como Dan y Hazor en el valle de Huleh, Jericó en el valle bajo del Jordán, y en una docena o más de enclaves en la llanura costera, empezaron a construirse grandes fortificaciones que incluían puertas de acceso triples y grandes terraplenes de tierra llamados «taludes». Se considera que la expansión de este tipo de estructuras en el periodo del Bronce Medio II sería «el rasgo individual más característico de las fases más desarrolladas de este periodo» (Dever, 1987a, p. 153). En su estudio, Broshi y Gophna (1986) identificaron unos veinticinco emplazamientos fortificados correspondientes al Bronce Medio I (su Bronce Medio IIa). De ellos, unos diez se mantuvieron durante las fases siguientes de la Edad del Bronce Medio. Estos emplazamientos oscilan desde

los que tenían unas pocas hectáreas hasta otros mucho más grandes como Hazor (80 ha) y Yavne Yam (65 ha).

Los muros con talud

Una de las principales características físicas de muchas ciudades y asentamientos de la Edad del Bronce Medio es el talud de tierra (Kempinski, 1992b, p. 175, ilustración 6.11). Durante años se creyó que el principal propósito de esta construcción era la protección frente a enemigos exteriores (por ejemplo Kenyon, 1973a, p. 115). Se pensaba que protegían la ciudad de tácticas de ataque como pudieran ser los arietes o los incendios. Es más, normalmente se asume (véase Kempinski, 1992b, pp. 175-176) que este tipo de construcción se originó en el norte de Siria y Mesopotamia. Recientemente, sin embargo, las explicaciones defensivas han dado paso a nuevas teorías. Bunimovitz (1992) ha argumentado que los taludes fueron construidos más como un símbolo de *status* de los líderes locales (reyes de las ciudades-estado) que por razones militares. Construir tales estructuras proporcionaba una «expresión simbólica de la capacidad y poder del dirigente» (Bunimovitz, 1992, p. 225). Finkelstein (1992) también ha revisado la interpretación tradicional y ha concluido que fueron edificadas más bien como «propaganda» por parte de los dirigentes locales que querían hacer alarde de su poder y riqueza.

Estas críticas de Finkelstein y Bunimovitz, entre otros, sin embargo no excluyen las motivaciones defensivas. Los taludes eran imponentes construcciones de tierra y piedra que, incluso si no fueron construidos única o principalmente por motivos defensivos, habrían dado protección a los habitantes de su interior. Muchas de estas estructuras miden más de 30 metros de ancho en la base y originalmente tendrían más de 12 metros de altura (Ilan, 1995, p. 316). En Tel Dan (Biran, 1994, pp. 58-73; ilustraciones 32, 34, 36, 38-41) el talud fue contruido en algún momento de los siglos XIX-XVIII a.C., comprendiendo el Bronce Medio I y II. Se descubrió que su núcleo tendría más de 6 metros de grosor y conservaba una altura de más de 9 metros (figura 5.2). El talud se levantó a ambos lados del núcleo para impedir que la masa exterior derrumbara la parte central. Biran ha estimado la anchura de la muralla en su base en cerca de 60 metros. Se descubrió también que el núcleo del muro difería según su situación. Esto es, los constructores utilizaron aquellos materiales disponibles, adaptándose a la forma natural del terreno y, desde luego, no se empleó un único sistema constructivo.[8] Además de la de Tel Dan, se conocen muros con talud en muchos otros yacimientos palestinos, incluidos Hazor, Jericó, Beth Shan, Lachish, Ashkelon y Gezer.

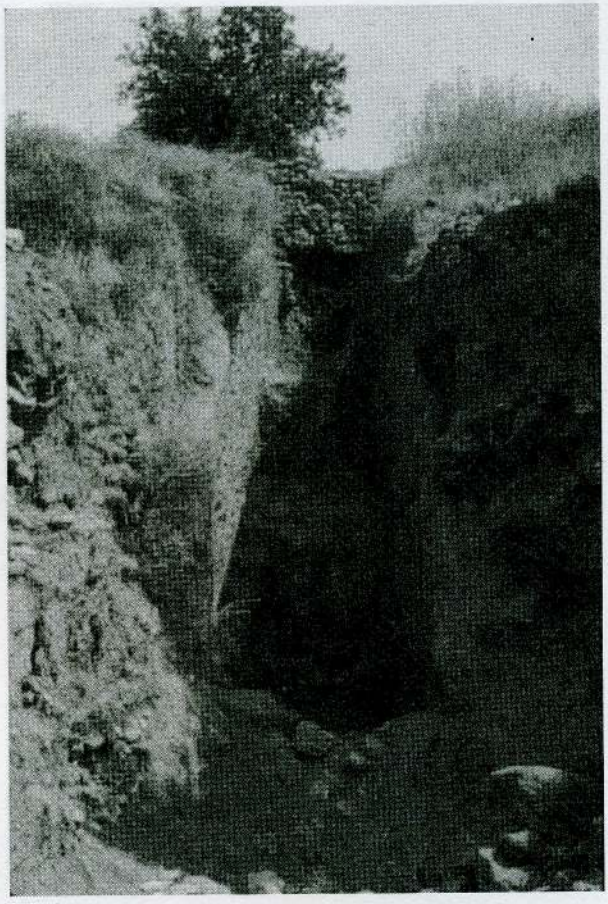

FIGURA 5.2. Muralla con talud de la Edad del Bronce Medio en Tel Dan. Apréciese el núcleo pétreo en la parte superior. Fotografía de J. Laughlin.

Las puertas de la ciudad (Kempinski, 1992d, pp. 134-136)

Todos los emplazamientos fortificados deben tener un camino por el que los habitantes entren y salgan; de ahí la necesidad de las puertas. Aunque no todas las puertas de la Edad del Bronce Medio fueron construidas igual, el estilo más común es la puerta triple, como las de Tel Yavne Yam, Shechem, Hazor, Tel Dan y Alalakh (Turquía) (Kempinski, 1992d, ilustraciones 18-22). De todos los restos de puertas datados en la Edad del Bronce Medio documentados hasta el momento, ninguno es tan espectacular como el hallado en Tel Dan (figura 5.3). Descubierta en 1979 (Biran, 1994, pp. 75-90) en el

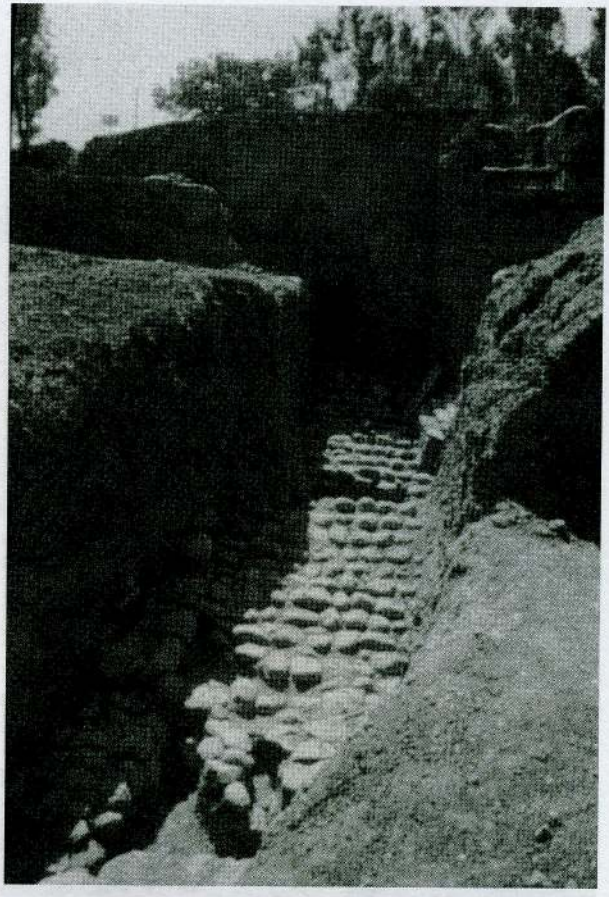

FIGURA 5.3. Puerta de la Edad del Bronce Medio, Tel Dan. Fotografía de J. Laughlin.

extremo suroriental del yacimiento, la puerta de ladrillo se componía de dos torres, cada una de cerca de 5 metros de ancho; una entrada de triple arco, y cuatro cámaras, cada una de aproximadamente 4,5 por 2,5 metros (figura 5.4). Los restos cerámicos hallados sobre el piso de una de las cámaras fecharon la puerta en el Bronce Medio I-II (Bronce Medio IIA-B según la nomenclatura de Biran), o en torno a mediados del siglo XVIII a.C. En total, el complejo tiene unos 7 metros de alto, con diecisiete hiladas de ladrillo conservadas sobre los arcos. La entrada en sí misma tiene más de 3 metros de alto y casi 2,5 de ancho. Cada arco se compone de tres hileras radiales de ladrillo. La estructura completa de la puerta tiene aproximadamente 13,5 metros de largo y 15 de ancho. La distancia entre los arcos es de casi 10,5 metros. El acceso a la puerta desde el exterior se hacía mediante escalones de piedra, veinte de los cuales se

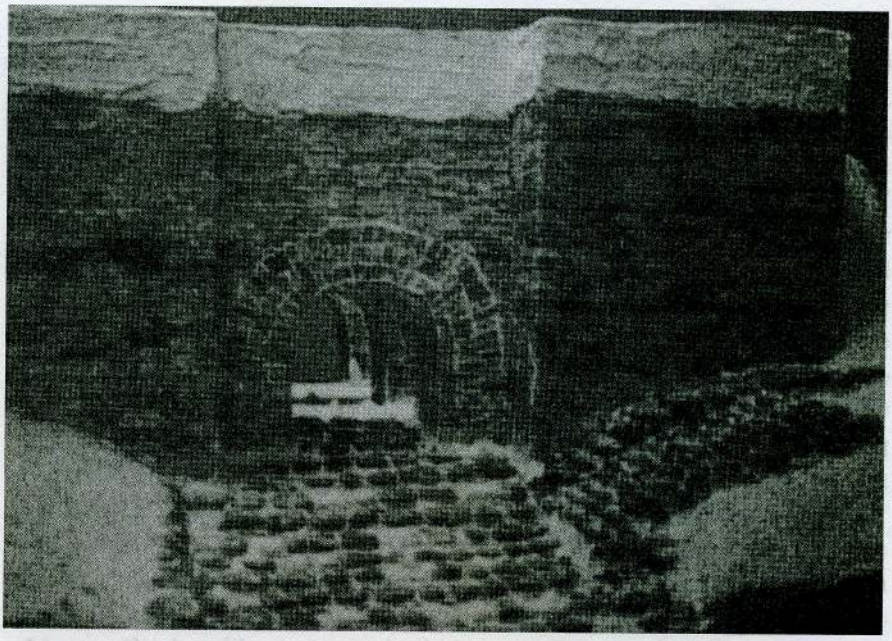

FIGURA 5.4. Modelo de reconstrucción de la puerta de la Edad del Bronce Medio, Tel Dan. Fotografía de J. Laughlin.

hallaron a unos 11 metros al este. También se encontraron escalones que conducían por la parte interna a la ciudad. A unos 50 cm por debajo de los escalones exteriores, se halló otra hilera. Este descubrimiento, más el de un umbral más antiguo, llevó al excavador a concluir que la puerta pasó por, al menos, dos estadios de uso antes de que fuera tapada e incorporada a la muralla del Bronce Medio.

Templos-lugares de culto (Dever, 1987a, pp. 165-71; A. Mazar, 1992a)

Es siempre difícil tratar de introducirnos en los pensamientos de las poblaciones antiguas, incluso cuando existen textos escritos contemporáneos al momento que uno investiga. En ninguna otra esfera es esto más cierto como en la de las creencias y prácticas religiosas. Está siempre presente el peligro de leer las nociones propias en los restos materiales, o de no comprender el verdadero significado de los datos. No obstante, parece haber una buena cantidad de lo que podríamos llamar materiales de índole «cultual» en la Edad del Bronce Medio. En este material se incluyen los «restos de templos», descubiertos en lugares tales como Hazor, Shechem y Megido. Los restos de

Shechem, que han recibido la denominación de *migdal* o templo fortaleza (cf. G. E. Wright, 1965, pp. 80-102), consisten en gruesos muros de más de 5 metros de ancho que circundan un área total de 26 por 21 metros. Se halló un edificio similar en Megido. Asociadas con el edificio de Shechem había unas serie de piedras en posición vertical o *massebot*. El excavador, G. E. Wright, indicó que en el centro de la entrada a este templo existió una vez una columna de piedra de más de 75 cm de diámetro. Algunos comentaristas han asociado esta instalación de Shechem con las historias bíblicas de Josué 24, 21-27 y Jueces, 9, 6 (Campbell, 1983). En ocasiones se ha definido a esta estructura como un «gran edificio» (A. Mazar, 1992a, p. 169), cuya tradición arquitectónica se remonta a Siria. Otros templos se creen originarios de Canaán y el sur de Siria (para una discusión general, véase A. Mazar, 1992a, pp. 164-169).[9] También datan de la Edad del Bronce Medio dos edificios interpretados como templos en Tell ed-Dab'a (Avaris) de la época de los hicsos.

Además de los edificios cultuales, se han descubierto lugares al aire libre, entre ellos destacan dos. Uno es Nahariya (A. Mazar 1992 a: ilustración 1), al norte de Acco, en la costa mediterránea. Se hallaron en este lugar una gran cantidad de quemadores de incienso junto a una serie de figurillas femeninas hechas de arcilla y bronce. Otro emplazamiento al aire libre del Bronce Medio bien conocido es la «Acrópolis» de Gezer. Se compone de diez piedras verticales o pilares. Datado a finales del Bronce Medio II por Dever, se cree que quizá esas piedras representarían diez ciudades o asentamientos o incluso dirigentes que formaron alguna especie de liga.

Entre los objetos cultuales de este periodo se incluyen figurillas femeninas, como las dos fabricadas en oro procedentes de Gezer. Dever ha interpretado estos espectaculares hallazgos como representaciones de 'Asherah, la diosa de la fertilidad cananea (1987a: 168). Otros hallazgos (es el caso de una serie de recipientes cerámicos en miniatura o figurillas zoomorfas), se han identificado como ofrendas votivas. Todos estos objetos estuvieron probablemente asociados a ritos de la fertilidad propios de las deidades cananeas.

Artes y oficios

La producción artística de la Edad del Bronce Medio incluye esculturas en las que se reflejan los estilos mesopotámicos (Kempinski, 1992b, ilustraciones 6.31-6.33). Una de éstas es una estatua de basalto, encontrada en Hazor, que pudiera representar a un dirigente. Se ha dicho de esta pieza que sería «la única estatua descubierta hasta ahora en la Tierra de Israel que puede ser adscrita con claridad a la escuela siria» (Kempinski, 1992b, p. 200).

Fueron también populares durante la Edad del Bronce Medio las cajas de madera con incrustaciones en hueso procedentes de las tumbas, con un tamaño que oscilaría entre 7,5×12,5 cm y los 12,5×17,5 cm (Kempinski, 1992b, ilustraciones 6.34, 6.35). Los artesanos que fabricaron estas piezas estaban también familiarizados con la fayenza (conseguida añadiendo arena a la arcilla antes de la cocción), y comienzan a aparecer recipientes fabricados mediante este proceso en el Bronce Medio II (Kempinski, 1992b, ilustración 6.36). Muchos de estos objetos reflejan formas egipcias y son tomados por los arqueólogos como una prueba de la influencia egipcia en las prácticas funerarias locales.

Era conocido tanto el alabastro importado como el fabricado a nivel local. La diferencia entre ambos, según Kempinski (1992b, p. 202), es que el alabastro egipcio está hecho de carbonato cálcico y se modelaba mediante perforación, mientras que los recipientes locales se componen de sulfato cálcico y se les daba forma utilizando un cincel. Otros objetos de este periodo son los cilindro sellos, tanto importados como fabricados localmente. Los importados provenían fundamentalmente de Siria, mientras que los locales reflejan una influencia egipcia (Kempinski, 1992b, pp. 202-203, ilustración 6.37).

Del mismo modo, se han recuperado figurillas metálicas y joyas. Las encontradas en Nahariya se interpretaron también como representaciones de la diosa de la fertilidad. A diferencia de las figurillas de oro de Gezer, fueron realizadas en plata. Un magnífico descubrimiento en Tell el-'Ajjul, demuestra el empleo del oro para las joyas personales (Kempinski, 1992b, p. 204, ilustraciones 6.40, 6.41, 6.44; véase también en el mismo volumen la lámina 31). Según Kempinski, este uso personal del oro no tuvo lugar hasta finales de la Edad del Bronce Medio. La razón no fue una carencia de orfebres, sino la falta de medios para pagar el metal (1992b, p. 204).

Armas (Kempinski, 1992b, ilustraciones 6.47-6.52, p. 206)

Las armas de la Edad del Bronce Medio estaban fabricadas en dicho metal e incluían hachas, venablos y dagas. La forma de las armas muestra un desarrollo evolutivo. Así, la denominada hacha «*duckbill*» (ornitorrinco) del Bronce Medio I da paso al hacha «*notched*» (de muesca) del Bronce Medio II. Aunque el carro de guerra era conocido en Siria hacia el siglo XIX a.C. (Kempinski, 1992b, p. 208), hay muy poca evidencia de su uso en Palestina durante la Edad del Bronce Medio. Excepto un arnés hallado en Tell el-'Ajjul, no podemos relacionar ningún otro descubrimiento de la Edad del Bronce Medio con la posibilidad de que existieran carros en la zona durante este periodo.

La cerámica

Con el extendido uso del torno rápido, la Edad del Bronce Medio fue la más productiva desde el punto de vista cerámico de toda la larga Edad del Bronce (para una antigua, pero aún útil descripción de la cerámica de la Edad del Bronce Medio, véase Amiran, 1970b, pp. 90-123; véase también Dever, 1987a, pp. 161-163). Los ceramistas de esta época produjeron una variedad de formas que incluían cuencos, cráteras, tazones, copas, cerámica de cocina, jarras y lámparas (además de los mencionados, véase Kempinski, 1992b, pp. 161-166; ilustraciones 6.3-6.4; pp. 14-15). Las fuentes de esta cerámica incluyen Biblos en la costa libanesa, Siria, y la cerámica local, hecha normalmente en las aldeas (Kempinski, 1992b, pp. 165-166). El sabor internacional de esta época se refleja también en la cerámica importada. A finales del periodo estaban difundidas bastantes variedades de la cerámica chipriota. La presencia de esta cerámica, así como de la cerámica de Tel el-Yehudiyeh procedente de Egipto, demuestra claramente que Palestina durante la Edad el Bronce Medio participaba del comercio internacional.

La cerámica de Tel el-Yehudiyeh es una importación especial. Llamada como el emplazamiento egipcio en el Delta donde se encontró por primera vez, aparece a finales del Bronce Medio I (Kempinski, 1992b, p. 165, ilustración 6.1 y lámina 30). La singularidad de los recipientes radica en la técnica de frotar una sustancia blanca (cal o pigmento) en las incisiones de la superficie, hecha de arcilla negra. Un raro hallazgo de este tipo es un recipiente con forma de pez encontrado en Tel Poleg. Dever ha sugerido que las exportaciones palestinas incluirían también grano, aceite de oliva, vino, madera, ganado[10] y quizá cobre e incluso esclavos (1987a, p. 162).

EL PERIODO HICSO (Dever, 1985; Hayes, 1973; Oren, 1997; Redford, 1970; Van Seters, 1966; Weinstein, 1997a)

Uno de los aspectos políticos de la Edad del Bronce Medio más discutidos es la llegada al Delta egipcio de un grupo de gentes que los egipcios llamaron «asiáticos» o «habitantes del desierto» (Wilson, *ANET*, p. 416). Aprovechando y quizá contribuyendo al colapso del poder egipcio (el denominado «Segundo Periodo Intermedio»), este grupo estableció su capital en Avaris, identificada con Tell ed-Dab'a. Los líderes de estos «asiáticos» eran llamados *kikau-khoswet*, de donde se cree que procede el término *hicsos*, que hoy utilizamos para referirnos a este pueblo (véase Hayes, 1973, pp. 54-55). La palabra *hicsos* es un término griego tomado universalmente para referirse a

algo así como «gobernantes de tierras extranjeras». La palabra proviene de los escritos del autor ptolemaico del siglo III a.C. Manetón, a través de Josefo, historiador judío del siglo I d.C. (véase *Contra Apión*, libro I, capítulo I).

Los hicsos establecieron la XV dinastía y gobernaron Egipto (al menos la zona norte) durante más de cien años, desde mediados del siglo XVII a mediados del siglo XVI a.C. No está claro quiénes eran estas gentes en términos de identidad étnica, aunque el estudio de sus nombres, que aparecen sobre los escarabeos, así como de los materiales procedentes de Tell ed-Dab'a, indican que eran básicamente semitas. La antigua teoría de que consiguieron dominar Egipto en un único ataque ha sido recientemente puesta en duda, especialmente a la luz de las recientes excavaciones en Avaris (Tell ed-Dab'a). Su llegada al poder parece hoy haber sido el resultado de una infiltración de varios grupos de asiáticos a lo largo de un prolongado periodo de tiempo (Hayes, 1973, pp. 54-55; Dever, 1987a, p. 173). De hecho, Dever ha argumentado que la toma de Egipto en el siglo XVII fue más el resultado que la causa del colapso interno de la autoridad egipcia durante el Segundo Periodo Intermedio.

Fuera como fuese, hacia finales del siglo XVIII parecen estar bien establecidos en el delta del Nilo, y haber ubicado su capital en Avaris. La situación de esta ciudad es probablemente indicativa de los estrechos lazos que mantenían con Palestina (de donde habían venido), así como del hecho de que nunca tuvieran el control absoluto del Alto Egipto, que permaneció en manos de los príncipes tebanos durante esta época. Es a partir de este grupo que la lucha de los egipcios por derrotar a los hicsos se inició con los esfuerzos de Ka-mose, el último dirigente del Alto Egipto de la XVII dinastía. Sin embargo, el honor de la expulsión definitiva de los hicsos de Egipto recae en el hermano de Ka-mose, Ah-mose (*c.* 1552-1527 a.C.), el fundador de la XVIII dinastía. Hacia el 1540 a.C., había conseguido con éxito devolver a los hicsos a Palestina hasta Sharuhen, hoy identificada con Tell el-'Ajjul (Weinstein, 1991; Kempinski, 1992b, pp. 189-192). Tras el sitio de la ciudad durante tres años, Ah-mose logró expulsarlos.

La extensión del gobierno e influencia de los hicsos no está todavía clara, pero las fuentes apuntan a Egipto, Palestina y partes de Siria. Hasta qué punto se les debería conceder el mérito de la introducción en la zona de elementos como la muralla, el carro de guerra y el arco compuesto tampoco está del todo claro, aunque los dos últimos son más plausibles que el primero. Políticamente hablando, organizaron Palestina en un sistema de ciudades-estado, que produjo una sociedad feudal con su consiguiente distribución desigual de la riqueza. No obstante, Palestina experimentó uno de sus periodos más prósperos bajo el dominio de los hicsos. Junto a los horitas y otros grupos, los hicsos formaban la población de la que proceden los «preisraelitas» (término de Dever) a finales de la Edad del Bronce Tardío y comienzos de la Edad del Hierro I.

El fin de la Edad del Bronce Medio[11]

Aunque persiste aún cierto debate entre los arqueólogos sobre la causa (o causas) del final de la Edad del Bronce Medio, parece no haber duda de que la causa principal fue la reafirmación del poder egipcio en la región, a finales de la dinastía XVII e inicios de la XVIII (Weinstein, 1981, 1991). Dever ha concluido que las murallas descritas con anterioridad fueron contruidas precisamente para defenderse de las represalias egipcias (1987a, p. 174) y no por la rivalidad entre ciudades. Casi todos los asentamientos del Bronce Medio que se han excavado en Palestina muestran signos de destrucción en los niveles correspondientes a finales de la Edad del Bronce Medio. Algunos emplazamientos (como Shechem) muestran incluso más de un nivel de destrucción en este periodo. Analizando la información arqueológica estratigráfica de unos treinta yacimientos en Palestina, fuentes textuales egipcias y nombres hicsos hallados sobre los escarabeos en yacimientos palestinos, Weinstein (1981) planteó la hipótesis de que la destrucción de la Edad del Bronce Medio estuvo limitada en principio a los asentamientos bajo el control hicso en las regiones meridional e interior del país. Así, para él, las represalias egipcias estaban causadas por su odio a los hicsos, y no por intereses de tipo imperialista.

El Bronce Medio y la Biblia

Hace unas pocas décadas muchos historiadores y arqueólogos bíblicos habrían estado de acuerdo con la conclusión de Albright de que «la Edad del Bronce Medio se corresponde con la Época Patriarcal de la Biblia» (1949, p. 83). Muchos manuales introductorios, especialmente los escritos durante las primeras seis o siete décadas de este siglo, sitúan históricamente a los patriarcas bíblicos (Abraham, Isaac, Jacob) en este periodo. De Vaux, en su *magnum opus* (1978, pp. 257-266), aunque algo más prudente que Albright y otros, explicó que, aunque era imposible dar fechas exactas para el periodo patriarcal, la Edad del Bronce Medio era «el más plausible para el primer asentamiento en Canaán de los antepasados de Israel» (1978, p. 265).

Lo que parecía ser un consenso académico ha sido recientemente puesto en duda por los estudios literarios de investigadores como T. L. Thompson (1974) y J. Van Seters (1975). Aunque sus conclusiones no han recibido un amplio respaldo entre los estudiosos bíblicos en general, Thompson, Van Seters y otros como ellos han tenido éxito a la hora de abrir un nuevo, y a menudo acalorado, debate sobre todos los puntos planteados por las historias

patriarcales de la Biblia. En particular, han cuestionado seriamente la historicidad de las mismas y han fechado las tradiciones en el periodo postexílico.

Aunque son muchas las preguntas, dos de las más importantes y más frecuentemente discutidas son la datación e historicidad de las citadas historias. Por lo que respecta a la fecha de estas tradiciones, parte del problema radica en que la Biblia por sí misma no aporta el tipo de precisión cronológica necesaria para que los arqueólogos modernos formulen fechas claras, exactas. Poco hay en las historias bíblicas que pueda ponerse en relación con acontecimientos históricos o políticos conocidos de la Antigüedad (Mc Carter, 1988, pp. 3 y ss.; De Vaux, 1978, pp. 257-266). Es más, se ha dicho con frecuencia que la cronología impuesta por los autores bíblicos acerca de las historias del Génesis es muy problemática. Aquí debemos incluir la vida inusualmente larga que se supone a los patriarcas: Abraham, 175 años (Gén. 25, 7); Isaac, 180 años (Gén. 35, 22); Jacob, 147 años (Gén. 47, 28); y José, 110 años (Gén. 50, 26). Estas prolongadas vidas, si se toman de forma literal, son, cuando menos, difíciles de conciliar con los datos arqueológicos procedentes de miles de tumbas y enterramientos antiguos, muchos de ellos datados en una fecha bastante anterior a cualquier fecha posible para los Patriarcas, y que sugieren que la esperanza de vida de los antiguos era de menos de cincuenta años. En consecuencia, los datos bíblicos referentes a la duración de las vidas de estas figuras son de escasa utilidad a la hora de intentar establecer una cronología absoluta para el conjunto del periodo.

Incluso allí donde la Biblia parece dar una referencia cronológica útil, existen problemas. Según 1 Reyes 6, 1, Salomón construyó el templo de Jerusalén 480 años después del Éxodo. Datar a Salomón en el siglo X a.C. (para el problema de Salomón, véase más adelante, capítulo 8) situaría el «Éxodo» y la «Conquista» en algún momento del siglo XV a.C. Tal fecha no puede conciliarse con los datos arqueológicos que conocemos sobre esta época. Por otro lado, los escritores bíblicos parecen situar la época de los Patriarcas tiempo antes de Moisés y el Éxodo. Es más, si estas tradiciones son tan tardías como Thompson y Van Seters, entre otros, han sugerido, es curioso el hecho de que ningún nombre propio en el Génesis esté compuesto por el nombre del Dios israelita, YHWH, y en cambio sí muchos compuestos con «El», el dios principal de los cananeos, como «Ismael», e incluso «Israel» (para más detalles véase Hendel, 1995).[12] Se ha dicho también que la visión social, política y económica del mundo que se refleja en el Génesis está mucho más próxima a la Edad del Bronce Medio conocida por los descubrimientos arqueológicos que a cualquier otro periodo de la historia de Israel (véanse, por ejemplo, los comentarios de A. Mazar, 1990, p. 225). No obstante, el consenso, si es que lo hubo, establecido por Albright, entre otros, hace una generación, ha experimentado una ruptura más importante de lo que a menudo se reconoce. Muchas

preguntas no han sido contestadas satisfactoriamente para todos los interesados. No debería sorprender, entonces, que las autoridades en la materia discrepen sobre las soluciones propuestas.[13]

No está claro tampoco el papel que la arqueología puede o debe jugar en el debate actual. Si las historias son efectivamente postexílicas y de naturaleza ficticia, entonces los arqueólogos poco pueden añadir a las discusiones (véanse los comentarios de Dever y Clark, 1977). Por otro lado, si las historias bíblicas, o al menos parte de ellas, pueden ser situadas en un marco cronológico más antiguo, como se sugirió anteriormente,[14] los arqueólogos sí pueden iluminar la cultura de ese periodo. Esto está lejos de «probar» como verdaderas las historias. Hay dos puntos clave aquí: la fecha (o fechas) de las tradiciones bíblicas *sobre* los Patriarcas; y la cuestión referente a la *historicidad* de los Patriarcas mismos. Incluso si la última cuestión pudiera responderse afirmativamente, por sí misma no «probaría» la historicidad de lo que los escritores bíblicos les han hecho hacer y decir. (Wyatt Earp existió históricamente como una persona real, pero es muy cuestionable que hiciera y dijera todo lo que se le atribuye.) Que se suponga que la Biblia es un texto «inspirado» difícilmente resuelve este problema, excepto para el lector más conservador.

Antes de que pueda tener lugar una discusión seria, crítica, sobre esta cuestión, deben comprenderse y apreciarse dos conjuntos de datos complejos y de gran amplitud: los datos arqueólogicos hoy conocidos sobre el Oriente Próximo en general, e Israel en particular (así como las teorías-métodos empleados para interpretar estos datos); y los estudios crítico-literarios actuales sobre las tradiciones bíblicas. Si uno de estos componentes (o los dos) no se tiene en cuenta, la visión resultante estará, como poco, sesgada. Lo que se pretende es una aproximación equilibrada que busque tratar equitativamente y de forma imparcial ambos conjuntos de datos (véanse en particular los comentarios de Dever, en Dever y Clark, 1977, pp. 71-79). Debemos evitar la omnipresente tentación de utilizar lo que se conoce a partir de los descubrimientos arqueológicos para ponerlos en correlación con algún texto bíblico, a menos que se establezca de modo independiente el contexto claro de ambos conjuntos de datos. Esto quiere decir que no puede utilizarse la arqueología para fechar las historias bíblicas, ni las historias bíblicas para sugerir fechas al registro arqueológico. Este razonamiento circular no es ajeno a los debates. Lo que parece claro es que el antiguo intento de «probar» la historicidad del periodo patriarcal de la Biblia es un tema zanjado salvo entre los estudiosos más conservadores. Incluso aquellos que creen que los Patriarcas fueron personas de carne y hueso pueden basarse para su posición en los datos materiales sólo de forma indirecta, como ilustra el último intento de Kitchen (1995). Pero ni siquiera esta aproximación proporciona resultados concluyentes, como la crítica de Hendel ha demostrado (1995).

¿A dónde nos conduce todo esto? Primero, es imposible a la luz de los debates actuales conocer la verdadera antigüedad de las historias bíblicas de los Patriarcas (si fueron figuras históricas o no parece más cuestionable que nunca, salvo para aquellos que toman la Biblia al pie de la letra). Que la *compilación* final de estas historias data probablemente del periodo postexílico no es la cuestión; lo es la fecha original de la *composición* de las tradiciones. En segundo lugar, si Kitchen asumió demasiado por lo que se refiere al marco y antigüedad de las historias, Thompson y Van Seters asumieron demasiado poco. Parte del material bíblico puede hacerse casar con lo que se sabe de la Edad del Bronce Medio, pero «puede ser» y «necesita ser» no es lo mismo. En tercer lugar, dada la información de la que hoy disponemos (textual y arqueológica), no parece haber ninguna razón válida para denegar una datación premonárquica (siglo X a.C.) a algunas tradiciones. Esto incluye los nombres propios compuestos con «El», así como la insistencia bíblica de que los Patriarcas tenían lazos con la cultura amorita de Mesopotamia e interactuaban con las ciudades cananeas y sus dirigentes, situación que encaja bien con lo que sabemos de la Edad del Bronce Medio. Sin embargo, mucho de estas historias puede ser, y ha sido, fechado con posterioridad, particularmente en la Edad del Bronce Tardío (véase la referencia a Dever y Clark mencionada anteriormente). En cuarto lugar, la forma final de las historias del Génesis tuvo poco que ver con una preocupación del autor (o autores) por proporcionar material cronológico absoluto para los estudiosos bíblicos y/o arqueólogos. Su preocupación era la fe, no las fechas; la teología, no la historia antigua.

Hasta que se lleve a cabo algún descubrimiento inesperado en forma de prueba textual que pueda datar con precisión la época en la que vivieron los Patriarcas (asumiendo que fueron figuras históricas), la discusión continuará siendo empañada con teorías y conclusiones que a menudo descansan más en el ingenio y habilidad del estudioso que en la dura evidencia. Dada esta situación, no está claro en absoluto qué contribuciones pueden hacer los arqueólogos a esta discusión en curso (véanse las conclusiones de Dever en Dever y Clark, 1977, p. 79).

6. LA EDAD DEL BRONCE TARDÍO (1550-1200 A.C.)

> La civilización de Palestina en el Bronce Tardío continuó siendo un pariente pobre de la mucho más rica cultura cananea de Fenicia y Siria meridional. Si no hubiera sido por la influencia procedente del norte, Palestina podría haber perdido fácilmente su cultura propia para convertirse en un burdo reflejo de la civilización egipcia.
>
> W. F. ALBRIGHT, 1949

Aproximadamente los últimos 300 años de la larga Edad del Bronce se caracterizan por un nuevo patrón demográfico que supuso el casi total abandono de las áreas rurales así como una urbanización de las regiones costeras. El periodo vio cómo se incrementaba el control egipcio de la región, especialmente en Palestina y Siria. Esto condujo a un empeoramiento de las condiciones de vida para la mayoría de la población y, al mismo tiempo, a una concentración del poder y la riqueza en manos de una minoría. Esta situación queda reflejada en los vestigios arquitectónicos de las grandes casas «patricias» o de las mansiones «de los gobernadores» identificadas en muchos yacimientos (por ejemplo Tell Beit Mirsim, Megido, Tell el-'Ajjul), las cuales servían probablemente como residencia bien de un funcionario egipcio, bien de uno local a las órdenes de aquéllos. Ese control ejercido por Egipto es visible en el hecho de que, con pocas excepciones, la mayor parte de los emplazamientos palestinos de este periodo no estén fortificados. Es más, esta concentración de poder y riqueza se refleja en un incremento del comercio, en especial con el mundo mediterráneo, que hizo llegar a la zona artículos tan lujosos como marfiles tallados, cobre, vinos, aceite y, en especial, cerámicas finas. A pesar de la impresión de decadencia que transmiten los restos materiales de este periodo, una de las innovaciones más importantes en la historia humana tuvo lugar entonces: el desarrollo del alfabeto por los fenicios (véase más adelante). Es posible que a finales de la Edad del Bronce Tardío podamos hablar, por primera vez, de un pueblo llamado «Israel».

Nuestro conocimiento de la Edad del Bronce Tardío en Palestina está estrechamente ligado a la historia egipcia, gracias al descubrimiento y traducción de muchas inscripciones y textos egipcios que datan de este periodo. En consecuencia, como Dever afirmó hace más de veinte años (Dever y Clark, 1977, pp. 90-91), aunque nuestra percepción de la Edad del Bronce Tardío se ve constantemente matizada como consecuencia de los nuevos datos procedentes de las excavaciones en curso, la visión de este periodo no experimentó ninguna tranformación drástica, como sí lo hizo la de la Edad del Bronce Medio.

Sin embargo, eso no significa que no haya temas controvertidos. Arqueólogos e historiadores siguen sin ponerse de acuerdo en las fechas absolutas tanto para el inicio como para el fin de esta fase de la Edad del Bronce, así como en el número y la datación de las subfases de la misma. Las cuestiones concernientes a la causa (o causas) del súbito fin de este periodo y el origen de una nueva entidad social-político-étnica en Palestina llamada «Israel» no han sido respondidas de un modo que satisfaga a todos los especialistas.[1]

Cronología

Como ya mencionamos, la historia de la Edad del Bronce Tardío en Palestina (así como en otros lugares del Levante) está estrechamente ligada a la de Egipto, historia que ha visto en gran parte la luz gracias a los descubrimientos de textos, inscripciones, sellos y estelas (Weinstein, 1981; Leonard, 1989, pp. 6-7; Dever, 1992b, ilustración 1). En general, este periodo coincide con las dinastías XVIII y XIX de Egipto. La dinastía XVIII comenzó con Ah-mose en el siglo XVI a.C., y la dinastía XIX terminó con el reinado de Tewosret a finales del siglo XIII o principios del XII. Sin embargo, se debaten aún las cronologías absolutas para los faraones de ambas dinastías.[2]

Además, no hay todavía unanimidad entre los arqueólogos acerca del inicio y el fin de la Edad del Bronce Tardío (Bunimovitz, 1995, p. 330), así como sobre el número de subfases del periodo (Dever, en Dever y Clark, 1977, pp. 90-91; sobre el fin de la Edad del Bronce Tardío véase Ussishkin, 1985). Los temas son sumamente complejos, y no podemos tratarlos aquí con excesivo detalle. Para intentar evitar la confusión y para ser lo más coherentes posible, la mayor parte de las fechas empleadas en este capítulo seguirán, una vez más, las sugeridas por los editores de *OEANE*. Allí, se desglosa la Edad del Bronce Tardío del siguiente modo:[3]

Bronce Tardío IA: 1550-1450 a.C.
Bronce Tardío IB: 1450-1400 a.C.
Bronce Tardío IIA: 1400-1300 a.C.
Bronce Tardío IIB: 1300-1200 a.C.

Por lo general, el inicio de la Edad del Bronce Tardío está ligado a la destrucción que puso fin a la Edad del Bronce Medio. Parte del problema, sin embargo, radica en que no todas las ciudades o asentamientos de la Edad del Bronce Medio sufrieron esa destrucción al mismo tiempo. Entre los ejemplos se incluyen Lachish, Gezer, Megido, Beth Shan y Hazor. Es más, dicha destrucción no puede ligarse a un único suceso (Bunimovitz, 1995, p. 322). Existen problemas similares en lo que se refiere al término de la Edad del Bronce Tardío. A finales del siglo XIII a.C., buena parte de los mundos micénico y del Oriente Próximo fueron testigos de grandes trastornos y colapsos. Podemos observar igualmente esta desintegración en Palestina, donde fueron destruidos muchos emplazamientos (por ejemplo Hazor y Bethel). Por otro lado, el control de Egipto sobre Palestina no finalizó completamente hasta la primera mitad del siglo XII a.C. Además, varios yacimientos (tales como Megido, Lachish, Beth Shan y Ashkelon) no sufrieron destrucciones a finales del siglo XIII a.C., y los dos signos distintivos de la Edad del Hierro I, esto es, la expansión de la cultura material filistea y la difusión del uso del hierro, no parecen haber ocurrido hasta la segunda mitad del siglo XII (Ussishkin, 1985; Gonen, 1992b, p. 216). Bajo tales condiciones es difícil abogar por una cronología absoluta que resulte válida para todos los autores. Estos aspectos, al menos por ahora, deberán permanecer como cuestiones abiertas, sujetas a modificaciones a medida que se descubran nuevos datos.

La población

La transición de la Edad del Bronce Medio a la Edad del Bronce Tardío tuvo como resultado una disminución tanto de la población en general como de la densidad de los asentamientos en varias regiones. En un resumen reciente sobre la Edad del Bronce Tardío, Gonen (1992b) llegó a la conclusión de que se produjo un «cambio drástico» en las áreas urbanas de Palestina, las cuales asistieron al abandono de muchos emplazamientos de la región montañosa central y al establecimiento de nuevos asentamientos en las llanuras y valles costeros (para un mapa de los yacimientos de la Edad del Bronce Tardío, véase Gonen, 1992b, p. 215, mapa 7.2). En un estudio previo, Gonen (1984) calculó que, de los aproximadamante 272 emplazamientos que conocíamos de la Edad del Bronce Medio en Palestina a partir de las prospecciones, se pasó a 101 en la Edad del Bronce Tardío (1984, p. 66, tabla 2). No sólo se aprecia una disminución del número y una variación de la situación de las áreas habitadas, sino que del mismo modo se redujo drásticamente el tamaño de los asentamientos de la Edad del Bronce Tardío. Durante el periodo del Bronce Medio II, sólo el 11 por 100 de los emplazamientos conocidos te-

nían en torno a una hectárea. A finales de la Edad del Bronce Tardío, esta cifra se incrementó hasta el 43 por 100. Si incluimos los emplazamientos de hasta 5 ha, ¡la proporción llega hasta el 95 por 100!

Por lo que se refiere a los grandes enclaves (con una extensión de 20 ha o más, según Gonen), la cifra cae de veintiocho en el Bronce Medio II a seis en la Edad del Bronce Tardío. De estos seis, sólo Lachish (20 ha) y Hazor (más de 80 ha; Hazor es el yacimiento antiguo más grande jamás descubierto en Palestina) existieron a lo largo de toda la Edad del Bronce Tardío (Gonen, 1984, pp. 66-67, ilustración 2). Es más, la extensión del área habitada se redujo de más de 425 ha durante el Bronce Medio II a apenas 200 ha en el Bronce Tardío II (Gonen, 1984, p. 68, tabla 4; Gonen, 1992b, pp. 216-217). Especialmente significativo a la hora de comprender la ocupación «israelita» de Palestina a comienzos de la Edad del Hierro (véase más adelante) es el hecho de que la región montañosa central, así como las colinas de Galilea, estaban escasamente pobladas durante este periodo. Importantes excepciones a esta observación son ciudades como Shechem, Tell el-Far'ah Norte, Bethel y Jerusalén.[4]

Se cree que muchos de los nuevos emplazamientos de pequeño tamaño (especialmente en la región costera) habrían servido bien como puestos fronterizos egipcios o bien como residencias de funcionarios (probablemente para la protección de sus actividades comerciales). También otros asentamientos sirvieron a los intereses egipcios, tales como Beth Shean, que vigilaba el límite oriental del valle de Jezrael. De hecho, la presencia egipcia en Palestina en este periodo puede explicar una de las características más sorprendentes de los asentamientos ocupados de la Edad del Bronce Tardío: la ausencia de muros defensivos.

Vestigios arquitectónicos

Domésticos

Los debates sobre los restos arquitectónicos de la Edad del Bronce Tardío que conocemos a partir de las excavaciones en Palestina suelen centrarse en aquellos identificados como «templos» y «casas patricias». Esto es así porque se sabe muy poco de las viviendas privadas típicas debido a la falta de vestigios de las mismas en la mayoría de los emplazamientos de la Edad del Bronce Tardío (para una descripción general de la arquitectura, véase Gonen, 1992b; Oren, 1992). La mayor parte del material recuperado proviene de lugares como Megido y Hazor. Los restos descubiertos en ellos sugieren que existió una continuidad con los estilos arquitectónicos domésticos de la previa

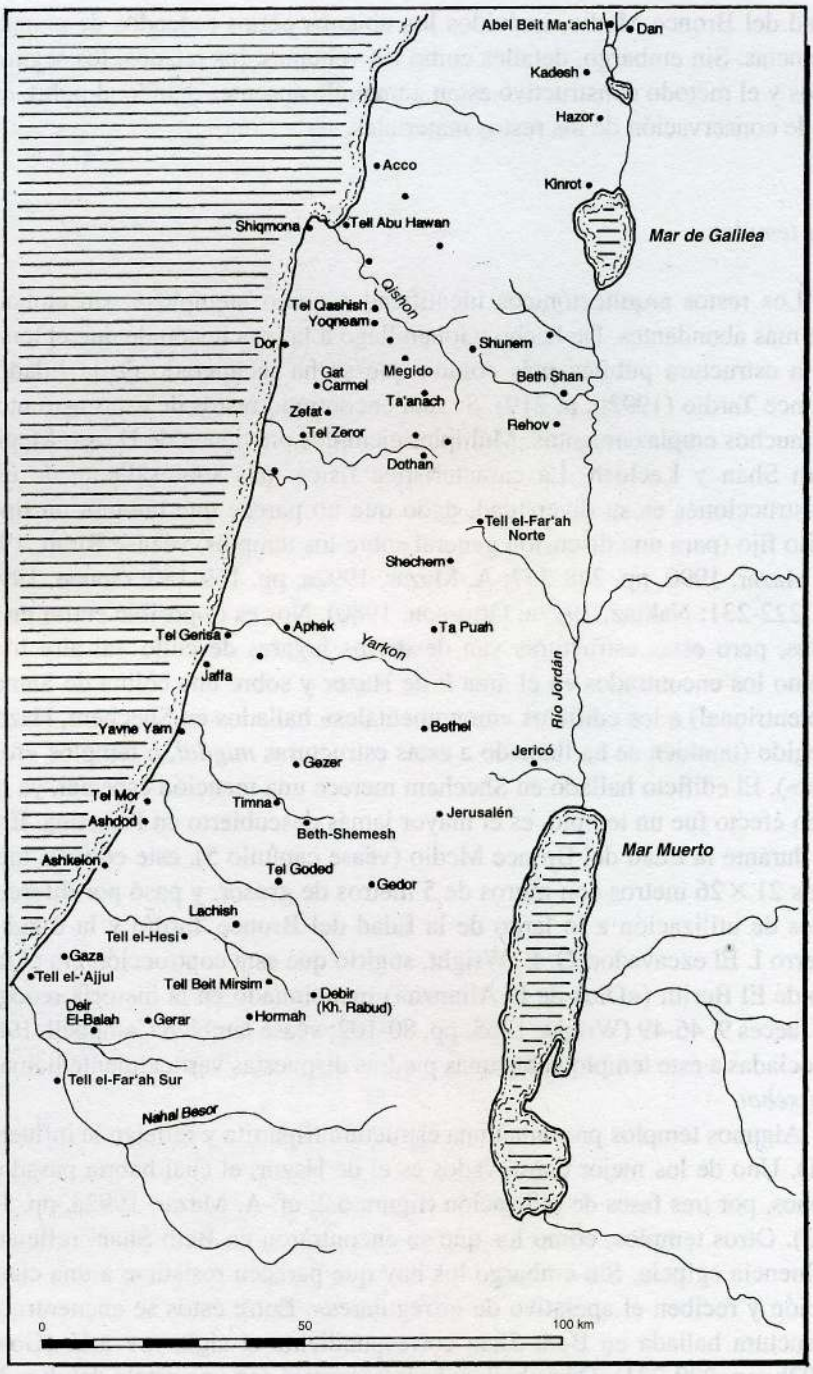

FIGURA 6.1. Mapa de los yacimientos de la Edad del Bronce Tardío.

Edad del Bronce Medio, incluidos los ubicuos patios rodeados de pequeñas estancias. Sin embargo, detalles como las ventanas, los tejados, los segundos pisos y el método constructivo están a menudo ausentes debido al pobre estado de conservación de los restos materiales.

Los templos

Los restos arquitectónicos identificados como «templos», sin embargo, son más abundantes. De hecho, Gonen llegó a la conclusión de que el templo es la estructura pública más común que se ha recuperado de la Edad del Bronce Tardío (1992b, p. 219). Se han encontrado restos de estas estructuras en muchos emplazamientos. Múltiples ejemplos provienen de Hazor, Megido, Beth Shan y Lachish. La característica física más sobresaliente de estas construcciones es su diversidad, dado que no parece que hubiera un tipo o estilo fijo (para una discusión general sobre los templos, véanse Biran, 1981; A. Mazar, 1990, pp. 248-257; A. Mazar, 1992a, pp. 169-180; Gonen, 1992b, pp. 222-231; Nakhai, 1997a; Ottosson, 1980). Nos es imposible entrar en detalles, pero estas estructuras van desde los lugares de culto «al aire libre» (como los encontrados en el área F de Hazor y sobre una colina de Samaria septentrional) a los edificios «monumentales» hallados en Shechem, Hazor y Megido (también se ha llamado a estas estructuras *migdal*, o templos «fortaleza»). El edificio hallado en Shechem merece una mención especial, ya que, si en efecto fue un templo, es el mayor jamás descubierto en Palestina. Erigido durante la Edad del Bronce Medio (véase capítulo 5), este edificio medía unos 21 × 26 metros con muros de 5 metros de grosor, y pasó por diferentes fases de utilización a lo largo de la Edad del Bronce Tardío y la Edad del Hierro I. El excavador, G. E. Wright, sugirió que esta contrucción era el templo de El Berith («Dios de la Alianza») mencionado en la historia recogida en Jueces 9, 46-49 (Wright, 1965, pp. 80-102; véase también Campbell, 1983). Asociadas a este templo había unas piedras dispuestas verticalmente llamadas *massebot*.

Algunos templos presentan una estructura tripartita y reflejan la influencia siria. Uno de los mejor conservados es el de Hazor, el cual habría pasado, al menos, por tres fases de utilización (figura 6.2; cf. A. Mazar, 1992a, pp. 171-172). Otros templos, como los que se encontraron en Beth Shan, reflejan la influencia egipcia. Sin embargo los hay que parecen resistirse a una clasificación y reciben el apelativo de «irregulares». Entre éstos se encuentra una estructura hallada en Beth Shan correspondiente al siglo XIV a.C. (Gonen, 1992b, pp. 229-231). Otros hallazgos interesantes son una estela del dios Mekal y un relieve grabado en piedra que representa la lucha entre un león y otro

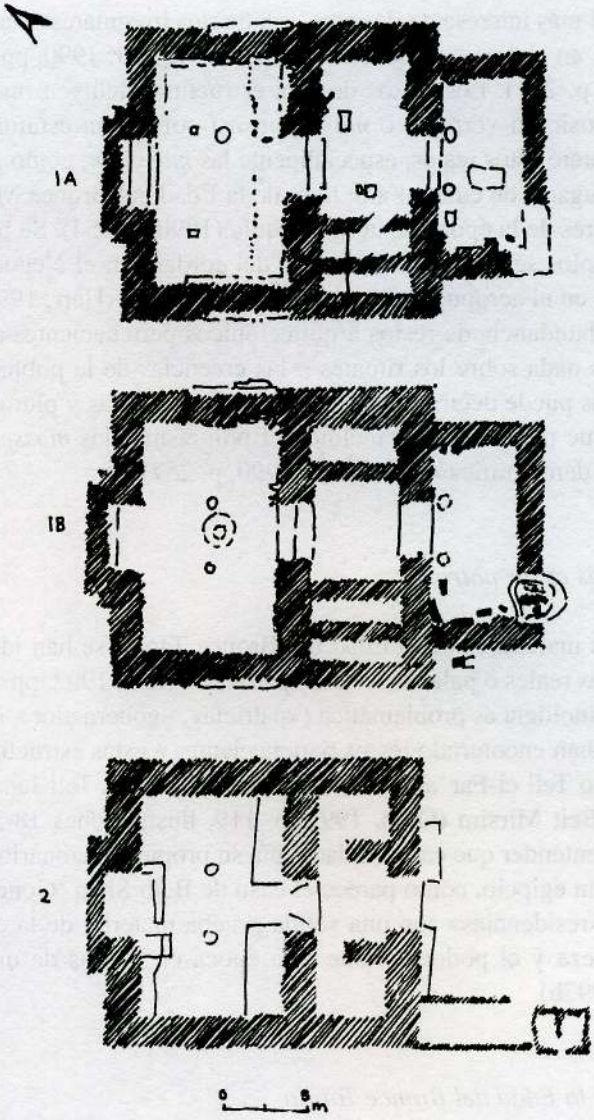

Figura 6.2. Planos de los templos de la Edad del Bronce Tardío, Hazor. Cortesía de J. Fitzgerald.

animal que normalmente se identifica o como una leona, o como un perro (A. Mazar, 1990, p. 267, ilustración 7.17). También pertenece a esta categoría de templos «irregulares» el famoso Templo Foso de Lachish (A. Mazar, 1992a, p. 179; p. 174, ilustraciones 21, 22).[5] Este templo pasó, al menos, por tres fases de uso antes de ser definitivamente destruido a finales de la Edad del Bronce

Tardío. Quizá el más interesante de estos «santuarios irregulares» sea el descubierto en Hazor, en el área C de la Ciudad Baja (A. Mazar, 1990, pp. 253-254; Gonen, 1992b, p. 231). Los restos de esta estructura incluyen once piedras colocadas en posición vertical, o *massebot*, así como una estatua sedente. A. Mazar interpretó estos restos, especialmente las *massebot*, como prueba del nexo entre los lugares de culto al aire libre de la Edad del Bronce Medio y las prácticas similares de la época de la Monarquía (1990, p. 254). Se han encontrado otros templos semejantes en el valle del Jordán, en el Neguev septentrional y, quizá, en el aeropuerto de Ammán, en Jordania (Herr, 1997c).

Junto a la abundancia de restos arquitectónicos pertenecientes a templos, apenas tenemos nada sobre los rituales o las creencias de la población de la época. Poco más puede decirse, aparte de sugerir complejas y plurales prácticas religiosas que parecen haber incluido el politeísmo (las *massebot*) y «la heterogeneidad demográfica» (A. Mazar, 1990, p. 257).

Los palacios; las casas patricias

Otros restos materiales de la Edad del Bronce Tardío se han identificado como residencias reales o palacios y casas patricias (Oren, 1992, pp. 114-120). Aunque la terminología es problemática («patricia», «gobernador», etc.; véase Oren, *ibid.*), se han encontrado restos pertenecientes a estas estructuras en lugares tales como Tell el-Far'ah Sur, Beth Shan, Tel Sera', Tell Jemmeh, Tell el-Hesi y Tell Beit Mirsim (Oren, 1992, p. 119, ilustraciones 18-23). Estos edificios dan a entender que cada ciudad tenía su propio funcionario local que bien podía ser un egipcio, como parece el caso de Beth Shan (Gonen, 1992b, p. 221). Estas «residencias» son una sólida prueba material de la concentración de la riqueza y el poder durante esta época en manos de unos pocos (véase Joffe, 1997b).

La cerámica de la Edad del Bronce Tardío

A pesar del declive cultural que se refleja en los restos materiales de muchos emplazamientos de la Edad del Bronce Tardío, este periodo experimentó un comercio floreciente (especialmente en los estadios más tardíos) con el mundo mediterráneo, así como con otras zonas. Junto a la cerámica cananea local, que se desarrolló a partir de la Edad del Bronce Medio, se ha recuperado mucha cerámica importada. Para el análisis del corpus cerámico ver: Amiran, 1970b, pp. 124-190; Gonen, 1992b, pp. 232-240; A. Mazar, 1990, pp. 257-264.

La «Época de Amarna»

La situación política en el Oriente Próximo durante el Bronce Tardío II (1400-1200 a.C.) se ha visto iluminada de forma notable gracias a un grupo de tablillas de arcilla descubiertas en 1887.[6] Fueron los lugareños[7] quienes encontraron dichas tablillas (escritas la mayoría en acadio) cuando buscaban fertilizante (ladrillo de barro descompuesto) en las ruinas de un emplazamiento construido por Akhenaton (Amenophis IV) durante la primera mitad del siglo XIV a.C.[8] Este lugar, hoy llamado Tell el-Amarna, está situado en el margen oriental del Nilo, a unos 305 kilómetros al sur de El Cairo. El nombre «Amarna» es un término híbrido que proviene, aparentemente, del nombre de una tribu local, Beni Amran, en combinación con el de la aldea, El Till. El nombre es en cierta medida inapropiado, dado que el lugar no es realmente un *tell*.

Nadie sabe con seguridad cuántas tablillas se encontraron y cuántas de ellas se extraviaron o se destruyeron. Hoy conocemos unas 382 (Moran, 1992) repartidas entre los museos de Londres, Berlín (más de 200) y El Cairo.[9] De estas tablillas, 350 son cartas entre varios reyes y vasallos y el faraón. Aunque algunas de estas cartas provienen de potencias del Oriente Próximo independientes de Egipto (Babilonia, Mittani, Alasia [probablemente Chipre], Asiria, Arzawa y Hatti [los hititas]), la mayoría son de jefes o dirigentes vasallos que vivían en Siria-Palestina. Unas 150 cartas vienen de la propia Palestina (Albright en *ANET*, p. 483; véase Na'aman, 1992), y sólo unas pocas son originarias de Egipto. No está claro por qué se encontraban en el mismo archivo como correspondencia extranjera (Moran, 1992, p. XVII).

Las cartas de los vasallos palestinos, como acertadamente expuso Moran, describen «un panorama de constantes rivalidades, coaliciones cambiantes, y ataques y contraataques entre las pequeñas ciudades-estado» (1992, p. XXXIII). Por ejemplo, Biridiya de Megido acusa a Lab'ayu, el dirigente de Shechem (Harrelson, 1975) de intentar destruir su ciudad (*EA* 244). En otra carta (*EA* 289), esta vez de 'Abdu-Heba de Jerusalén, Lab'ayu es acusado de dar la «tierra de Shechem» a los *'apiru*, a los que a su vez se acusa de dedicarse al pillaje en «todas las tierras del rey» (*EA* 286). Las cartas, por tanto, si no exageran la realidad, dibujan un escenario de deterioro político con los dirigentes locales luchando entre ellos, a veces incitados por un grupo al que se identifica como *'apiru*.[10]

Estas referencias a los *'apiru* (originariamente *Hab/piru*), atrajeron de forma inmediata la atención de los estudiosos bíblicos, muchos de los cuales pensaron que los *'apiru* estaban relacionados de algún modo con los hebreos

del Antiguo Testamento (Bruce, 1967, pp. 11-14; Lemche, 1992a). Algunos, incluso, fueron más allá hasta equiparar los ataques de los *'apiru* que describía la correspondencia de Amarna con el relato de Josué de la invasión de Canaán tal y como cuenta la Biblia (Campbell, 1960). La pregunta de cómo están relacionados los *'apiru* que mencionan las cartas de Amarna y los hebreos de la Biblia es difícil de responder. Aunque carecemos de respuestas definitivas, podemos decir que hasta ahora, nadie ha probado de forma concluyente que los términos «'*apiru*», e «*ibri*»= ('hebreo') se relacionen desde el punto de vista etimológico (véase Lemche, 1992b), ni que los hebreos formaran alguna vez parte del movimiento de los *'apiru*. En primer lugar, la población a la que se aplica el término *'apiru* existió por todo el Oriente Próximo a lo largo del II milenio a.C. (M. Greenberg, 1955). En consecuencia, es acertado decir que no todos los *'apiru* eran hebreos. Si los hebreos fueron alguna vez *'apiru* es, por el momento, una cuestión abierta (véase Fritz, 1981, p. 81, que creyó que estaban relacionados).

El significado exacto del término *'apiru* es también difícil de determinar. ¿Se refiere a un grupo étnico, a un grupo social, a una clase económica, o a todo ello? Chaney (1983, pp. 72-83) llegó a la conclusión de que el mejor paradigma (que toma prestado de Landsberger, 1973) con el que describir a los *'apiru* en las cartas de Amarna, así como en otros textos, es el de «bandidaje social» (1983, p. 79). Sin llegar a identificar a los *'apiru* como hebreos, Chaney argumentó que existía una continuidad socio-política ente los *'apiru* de la época de Amarna y los «israelitas» premonárquicos de la Edad del Hierro I, que ocuparon el mismo territorio de Palestina que previamente habían habitado los *'apiru*. Cita a 1 Samuel 22, 1-2 como un ejemplo «clásico» de una tradición israelita temprana que tiene paralelos con la actividad de los *'apiru* de las cartas de Amarna. Pregunta Chaney:

> ¿Puede no haber continuidad, por tanto, entre la dinámica social de la Palestina de la época de Amarna y la de la formación de Israel, cuando las áreas de fuerza esenciales del Israel premonárquico, sus enemigos, y sus formas de organización social fueron todas coincidentes con las de los 'apiru de Amarna y sus aliados? (1983, p. 83)

Lo que esto parece significar es que aunque «'*apiru*» y «hebreo» no pueden ser dos términos diferentes para la misma población, el desorden político y militar asociado a los *'apiru* en las cartas de Amarna ayuda ciertamente a generar la agitación social y política que hizo posible la emergencia de «Israel» aproximadamente 200 años más tarde (véase Lemche, 1992b).

El problema del Éxodo

Sin duda, una de las historias más importantes (si no la más importante) de la Biblia hebrea, al menos desde la perspectiva de los propios escritores bíblicos, es la de la huida milagrosa de Egipto de las doce tribus de Israel bajo el liderazgo de Moisés (Éxodo 1-12). Celebrada en cánticos y fiestas (Deuteronomio 26, 5-11; Éxodo 15, 1-18; 1 Samuel 12, 7-8; Oseas 11, 1; Miqueas 6, 4; etc.), esta historia, junto a las de la Alianza en el Sinaí o Horeb (Éxodo 19-24) y la entrada en la tierra de Canaán (Josué 1-12), se convirtió en el *sine qua non* de la existencia de Israel. De hecho, esta historia (o historias) es tan esencial para la comprensión misma de la Biblia que los estudiosos bíblicos, y especialmente los arqueólogos «bíblicos», dieron por sentado hasta no hace mucho que en su núcleo debía haber existido un acontecimiento «histórico», por mucho que lo adornaran las generaciones posteriores de israelitas.

Son múltiples las preguntas y los problemas que la historia del Éxodo plantea, tanto desde el punto de vista literario como arqueológico. Sin embargo, en los últimos diez o quince años el aumento permanente de los datos arqueológicos ha creado serias dudas sobre la historicidad de tal historia, valga la redundancia, así como sobre el relato de la conquista de Canaán que hace Josué (véase más adelante, capítulo 8). En el centro de este debate está la cuestión del origen último de los israelitas. Aunque todavía hay quien aboga por la existencia de algún tipo de «acontecimiento histórico» tras la historia bíblica,[11] es cada vez más evidente que tales argumentos se están volviendo, a su vez, menos convincentes. La razón está en la ausencia de testimonios, tanto literarios como arqueológicos.

Las fuentes literarias

Al margen de la historia bíblica, no existe mención literaria alguna de una permanencia y un éxodo egipcios tal y como describe la Biblia. Esto es así independientemente de la fecha que se asuma para el acontecimiento, si es que tal «acontecimiento» se produjo.[12] En el pasado (así como en el presente), ha sido motivo de discusión una estela egipcia datada en la época del faraón Merneptah (cuyas fechas revisadas suelen ser *c.* 1213-1203 a.C.), que reinó a finales del siglo XIII (acerca de la estela, véase Hasel, 1994, y notas). Fue Petrie quien, en 1896, encontró esta estela, de 2,25 metros de altura y fabricada en granito negro, en el templo de Merneptah, en Tebas (figura 6.3).

La estela data del quinto año del reinado de Merneptah (*c.* 1208-1207, según la cronología baja), y contiene un himno o una serie de himnos que cele-

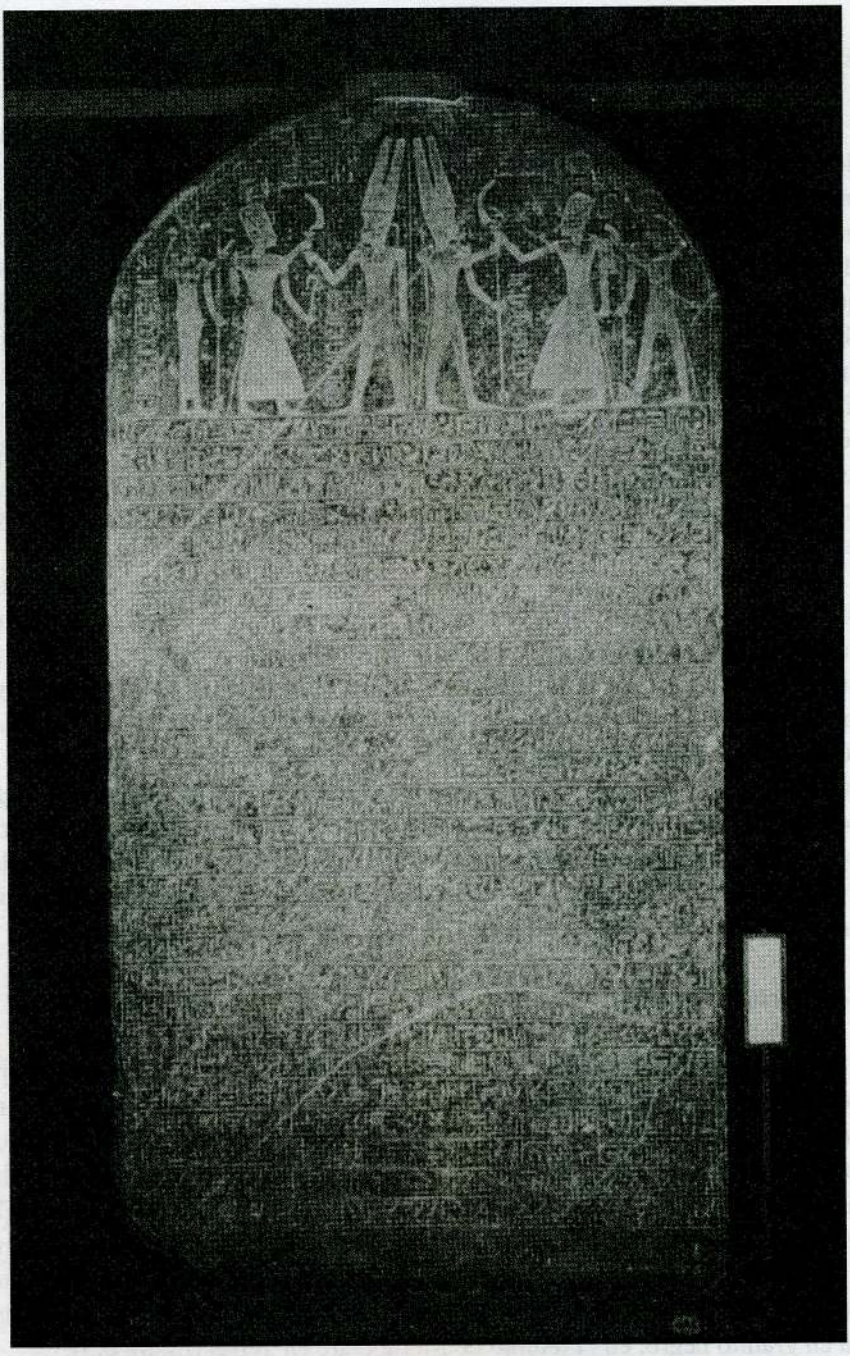

Figura 6.3a. Estela de Merneptah; «Estela de Israel» de Merneptah. Fotografía: © Jürgen Liepe.

Figura 6.3b. Dibujo de la estela de Merneptah con el nombre de «Israel» en detalle. Tomado de *Ancient Inscriptions: Voices from the Biblical World*, P. Kyle Mc Carter, Jr., Biblical Archaeology Society, 1996, Washington D.C.

bran la victoria del faraón sobre sus enemigos (para una traducción del himno véase Pritchard, 1969, pp. 376-378). Hacia el final de la inscripción aparece un himno que menciona enemigos en Canaán. Éstos incluyen Ashkelon, Gezer y Yanoam. Pero el nombre que ha recibido la mayor atención de los estudiosos bíblicos es el de «Israel» (a causa de esta referencia, a menudo se denomina a la inscripción completa la «estela de Israel»). Los lingüistas inmediatamente señalaron que al nombre «Israel» le precede un jeroglífico egipcio que se refiere a una población, por oposición a una ciudad o región. Esta es la referencia más antigua a Israel como comunidad que conocemos a partir de los textos antiguos (para la presencia de la palabra «Israel» como nombre propio, véase Hasel, 1994). La inscripción dice:

> Los príncipes están postrados, diciendo: «¡Clemencia!».
> Ninguno alza su cabeza a lo largo de los Nueve Arcos.
> Libia está desolada, Khatti está pacificada,
> Canaán está despojada de todo lo que tenía malo,
> Ashkelon está deportada, Gezer está tomada,
> Yanoam parece como si no hubiese existido jamás,
> Israel está derribado y yermo, no tiene semilla,
> Siria se ha convertido en una viuda para Egipto.
> ¡Todas las tierras están unidas, están pacificadas!

En efecto; esta mención a «Israel» ha hecho correr ríos de tinta, pero ¿qué nos dice realmente sobre el origen y la naturaleza del «Israel» de la Biblia?: no mucho. Los intentos de algunos (por ejemplo, Yurco, 1997; De Vaux, 1978, pp. 390-391, 490-492)[13] por identificar el «Israel» de la estela con el «Israel» de la Biblia que supuestamente salió de Egipto a las órdenes de Moisés han sido infructuosos. Sin asumir la historia bíblica por anticipado, no hay absolutamente nada en la propia inscripción de la estela que sugiera que este «Israel» estuvo alguna vez en Egipto. Todo lo que razonablemente podemos inferir de ella es que un escriba egipcio a finales del siglo XIII a.C. incluyó en la lista de los enemigos derrotados por el faraón a un grupo de gente que vivía en Canaán y que eran conocidos colectivamente como «Israel» (véase Miller y Hayes, 1986, p. 68). Ni se menciona (ni siquiera se sugiere) en ninguna parte cómo se organizaba este «Israel», a qué deidad o deidades adoraba, y, sobre todo, de dónde era originario este «Israel» y de qué forma o formas puede relacionarse con el «Israel» que emergió 200 años más tarde bajo el mando de Saúl y David (véanse Dever, 1997b; Weinstein, 1997b; Ward, 1997). Así, la estela de Merneptah, junto a otros textos egipcios frecuentemente mencionados,[14] son en última instancia irrelevantes para la cuestión de si hubo o no alguna vez un éxodo israelita de Egipto tal y como cuenta la Biblia. Alguna

fuente textual, como el papiro Anastasi V (Wilson, *ANET*, p. 259), haría posible plantear la hipótesis de que unos pocos esclavos egipcios podrían haber salido esporádicamente de Egipto, pero ni todos los textos egipcios juntos dan a entender un éxodo de las dimensiones del que se describe en la Biblia. La estela de Merneptah es, simplemente, irrelevante para esta cuestión.

* *El testimonio arqueológico* (Dever, 1997b; Weinstein, 1997b)

Cuando uno recurre al testimonio arqueológico acerca del tema del Éxodo, el panorama, si lo hay, es incluso más desolador que el que presentan las fuentes literarias. A pesar de los repetidos esfuerzos de algunos (Malamat, 1997, 1998; Sarna, 1988; Yurco, 1997) por defender la historia bíblica, «si no fuera por la Biblia, cualquiera que echara un vistazo a los datos arqueológicos palestinos concluiría que, sea cual sea el origen de los israelitas, éste no fue Egipto» (Weinstein, 1997b, p. 98). Esta franca afirmación de Weinstein traza claramente la línea entre los que interpretan los datos arqueológicos de forma negativa en lo que respecta a unos antecedentes egipcios para el origen de Israel y aquellos que los interpretan de forma diferente. Los temas son muchos y complejos. Es más, es únicamente por conveniencia que este debate del Éxodo se separa de la cuestión de la Conquista, que trataremos en el próximo capítulo. Cualquier duda sobre la historicidad del Éxodo tiene también repercusiones en la comprensión de la Conquista.

Aunque una objetividad total es una utopía, comenzaré tratando de separar los «hechos» arqueológicos tal y como se conocen hoy, de cualquier interpretación de los mismos. Toda tentativa de confirmar la historia bíblica del Éxodo tendrá que explicar lo siguiente: primero, si los habitantes de la región montañosa central de Palestina en el periodo de la Edad del Hierro I provenían de una comunidad que permaneció durante largo tiempo (más de 400 años según la Biblia, 1 Reyes 6, 1) en Egipto, ¿por qué las excavaciones y las prospecciones de estos asentamientos han proporcionado tan escasa prueba de la influencia egipcia? (véase Weinstein, 1997b, p. 88). Segundo, según la tradición bíblica, varios millones de personas (cf. Éxodo 12, 37; Núm. 1, 45-46) vagaron por la península del Sinaí durante «cuarenta» años. Sin embargo, jamás se ha recuperado ni un solo vestigio de tal grupo.

Lo único que podemos decir al respecto se refiere a la historia arqueológica de Tell el-Qudeirat, identificado como la antigua Kadesh-Barnea. Las excavaciones de este yacimiento, situado en el norte del Sinaí, no han puesto al descubierto nada anterior a los siglos X-IX a.C. (M. Dothan, 1977; Cohen, 1997). Kadesh-Barnea jugó un importante papel en las tradiciones bíblicas del Éxodo y la marcha errante por el desierto (Núm. 13, 26; 20, 1 y 14). Pero la falta de restos materiales en este lugar que puedan datarse con anteriori-

dad al siglo X plantea serios problemas a la historicidad de estas tradiciones (cf. Dever, 1997b, pp. 72-73). Intentar explicar esta falta de vestigios diciendo que es lo que se puede esperar de un grupo *errante* por el desierto es más un recurso que una objeción válida, desde el momento en que este planteamiento no tiene en cuenta el hecho de que, según la Biblia ¡se trataba de *millones* de personas! Seguramente, si este acontecimiento ocurrió en realidad como lo describe la Biblia, *algo* de la presencia de tanta gente habría aparecido ya, siquiera algún campamento con restos cerámicos que pudiéramos fechar. Mi punto de vista es que el Éxodo pudo haber ocurrido, pero no hay absolutamente ninguna prueba arqueológica incontrovertible para apoyar dicha conclusión.

Cuando se suman a lo dicho los problemas arqueológicos que rodean las tradiciones de la Conquista en los libros bíblicos de Números y Josué, la hipótesis de un éxodo histórico de proporciones bíblicas se vuelve menos convincente si cabe. El paradigma para la comprensión del origen del antiguo Israel ha cambiado drásticamente en los últimos años, gracias tanto a los recientes datos arqueológicos como a las novedosas aproximaciones literarias a los textos bíblicos (para un ejemplo de lo último, consultar Exum y Clines, 1993). Aunque es preciso ver los planteamientos sobre un éxodo israelita de Egipto como provisionales, ya que algún material aún por descubrir podría transformar el panorama actual, es cada vez más obvio que de haber algún «núcleo histórico» en la historia de unos «israelitas» huyendo de Egipto a finales del siglo XIII (o cualquier otro) a.C., éste tiene escasa semejanza con la versión bíblica (cf. Redford [1997], que argumentó que la totalidad de la historia bíblica data del periodo persa). Uno de los más importantes arqueólogos del Oriente Próximo de nuestros días, W. G. Dever, ha declarado recientemente que la cuestión de la historicidad del Éxodo es una «discusión bizantina» (1997b, p. 81). Se esté de acuerdo o no con Dever, es sencillamente imposible armonizar (como Malamat y otros han intentado hacer) o reconciliar las versiones bíblica y arqueológica de esta historia (Ward, 1997).

7. LA EDAD DEL HIERRO I (*c.* 1200-1000 A.C.)

> El problema que plantea el asentamiento de los israelitas en Canaán y el origen del sistema de las doce tribus, es el más difícil de toda la historia de Israel
>
> P. DE VAUX, 1978

La Edad del Hierro en Palestina se divide en dos periodos principales de duración desproporcionada: la Edad del Hierro I, desde aproximadamente el 1200 al 1000 a.C.; y la Edad del Hierro II (de la que nos ocuparemos en el próximo capítulo), desde el 1000 al 587/540 a.C. Aunque los arqueólogos e historiadores aún polemizan sobre la cronología absoluta de la Edad del Hierro I, y se han propuesto diferentes posibilidades, tomaremos las fechas que ya avanzamos, dado que existen tanto argumentos arqueológicos como históricos que las apoyan.

Durante este periodo de 200 años, tuvieron lugar en Palestina grandes transformaciones sociopolíticas. Estas transformaciones incluyeron el debilitamiento, y la definitiva retirada, de la presencia egipcia en la región; la aparición en las regiones costeras de los Pueblos del Mar (en especial los filisteos), y la construcción de cientos de pequeñas aldeas y alquerías en las tierras altas por gentes cuyos descendientes, 200 años más tarde, verían cómo David fraguaba el estado político de «Israel». En consecuencia, algunos expertos consideran que la Edad del Hierro I coincide con la época bíblica de los «Jueces» (por ejemplo Stager, 1985). El periodo de la Edad del Hierro II comenzaría, por tanto, con la fundación por parte de David de la Monarquía Unida, y finalizaría con la catástrofe de Judea provocada por los babilonios en 587/586 a.C.

Buena parte de la cronología absoluta de Palestina durante la Edad del Hierro I está ligada a la de Egipto. Esto incluye de forma específica las fechas de las dinastías XIX y XX. Sin embargo, se ha puesto también en tela de juicio la datación atribuida a los faraones de estas dinastías. Con el fin de evitar

una discusión casi interminable sobre estos temas, seguiré aquí las fechas que recientemente ha sugerido el egiptólogo K. Kitchen, presentadas en un coloquio internacional sobre cronología absoluta que tuvo lugar en la Universidad de Gothenberg en agosto de 1987 (Kitchen, 1987):

Dinastía XIX	Dinastía XX
Ramsés I: 1295-1294	Setnakht: 1186-1184
Sethos I: 1294-1279	Ramsés III: 1184-1153
Ramsés II 1279-1213	Ramsés IV: 1153-1147
Merneptah: 1213-1203	Ramsés V: 1147-1143
Sethos II: 1200-1194	(Hay otros faraones en esta dinastía pero no nos atañen)[1]
Siptah: 1194-1188	
Tewosret: 1188-1186	

Para algunos expertos, la Edad del Hierro I es el periodo más antiguo al que podemos aplicar el término de «arqueología bíblica». La razón es sencilla: no hay «israelitas» antes de este periodo. Esto no supone prejuzgar el tema hoy tan en boga de quién construyó y vivió en las aldeas de la Edad del Hierro I que actualmente se sabe que existieron en la región montañosa central de Palestina. No obstante, la cuestión de la «etnicidad», hoy en primera plana del debate acerca del nacimiento del «primitivo Israel»,[2] ha demostrado claramente lo presuntuosos que fueron los antiguos estudios al asumir que las gentes de las tierras altas en la Edad del Hierro I pertenecían a un grupo étnico (a saber, los israelitas).[3] Ni que decir tiene que a medida que dispongamos de más datos arqueológicos, y que los modelos de interpretación de estos datos sean cada vez más sofisticados, la cuestión del nacimiento del antiguo Israel se verá como un proceso más complejo y multifacético de lo que se ha asumido hasta ahora. Aquí, el papel de los arqueólogos será incluso más importante, ya que la mayoría de los críticos creen que los textos bíblicos que relatan la historia primitiva de Israel son tardíos, y en cualquier caso, concernientes a cuestiones teológicas, no históricas.

Esto no quiere decir que los arqueólogos especialistas en esta área estén de acuerdo sobre el significado de los restos materiales (véase más adelante). El hecho de que, en ocasiones, los estudiosos competentes lleguen a conclusiones diametralmente opuestas puede ser una fuente de frustración y confusión para cualquier interesado en el tema, especialmente para el principiante. Estas diferencias de opinión deberían servir como advertencia de que las interpretaciones de los datos arqueológicos no siguen una fórmula fija. Una mezcla de suposiciones, personalidades, intuición y experiencias previas forma parte de la ecuación. «La interpretación histórica y cultural de los hallazgos arqueológi-

cos es una tarea controvertida y complicada. Cualquier interpretación implica inferencias y deducciones, y el mismo conjunto de datos puede dar lugar a conclusiones diversas.» (Finkelstein y Na'aman, 1994, p. 15.)

El fin de la Edad del Bronce Tardío y el comienzo de la Edad del Hierro I: terminología y fechas

Algunos arqueólogos (por ejemplo, Aharoni, 1978, pp. 153 y ss.; M. Dothan, 1989, p. 63) se han referido al periodo que nos ocupa como «israelita», por contraste a la Edad del Bronce previa, a la que se ha denominado «cananea». Esto resulta un tanto engañoso. Aunque pudiéramos concluir (y es discutible)[4] que los israelitas de la Biblia aparecieron por primera vez en Canaán en la Edad del Hierro I, también se encontraban allí muchos otros grupos «étnicos». Entre ellos los egipcios, los hurritas, los hititas y los Pueblos del Mar, en especial los filisteos, así como otros grupos en la Transjordania (véase A. Mazar, 1990, pp. 295-296; 1992b, pp. 258-260). En consecuencia, referirse al periodo de la Edad del Hierro I como «israelita» evidencia una selección que ni las fuentes arqueológicas ni las literarias justifican.

Como ya dijimos, se discuten aún las fechas absolutas para el comienzo de la Edad del Hierro I. Aunque el 1200 a.C. es una fecha arbitraria en algunos aspectos, puede estar justificada en parte por el hecho de que, a finales del siglo XIII a.C., habían tenido o estaban teniendo lugar importantes trastornos de tipo político en todo el Oriente Próximo. El imperio hitita se había derrumbado, y los Pueblos del Mar estaban de camino hacia el mundo micénico. Finalmente, alcanzaron las costas de Canaán, y dejaron tras de sí una estela de destrucción. En este periodo fueron devastadas muchas ciudades cananeas (A. Mazar, 1992b, pp. 260-262; cf. Dever, 1990a). Es más, cesó la importación de cerámica chipriota y micénica en Canaán, lo cual supuso el fin de un comercio internacional que tan notable había sido durante los últimos estadios de la Edad del Bronce Tardío.

Por otro lado, la cultura material que conocemos de la primera mitad del siglo XII a.C. indica que la transición al periodo del Hierro I no tuvo lugar en todas partes al mismo ritmo. Beth Shan, un destacado centro administrativo egipcio, fue destruido a finales del siglo XIII, aunque se reconstruyó rápidamente. Entre los hallazgos de esta última fase de ocupación, encontramos material egipcio datado en la época de Ramsés III. Si utilizamos la cronología baja, esto indicaría que la influencia egipcia continuó en este emplazamiento hasta al menos mediados del siglo XII. Otros lugares (Lachish y Tell el-Far'ah Sur) también parecen encontrarse bajo la influencia egipcia durante este periodo. Sin embargo, Megido, destruida también a finales del siglo XIII,

fue reconstruida como ciudad cananea (A. Mazar, 1992b, pp. 260-262). Todo lo dicho ha incitado a algunos arqueólogos a fechar los últimos momentos de la Edad del Bronce Tardío con posterioridad al 1200 a.C. (cf. Dever, 1995c, p. 206). Otros, han dividido la Edad del Hierro I en dos subperiodos: Edad del Hierro IA (*c.* 1200-1150), y Edad del Hierro IB (*c.* 1150-1000) (cf. A. Mazar, 1992b, p. 260). Nosotros, por nuestra parte, nos referiremos a estos 200 años simplemente como Edad del Hierro I. Asimismo, no nos es posible aquí describir pormenorizadamente el periodo del Hierro I en términos de cultura material. Para tales descripciones están disponibles varios resúmenes recientes. Véanse en particular los siguientes: Finkelstein (1995); Fritz (1987a); Finkelstein y Na'aman (1994); A. Mazar (1990, pp. 295-367; 1992b).

Me centraré, más bien, en dos de las más importantes realidades sociales y políticas de la Palestina de este periodo: la llegada y establecimiento de los llamados «Pueblos del Mar», especialmente los filisteos, y el nacimiento de muchas aldeas y alquerías en la región montañosa central. La discusión sobre este último fenómeno nos permitirá enfrentarnos cara a cara con la muy discutida hipótesis de una conquista de Canaán por parte de los «israelitas».

Los Pueblos del Mar: los filisteos

Se ha escrito mucho sobre la llegada y el asentamiento de los Pueblos del Mar en la región costera de Palestina. Se suele hablar de dos oleadas, la primera acaecida durante el primer cuarto del siglo XII. Su llegada se señala con la presencia de un tipo particular de cerámica llamada micénica IIIC:1B, descubierta en yacimientos como Acco, Ashdod y Tell Miqne-Ekron (T. Dothan, 1989, 1990; M. Dothan, 1989; Stager, 1995; Gitin y T. Dothan, 1987). Fuera cual fuera el lugar del que vinieron (se sugieren normalmente las regiones egea y/o anatolia [T. Dothan, 1982, pp. 21-23]), Ramsés III evitó que invadieran Egipto en el octavo año de su reinado (*c.* 1175 a.C.). El faraón registró esta batalla en los muros de su templo de Medinet Habu, en Tebas, donde se identifican cinco grupos diferentes de Pueblos del Mar: filisteos, *tjeker*, *shekelesh*, *denye (danaoi)* y *weshesh* (Wilson, *ANET*, p. 202; figura 6.1). De estos cinco grupos, el más famoso, y el único que menciona la Biblia, es el de los filisteos. Sin embargo, según la historia de Wen-Amon (*ANET*, pp. 25-29), fechada en el *c.* 1100 a.C., los *tjeker* se establecieron en Dor, emplazamiento situado en la costa norte de Palestina. Es más, M. Dothan ha afirmado (1989) que los *shardina*, también incluidos entre los Pueblos del Mar, llegaron a Palestina en una fecha tan temprana como el siglo XIV y ocuparon la ciudad de Acco y sus inmediaciones. Al parecer, los *tjeker* y los *shardina* no pudieron competir con los filisteos, y pronto fueron absorbidos por éstos o por la población cananea local.

Los filisteos[5]

Los filisteos empezaron a controlar la región costera de Palestina en algún momento de la primera mitad del siglo XII a.C. Durante más de 100 años serían la fuerza militar y política con la que había que contar, tal y como descubrirían los incipientes clanes de «israelitas» en la región montañosa central. Aunque desconocemos el origen último de los filisteos,[6] sí sabemos que formaron parte del amplio movimiento de esos Pueblos del Mar que acabamos de tratar. Existen tres fuentes principales para reconstruir su historia: los registros egipcios, la Biblia y los descubrimientos arqueológicos.

Los textos

Según los textos egipcios de Medinet Habu, los filisteos se encontraban entre los Pueblos del Mar que Ramsés III venciera en torno al 1175 a.C. Se ha interpretado que los relieves de los muros representan una batalla tanto terrestre como marítima, suponiendo que los Pueblos del Mar llegaran a Canaán por ambos caminos (véase figura 7.1). Tras su victoria, al parecer Ramsés III reclutó a muchos de los supervivientes como mercenarios, y a muchos de ellos los apostó en guarniciones en Palestina (en lugares como Beth Shan y Tell el-Far'ah Sur). Se cree que esta táctica de los ramésidas sería el modo en que los egipcios ejercían su control sobre las principales rutas de la época (véase T. Dothan, 1982, pp. 1-13, que incluye reproducciones de las escenas de los muros del templo; cf. Singer, 1994, pp. 290 y ss.).

Ciertos autores han puesto en duda aquella interpretación tradicional (Stager, 1995, con multitud de referencias; cf. Wood, 1991) al apostar por que los filisteos, así como el resto de los Pueblos del Mar, llegaron exclusivamente por mar. Es más, no está claro si realmente los filisteos, entre otros, fueron apostados en Palestina como mercenarios egipcios. Actualmente, se cree más problable el establecimiento de un centro de influencia filisteo en el sur de Canaán vinculado a las cinco ciudades-estado filisteas. Allí, detentaron un considerable poder hasta su derrota por David a comienzos del siglo X a.C. Esta reciente interpretación plantea serias objeciones a la validez histórica de las escenas murales de Medinet Habu. Si los egipcios derrotaron a los filisteos, así como a otros Pueblos del Mar, de un modo tan contundente, tal y como indican las inscripciones de Medinet Habu, entre otras fuentes (véase el «papiro Harris I» en *ANET*, p. 262), ¿cómo es que en un periodo de tiempo tan corto los filisteos se convirtieron en el mayor poder político de Canaán tal y como sugieren tanto los textos bíblicos como los datos arqueológicos?

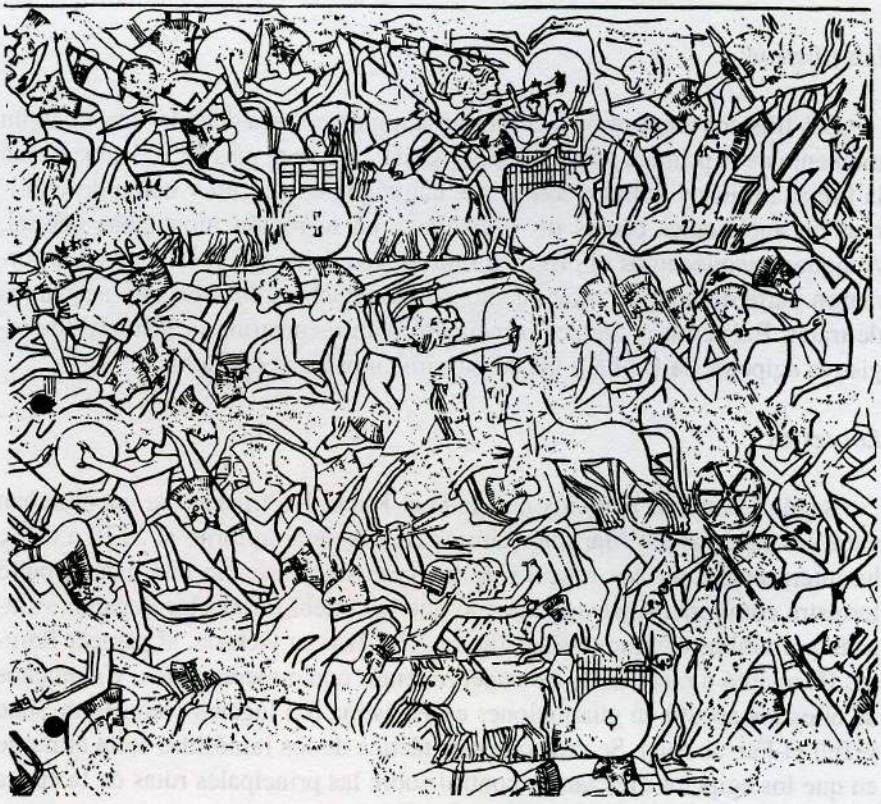

Figura 7.1. Escena que refleja la batalla ente Ramsés III y los Pueblos del Mar. Tomada de T. Dothan, *The Philistines and their Material Culture*, Israel Exploration Society.

La Biblia trata a los filisteos de un modo despectivo. Este desprecio se demuestra de la forma más intensa en los pasajes que los describen como «no circuncisos» (Jueces 14, 3; 15, 18; 1 Samuel 17, 26; 18, 25), así como en la historia de Ocozías en 2 Reyes 1, en la que el dios de Ekron, Baal-zebul ('regio señor'), es ridiculizado como «Baal-zebub» ('el señor de las moscas'). Pero a pesar de la escasa estima en la que los israelitas tenían a los filisteos, las referencias bíblicas a estas gentes nos proporcionan algunas claves sobre la cultura filistea.

La organización política

La estructura política filistea se centraba en torno a las cinco ciudades-estado de Ashkelon, Ashdod, Gaza, Gath y Ekron (cf. Josué 13: 3; figura 7.2).

La mención en Jueces 3, 3 (cf. 1 Samuel 6, 4 y 16) a los «cinco príncipes de los filisteos» es una aparente referencia a los dirigentes de cada una de estas ciudades. Es más, aunque los detalles del procedimiento no están claros, según 1 Samuel 29, 1-7, estos «príncipes» podían hacer caso omiso de la decisión de un señor o tirano. La palabra traducida por *señor* es en el texto hebreo el plural de la palabra *seren* y se cree que es un préstamo filisteo (Singer, 1994, p. 335). La Biblia utiliza este término sólo al referirse a los filisteos y en su origen puede estar la palabra griega dórica τύραννος (*týrannos*), aplicada a todo aquel que se hubiera nombrado rey a sí mismo por la fuerza. Si esta derivación es cierta, sería otra prueba más del posible origen egeo de los filisteos.[7] La carencia de cualquier inscripción filistea, puede ser un indicativo de la rapidez con que comenzaron a adoptar la lengua cananea como propia. Esta puede ser una de las razones de su declive cultural (Singer, 1994, pp. 335 y ss.).

La organización militar

Es también en la Biblia donde encontramos referencias a su estructura y fortaleza militar. Según 1 Samuel 13, 5, el ejército filisteo se componía de aurigas y jinetes (sin embargo, las cifras que se han dado pueden ser excesivas). En otro lugar (1 Samuel 31, 3) se mencionan arqueros y, por supuesto, debía de haber soldados de infantería. Si la descripción de la armadura de Goliat (1 Samuel 17, 5-7) es la típica de este pueblo, los guerreros filisteos estaban, en efecto, bien armados. Según esta descripción (a pesar del carácter literario de la historia), todo el metal de la armadura de Goliat era bronce, excepto la punta de su lanza, de la que se dice que pesaba 600 *shekels* de hierro, ¡en torno a 7 kilos! A menudo se ha dicho que los filisteos poseían el monopolio del trabajo del hierro, especialmente a la vista de que lo nos cuenta 1 Samuel 13, 19-22. Sin embargo, estudios recientes han cuestionado esta conclusión.

La religión

Más adelante examinaremos lo que se conoce del culto filisteo a partir de los restos materiales de que disponemos. La Biblia da escasa información. Este título podría llevar a pensar que adoptaron rápidamente los cultos locales cananeos, ya que todos sus dioses mencionados en la Biblia tienen nombres semíticos. Al parecer, en las diferentes ciudades-estado se adoraban deidades diferentes. Se dice, por ejemplo, que en Ashdod se adoraba a Dagón (1 Samuel 5, 1-5), pero en Ekron a Baal Zebub (Zebul) (2 Reyes 1, 1-4). Sin embargo, el registro arqueológico indica claramente que también trajeron con

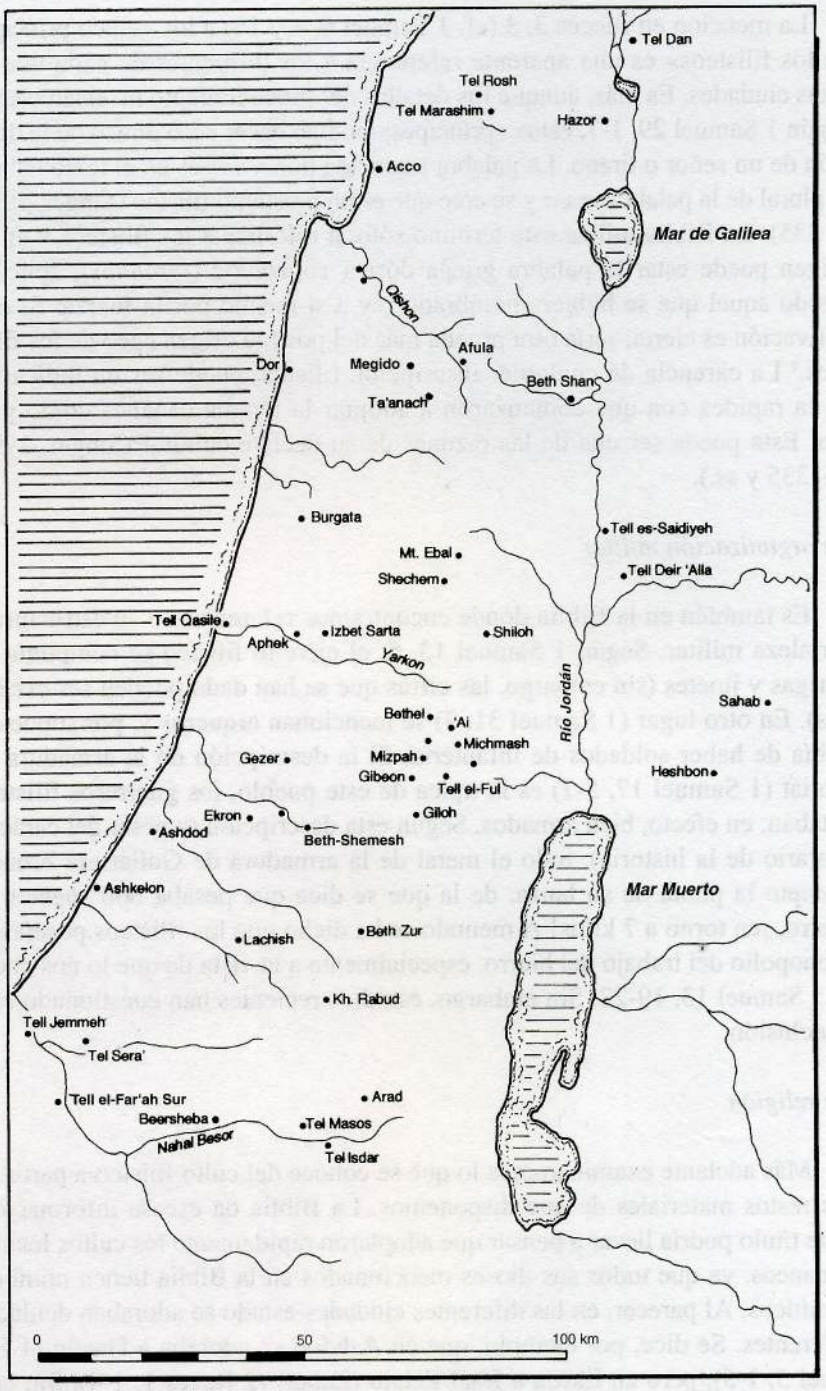

Figura 7.2. Mapa de los yacimientos de la Edad del Hierro I.

ellos, al menos, algunas de sus prácticas religiosas indígenas (véase más adelante).

Así, la Biblia, aunque de modo parcial en algunos aspectos, presenta a los filisteos bien organizados desde el punto de vista político y militar, y como un pueblo que se adaptó rápidamente a su nuevo hogar. Esta adaptación incluyó tanto la religión como la lengua cananeas. La Biblia, por supuesto, no se ocupa de los logros culturales de los filisteos sino por la amenaza política y militar que representaban para los israelitas. El alcance de su superioridad cultural, al menos durante la mayor parte del periodo de la Edad del Hierro I, se refleja de forma nítida en los restos arqueológicos.

Los restos arqueológicos

El conjunto de los restos arqueológicos identificados como filisteos aumenta constantemente gracias a las aportaciones de las excavaciones en curso (véase la nota 6). En su estudio de 1982, T. Dothan identificó unos cuarenta yacimientos con restos materiales filisteos en Palestina (para un mapa de estos yacimientos véase T. Dothan, 1982, p. 26). Entre sus señas de identidad más características se encuentra la cerámica.

La cerámica filistea

Uno de los restos materiales más característicos de este pueblo es su cerámica (figura 7.3). No debe sorprender, por tanto, que este material haya recibido gran atención por parte de los arqueólogos (véase en especial T. Dothan, 1982, capítulo 3). Esta cerámica bicroma (normalmente negra y roja) contiene motivos muy interesantes, incluidos frisos de espirales, semicírculos entrelazados y ajedrezados. Pero quizá el signo más distintivo sea el de los pájaros, a menudo representados con las cabezas giradas hacia atrás. El repertorio cerámico incluye cuencos, cráteras, jarras, anforiscos, píxides, cántaros con un pitón con colador, botellas cilíndricas y recipientes en forma de cuerno.

Estos restos cerámicos, entre otros, se atribuyen a los filisteos por tres razones (T. Dothan, 1982, pp. 94-96). Primera, la distribución geográfica de esta cerámica encaja bien con lo que se conoce del patrón de asentamiento filisteo (los restos cerámicos se concentran en la región costera y en los límites de la región montañosa, pero aparecen muy esporádicamente en la región montañosa central [ver el mapa de T. Dothan en 1982, 26]). Segunda, la estratigrafía de los yacimientos a los que se asocia esta cerámica indica claramente que apareció por primera vez en la costa palestina durante la primera mitad del siglo XII a.C. Esta fecha coincide con la fecha egipcia de la confrontación de Ramsés (aunque haya sido exagerada) con los Pueblos del

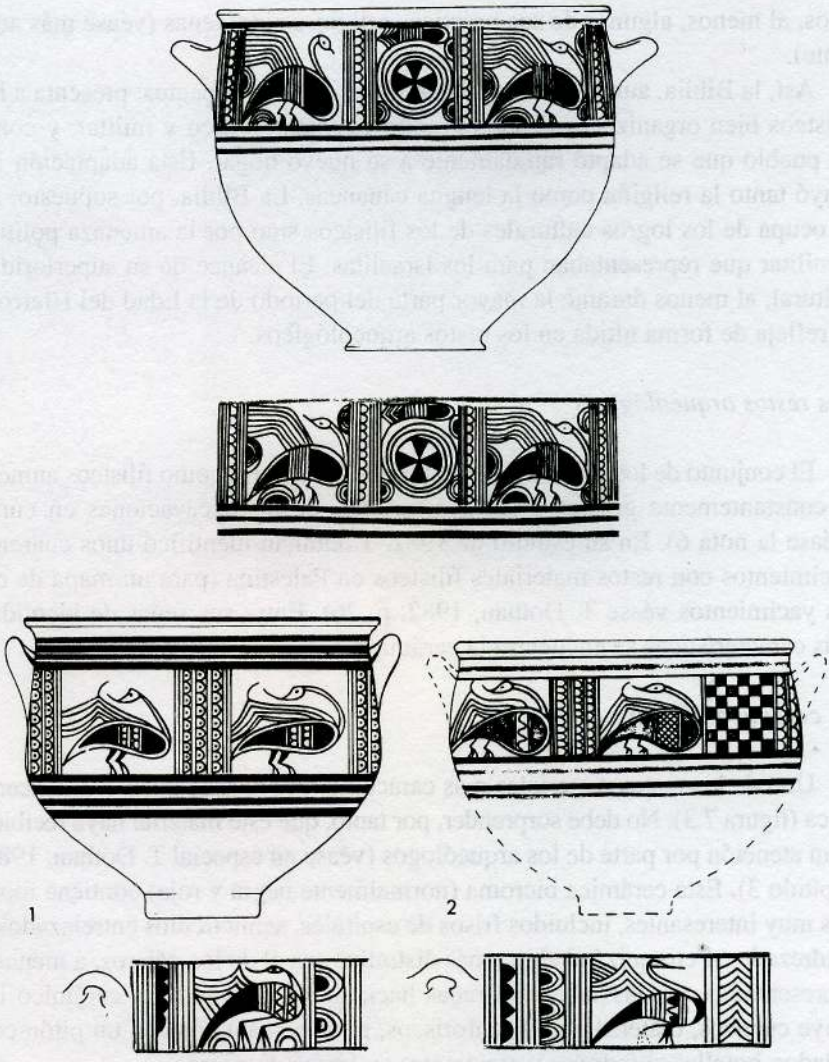

Figura 7.3. Cerámica filistea. Tomada de T. Dothan, *The Philistines and their Material Culture*, © Israel Exploration Society, 1982.

Mar. Tercera, la comparación de los estilos cerámicos que componen gran parte del corpus los vincula al área del Egeo, de donde se cree que los filisteos habrían venido. Al mismo tiempo, el análisis de la arcilla por termoluminiscencia ha demostrado de forma concluyente que la cerámica era de fabricación local, lo que implica la existencia de artesanos locales conocedores de esos tipos cerámicos (para la cerámica de Ekron, véase Gunneweg *et al.*, 1986).

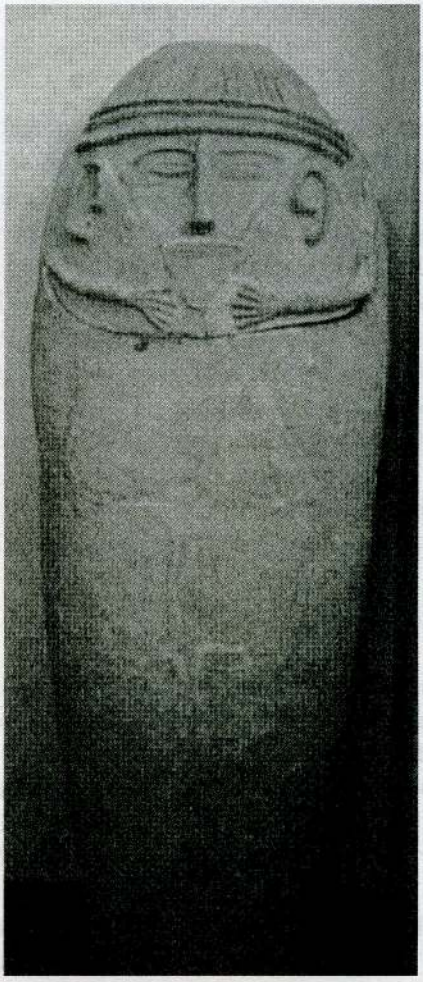

Figura 7.4. Sarcófago antropomorfo en arcilla. Fotografía de J. Laughlin.

El corpus de la cerámica filistea es muy ecléctico, y refleja influencias micénicas (egeas), chipriotas, egipcias y cananeas locales (para una completa descripción, con abundantes ilustraciones de estas influencias, véase T. Dothan, 1982, pp. 132-155). Uno de los tipos cerámicos que se atribuyen a la cultura cananea local es la denominada «jarra de cerveza». Este recipiente tiene un colador en su interior que se pensó que habría servido para colar los granos de cereal empleados en la elaboración de esta bebida. Sin embargo, se ha afirmado recientemente que estos recipientes se usaban para servir vino, no cerveza (Stager, 1995, pp. 345).

Las prácticas funerarias

Cuando por primera vez se documentaron enterramientos asociados a los filisteos en lugares como Beth Shan y Tel el-Far'ah Sur, se dio por sentado que los característicos ataúdes antropomorfos en arcilla (figura 7.4) localizados en estos enterramientos surgieron con ellos (véase T. Dothan, 1982, pp. 252-288); A. Mazar, 1990, pp. 326-327; Dothan y Dothan, 1992, pp. 57-73). Sin embargo, excavaciones más recientes, en especial la de Deir el-Balah (en la costa a unos 40 km al sur de Ashkelon), han demostrado que la tradición del enterramiento en féretros antropomorfos de arcilla provenía de Egipto y que precedió a la llegada de los Pueblos del Mar (Dothan y Dothan, 1992, pp. 202-208, véase en especial la p. 207; Stager, 1995, pp. 341-342; para una mapa de los yacimientos en los que se han encontrado tales féretros véase T. Dothan, 1982, p. 253). Todo ello implica que los filisteos adoptaron esta práctica funeraria con gran rapidez, tal y como ocurrió con otros aspectos de la cultura local.

Los restos arquitectónicos

Los más claros ejemplos de la arquitectura filistea son los que conocemos a partir de las excavaciones de Tell Qasile, Ashdod, Ashkelon y Ekron. Aunque debemos ser cautelosos a la hora de elaborar nuestras conclusiones, debido a la limitada excavación de los estratos filisteos, se sabe lo suficiente como para afirmar que los filisteos impusieron en su nuevo hogar sus propios tipos constructivos (Stager, 1995, pp. 345-348). En Ashkelon, Stager descubrió un edificio público (que pasó por varias fases), similar a los hallados en Ashdod, Tell Qasile y Ekron (1995, p. 346). Asoció provisionalmente este edificio a una industria del tejido a causa de las más de 150 fusayolas que encontró allí.

Ekron (figura 7.5) es un claro ejemplo de la planificación arquitectónica filistea, en cuyo centro se han documentado construcciones de carácter público (T. Dothan, 1990; T. Dothan y Gitin, 1990; Gitin y T. Dothan, 1987). En el área IV (en el centro de la ciudad) se encontró un «edificio monumental bien planificado», posiblemente la residencia de un gobernador o quizá un palacio (Gitin y T. Dothan, 1987, p. 205). Este edificio contenía varias habitaciones, dos de las cuales podrían estar asociadas a prácticas cultuales. Son de especial interés los restos de un hogar circular hallado en un patio conectado con las dos habitaciones superiores. Se piensa que estos hogares son la principal característica arquitectónica de los *mégara* del mundo egeo (figura 7.6; T. Dothan, 1990, p. 35; Dothan y Dothan, 1992, pp. 242-244 y láminas 24, 25, 26). Sólo conocemos hogares como éstos en otros dos yacimientos filisteos: Tell Qasile (A. Mazar, 1985) y Ashkelon (T. Dothan, 1982, p. 205).

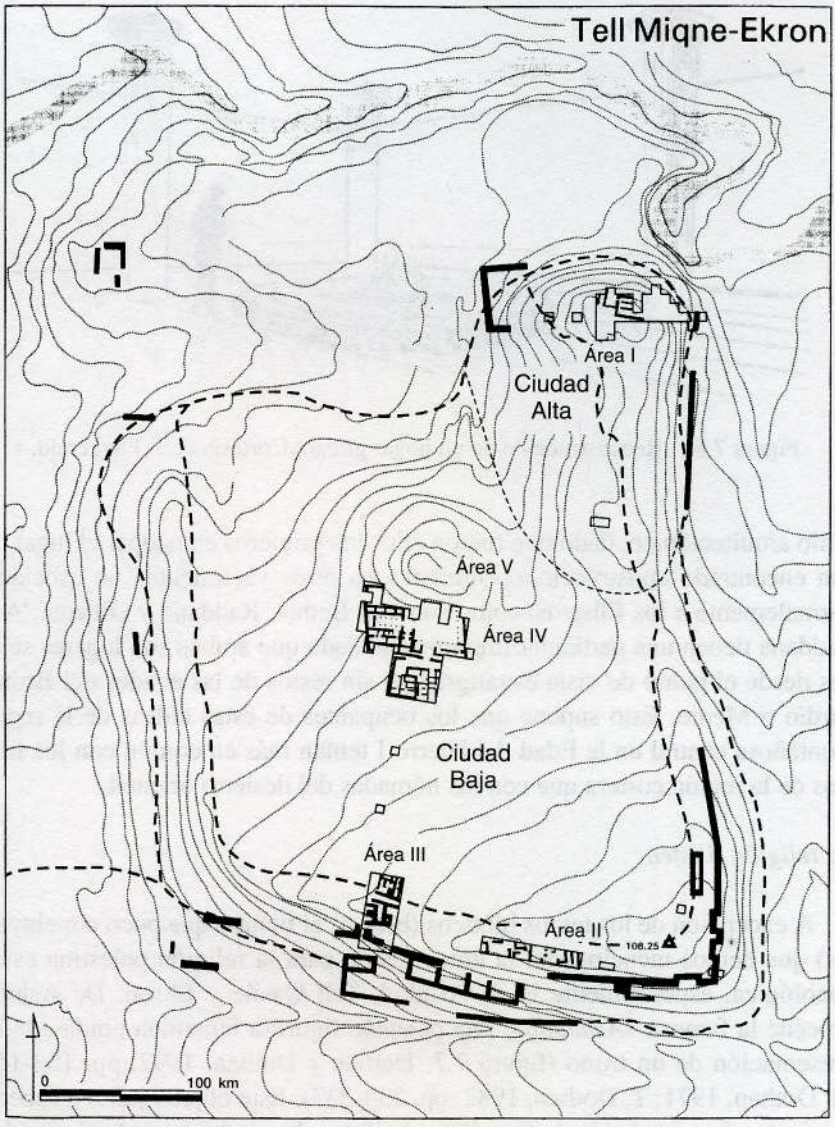

Figura 7.5. Mapa topográfico de Tell Miqne-Ekron. © Excavaciones de Tell Miqne-Ekron, J. Rosenberg.

En varios emplazamientos contamos con restos de lo que se ha identificado como casas privadas (entre ellos Ashdod y Tell Qasile). Estos edificios estaban contruidos de ladrillo de barro y se componían cada uno de varias estancias. Concretamente en Tell Qasile parece ser que existiría un edificio columnado (A. Mazar, 1990, p. 319). Puede que los filisteos trajeran consigo este

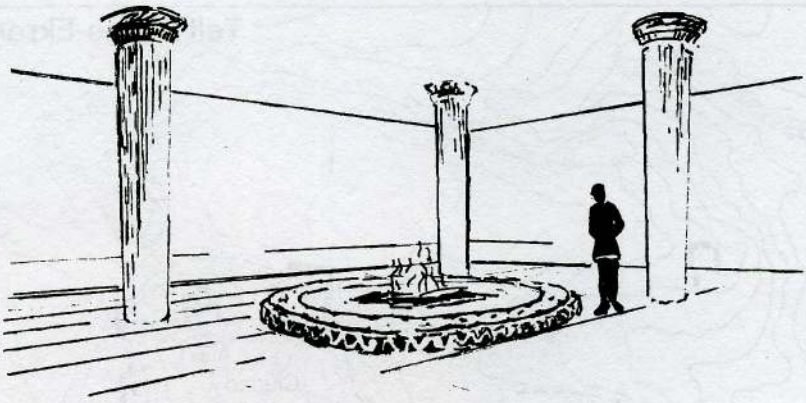

Figura 7.6. Reconstrucción de un hogar griego. Cortesía de J. Fitzgerald.

estilo arquitectónico, dado que fueron ellos los primeros en ocupar el lugar. Se han encontrado construcciones similares en otros yacimientos no asociados normalemente a los filisteos, como son 'Ai, Bethel, Raddana y Gibeon. 'Ai y Raddana tienen una particular importancia, dado que ambos son lugares sellados desde el punto de vista estratigráfico, sin restos de las edades del Bronce Tardío o Medio. Esto supone que los ocupantes de estas aldeas de la región montañosa central en la Edad del Hierro I tenían más en común con los filisteos de la región costera que con los nómadas del desierto oriental.

La religión filistea

A excepción de los textos bíblicos (breves, al tiempo que poco concluyentes) que hemos mencionado, la única fuente para la religión palestina es arqueológica, especialmente la de Ashdod, Tell Qasile y Ekron. De Ashdod procede la famosa «*Ashdoda*», una pequeña figurilla femenina unida a la representación de un trono (figura 7.7; Dothan y Dothan, 1992, pp. 153-157; M. Dothan, 1971; T. Dothan, 1982, pp. 234-237). Este objeto, junto a cabezas y asientos fragmentados de figurillas similares, llevó al excavador a concluir que durante la primera mitad del siglo XII a.C., los filisteos aún adoraban a la llamada «Diosa Madre» del mundo micénico. Otros hallazgos de figurillas de barro se han interpretado, sin embargo, como plañideras (A. Mazar, 1990, p. 323, ilustración 8.16). Lo cierto es que no sabemos cuál era el uso real de estas piezas en el contexto de las prácticas cultuales filisteas. De Tell Qasile procede el único *témenos* (área sagrada) de un yacimiento filisteo que ha sido completamente excavado (A. Mazar, 1997, pp. 374-376). Durante los siglos XII y XI (niveles XII-X), los edificios del área sacra experimentaron constantes

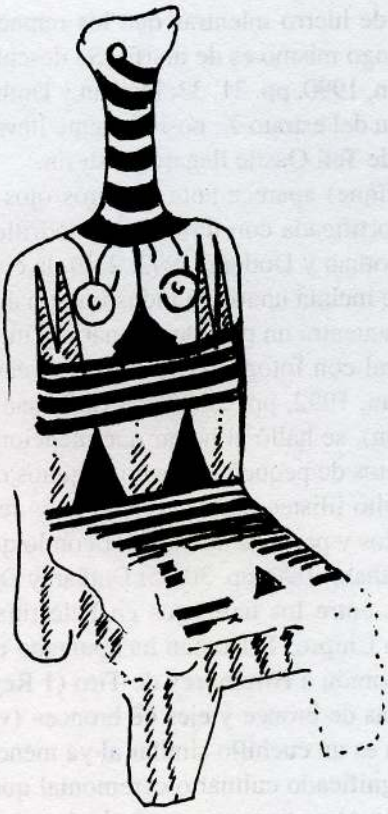

Figura 7.7. La «*Ashdoda*». Cortesía de J. Fitzgerald.

transformaciones. Se ha identificado un gran templo (con unas dimensiones exteriores de 7,75 por 8,5 metros) en el nivel XI, formado por varias habitaciones y un gran patio (figura 7.8). En dicho patio se encontró un pozo que contenía abundantes huesos así como recipientes de desecho, muchos de los cuales se piensa que serían de signo cultual. El excavador llegó a la conclusión de que los estilos arquitectónicos que aparecen en este complejo son desconocidos en las estructuras cananeas.

Entre los objetos cultuales recuperados se encuentra una placa con la representación de lo que se cree que son diosas, un recipiente de libación con forma femenina, una copa en forma de león, pedestales cilíndricos decorados con motivos zoomorfos y antropomorfos, así como cuencos de ofrendas decorados con imágenes de pájaros (A. Mazar, 1990, p. 325, ilustraciones 8.17, 18). Sin embargo, no se ha encontrado ni rastro del culto a «*Ashdoda*» en Tell Qasile (Dothan y Dothan, 1992, p. 232). Otro objeto interesante es un cuchillo

cuya hoja está hecha de hierro mientras que los remaches unidos al mango son de bronce y el mango mismo es de marfil. Se descubrió un cuchillo similar en Ekron (T. Dothan, 1990, pp. 31, 33; Dothan y Dothan, 1992, láminas 29, 30). Con la destrucción del estrato X, posiblemente llevada a cabo por David, los días de esplendor de Tell Qasile llegaron a su fin.

En Ekron (Tell Miqne) aparece ante nuestros ojos una gran ciudad palestina (figura 7.5). Fortificada con un muro de ladrillo de barro de más de 3 metros de grosor (Dothan y Dothan, 1992, 239), la ciudad tenía una extensión de más de 20 ha e incluía una zona industrial, un área de edificios públicos entre los que se encuentra un posible santuario y un área doméstica (para una descripción general con fotografías y dibujos, véanse T. Dothan, 1987, 1990; Dothan y Dothan, 1992, pp. 239-257). En el santuario, (que pasó por dos fases de utilización), se halló el hogar que mencionamos anteriormente, así como muchos objetos de pequeño tamaño, algunos de ellos posiblemente relacionados con el culto filisteo. Entre estos objetos se encuentran tres ruedas de bronce con radios y parte de un bastidor con lo que podría ser un agujero para un eje (T. Dothan, 1990, pp. 30-35; Dothan y Dothan, 1992, pp. 248-250). Poco frecuentes entre los hallazgos en Palestina, se han encontrado objetos de este tipo en Chipre. T. Dothan ha apuntado que la descripción de las basas que hace Salomón a Hiram, rey de Tiro (1 Reyes 7, 27-33) incluye una referencia a «ruedas de bronce y ejes de bronce» (v. 30). Otro descubrimiento de importancia es un cuchillo similar al ya mencionado de Tell Qasile. No está claro el significado cultual o ceremonial que pudo haber tenido. Se encontraron también otros tres mangos fechados en la primera mitad del siglo XII a.C. Durante la última fase (estrato IV; finales del siglo XI, principios del X a.C.) de este edificio, el hogar ya no estaba en uso y los pequeños objetos apuntan a una creciente influencia egipcia. En el momento de su destrucción (en la primera mitad del siglo X), Ekron había perdido ya gran parte de su caracterización filistea (T. Dothan, 1990, pp. 25-36; Dothan y Dothan, 1992, pp. 250-253).

El fin

A partir de los testimonios textuales y arqueológicos, podemos concluir que los filisteos fueron durante 150 años un pueblo altamente organizado, superior desde el punto de vista militar, y sofisticado desde el económico, cuyos logros culturales superaron con mucho los de cualquier otro grupo conocido en Palestina durante la Edad del Hierro I. Su cerámica y sus restos arquitectónicos e industriales atestiguan el carácter sumamente laborioso y artístico de este pueblo, lo cual, y de una vez y para siempre, debería acabar con la connotación popular de crudeza y falta de sofisticación cultural asocia-

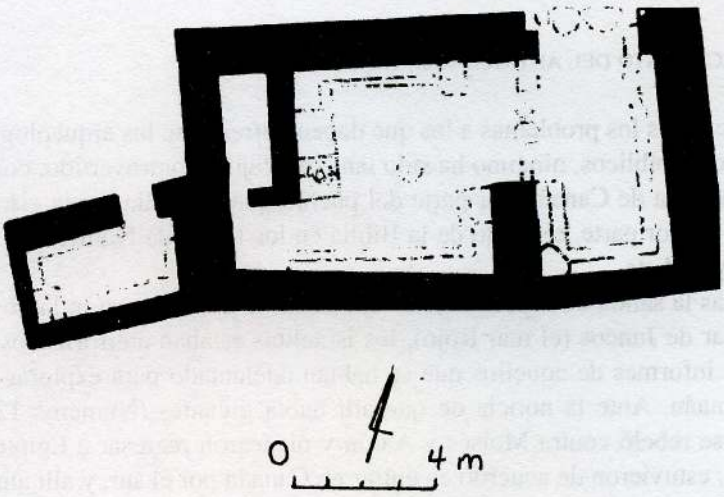

Figura 7.8. Plano del templo filisteo de Tell Qasile. Cortesía de J. Fitzgerald.

das al término «filisteo». Lo que se sabe de sus prácticas funerarias, así como de sus vestigios domésticos, indica que a menudo llegaron a gozar de un cierto nivel de riqueza, así como de una elevada posición, dado que sólo tal clase de individuos podrían haberse permitido el tipo de casas en las que habitaban y las tumbas en las que eran enterrados.

Aunque hoy se sabe tanto por la arqueología como por los textos (Jeremías 25, 20; Sofonías, 2, 4; Zacarías 9, 5-8) que los filisteos existieron a lo largo del periodo de la Edad el Hierro II (véase Stone, 1995), hacia mediados del siglo X, si no antes, parecían haber perdido buena parte de su singularidad cultural. ¿Cómo ocurrió esto teniendo en cuenta su riqueza, artesanía y superioridad política y militar? Sin duda, la derrota sufrida ante los israelitas fue la causa de parte de esa decadencia, pero por sí sola esta explicación parece insuficiente, dado su rápido declive. La clave, creo, está en las dos facetas menos conocidas de este pueblo: su lengua original y su religión. Aunque el de la identidad étnica es un tema complejo, ciertamente lengua y religión juegan un papel en él. Los filisteos parecen haber sido tan eclécticos en estas cuestiones como lo fueron con sus tipos cerámicos. Este eclecticismo les permitió asimilar con gran rapidez la cultura cananea, pero esta asimilación también les arrebató mucho de su identidad propia. La tierra que compartieron con los israelitas se convirtió en última instancia en su tumba cultural, y el nombre por el que esta tierra se ha conocido durante al menos 2.000 años, «Palestina», figura hoy como su epitafio.

El nacimiento del antiguo «Israel»

De todos los problemas a los que deben enfrentarse los arqueólogos e historiadores bíblicos, ninguno ha sido tan complejo y controvertido, como el de la conquista de Canaán por parte del pueblo que la Biblia llama «israelitas». En su mayor parte, el relato de la Biblia en los libros de Números y Josué es claro y realista.

Tras la salida de Egipto bajo el liderazgo de Moisés y su milagrosa huida del Mar de Juncos (el mar Rojo), los israelitas estaban aterrorizados a causa de los informes de aquellos que se habían adelantado para explorar la tierra de Canaán. Ante la noticia de que allí había gigantes (Números 13-14), la gente se rebeló contra Moisés y Aarón y planearon regresar a Egipto. Finalmente, estuvieron de acuerdo en entrar en Canaán por el sur, y allí amalekitas y cananeos hicieron fracasar sus planes (Números 14, 45). Condenados a vagar por el desierto durante «cuarenta años», tropezaron con varios grupos de gentes con los que se enfrentaron. Entre ellos se encontraban el rey de Arad, los amoritas y el rey de Bashan (Números 21). Al final del libro de Números, se dice que los israelitas se unieron en la Transjordania contra Jericó. Tras la muerte de Moisés y bajo el liderazgo de Josué, invadieron la tierra de Canaán (Josué 1-12), organizando su ataque en tres fases: 1) un ataque contra la región montañosa central, incluidas Jericó y 'Ai (Josué 6-10); 2) una campaña meridional que conduce a la derrota de ciudades como Linah, Eglón, Hebrón y Debir (Josué 10, 29-43); y 3) un asalto septentrional que tuvo como resultado la destrucción de Hazor (Josué 11, 1-15). Así, se nos dice que en un periodo de cinco años (Josué 14, 7 y 10): «Josué conquistó toda la tierra; la montaña, el Neguev, la Sefelá y las pendientes con todos sus reyes. No dejó ningún superviviente. Entregó el anatema a todo viviente, como había mandado Yavé, Dios de Israel» (Josué 10, 40).

La impresión que uno obtiene de esta historia es que un Israel unido atacó Canaán desde el este y que la victoria sobre sus habitantes fue, al menos en la región montañosa central, rápida y completa. Es un eufemismo decir que algo no encaja en esta descripción.

A causa de nuestras limitaciones de espacio, es imposible plantear una discusión en profundidad de los muchos problemas y soluciones que se han propuesto. Es más, cualquier tentativa por simplificar un tema tan complejo corre el riesgo de distorsionarlo. No obstante, debemos correr ese riesgo.

Existen dos puntos esenciales. Primero, están las historias bíblicas en sí mismas. Las compilaciones de Números, Josué y Jueces son historias largas y complejas, según la mayoría de los críticos literarios. El acuerdo principal es que estos textos fueron escritos en una época tardía de la historia de Israel (el

periodo más plausible es el postexílico, incluido Jueces 1 (véase P. K. Mc Carter, Jr., 1992, pp. 119-122), y que dada su motivación principalmente teológica, deben ser utilizados con extrema precaución al intentar reconstruir la primitiva historia de Israel. Aún así, las historias de la permanencia de «Israel» en Egipto, su milagrosa huida con Moisés, la alianza fraguada en Sinaí-Horeb y la enérgica entrada en la tierra de Canaán, son el *sine qua non* de la presentación que hacen los autores bíblicos de su historia.

Sin embargo, los nuevos datos arqueológicos plantean serias dudas respecto a la historicidad de este relato bíblico. Es de estos datos de los que fundamentalmente voy a ocuparme. Como siempre, los lectores deberán recordar constantemente que cualquier intento de evaluar estas fuentes, tanto desde la perspectiva textual como arqueológica, con el objetivo de reconstruir el verdadero proceso por el cual «Israel» vino a ocupar la tierra de Canaán, lleva implícito un significativo número de juicios subjetivos independientemente de la interpretación que uno escoja (véase el ensayo programático de Dever, 1992c).

Modelos de interpretación de la ocupación de Canaán por «Israel»

Antes de mediados de los ochenta

Con anterioridad a la década de los ochenta existían básicamente tres modelos para la interpretación de la Conquista. Dado que estos enfoques son bien conocidos, sólo les dedicaremos un brevísimo resumen.

El modelo militar de Albright

Una de las teorías más influyentes a la hora de explicar la Conquista es la de W. F. Albright. Profesor durante muchos años en la Universidad Johns Hopkins, Albright conocía las inconsistencias de las historias bíblicas. No obstante, el creía que estas historias eran de carácter esencialmente histórico, y hacía uso de lo que comenzaba a saberse a partir de las excavaciones arqueológicas para apoyar su interpretación. En particular, recurría para ello a lo que la arqueología había aportado sobre Lachish (Josúe 10, 31-32), Bethel (Jueces 1, 22 y siguientes) y Tell Beit Mirsim, que identificó con la antigua Debir (Josué 10, 38-39; identificación hoy discutida). Todos estos lugares fueron destruidos a finales de la Edad del Bronce Tardío o, en el caso de Lachish, a mediados del siglo XII a.C. Si Tell Beit Mirsim no es la antigua Debir, entonces es un emplazamiento no identificado que también sufrió una destrucción en esta época.

La reconstrucción de Albright ha tenido una enorme influencia, especialmente en América, ya que parecía haber demostrado que en efecto la arqueo-

logía podía utilizarse para corroborar los relatos bíblicos. Por razones que discutiremos más tarde, no hay prácticamente nada de esta reconstrucción que los arqueólogos e historiadores actuales tomen en serio. Como dijera un arqueólogo americano bien conocido: «Una década de excavaciones intensivas, multidisciplinares, en su mayoría llevadas a cabo por arqueólogos israelíes, ha barrido completamente los "modelos de conquista"... En la actualidad ningún reputado estudioso o arqueólogo bíblico adoptaría las opiniones de Albright» (Dever, 1993c, p. 33;[8] véanse también los comentarios de Dever en 1992c).

El modelo militar migratorio de Alt

Mientras en América Albright y sus discípulos, en particular G. E. Wright (1957) y John Bright (1981), formulaban y defendían el modelo de «conquista militar», en Alemania, Albrecht Alt (1968, pp. 173-221) y sus discípulos, de los cuales el más notable fue M. Noth (1960, pp. 68-84), abogaban por un planteamiento completamente diferente. Estos estudiosos no eran arqueólogos, pero sí cualificados críticos literarios. Llegaron a la conclusión de que los relatos de la conquista que aparecen en Josué, entre otros libros, eran fundamentalmente leyendas etiológicas con escaso valor histórico. Israel nació en la tierra de Canaán por medio de la infiltración pacífica de grupos pastoriles o nómadas a lo largo de un dilatado periodo de tiempo. Uno de los puntos fuertes de esta teoría es su reconocimiento de que el asentamiento «israelita» fue un proceso largo, complicado y multifacético. Sin embargo, la teoría de Alt sobre el origen de estos «israelitas» ha sido seriamente cuestionada (para una crítica de esta y otras teorías que hemos planteado aquí, ver, junto a las notas, Finkelstein, 1988, pp. 295-314, 1995, p. 363;[9] véase también Dever, 1992c, para las críticas de todos estos modelos).

La «revuelta campesina» de G. Mendenhall

En 1962, Mendenhall, de la Universidad de Michigan, escribió lo que se ha convertido en un artículo ampliamente leído y debatido, titulado «The Hebrew Conquest of Palestine». En este ensayo, él argumentaba que la llamada conquista de Palestina por parte de Israel era en realidad una revuelta de «campesinos contra la red de ciudades-estado cananeas» (1970, p. 107). Según Mendenhall, quienes desencadenaron esta revuelta fueron un pequeño grupo de esclavos que huyeron de Egipto a Canaán, llevando consigo el culto de una deidad llamada YHWH. Este pequeño grupo religioso fue capaz de reunir en torno a él a la población indígena de Canaán —a saber, los campesinos— quienes en su mayoría unieron sus fuerzas con las de aquéllos, y se enfrentaron a los reyes de las ciudades-estado que se les opusieron. Finalmente, vencieron los campesinos, y los reyes y sus partidarios fueron, bien expulsados, bien aniquilados.

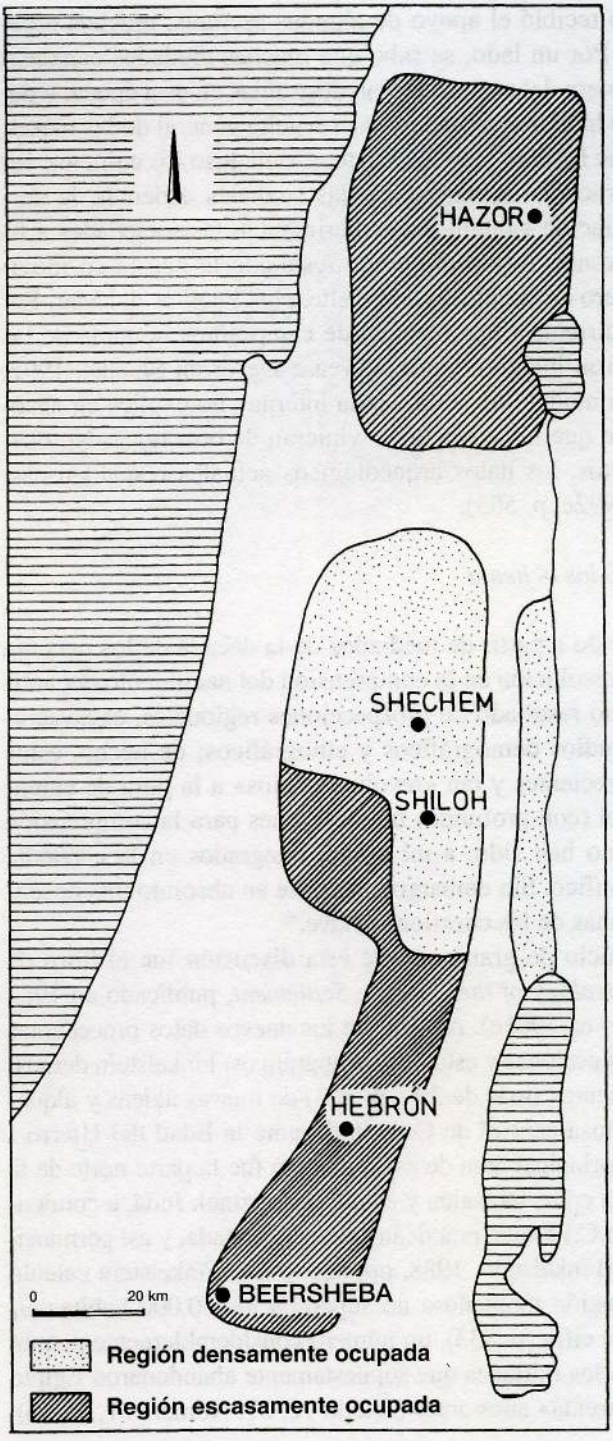

Figura 7.9. Mapa del asentamiento israelita a finales de la Edad del Hierro I. Tomado de Israel Finkelstein, *The Archaeology of the Israelite Settlement*, © Israel Exploration Society, Jerusalén, 1988.

Aunque este ensayo recibió el apoyo de algunos sectores, muchos especialistas no lo aceptan. Por un lado, se sabe que muchas ciudades cananeas situadas en la región costera del país no fueron destruidas en esta época, y deberían haberlo sido si se hubiera producido una revuelta general de las masas. Por otro lado, se cree que habrían sido los filisteos, o incluso los egipcios, los responsables de la destrucción de muchas de las ciudades. Además, la descomposición y fragmentación general que experimentan las sociedades a finales de la Edad del Bronce Tardío dio como resultado la puesta en movimiento de un buen número de pueblos, y entre ellos, los Pueblos del Mar. Por lo tanto, no es preciso atribuir a una revuelta de campesinos ninguna de las destrucciones que tuvieron lugar en Canaán (véase Dever en Shanks, 1992, pp. 29-30). Es más, este modelo de la «revuelta interna» no explica en absoluto el énfasis bíblico en que los «israelitas» vinieran de otro lugar. No obstante, en muchos aspectos, los datos arqueológicos actuales respaldan este modelo (véase Dever, 1992c, p. 553).

Después de mediados de los ochenta

Lo que se ha producido a partir de mediados de la década de los ochenta es poco menos que una revolución en la comprensión del nacimiento del antiguo «Israel», y ello como resultado de prospecciones regionales, excavaciones arqueológicas y estudios demográficos y etnográficos; de hecho, estos planteamientos son tan recientes y tan «revolucionarios» a la hora de entender los orígenes de Israel (con profundas implicaciones para la comprensión del relato bíblico) que no han sido, a mi juicio, integrados en la corriente principal del debate científico. Sin embargo, no existe en absoluto un consenso académico sobre algunas de las cuestiones clave.[10]

El catalizador del inicio de gran parte de esta discusión fue el libro de I. Finkelstein, *The Archaeology of the Israelite Settlement*, publicado en 1988 (véase la reseña de Dever en 1991c). A partir de los nuevos datos procedentes de las excavaciones, prospecciones y estudios demográficos, Finkelstein demostró que habían surgido cientos (más de 300, p. 333) de nuevas aldeas y alquerías en la región montañosa central de Canaán durante la Edad del Hierro I (figura 7.9). Además, la principal área de asentamiento fue la parte norte de la región montañosa, situada entre Jerusalén y el valle de Jezrael. Judá, a comienzos del periodo (*c.* 1200 a.C.) estaba prácticamente deshabitada, y así permaneció hasta el siglo X a.C. (Finkelstein, 1988, pp. 326 y ss.). Finkelstein calculó que la población de la región montañosa no superaría los 50.000 habitantes, o incluso no llegaría a esa cifra (p. 333), un número considerablemente pequeño si lo comparamos con los millones que supuestamente abandonaron Egipto junto a Moisés, sólo «cuarenta» años antes (Éxodo 12, 37; Números 1, 45-56).

Otros estudios (Stager, 1985; Coote, 1990, pp. 13-139), han apuntado también que la población que se instaló en las tierras altas eran granjeros u horticultores, no invasores nómadas venidos del este. Las estructuras arquitectónicas, en especial las famosas «casas de cuatro habitaciones», que se identificaban hasta no hace mucho como «israelitas», se sabe hoy que tienen pocas o ninguna implicación de tipo étnico (Finkelstein, 1988, pp. 254-259; 1996, pp. 200 y 204; D. R. Clark, 1996; London, 1989, pp. 47-48). Lo mismo podemos decir de la igualmente famosa «tinaja de borde engolado», que en un tiempo se consideró una forma cerámica israelita característica.[11] Se han interpretado otros restos tecnológicos, como las cisternas de agua enlucidas y la disposición en terrazas de las laderas de las colinas, para dar a entender que una población no nómada habitaba estas aldeas del Hierro I. Estos y otros datos arqueológicos han llevado a Dever a concluir que los habitantes de estas aldeas de la región montañosa central en el Hierro I no eran en absoluto nómadas invasores del desierto, como refleja la Biblia. Más bien, «parecen ser campesinos expertos y bien adaptados, ampliamente familiarizados con las condiciones locales de Canaán» (Dever, 1992c, pp. 549-550).

Esto no quiere decir que todos los arqueólogos estén de acuerdo en lo que ello significa. La pregunta parece ser si deberíamos interpretar estos recursos técnicos como innovaciones que posibilitaron la ocupación de la región montañosa central o como consecuencias del proceso de asentamiento.[12] En cualquier caso, ya interpretemos estos datos como innovaciones o como consecuencias, o bien como ambas cosas, lo importante es que el pueblo (o pueblos) que edificó, vivió y trabajó en estas aldeas de la región montañosa central durante la Edad del Hierro I no eran invasores nómadas provenientes del desierto.

Esta nueva hipótesis plantea muchas preguntas sobre estas gentes, entre ellas la pregunta esencial de quiénes eran y de dónde venían. Hasta no hace mucho tiempo, la mayoría de los estudiosos asumían que los habitantes del Hierrro I eran israelitas. Un rápido vistazo a las recientes publicaciones pondrá de manifiesto la carencia de sentido crítico de esta suposición (por ejemplo, T. Dothan, 1985, p. 165; Stager, 1985; London, 1989; Gal, 1992, pp. 84-93). Gracias al esfuerzo pionero de arqueólogos como Dever y Finkelstein, tal suposición ya no es aceptable. La identidad étnica de este pueblo debe ser probada mediante la evidencia, y no simplemente asumir que son «israelitas» a partir de una lectura no crítica de los textos bíblicos.

Finkelstein ha demostrado que la ocupación de la región montañosa central a comienzos de la Edad del Hierro I constituyó el tercer periodo de poblamiento de esta región, y que los otros dos habían tenido lugar durante el Bronce Antiguo I (*c.* 3200-2900 a.C.), momento en el que fueron ocupados unos 88 emplazamientos, y durante el Bronce Medio II (*c.* 2000-1550), en el que se

crearon 248 asentamientos (1994; 1995; 1996, pp. 199 y ss.). A partir de esta perspectiva a largo plazo, Finkelstein llegó a la conclusión de que, desde finales del IV hasta finales del II milenio a.C., grupos pastoriles se establecieron en las tierras altas. De esta forma, la población que se instaló allí (incluida la Transjordania) durante la Edad del Hierro I se vio implicada en un proceso que «formaba parte de un mecanismo cíclico de procesos alternos de sedentarización y nomadismo de los grupos indígenas, en respuesta a circunstancias políticas, económicas y sociales cambiantes» (1996, p. 208). En otras palabras, los habitantes de estas aldeas del Hierro I eran nómadas pastoriles que habían vuelto a convertirse en sedentarios, con escasa o ninguna conexión con las poblaciones cananeas de las tierras bajas (1995, p. 363). Según Finkelstein, es difícil decir a qué etnia pertenecían estas poblaciones. En un trabajo anterior (1988), él también se refirió a ellos como «israelitas». Con posterioridad, sin embargo (1994; 1995; y especialmente 1996) ha empleado el término de «protoisraelitas», que ya sugiriera Dever (en Shanks, 1992c, entre otros trabajos). Excepto por vagas referencias a «nómadas pastoriles» o «grupos trashumantes», Finkelstein no apuntó quiénes podían haber sido con exactitud estos «protoisraelitas» (1996, p. 208). Para él, el «verdadero Israel» no nace antes de los siglos IX-VIII a.C. (1996, p. 209). Es más, los únicos restos materiales de los que Finkelstein pensó que pudieran tener implicaciones étnicas son huesos de cerdo (o más bien la ausencia de ellos) en el caso de las aldeas de la región montañosa central (1995, p. 365). ¿Qué tiene todo esto que ver con el relato bíblico de la entrada de Israel en Canaán?

> Así pues, es evidente que el nacimiento de Israel no fue un episodio único, meta-histórico en el devenir de un pueblo elegido, sino más bien parte de un proceso histórico mucho más amplio, que tuvo lugar en el Oriente Próximo Antiguo; un proceso que causó la destrucción del *ancien régime* [subrayado por el autor] y el surgimiento de un nuevo orden, de estados nacionales, territoriales ... *La combinación de la investigación arqueológica e histórica demuestra que existe un completo divorcio entre el relato bíblico de la conquista de Canaán y la realidad histórica* [la cursiva es mía]. La tardía fecha, así como el carácter literario-teológico de los relatos bíblicos requieren un análisis preliminar cauteloso, crítico y multifacético, antes de que podamos extraer cualquier conclusión sobre su posible contribución a la hora de descifrar la primitiva historia de Israel (Finkelstein y Na'aman, 1994, pp. 12-13; véase también Finkelstein, 1996, p. 203).

Aunque Dever (1993b, 26*; 1995c) coincide con Finkelstein en la opinión de que la población de las aldeas del Hierro I no estaba formada por invasores nómadas del desierto, discrepa completamente con aquél sobre la cuestión de su origen. Para Dever, la mayoría de los aldeanos de la región

montañosa central en el Hierro I provendría de la población cananea ya sedentaria (Dever, 1992c; 1993b, 26* y ss.; 1995c), no de grupos pastoriles nómadas.[13] Es a estos recién llegados a la región montañosa a los que Dever ha etiquetado como «protoisraelitas», «que fueron los «antecesores del Israel posterior» (1993b, 31*; véanse sus observaciones en 1995c). A partir de otras características definitorias de la cultura de la región montañosa: sus tipos de asentamiento (pequeñas aldeas y alquerías); un incremento de la población que no podemos explicar únicamente por un crecimiento de tipo natural; una economía basada en la agricultura y la cría animal; un trazado de la aldea que incluía la casa de cuatro habitaciones con patio, a menudo con cisternas enlucidas para el almacenamiento del agua; el uso de silos para almacenar grano, la creación de terrazas en las laderas... Dever llegó a la conclusión de que estas gentes no eran «en su mayor parte invasores, refugiados políticos, revolucionarios, "bandidos sociales" o similares, sino simplemente inmigrantes provenientes de alguna otra zona de Canaán, la mayoría de ellos al parecer campesinos y ganaderos experimentados» (1995c, p. 208).[14] Para Dever, utilizar el término étnico *israelita* (o al menos *protoisraelita*) para referirse a la población de la región montañosa en el Hierro I es tan justificable como utilizar otros términos étnicos tales como cananeo, egipcio y filisteo (1995c, p. 209).

No es probable que las discrepancias entre Dever y Finkelstein se resuelvan a gusto de todos, especialmente cuando ellos mismos parecen incapaces de ponerse de acuerdo en una de las cuestiones más básicas: ¿qué cuenta y qué no como marcador étnico? Aunque Dever ha admitido el callejón sin salida al que han llegado los expertos, incapaces de ponerse de acuerdo en el significado de los materiales, ha aportado poco a su solución, excepto lamentar el hecho de que no hay «acuerdo sobre las reglas de base» (1993b, 30*). Hasta que dichas reglas sean especificadas, no parece plausible un acuerdo entre los investigadores.

Conclusiones

Aunque es posible que los estudiosos de la cuestión del nacimiento de Israel nunca lleguen a estar completamente de acuerdo en lo que respecta a los restos materiales de las aldeas de la Edad del Hierro I en la región montañosa central de Palestina, sí existe al menos acuerdo suficiente como para apuntar algunas conclusiones acerca de la versión bíblica de la ocupación de Canaán.[15] En primer lugar, se ha probado que todas las interpretaciones que apoyaban una invasión militar a gran escala por parte de nómadas del desierto, sean «israelitas» o cualquier otro grupo, son falsas. Así, está condenado al fracaso cualquier intento de interpretar los relatos bíblicos de modo literal. Es

incalculable el coste en sufrimiento humano y muertes causados a través de los milenios por los que han interpretado literalmente esta mentalidad de la «guerra santa» para apoyar sus propias guerras.

En segundo lugar, podemos suponer razonablemente que los habitantes de la región montañosa central durante el Hierro I formaban el «*pool*» genético del cual nacería con posterioridad el «Israel bíblico»; por tanto, los antecesores directos de Israel eran un grupo diverso, no sólo en términos de identidad étnica sino también, probablemente, religiosa. Ha sido Callaway quien ha planteado de forma sucinta las implicaciones de lo dicho para la formación del estado de «Israel»: «El inicio de su andadura como nación [se refiere a las tribus del Hierro I], con una religión nacional, fue el resultado de un largo proceso de lucha modelada, desde la perspectiva interna, por unos líderes dinámicos que conocemos como Jueces, y, desde la perspectiva externa, por las presiones políticas ejercidas fundamentalmente por los filisteos» (1988, pp. 77-78).[16]

En tercer lugar, nos son prácticamente desconocidas las prácticas religiosas de estas poblaciones del Hierro I. El tema de la religión de un colectivo es siempre complejo y fácil de distorsionar mediante simplificaciones excesivas. Sin embargo, la cultura material de estas aldeas de las tierras altas difícilmente nos conduce por sí sola al monismo yavista del Israel posterior (Callaway, 1988, pp. 81-83; Dever, 1995c, p. 211; A. Mazar, 1990, pp. 348-352; 1992b, pp. 292-294). Cualquiera que pretenda manejar con honestidad la información hoy disponible, debe enfrentarse de forma directa a las implicaciones teológicas de este hecho, así como a la cuestión del origen (u orígenes) del yavismo de Israel.

8. LA EDAD DEL HIERRO II (1000-550 A.C.)

> Llevado por el entusiasmo en la investigación arqueológica, a veces se siente la tentación de ignorar la prueba más palpable sobre cualquier tema relacionado con Palestina; casi todo el Antiguo Testamento Hebreo es un producto de la tierra palestina y de los escritores israelitas.
>
> W. F. ALBRIGHT, 1949

INTRODUCCIÓN: LA ARQUEOLOGÍA Y LA BIBLIA

Como consecuencia del desarrollo que ha experimentado en los últimos tiempos la llamada «arqueología bíblica», la observación que hiciera Albright hace cincuenta años nos parece hoy pintoresca y anticuada. Sin embargo, creo que plantea algo muy válido para todos los estudiosos de la arqueología palestina y de la Biblia. Realmente dudo que mucho de lo que se ha publicado a lo largo de los años sobre esta tierra se hubiera hecho de este modo si no fuera por la sencilla razón de que Palestina es la cuna de la Biblia. No estoy denigrando en absoluto el interés contemporáneo (que incluso hemos adoptado en este libro) existente entre los arqueólogos y los historiadores bíblicos por presentar una historia «secular» de Israel. Se trata, a mi juicio, de la muy necesaria e importantísima cuestión, una vez más, de la relación de los datos arqueológicos con los textos bíblicos y viceversa.

Ya hemos tratado a lo largo de este libro de cómo se relacionan, y de cómo deberían relacionarse la arqueología y la Biblia. Ahora es el momento de abordar la cuestión principal. Si hay un periodo arqueológico que merezca el apelativo de «bíblico», ése es la Edad del Hierro II.[1] Es la época de David y Salomón (al menos para aquellos que aún creen que fueron algo más que un producto de la imaginación de algún escritor postexílico); es la época de los reyes de Israel y de Judá; de los profetas y del primer templo. Es también la época de la destrucción de Israel por los asirios (722 a.C.), y de Judá por los

babilonios (587-586 a.C.) La Edad del Hierro II es la época principal de la Biblia hebrea.

Esto no significa que uno pueda excavar hoy con la «Biblia en una mano y la pala en la otra», como a veces se ha dicho de la «arqueología bíblica». Como he argumentado a lo largo de este libro, puede llevarse a cabo, en todo caso, la aplicación directa de los datos arqueológicos a los textos bíblicos únicamente después de que tanto los datos arqueológicos como los textos bíblicos se hayan entendido de una forma crítica. Sin embargo, el dogma contemporáneo adoptado en algunos círculos de investigación sobre la no validez histórica de la Biblia antes del periodo postexílico me parece tan extremo como injustificado. Como J. M. Miller ha explicado de modo firme (aunque muchos han hecho oídos sordos), no es cuestión de «si *deberíamos* o no utilizar la Biblia hebrea en la investigación histórica, sino de *cómo* deberíamos utilizarla» (1991, p. 100, subrayado en el original). Miller ha señalado con acierto que buena parte de la discusión científica se caracteriza por los razonamientos circulares y las discusiones bizantinas.[2]

Un ejemplo clásico es el reciente artículo de J. Holladay, publicado en enero de 1995. Holladay comenzaba con la afirmación de que expondría una historia de las «monarquías hebreas antiguas» «únicamente sobre la base de la arqueología misma ... y que aceptaría como *prueba histórica sólo los datos aportados por las fuentes contemporáneas*» (1995, p. 368, la cursiva es mía). Estas «fuentes contemporáneas» no incluyen la Biblia hebrea porque, según Holladay, ésta fue escrita, en su mayor parte, en el periodo postexílico, y es, por tanto, poco fiable como fuente histórica para la mayor parte de la Edad del Hierro II. Tras exponer su metodología, inmediatamente iniciaba una discusión sobre «David» y «Salomón» e identificaba a los habitantes de la región montañosa central en la Edad del Hierro I como el «Israel primitivo».[3] Citemos a Miller de nuevo:

> Únicamente a partir de lo material, no verbal ... no podríamos nunca conjeturar la aparición en escena del pueblo conocido como «Israel» en la antigua Palestina. Siempre que los historiadores, arqueólogos, sociólogos o cualquiera hablan de las tribus israelitas de la región montañosa central palestina a comienzos de la Edad del Hierro I, o sobre la monarquía de David o Salomón o sobre dos reinos contemporáneos que surgen de esta monarquía primitiva, están suponiendo una información que proviene única, y exclusivamente, de la Biblia hebrea (1991, pp. 94, 95).[4]

No debería entenderse nada de lo dicho como un ataque a la interpretación crítico literaria que hoy se hace de la Biblia. En gran parte los críticos tienen razón. La Biblia, tal y como la conocemos, es un producto del periodo postexí-

lico, escrita en un primer momento por un pequeño número de *literati* (Dever, 1995a, p. 73) con unas prioridades en esencia teológicas. Nada de la información «histórica» de la Biblia debería tomarse al pie de la letra (cf. Miller, 1991). Sin embargo, está hoy en boga en algunos círculos, *descartar* sin más esta información antes que intentar utilizarla *de forma crítica* en las reconstrucciones históricas (Schniedewind, 1996). Como Dever ha dicho (1995a, p. 61), tales críticos asumen que nuestros textos son tardíos no sólo en su redacción, sino también en su contenido, y en consecuencia «ahistóricos». Por desgracia, este tipo de afirmaciones no demostradas se han convertido, para algunos, en conclusiones académicas. Espero que las próximas páginas constituyan un tratamiento equilibrado de los aspectos básicos del debate.

La Edad del Hierro II. Introducción general

Aunque persiste el desacuerdo sobre la cronología y la terminología de este periodo,[5] nosotros utilizaremos las siguientes fechas y términos:

- Edad del Hierro IIa: 1000-*c.* 923 a.C. (siglo x a.C.; el periodo de la Monarquía Unida)
- Edad del Hierro IIb; 923-722/721 a.C. (siglos ix-viii a.C.; comienzo de las monarquías «divididas» y de la destrucción de Israel en 722/721 a.C.)
- Edad del Hierro IIc: 722-540 a.C. (finales del siglo viii-mediados del vi a.C.; este periodo incluye la destrucción de Jerusalén, entre otros lugares de Judea, por los babilonios en 587/586 a.C., y el exilio babilonio, 587-540 a.C.

Existen tres fuentes principales para una reconstrucción crítica de este periodo: los datos arqueológicos, las tradiciones bíblicas y las fuentes escritas no bíblicas. Entre estas últimas se incluyen las inscripciones egipcias, asirias y babilonias; los *óstraca*, las *bullae* y las estelas e inscripciones hebreas. La mayoría de estas fuentes escritas data de los siglos viii-vii, y son testimonio por tanto de la creciente alfabetización de la población.

Los vecinos de Israel

El periodo de la Edad del Hierro II no sólo fue testigo del nacimiento de los estados de Israel y Judá, sino también del de varios estados-nación de su vecindad. Entre ellos Edom, Moab y Ammón, todos en la Transjordania; Fenicia y Aram al norte y al noreste; y Filistea al oeste.

Una completa exposición de la Edad del Hierro II precisaría incluir a estos otros estados, dado que todos ellos influyeron en el devenir histórico de Israel y Judá. Sin embargo, por motivos de espacio, sólo nos referiremos a ellos cuando sean cruciales para comprender nuestro discurso. El lector deberá recurrir a la bibliografía.[6]

La Edad del Hierro IIa: la Monarquía Unida (*c.* 1000-923 a.C.)

La dificultad de relacionar los datos arqueológicos y las tradiciones bíblicas queda patente cuando estudiamos el periodo de la Edad del Hierro IIA. Desde el punto de vista bíblico, ésta es la época de David y Salomón y de la Monarquía Unida, del impresionante programa constructivo atribuido a Salomón por los editores deuteronómicos (1 Reyes 6-9), y de la destrucción de muchos asentamientos que provocó el fin del periodo con el cierre del siglo.

Sin embargo, quedan muchos problemas sin resolver y muchas preguntas sin contestar. Aunque se han excavados múltiples yacimientos con materiales fechados en el siglo x (figura 8.1; Herr recoge unos sesenta y un yacimientos, 1997b, p. 121), en pocos casos se ha conseguido una excavación extensiva, lo cual limita tanto la cantidad como la diversidad del material descubierto. Entre estos yacimientos se encuentran algunas ciudades bíblicas tan bien conocidas como Arad, Beersheba, Beth Shan, Dan, Gezer, Hazor, Jerusalén, Lachish, Megido, Samaria y Ta'anach.[7]

Es poco, sin embargo, lo que podemos atribuir desde el punto de vista arqueológico a la época de David. De hecho, hasta el extraordinario descubrimiento de la llamada «estela de Tel Dan» (véase más adelante) en el verano de 1993 (Biran y Naveh, 1993), no se conocía ninguna mención a «David» fuera del texto bíblico, con la excepción posible de la inscripción de Meshe («Piedra moabita»). La inscripción de Tel Dan, así como la estela de Meshe, datan de finales del siglo IX a.C. Aunque la traducción «Casa de David» de la estela de Dan ha sido muy discutida por algunos investigadores, la mayoría de los expertos que han examinado la inscripción ha confirmado dicha lectura. Sin embargo, incluso si asumimos que la autenticidad de esta lectura no prueba nada sobre un supuesto monarca del siglo x a.C., su fecha (finales del siglo IX) proporciona lo que en arqueología se conoce como un *terminus post quem*, esto es, la fecha más antigua para un acontecimiento o resto material sobre la base, *exclusivamente, de los datos arqueológicos.* Lo que efectivamente prueba es que, a finales del siglo IX a.C., podía mencionarse en una inscripción pública una entidad política conocida como la «Casa de David», mención que se suponía sería comprendida por los transeúntes. Sin embargo,

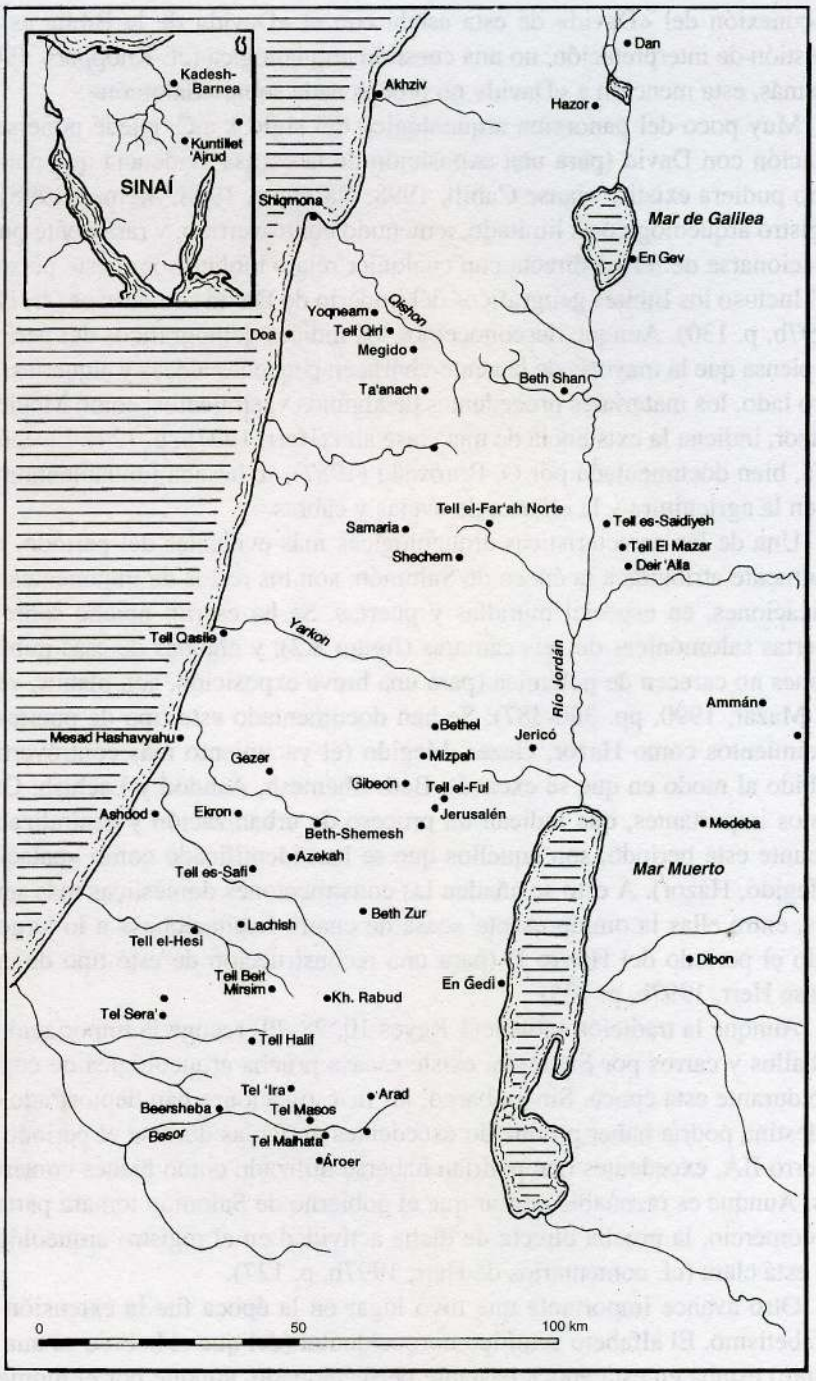

FIGURA 8.1. Mapa de los yacimientos de la Edad del Hierro II.

la conexión del «David» de esta estela con el «David» de la Biblia es una cuestión de interpretación, no una cuestión arqueológica (cf. Knoppers, 1997), además, esta mención a «David» no prueba nada sobre «Salomón».

Muy poco del panorama arqueológico del siglo X a.C. puede ponerse en relación con David (para una exposición de la escasa evidencia que pudiera o no pudiera existir, véanse Cahill, 1998; Na'aman, 1998; Steiner, 1998). El registro arqueológico es limitado, a menudo controvertido, y raramente puede relacionarse de forma directa con cualquier relato bíblico sobre este personaje.[8] Incluso los límites geográficos del imperio de David son difusos (cf. Herr, 1997b, p. 130). Aunque desconocemos los índices demográficos del periodo, se piensa que la mayoría de la gente viviría en pequeñas aldeas y alquerías. Por otro lado, los materiales procedentes de algunos yacimientos, como Megido y Hazor, indican la existencia de una clase alta (Herr, 1997b, p. 124). La economía, bien documentada por O. Borowski (1987), se basaba fundamentalmente en la agricultura y la crianza de ovejas y cabras.

Una de las características arqueológicas más evidentes del periodo, normalmente atribuida a la época de Salomón, son los restos de imponentes fortificaciones, en especial murallas y puertas. Se ha escrito mucho sobre las puertas salomónicas de seis cámaras (figura 8.2), y algunas de esas publicaciones no carecen de polémica (para una breve exposición, con planos, véase A. Mazar, 1990, pp. 380-387). Se han documentado este tipo de puertas en yacimientos como Hazor, Gezer, Megido (el yacimiento más controvertido, debido al modo en que se excavó), Beth-Shemesh, Ashdod y Lachish. Otros restos importantes, que indican un proceso de urbanización y centralización durante este periodo, son aquellos que se han identificado como «palacios» (Megido, Hazor). A esto se añaden las construcciones domésticas más sencillas, entre ellas la omnipresente «casa de cuatro habitaciones» a lo largo de todo el periodo del Hierro II (para una reconstrucción de este tipo de casa, véase Herr, 1997b, p. 125).

Aunque la tradición bíblica (1 Reyes 10, 28-29) recoge la importación de caballos y carros por Salomón, existe escasa prueba arqueológica de comercio durante esta época. Sin embargo, las investigaciones han demostrado que Palestina podría haber producido excedentes agrícolas durante el periodo del Hierro IIA, excedentes que podrían haberse utilizado como bienes comerciales. Aunque es razonable pensar que el gobierno de Salomón tomara parte en el comercio, la prueba directa de dicha actividad en el registro arqueológico no está clara (cf. comentarios de Herr, 1997b, p. 127).

Otro avance importante que tuvo lugar en la época fue la extensión del alfabetismo. El alfabeto semítico noroccidental (del que el hebreo es una variante) estaba en esta época bastante perfeccionado, aunque por el momento apenas se han encontrado ejemplos del siglo X. La excepción más notable

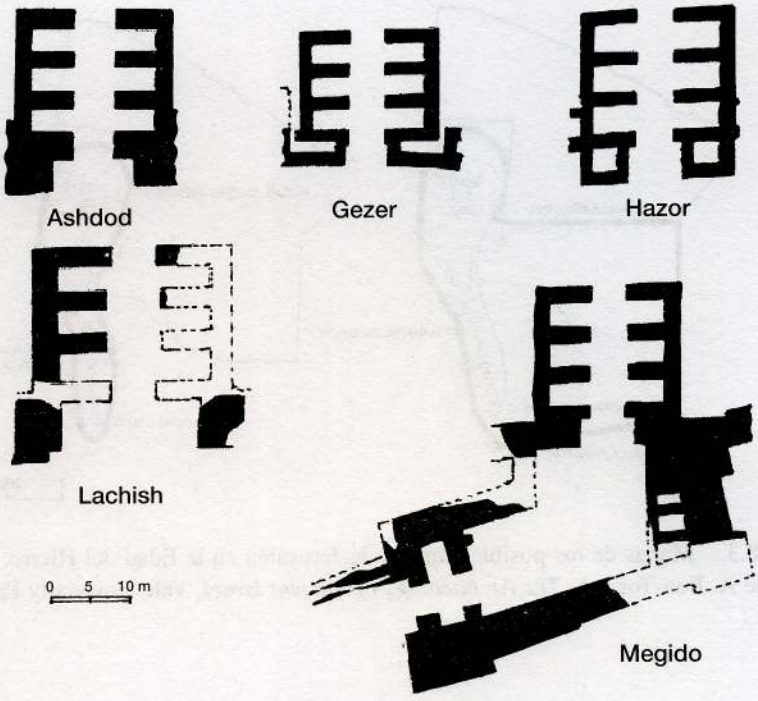

FIGURA 8.2. Plano de las puertas «salomónicas» del siglo X a.C. Cortesía de J. Fitzgerald.

es el famoso «calendario de Gezer», habitualmente interpretado como el ejercicio de escritura de un escolar (para una traducción véase Albright, *ANET*, p. 320).

Jerusalén (figura 8.3)

Jerusalén merece una mención especial a causa de su enorme peso específico en la Biblia.[9] Según la tradición recogida en 2 Samuel 5, 6-10, David tomó la ciudad mediante una conspiración, hizo de ella su capital y «construyó un muro alrededor, desde Milo hacia el interior» (2 Samuel 5, 9). Se nos dice que Salomón (1 Reyes 6-9), fue el responsable de un proyecto constructivo aún mayor, que incluía un palacio y, por supuesto, su famoso templo. Desde el punto de vista arqueológico, no contamos con pruebas incontrovertibles de ninguno de estos proyectos.

Entre todos los yacimientos palestinos, Jerusalén destaca como uno de los más difíciles de comprender arqueológicamente hablando, si no el más difí-

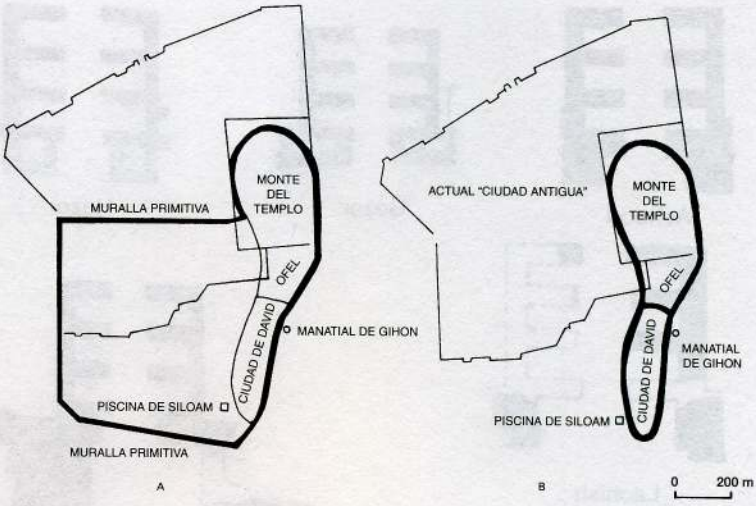

FIGURA 8.3. Mapas de los posibles límites de Jerusalén en la Edad del Hierro. Tomados de A. Ben-Tor, ed., *The Archaeology of Ancient Israel*, Yale University Press, © 1992.

cil. Las razones son varias. Primero, han excavado el lugar muchas personas diferentes a través de los años, empezando por F. de Saulcy en 1860. Los informes de estas excavaciones se encuentran diseminados en un amplio conjunto de publicaciones en varios idiomas. En segundo lugar, Jerusalén es aún una ciudad «viva», no un *tell* abandonado. En muchas ocasiones las estructuras contemporáneas están situadas sobre áreas que resultarían sumamente atractivas de excavar.[10] A eso se añade que la ciudad ha sido destruida y saqueada numerosas veces a lo largo de su historia, lo cual ha supuesto, sin duda, una pérdida incalculable de material. Finalmente, una de las áreas de mayor interés arqueológico, el llamado «Monte del Templo», está fuera de las posibilidades de los arqueólogos.

A pesar de todo, se han identificado alrededor de veintiún niveles arqueológicos en la «Ciudad de David», niveles que van desde el Calcolítico (IV milenio a.C.) al Medievo tardío (siglos XIV-XV d.C.) (Cahill y Tarler, 1994). Sin embargo, muy pocos de estos restos pueden datarse con seguridad en el siglo X a.C. Esto incluye la famosa estructura escalonada de piedra (figura 8.4), que excavara Shiloh, fechada en un momento tan temprano como son los periodos del Bronce Tardío/Hierro I (Cahill y Tarler, 1994, p. 35); el propio Shiloh la situó en el siglo X (1985, p. 454). No podemos estar seguros de que esta estructura tenga algo que ver con el «Milo» que menciona la Biblia (2 Samuel 5, 11; 1 Reyes 9, 15).

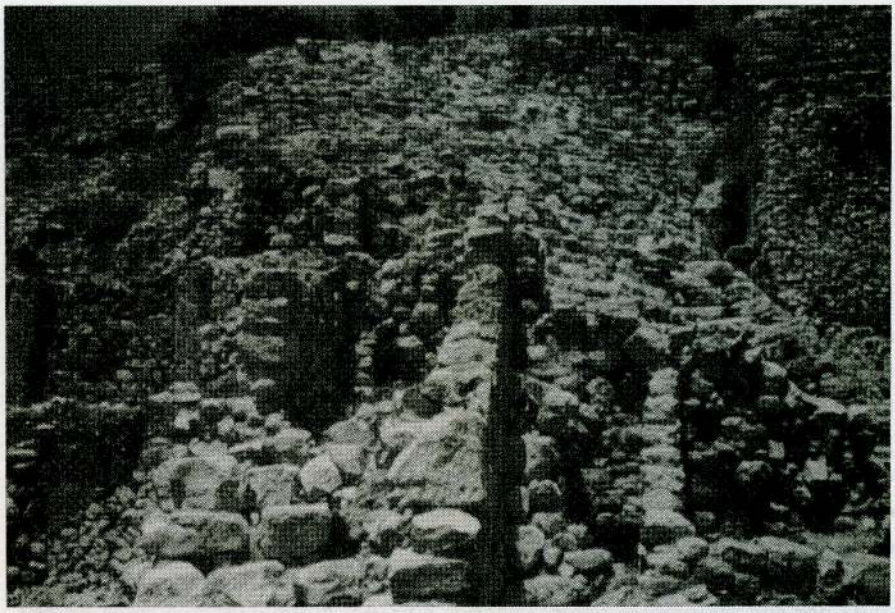

FIGURA 8.4. Excavaciones en la Ciudad de David. Fotografía de J. Laughlin.

El templo de Salomón (figura 8.5)

El edificio más famoso y más polémico que supuestamente construyó Salomón es, sin duda, el Primer Templo.[11] A pesar de todo el trabajo arqueológico que se ha llevado a cabo en esta ciudad, nunca se ha hallado un solo fragmento de este edificio.[12] No obstante, la descripción del templo de Salomón (1 Reyes 5, 16-6, 38; cf. 2 Crónicas 4) encaja mejor con lo que se sabe de edificios similares datables en su mayor parte en el II milenio a.C. La descripción es tan precisa que C. Meyers la calificó de «reproducción fotográfica» (1992b, p. 352). Se ha dicho que un escritor postexílico que nunca hubiera visto un edificio como éste no podría conocer tales detalles, a menos que tuviera acceso a tradiciones veraces acerca de su descripción (Dever, 1995a, p. 33; cf. A. Mazar, 1990, p. 377).

Esta descripción es, asimismo, importante por otro motivo. La Palestina del siglo X a.C. carece de lo que podemos llamar «producción artística». Si la descripción de detalles como «querubines» (1 Reyes 6, 29), «palmas», «flores» (1 Reyes 6, 29), «jambas talladas» (1 Reyes 6, 31 y ss.) y otros objetos asociados al templo (1 Reyes 7, 13-50) es exacta, nos proporciona la prueba literaria de la existencia en este periodo de una producción artística de carac-

terísticas monumentales (Herr, 1997b, pp. 128-129). Insisto, sin embargo, en que lo cierto es que jamás se ha encontrado nada que pudiera pertenecer a este templo.

Los asentamientos del Neguev

Un aspecto de la cultura material de la Edad del Hierro IIa que a menudo se pasa por alto es el de los muchos asentamientos que se documentan ahora en el Neguev, tras haber permanecido abandonados durante la mayor parte del II milenio a.C. (A. Mazar, 1990, pp. 390-397). Más de medio centenar de estos yacimientos han recibido el apelativo de «fortalezas» y se cree que el poder político las construiría con el fin de proteger las rutas comerciales hacia el mar Rojo. No hay consenso acerca de la identidad de las poblaciones que habitaban la zona, aunque a tenor de la cerámica es posible que se tratara de al menos dos grupos diferentes.

Uno de ellos se asocia a la que se llama «cerámica neguevita», caracterizada por sus recipientes toscos, hechos a mano, quizá característicos de grupos nómadas. El otro tipo cerámico presenta similitudes con las formas del siglo X en Judea (para una exposición de estas últimas, véase Amiran, 1970b, pp. 191-265; hay que tener en cuenta que lo que yo llamo «Edad del Hierro IIa» para Amiran es «Hierro IC»), y se cree que indicaría la presencia de forasteros que llegarían a la zona como guarniciones para las fortalezas. En cualquier caso, la vida de estos emplazamientos fue corta, y la mayoría de ellos fueron destruidos a finales del periodo. Tal destrucción se atribuye normalmente a Shishak de Egipto, que afirmaba haber acabado con setenta asentamientos en el Neguev.[13] La evidente destrucción en el Neguev es observable en otras zonas de Palestina a finales del siglo X, y también suele atribuirse a Shishak (*c.* 935-914 a.C.). Sin embargo, las pruebas arqueológicas de esta masiva destrucción *egipcia* son ambiguas.

La Edad del Hierro IIb-c (923-550 a.C.)

Tras la ruptura de la Monarquía Unida, Judá e Israel se convirtieron en estados independientes, cada uno con su propio gobierno, así como con sus propias organizaciones sociales y religiosas. Israel, con capital en Samaria (desde aproximadamente mediados del siglo IX), junto a otras ciudades regias como Dan, Hazor y Megido, sobrevivieron durante unos 200 años hasta que fueron abandonadas o destruidas por los asirios en el 722/721 a.C. Judá, por su parte, consiguió sobrevivir hasta el 587-586 a.C., fecha en la que los babilonios la

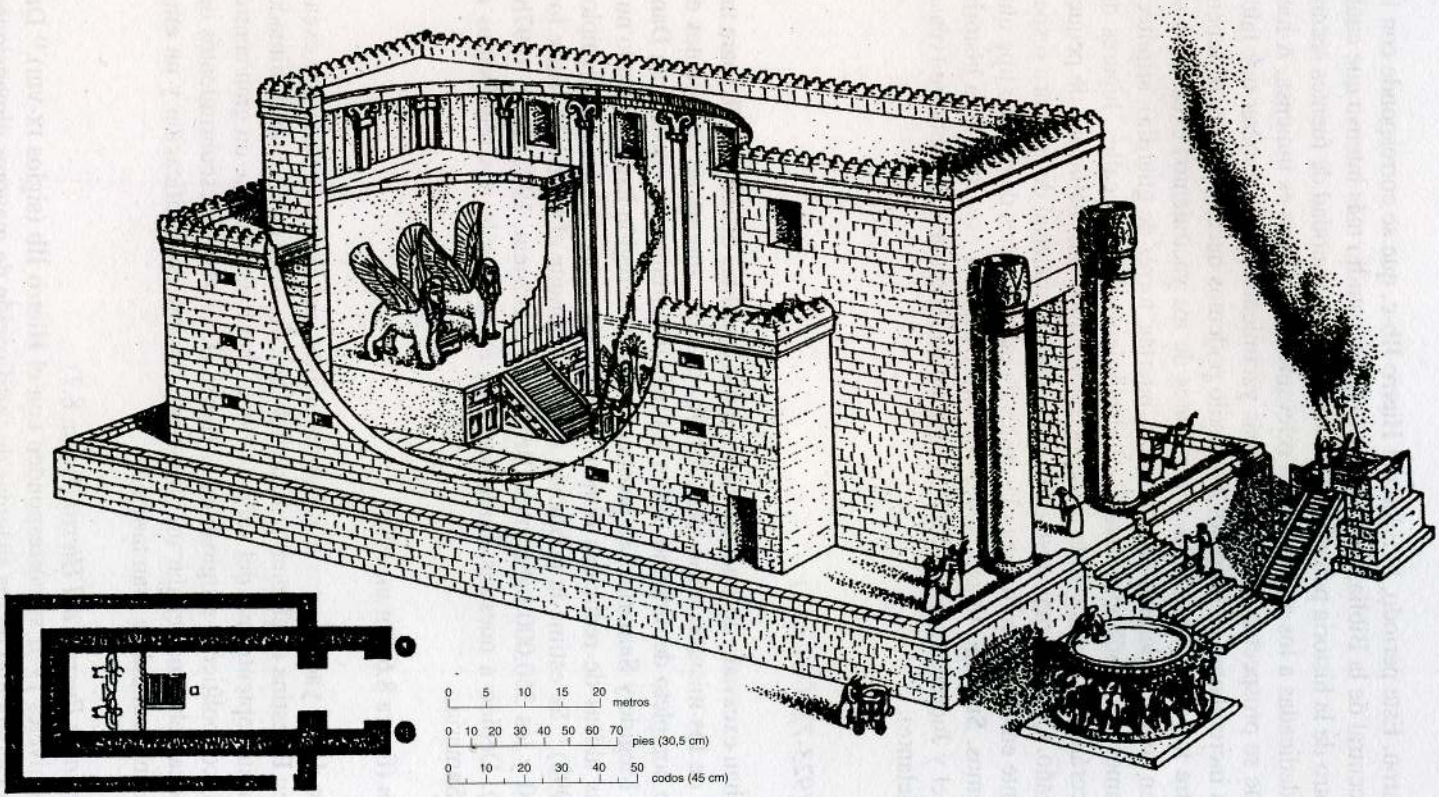

FIGURA 8.5. Reconstrucción del templo de Salomón. Cortesía de M. Lyon.

devastaron. Este periodo, la Edad del Hierro IIb-c, que se corresponde con la época central de la Biblia, ha sido objeto de un estudio más intenso que cualquier otro de la historia palestina. De este modo, la cantidad de fuentes secundarias dedicadas a los aspectos más relevantes del mismo es inmensa. A medida que se prospecten y/o excaven más yacimientos, es de esperar que tales fuentes incrementen su número. Aquí sólo podemos hacer un breve resumen.

Entre los restos materiales precedentes de los yacimientos excavados se incluyen sistemas defensivos (murallas, puertas, torres de guardia), arquitectura doméstica y pública, sistemas hidrológicos, tumbas, calles, lugares de culto, cerámicas, joyas y toda una serie de innumerables hallazgos de pequeño tamaño. Quizá lo más destacable de la cultura material de la época (especialmente en el Hierro IIc) sean las miles de inscripciones de diverso tipo que conocemos. Su importancia para comprender muchos aspectos de la historia de Israel y Judea, especialmente su religión (o religiones), es enorme (véase más adelante).

Israel (923-722/721 a.C.)

Se han excavado docenas de yacimientos israelitas del Hierro IIb (para un listado de los mismos véase Herr, 1997b, p. 135), aunque no conocemos el trazado completo de ninguno. Entre los más importantes se encuentran Dan, Hazor, Megido y Samaria. Las prospecciones en la región han localizado numerosas aldeas de reducidas dimensiones y alquerías (véase, por ejemplo, Gal, 1992).[14] Se estima la población de Israel durante el Hierro IIb entre los 250.000 y los 350.000 habitantes.(Broshi y Finkelstein, 1992; Herr, 1997b, p. 137). Debido a nuestras limitaciones de espacio, sólo nos referiremos a Dan y Samaria.

Tel Dan (figura 8.6; Biran, 1994)

Uno de los yacimientos más impresionantes del Hierro II hasta hoy excavados en Palestina es el montículo de Tel Dan, de 20 ha de extensión. Situado en el límite septentrional del valle de Hula, Dan fue, sin duda, un gran centro económico, político y religioso en el Hierro II. Entre los descubrimientos de esta época debemos señalar un imponente sistema de fortificación y un emplazamiento cultual de gran tamaño.

El sistema de Puertas del Hierro (figura 8.7)

Los niveles IV-II se corresponden con el Hierro IIb (siglos IX-VIII).[15] De esta época data uno de los sistemas de fortificación de mayores dimensiones

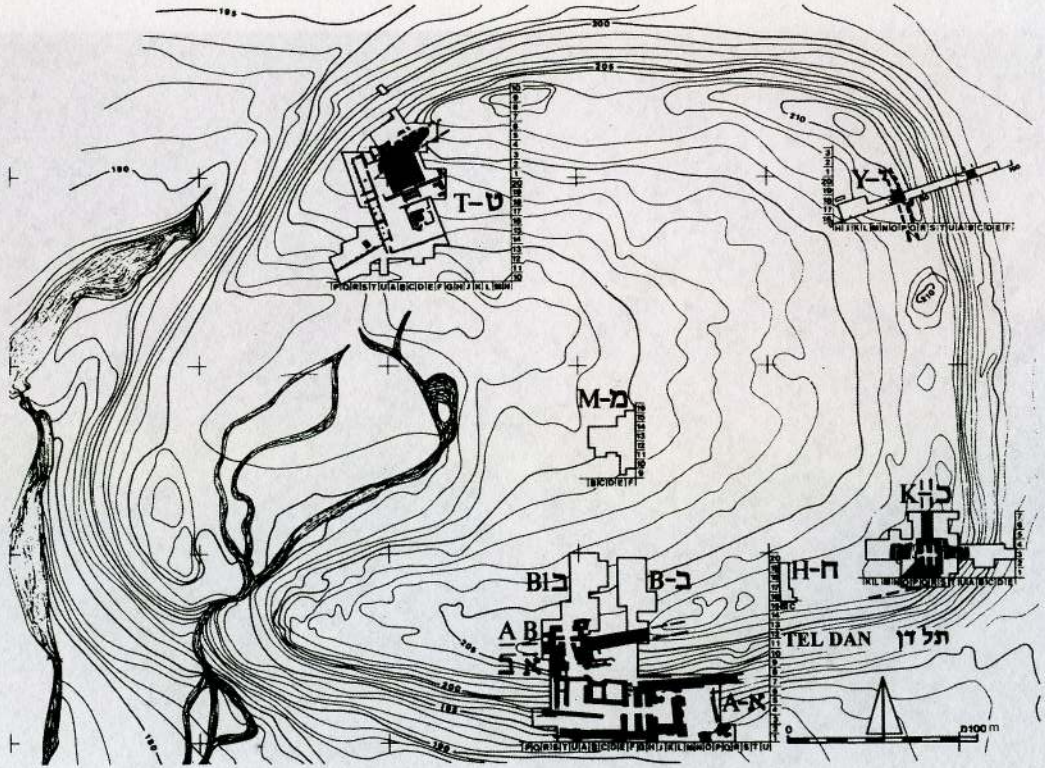

FIGURA 8.6. Mapa topográfico de Tel Dan. Tomado de *Dan I*. Cortesía de A. Biran, excavaciones de Tel Dan, Hebrew Union College, Jerusalén.

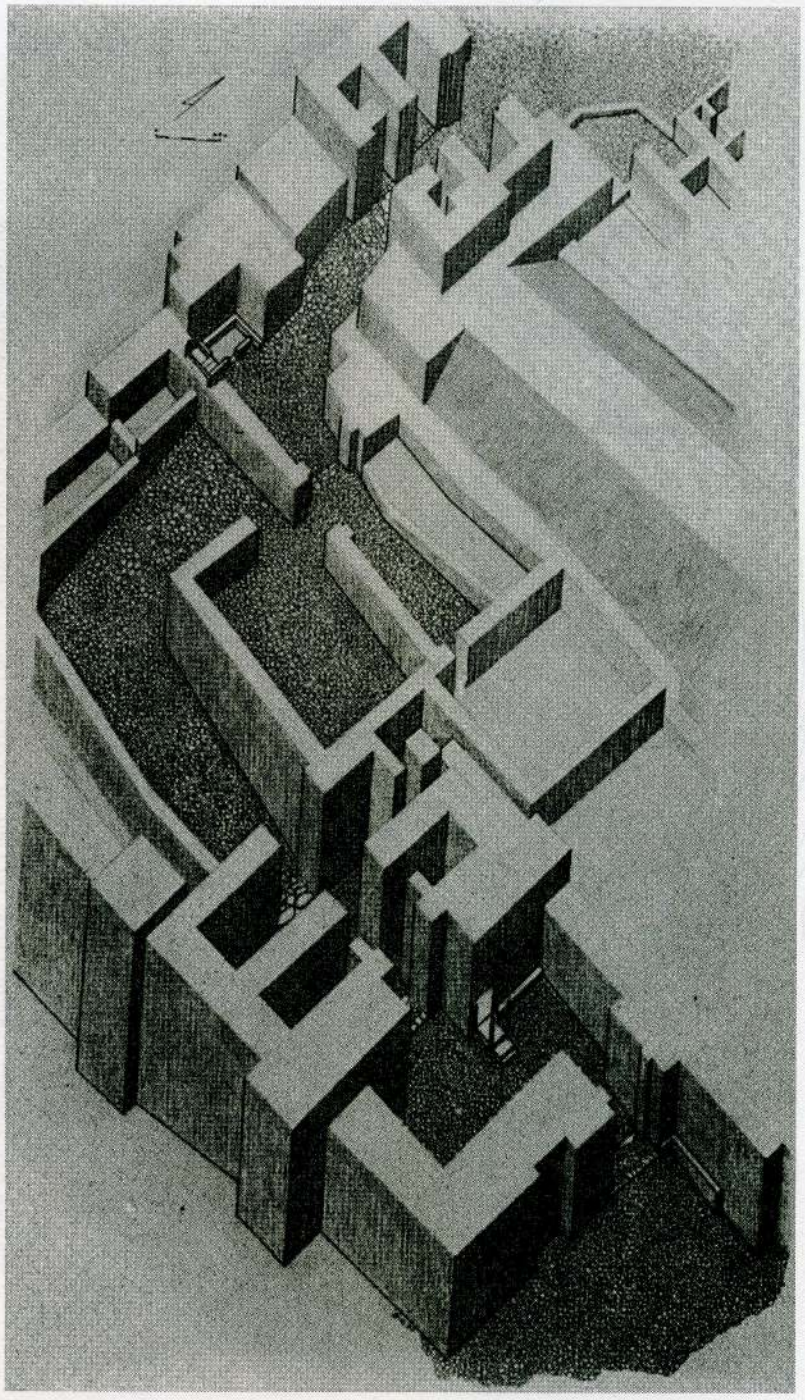

FIGURA 8.7. Puertas de la Edad del Hierro en Tel Dan. Tomado de *Dan I*. Cortesía de las excavaciones de Tel Dan, Hebrew Union College, Jerusalén.

FIGURA 8.8. Piedras en posición vertical; *massebot* en Tel Dan. Puerta de la Edad del Hierro. Cortesía de las excavaciones de Tel Dan, Hebrew Union College, Jerusalén.

descubiertos en Palestina. Aunque el excavador identificó un sistema defensivo anterior erigido a finales del siglo X, la entrada (áreas A y B) experimentó una enorme ampliación durante la primera mitad del siglo IX (atribuida a Ahab [*c.* 871-852], Biran, 1994, p. 247). En el periodo correspondiente al Hierro IIb, se accedía a la puerta de la ciudad por medio de un pavimento de piedra que conducía a una puerta exterior. Una vez atravesada esta puerta, un patio pavimentado llevaba hasta la entrada principal: una estructura compuesta por cuatro cámaras con dos torres de vigilancia. Esta imponente estructura medía unos 29 por 17 metros, y fue destruida por los asirios en el último tercio del siglo VIII a.C.[16] Tras esta puerta, una calzada conducía al viajero al interior de la ciudad. Se halló una puerta en la parte alta del montículo fechada en tiempos de Jeroboam II (*c.* 784-748), lo cual indica que en esta época no se consideraban las defensas más bajas suficientes para la protección de la ciudad. Esta puerta correspondía también al tipo de las cuatro cámaras.

Asociado a esta entrada tenemos un interesantísimo hallazgo. Se trata de cinco piedras verticales (*massebot*) descubiertas a la derecha de la puerta más exterior, contra el muro defensivo (figura 8.8). (Cuando este volumen estaba de camino a la imprenta, Biran comunicó el descubrimiento de otros tres conjuntos de *massebot*. Véase Biran, 1998.) Junto a estas piedras se encontraron

FIGURA 8.9. Podio con banco de piedra caliza, Tel Dan. Fotografía de J. Laughlin.

restos cerámicos de lámparas de aceite y cuencos de incienso entre otros. Esta construcción podría ser de naturaleza cultual, aunque desconocemos la deidad o deidades a las que estaría vinculada. Aunque algunas tradiciones bíblicas hablan de forma positiva del uso de piedras sagradas o pilares (por ejemplo, Génesis 28, 18 y 22; 31, 13 y 45; 35, 14), otras reflejan claramente que se trataba de una práctica asociada al baalismo y que fue condenada, en particular, por los editores deuteronómicos (2 Reyes 10, 26; 17, 10; Deuteronomio 16, 22; Oseas 10, 1; véase Dever, 1994, p. 149). Entre los descubrimientos realizados en este complejo de entrada se encuentran unos capiteles protoeólicos y un fragmento arquitectónico que se cree sería la base de algún tipo de estructura de baldaquino. Asociada a ésta, se halló un banco de piedra caliza de una longitud de aproximadamente 4,5 metros (figura 8.9; Biran, 1994, p. 239).

Sin embargo, el descubrimiento más sensacional llevado a cabo en esta área es el famoso fragmento de la «estela de Tel Dan», que ya mencionamos anteriormente (figura 8.10). Dicho fragmento fue encontrado reutilizado como parte de una muralla israelita situada en el lado oriental del pavimento que conducía a la puerta exterior.[17] Hallado en julio de 1993, este fragmento formaba parte de una piedra conmemorativa más grande erigida por un conquistador de Dan; se piensa que se trataría o bien de Ben-Hadad de Aram (Biran, 1994 y Halpern, 1994; cf. 1 Reyes 15, 20), o bien de Hazael (Schniedewind, 1996).

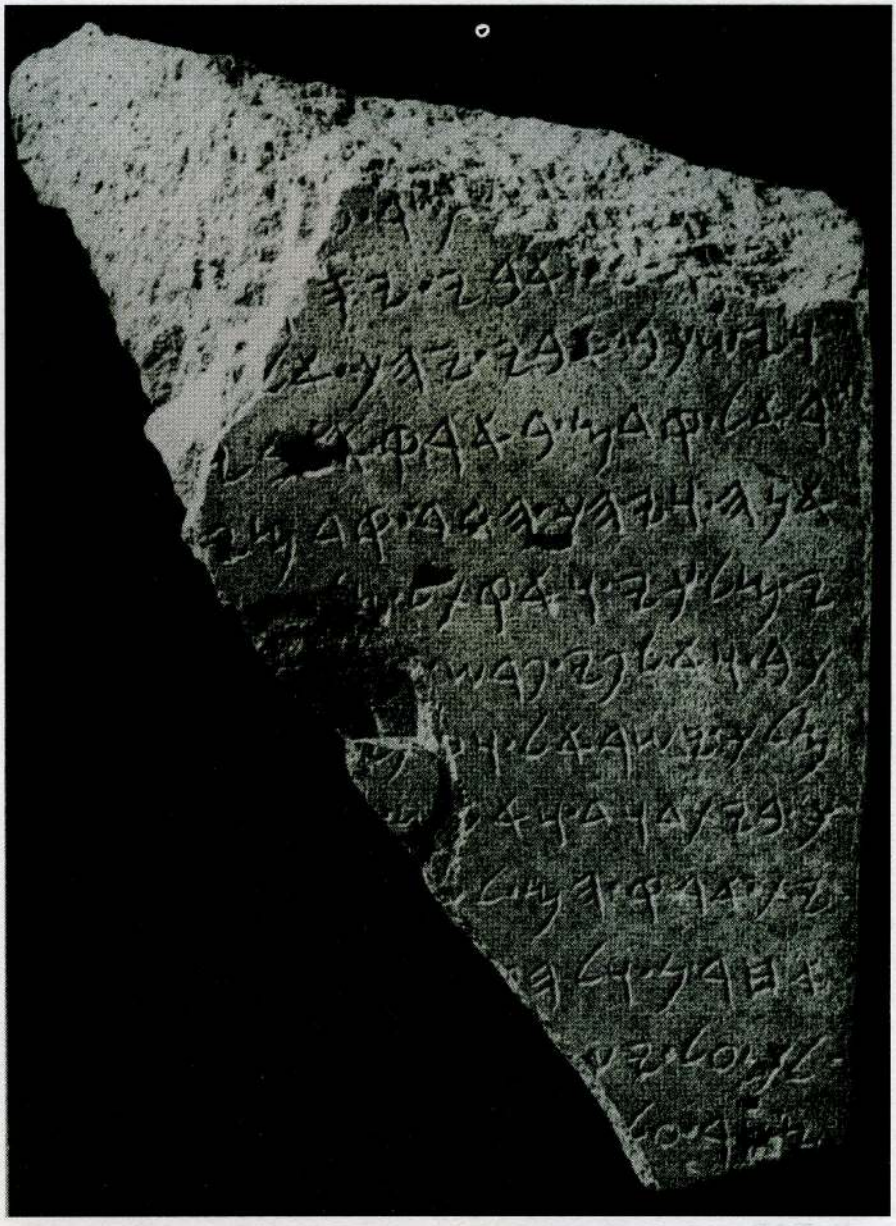

FIGURA 8.10. Estela aramea, Tel Dan. Cortesía de las excavaciones de Tel Dan, Hebrew Union College, Jerusalén. Fotografía de Zev Radovan.

FIGURA 8.11. Área T de Tel Dan, *bamah*. Fotografía de J. Laughlin.

Está escrita en arameo y se fecha en la segunda mitad del siglo IX a.C. Contiene la primera referencia literaria clara a David que se ha encontrado al margen del texto bíblico, aunque hoy se afirma algo similar de la llamada «Piedra moabita», fechada en la misma época que la estela de Dan (Lemaire, 1994).

Es difícil pasar por alto la importancia histórica de esta referencia (contiene también las palabras «rey de Israel» en la línea 8). Esta inscripción demuestra claramente que la expresión «Casa de David» era un término político utilizado para referirse a Judá (si asumimos su existencia como una monarquía en esta época) a finales del siglo IX a.C. (Schniedewind, 1996, p. 86). Esto por supuesto no prueba la historicidad de los relatos bíblicos sobre David, aunque proporciona un apoyo considerable a aquellos que creen en su existencia (véase más arriba, además de lo expuesto por Knoppers, 1997).

El recinto sagrado: Área T (véase la figura 8.6)

En Tel Dan se excavó una significativa área cultual (Biran, 1994, pp. 159-233), situada en el ángulo noroccidental del montículo, junto a un manantial. El registro arqueológico, que incluye fragmentos de estatuillas pertenecientes a la Edad del Bronce Tardío, indica que el área tuvo una función cultual desde bastante antes de la época de los israelitas. Sin embargo, durante el periodo del Hierro IIb, se contruyeron una serie de estructuras monumentales, en-

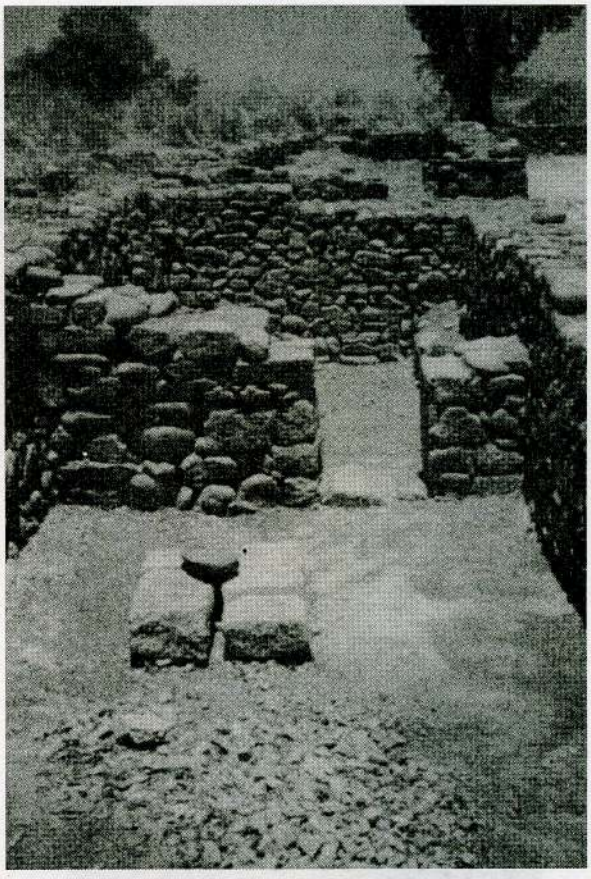

FIGURA 8.12. Área T de Tel Dan, *lishkah*. Fotografía de J. Laughlin.

tre ellas lo que el excavador identificó como *bamah*[18] (figura 8.11; sobre estas construcciones, véase Nakhai, 1994). Aparentemente este área pasó por varias fases constructivas, las cuales se han fechado en las épocas de Jeroboam I (*c.* 928-907), Ahab (*c.* 871-852) y Jeroboam II (*c.* 784-748). Entre otros hallazgos figuran altares, estatuillas votivas, restos cerámicos varios, entre ellos lámparas de aceite de ocho pitones, *píthoi* (grandes tinajas) con relieves en forma de serpiente y vasijas para incienso. Un descubrimiento realmente asombroso es el de un altar o cámara (*lishkah*) de época de Jeroboam II encontrado aproximadamente a 15 metros al suroeste del *bamah* (figura 8.12; Biran, 1994, p. 194). Además del altar, la estancia contenía palas de incienso (las más antiguas hasta ahora encontradas en el antiguo Israel), y un recipiente para depositar cenizas. Enterrada bajo el altar se encontró una espectacular

FIGURA 8.13. Cabeza de cetro de bronce y plata. Cortesía de las excavaciones de Tel Dan, Hebrew Union College, Jerusalén. Fotografía de Zev Radovan.

pieza. Se trata de un objeto de bronce y plata (del que se piensa que podría ser una maza o la cabeza de un cetro) utilizado posiblemente por los sacerdotes, aunque no sabemos con qué fin (figura 8.13; Biran, 1987; 1994, láminas 32-34; Shanks, 1987). Uno de los hallazgos más controvertidos del Área T es una instalación datada a finales del siglo X o principios del IX a.C., que el arqueólogo interpretó como una estructura para la preparación de las libaciones, mientras otros la han identificado como una prensa de aceituna (figura 8.14).[19]

FIGURA 8.14. Área T de Tel Dan, construcción de piedra enyesada. Fotografía de J. Laughlin.

La importancia de estos descubrimientos, así como los procedentes de otros lugares, para la comprensión de la religión (o religiones) del antiguo Israel, parece haber recibido escasa atención por parte del conjunto de los estudiosos bíblicos (Dever, 1991c). Sin embargo, los restos físicos demuestran claramente que, a través de su historia, los habitantes de Dan tomaron parte en prácticas religiosas que los editores bíblicos consideraron apóstatas (1 Reyes 12, 25-31). De hecho, cuando se suma la información que nos ha aportado Dan a otros descubrimientos, como pueden ser el altar de culto de Ta'anach (sobre los altares en general, véase DeVries, 1987); los cientos de figurillas de la fertilidad de 'Asherah; la práctica del culto solar (Taylor, 1994) y el *marzeah* (véase más adelante); la imaginería serpentiforme de los recipientes cerámicos; las *massebot* de Dan así como de otros yacimientos; otros objetos de culto o los textos religiosos de el-Qom y Kuntillet 'Ajrud (véase más adelante) parece justificada la conclusión de Dever de que la religión israelita se desarrolló de forma gradual a partir de los cultos de la fertilidad cananeos de la Edad del Bronce Tardío (1983, pp. 578-579; véase también 1987b, 1994b y las notas de dichas publicaciones).[20]

Aunque los asirios destruyeron muchos asentamientos israelitas del Hierro IIb, y dichos asentamientos fueron abandonados en el periodo siguiente

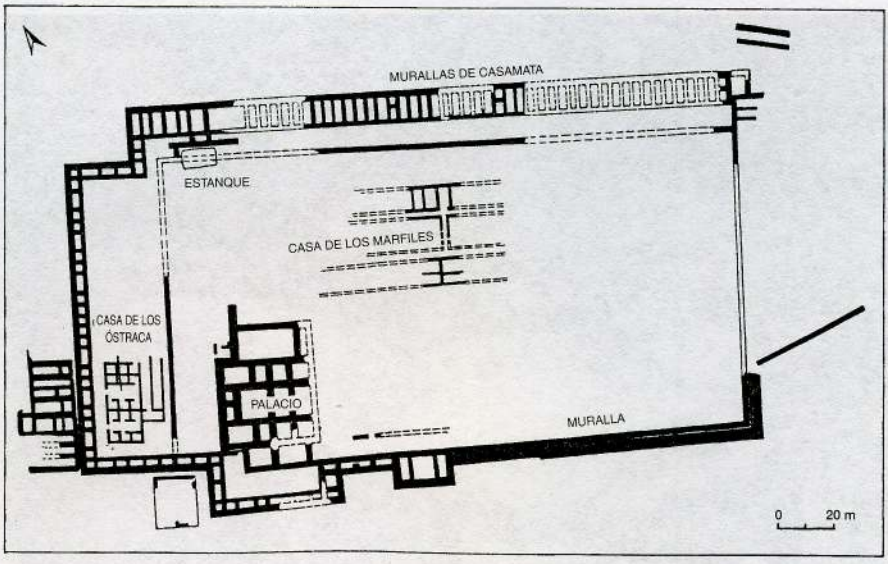

FIGURA 8.15. Plano de la acrópolis de Samaria. Tomado de A. Ben-Tor, ed., *The Archaeology of Ancient Israel*, Yale University Press, © 1992.

(Hierro IIc; véase Gal, 1998), ése no fue el caso de Dan. Durante el siglo VII, la ciudad, implicada en el comercio internacional, experimentó una época de expansión. Sin embargo, la composición de la población no está clara y, en cualquier caso, la ciudad se encontraría bajo el control asirio. Su fin llegó en el primer cuarto del siglo VI a.C., en que el yacimiento fue abandonado, posiblemente cuando la población huyó ante la llegada de los babilonios.[21]

Samaria

Situada a unos 56 km al norte de Jerusalén, Samaria fue la capital del reino israelita durante prácticamente 150 años.[22] La mayoría de los hallazgos se asocia a un palacio monumental (figura 8.15) que se ha interpretado como la prueba arqueológica de la existencia de una organización política independiente en la época de la llamada «Monarquía Dividida» (Herr, 1997b, p. 137). Fueron Omri (*c.* 882-871 a.C.) y su hijo, Ahab, quienes construyeron la ciudad según la tradición bíblica (1 Reyes 16, 21-24). En la época del profeta Amós (*c.* 750 a.C.), la ciudad se encontraba en su momento final de grandeza. Dicho profeta dirigió sus críticas contra Jeroboam II, dirigente de la ciudad, y contra otros habitantes ricos y poderosos de la misma, a causa de su explotación social, económica y legal de los pobres y más desfavorecidos, así como por su religión corrupta (Amós 2, 7; 4, 1; 5, 21-24; 8, 4-8).

FIGURA 8.16. *Óstraca* de Samaria. Fotografía de J. Laughlin.

Aunque hay pruebas de que ya tuvo lugar aquí algún tipo de actividad en un momento anterior a la Edad del Hierro IIb (Dtager, 1990), los descubrimientos arqueológicos más destacados datan precisamente de este periodo. El hallazgo más importante es lo que se ha identificado como una acrópolis real, la cual abarcaría un área de casi 2 ha. Asociados a esta acrópolis se documentaron murallas y almacenes. A los restos arquitectónicos de carácter monumental se añaden otros dos descubrimienos esenciales.

Los óstraca

Se han encontrado más de 100 *óstraca*[23] (figura 8.16), de los cuales sesenta y tres eran lo suficientemente legibles como para publicarlos.[24] Estos fragmentos, junto a la estela de Tel Dan, son los vestigios escritos más importantes que conocemos del reino de Israel. Aunque aún se debate la fecha (o fechas) absoluta de los fragmentos, así como su función (Kaufman, 1982; Rainey, 1988), la opinión más difundida es la que los data en el siglo VIII a.C. Se cree que servirían como sistema de registro de artículos tales como aceite y vino, entregados a Samaria, quizá como impuestos (A. Mazar, 1990, p. 410). La importancia de estas inscripciones radica no sólo en lo que revelan acerca de la escritura hebrea antigua y el sistema impositivo, sino que, además, contienen información sobre la topografía en torno a Samaria, con la mención de

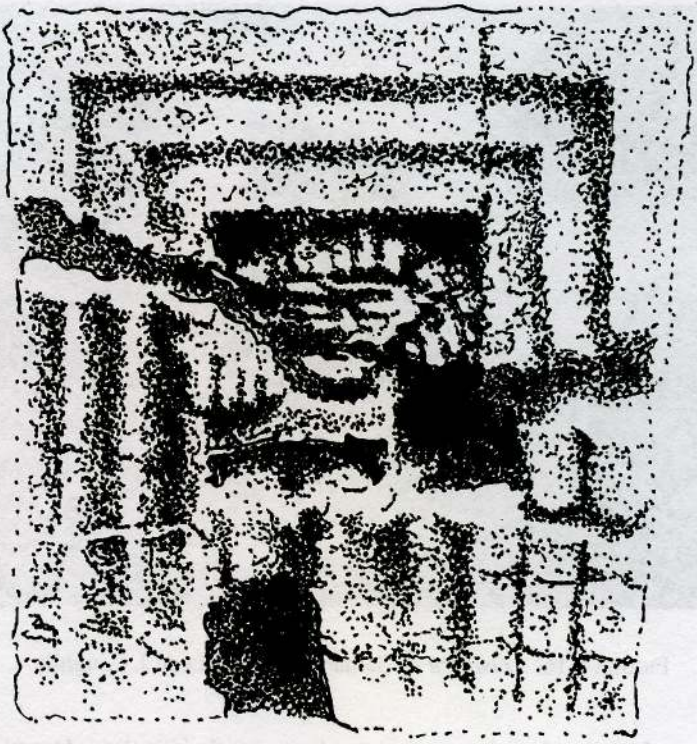

FIGURA 8.17. Marfil de Samaria, «la mujer en la ventana». Cortesía de J. Fitzgerald.

«Yasith», «Yashub» y «Qosoh», lugares que la Biblia no nombra. Es más, algunas de los *óstraca* contienen nombres propios compuestos por la palabra «Baal» (como «Abibaal», «Meribaal»). Esto indica claramente la participación de los israelitas en el culto a este dios cananeo, que los profetas condenan en la Biblia (por ejemplo, Oseas 2, 16-17). Si los nombres que aparecen en los fragmentos se refieren a los destinatarios de los artículos, esto podría significar que esos destinatarios recibían provisiones de sus propiedades en el campo. Tales prácticas habrían contribuido a la explotación de los más desfavorecidos económicamente, lo que Amós condenaba de manera rotunda (cf. 2, 6-8).

Los marfiles

La riqueza material de la que disfrutaban al menos algunos de los habitantes de la ciudad queda reflejada en los cientos de fragmentos de marfil que se han hallado en el lugar. Una vez más, su fecha no está clara debido a la circunstancias de su descubrimiento (estos fragmentos se encontraron en

un antiguo vertedero). No obstante, se cree que la mayoría data de los siglos IX-VIII a.C. Se han descrito como «la colección más importante de arte en miniatura de la Edad del Hierro descubierta en Israel» (Avigad, 1993, p. 1.304), y se cree que estos fragmentos serían artículos importados, probablemente de Fenicia.[25] En los marfiles están representados varios motivos, entre ellos mitos egipcios, peleas de animales, y, quizá, el tema mejor conocido, la «mujer en la ventana» (figura 8.17). Se cree que se emplearían como incrustaciones decorativas en el mobiliario del palacio real, así como en las casas de los más pudientes. Ahab es recordado por haber construido una «casa de marfil» (1 Reyes 22, 39; Salmos 45, 8), y el profeta Amós, cien años más tarde, anunció que las «casas de marfil» (3: 15) de su época serían demolidas. El profeta también acusaba a los ricos y poderosos de yacer en «camas de marfil» mientras participaban en un festival llamado *marzeah* (Amós 6, 4-7).[26] Este festival parece ser que incluiría comida, bebida y quizá relaciones sexuales, todo ello al son de la música y las canciones. A menudo tomaba la forma de un culto funerario (Jeremías 16, 5). Los estudios que sobre estos marfiles han llevado a cabo King y Beach (véase nota 24) son un ejemplo excelente de cómo los descubrimientos arqueológicos, utilizados de forma apropiada, pueden verter una importante luz sobre los textos bíblicos (cf. Dever, 1994b).

Samaria sufrió el mismo destino que Dan, y fue conquistada por los asirios a finales del siglo VIII, convirtiéndose en un centro administrativo asirio. El emplazamiento estuvo ocupado al menos hasta el periodo bizantino. Pero, con escasas excepciones, los restos arqueológicos de estos periodos más tardíos son escasos.

JUDÁ EN LA EDAD DEL HIERRO IIB-C (*c.* 923-550 A.C.)

Judá existió como entidad política autónoma en el Levante meridional durante más de 350 años (*c.* 923-587/586). Se trata de una de las monarquías más prolongadas que conocemos en el mundo del Oriente Próximo Antiguo. Durante esta época, en especial durante los siglos VIII-VII, Judá, junto con sus estados vecinos, disfrutó de un periodo de prosperidad, con Jerusalén como capital y centro urbano más importante. Muchos de los yacimientos arqueológicos excavados incluyen niveles de estos periodos.[27] Se ha estimado que la población de Judá en el Hierro IIb estaría en torno a los 110.000 habitantes (Broshi y Kinfelstein, 1992).

Además de Jerusalén, otros emplazamientos importantes del Hierro II son Lachish, Tell en-Nasbeh (la antigua Mizpah), todos en la región montañosa central. Entre los yacimientos más grandes que se han excavado en la Sefelá

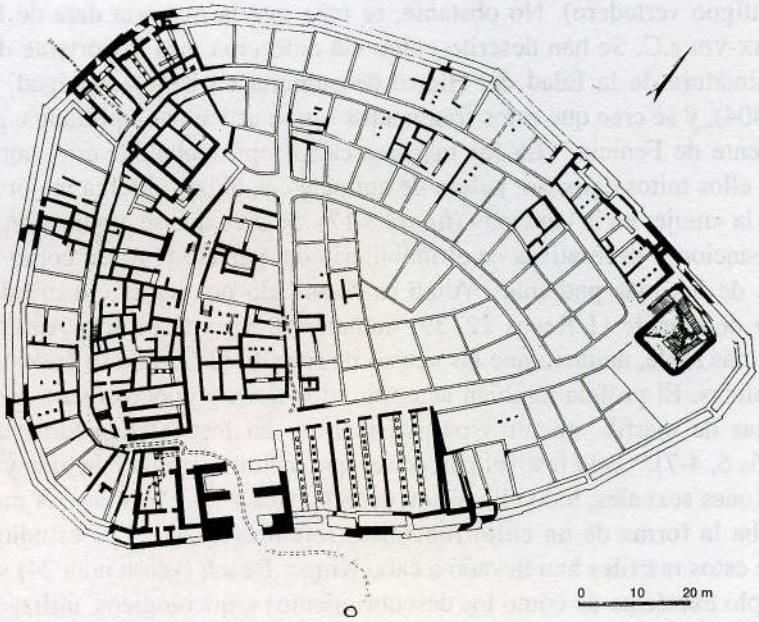

FIGURA 8.18. Plano general de Beersheba en la Edad del Hierro II, nivel II. Ze'ev Herzog, *Archaeology of the City*, monográfico de la Universidad de Tel Aviv, n.º 13.

están Beth-Shemesh, Azekah y Tell Beit Mirsim. En el Neguev septentrional, yacimientos como Arad, Beersheba, Tel 'Ira y Ároer, han proporcionado un importante volumen de información sobre este periodo (para una breve descripción de estos enclaves, véase A. Mazar, 1990, pp. 438-451). Destacables son también Jericó y En Gedi.[28] Todos estos yacimientos (a excepción de Lachish, que llegaría a las 8 ha) rondarían las 2-3 ha de extensión, con una población estimada de aproximadamente 500-1.000 habitantes cada uno. Jerusalén, por supuesto, era la ciudad más grande, con una extensión aproximada de 60 ha a finales del siglo VIII. No se ha excavado completamente ningún yacimiento, pero la información que nos han suministrado Nasbeh y Beersheba es suficiente para hacernos una idea general de cómo serían estas ciudades (figura 8.18). Para la mayoría de ellas, el periodo de ocupación correspondiente al Hierro IIb terminó con la destrucción que los asirios llevaron a cabo a finales del siglo VIII; el caso más famoso y también el mejor documentado es el de Lachish (véase más adelante).

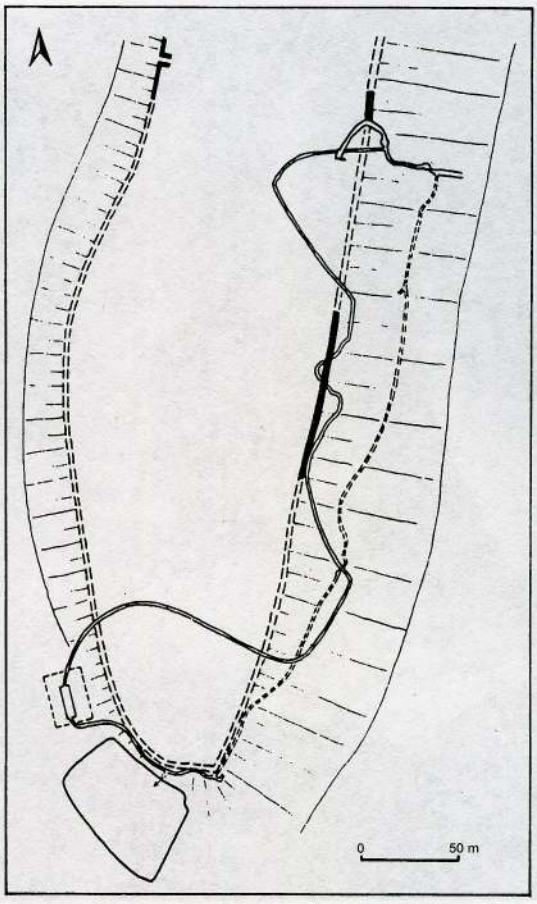

FIGURA 8.19. Plano del túnel del rey Ezequías. Tomado de A. Ben-Tor, ed., *The Archaeology of Ancient Israel*, Yale University Press, © 1992.

La escritura

Uno de los avances más importantes de toda la Edad del Hierro IIb-c es la difusión de la escritura, que conocemos a partir de cientos de inscripciones, la mayoría de las cuales datan de los siglos VIII al VI a.C. Aunque no conocemos el porcentaje de población alfabetizada, el número y la variedad de los materiales escritos es tan abundante que, desde al menos el siglo VIII, «parece que fue común en los centros urbanos israelitas un conocimiento básico de la escritura» (Demsky, 1997, p. 366; cf. Herr, 1997b, p. 145; A. Mazar, 1990, p. 515).[29] El material más frecuentemente utilizado debió de ser el papiro, pero éste raramente sobrevive a los estragos que ocasiona el paso del tiempo.

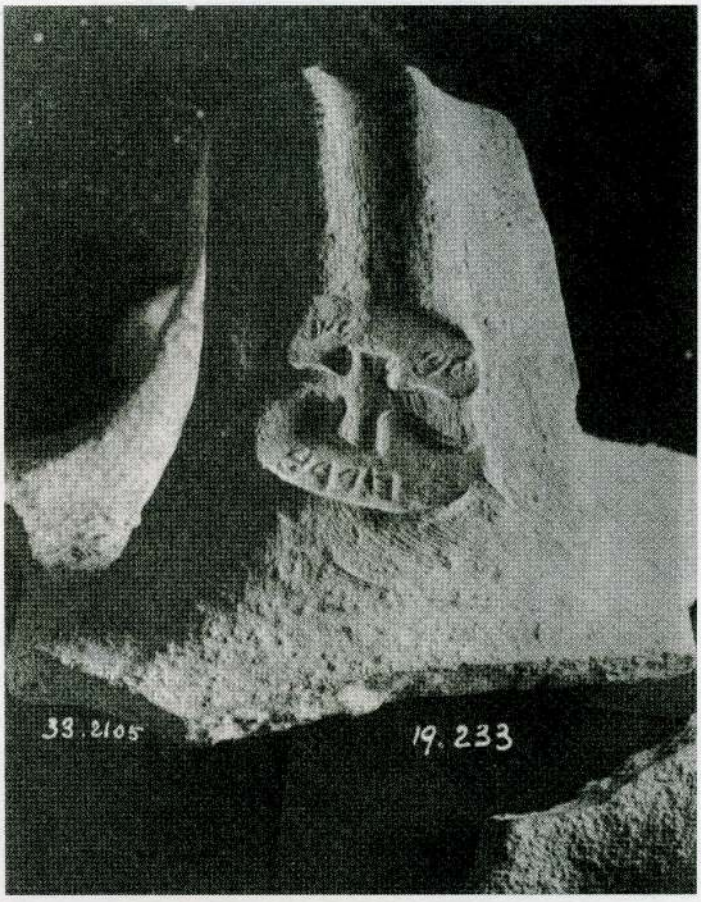

FIGURA 8.20. Asa de jarra estampillada. La inscripción dice «LMLK» ('propiedad del rey'). Bajo las alas aparece el nombre de Hebrón. Tel Lachish. Cortesía del Departamento de Antigüedades de Israel.

De este modo, la mayor parte de las inscripciones que hemos encontrado son las que se realizaron sobre unos fragmentos de cerámica denominados «*óstraca*». Se han descubierto inscripciones de este tipo en Jerusalén, Arad, Samaria (véase más arriba), Lachish, Mesad Hashavyahu y Khirbet Ghazza entre otros yacimientos. Además de la estela de Tel Dan que ya mencionamos, otros hallazgos textuales son la llamada «inscripción del túnel de Ezequías», las asas de las «jarras LMLK» y las inscripciones religiosas de Kuntillet 'Ajrud y Khirbet el-Qom. Aquí únicamente haremos una breve exposición de estos materiales, en concreto, nos dedicaremos a dos de las grandes ciudades de Judá en el Hierro II: Lachish y Jerusalén.

Judá en el siglo VIII a.C.

La inscripción del túnel de Ezequías (la «inscripción de Siloam»)[30]

Una de las inscripciones más importantes y famosas encontradas en Judá es la de un túnel hidráulico excavado en Jerusalén (figura 8.19). Descubierta en 1880, la inscripción describe el encuentro de dos cuadrillas de trabajadores que trabajaron en el túnel, el cual tiene forma de «S» y una extensión de más de 500 metros. El túnel se realizó con el fin de traer agua del manantial de Gihon, situado en el lado oriental de la llamada «Ciudad de David», hasta un pozo ya dentro de la muralla. A. Mazar ha calificado esta inscripción como «uno de los textos hebreos monumentales más extensos e importantes de la época de la monarquía» (1990, p. 484). Tradicionalmente se ha fechado a finales del siglo VIII a.C., y se relaciona con la preparación del enfrentamiento con los asirios por parte del rey Ezequías (cf. 2 Reyes 2, 20; Borowski 1995).

Las asas de las jarras LMLK (lamelkh) (figura 8.20)

Otro grupo importante de inscripciones de la misma época que la anterior son unas 2.000 impresiones en asas de jarras (Bordreuil, 1997, p. 166; Barkay, 1992, p. 346, habla de 1.200). Los análisis químicos han demostrado que todas estas jarras fueron fabricadas cerca de Jerusalén, en la Sefelá, siendo todas las impresiones producto de unos 22 o 25 sellos (Mommsen *et al.*, 1984; Barkay, 1992). Los sellos representan o bien un escarabajo con cuatro alas, o bien un disco solar con dos. Sobre el escarabajo o el disco se lee «LMLK», 'propiedad del rey'. Algunos de los sellos incluyen, además, debajo del escarabajo o del disco, el nombre de uno de estos cuatro lugares: «Hebrón», «Ziph», «Sochoh» o «mmst» (nombre que no encontramos en ninguna otra fuente). Estas asas se localizaron en muchos yacimientos, entre ellos Lachish (más de 400), Jerusalén (unas 300), Ramat Rahel (próximo a Jerusalén, 170), Tel Batash, Beth-Shemesh, Gibeon (36), y Tell en-Nasbeh (85). Aunque no hay acuerdo acerca de su función, muchos expertos creen que estas jarras estarían relacionadas con las actividades reales y/o militares de Ezequías. Según esta interpretación, los nombres de lugares se referirían a los centros administrativos donde se encontraban las guarniciones del ejército de Judea (para otra opinión véase Mommsen *et al.*, 1984). Por qué los símbolos que aparecen impresos tienen la forma de un escarabajo o de un disco solar es, hoy por hoy, una cuestión muy debatida. A la vista de la distribución regional de estos símbolos (el disco solar alado es más frecuente en Jerusalén y en los yacimientos septentrionales de Judea), se ha sugerido que el escarabajo de cuatro alas era el símbolo de la realeza en Israel, y el disco el símbolo de Judá

FIGURA 8.21. Dibujo de la inscripción de la jarra de Kuntillet 'Ajrud, «a Yahweh y su Asherah». Cortesía de Ze'ev Meshel, arqueólogo. Excavaciones de Kuntillet 'Ajrud.

(Tushingham, 1992). Sin embargo, dado que todas las jarras parece que fueron fabricadas en el mismo lugar, y dadas las realidades políticas existentes a finales del siglo VIII a.C., es más probable que ambos símbolos fueran propios de la realeza de Judá (Barkay, 1992).[31]

Kuntillet 'Ajrud y Khirbet el-Qom

El yacimiento de la antigua Kuntillet 'Ajrud se encuentra a unos 48 km al sur de Kadesh-Barnea y se cree que habría sido un caravasar (especie de motel antiguo para caravanas o viajeros) para los comerciantes que se desplazaban de Israel-Judá al mar Rojo. Se excavó en 1975-1976 (Meshel, 1997), y su periodo de ocupación se fecha en torno al 950-850 a.C. El descubrimiento más controvertido del lugar es una inscripción, con una serie de dibujos, hallada sobre una gran tinaja de cerámica. La inscripción transcrita dice: «*lyhwh smron wl'srth*», y se ha traducido del siguiente modo: «A Yahweh de Samaria y a su a/Asherah» (figura 8.21). Una de las cuestiones principales es si el

FIGURA 8.22. Altar de Ta'anach, finales del siglo X a.C. Colección del Departamento de Antigüedades de Israel. © Museo de Israel, Jerusalén.

término «Asherah» se refiere a la consorte femenina cananea de Baal, o a un símbolo cultual, a menudo identificado como un árbol. También está relacionada con está discusión otra inscripción del siglo VIII a.C., que W. G. Dever descubrió a finales de los años sesenta en Khirbet el-Qom, un yacimiento situado a unos 20 km al oeste de Hebrón. Dever halló una inscripción en una tumba (1997d) que decía: «Que Yahweh bendiga a Uriyahu, ya que su a/'Ashe-

rah le ha salvado de sus enemigos» (Dever, 1997d, p. 391; véase también Zevit, 1984 y notas).

Estas referencias a «a/'Asherah» han generado una importante controversia entre los estudiosos acerca de su significado exacto. Al margen de los resultados de este debate, estas inscripciones (así como otros restos materiales que ya mencionamos anteriormente) apuntan al hecho de que, al menos en la religión popular, muchos israelitas asociaban a Yahweh con una consorte femenina. La conclusión de Dever sobre estas referencias tiene su repercusión a la hora de comprender de un modo crítico la forma definitiva de la Biblia hebrea: «Podemos entender hoy el "silencio" sobre 'Asherah como consorte de Yahweh, sucesor del "El" cananeo, como resultado de la casi total supresión de su culto por parte de los reformadores de los siglos VIII al VI» (1984, p. 31; véanse asimismo sus comentarios en 1995e y 1996b; véase también más arriba y nota 20). Las preguntas que conlleva el estudio de la religión (o religiones) israelita antigua son muchas y difíciles de responder. Pero a partir del crecimiento que está experimentando el conjunto de los datos arqueológicos —como es el caso del altar de Ta'anach (figura 8.22), de finales del siglo X a.C.— está cada vez más claro el hecho de que durante la mayor parte de la historia israelita de Judea, se creía que Yahweh, la deidad nacional, tenía una consorte, 'Asherah. Aunque la Biblia (por ejemplo 1 Samuel 4, 4; 2 Samuel 6, 2; 2 Reyes 19, 15; Isaías 37, 16; Deuteronomio 33, 2) refleja tales prácticas religiosas, es la arqueología la que ha puesto de manifiesto su difusión, y paliado algo del «silencio» al que se refería Dever anteriormente.

Siglos VII-VI a.C.

Contamos con un buen número de sellos y *óstraca* de esta época. Recientemente se han hecho públicos dos de estos últimos, pertenecientes a una colección privada, fechados en la segunda mitad del siglo VII a.C. (Bordreuil *et al.*, 1998). Uno se refiere a un impuesto religioso y el otro a la súplica que una viuda dirige a un funcionario tras la muerte de su esposo. Se han encontrado más *óstraca* en Mesad Hashavyahu, los más importantes de los cuales son seis fragmentos que pertenecen al mismo documento. El texto trata de la petición de un trabajador para que le sean devueltas sus ropas, ya que le habían sido confiscadas (Pardee, 1997b). Estos textos nos permiten acceder a las realidades sociales y políticas de la época.

En Arad se encontró una de las más amplias colecciones de inscripciones hebreas (más de 100) (Lemaire, 1997). La datación de estos *óstraca* no está clara, y se suelen fechar entre los siglos X al VI. El contenido de estas inscripciones es muy variado. Algunas tratan de asuntos militares; otras son listas de nombres y al menos dos parecen ser abecedarios. Nueve de ellas

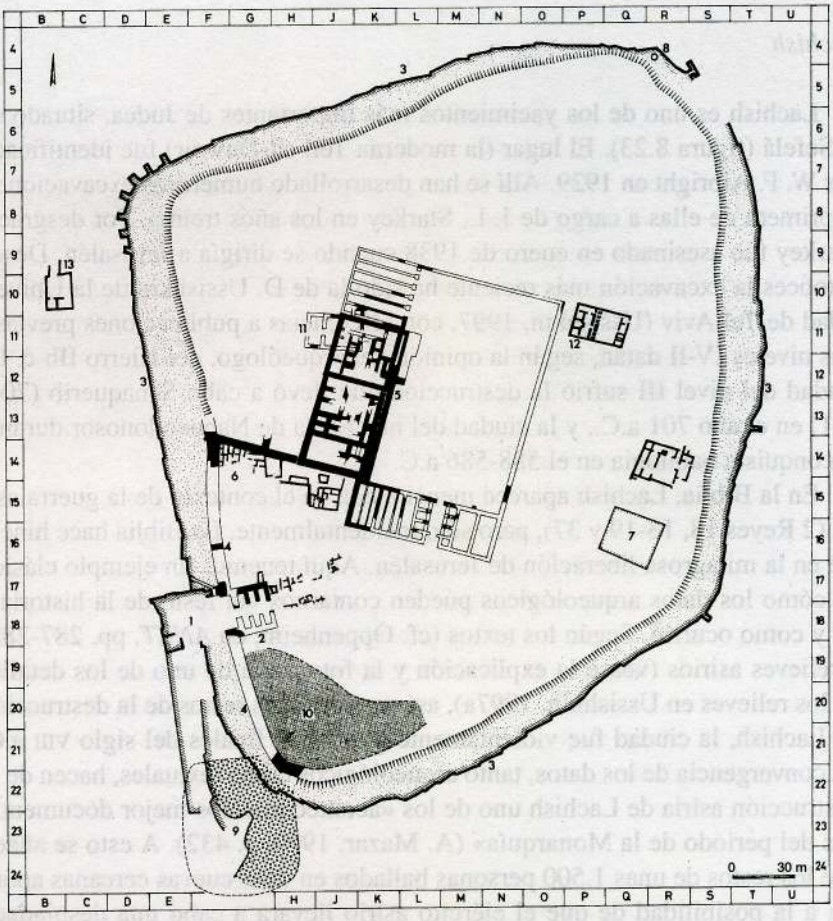

FIGURA 8.23. Plano general de Lachish. Tomado de *Tel Aviv*, volumen 5, ilustración I. Cortesía de D. Ussishkin.

son impresiones del sello real (LMLK) sobre asas de jarras, y datan del siglo VIII. A esto se añade el hallazgo de trece pesos grabados. A. Mazar ha expuesto de manera sucinta la importancia de estas inscripciones: «Las inscripciones de Arad incluyen gran riqueza en variedad de datos muy reveladores de la geografía histórica de esta región: el papel de la fortaleza, la jerarquía militar en la zona, los usos lingüísticos, las estructuras de los nombres propios en Judá, la cantidad de comida que consumían las tropas, y aspectos de la vida diaria como el sistema numérico, de pesos y distancias» (1990, p. 441).

Lachish

Lachish es uno de los yacimientos más importantes de Judea, situado en la Sefelá (figura 8.23). El lugar (la moderna Tell ed-Duweir) fue identificado por W. F. Albright en 1929. Allí se han desarrollado numerosas excavaciones, la primera de ellas a cargo de J. L. Starkey en los años treinta. Por desgracia Starkey fue asesinado en enero de 1938 cuando se dirigía a Jerusalén. Desde entonces la excavación más reciente ha sido la de D. Ussishkin de la Universidad de Tel Aviv (Ussishkin, 1997, con referencias a publicaciones previas). Los niveles IV-II datan, según la opinión del arqueólogo, del Hierro IIb-c. La ciudad del nivel III sufrió la destrucción que llevó a cabo Senaquerib (704-681) en el año 701 a.C., y la ciudad del nivel II la de Nabucodonosor durante la conquista babilonia en el 588-586 a.C.

En la Biblia, Lachish aparece mencionada en el contexto de la guerra asiria (2 Reyes 18, 13-19 y 37), pero sólo incidentalmente. La Biblia hace hincapié en la milagrosa liberación de Jerusalén. Aquí tenemos un ejemplo clásico de cómo los datos arqueológicos pueden contarnos «el resto de la historia», tal y como ocurrió. Según los textos (cf. Oppenheim, en *ANET*, pp. 287-288) y relieves asirios (véase la explicación y la fotografía de uno de los detalles de los relieves en Ussishkin, 1997a), así como por los restos de la destrucción de Lachish, la ciudad fue violentamente asaltada a finales del siglo VIII a.C. La convergencia de los datos, tanto arqueológicos como textuales, hacen de la destrucción asiria de Lachish uno de los «acontecimientos mejor documentados del periodo de la Monarquía» (A. Mazar, 1990, p. 432). A esto se añade que los restos de unas 1.500 personas hallados en unas cuevas cercanas apuntan a la posibilidad de que el ejército asirio llevara a cabo una despiadada masacre. Los vestigios cerámicos que se encontraron bajo los niveles de destrucción son de una enorme importancia a la hora de establecer la cronología cerámica de este periodo de la historia de Judá. Entre los descubrimientos se incluyen cientos de las asas de jarras con impresiones de las que ya se habló antes, lo cual da pie al debate sobre su datación.

Por lo que respecta a la destrucción asiria, Ussishkin llegó a la conclusión de que la ciudad estuvo abandonada durante aproximadamente setenta años hasta que volvió a ocuparse en la época del rey Josías (639-609 a.C.). A este periodo pertenecen las famosas «cartas de Lachish» (Pardee, 1997c, y notas). Se encontraron entre los escombros de una prisión, y reflejan los últimos días de Judá antes de ser destruida por los babilonios en el 587/586 a.C. Una de las cartas mejor conocidas, la número 4, dice en un determinado momento: «Ya que estamos observando los puestos de señales de Lachish, según todas las indicaciones que mi señor da, porque no vemos las señales de Azekah»

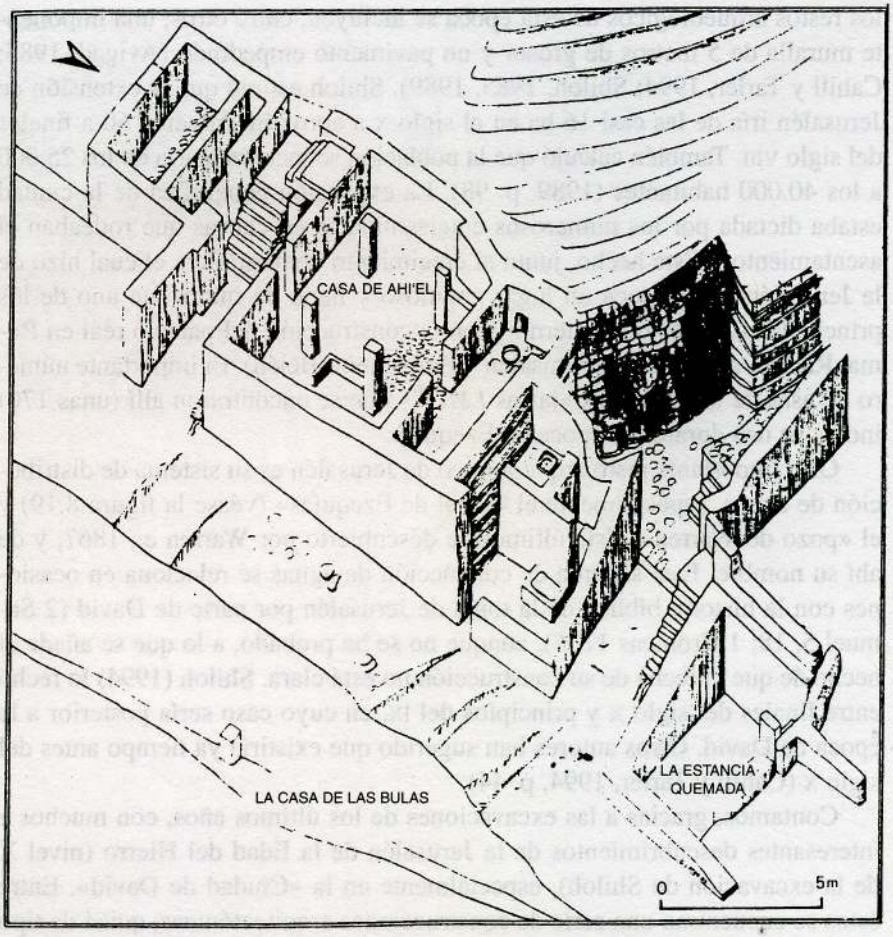

FIGURA 8.24. Construcciones domésticas, excavaciones de la «Ciudad de David». A. Ben-Tor, ed., *The Archaeology of Ancient Israel*, Yale University Press, © 1992.

(Albright, en *ANET*, p. 322, cf. Jeremías 34, 7). Tras la caída de Azekah en manos babilonias, la suerte de Lachish estaba echada. Aunque el yacimiento volvió a ocuparse en época romana, nunca recuperó su grandeza pre exílica.

Jerusalén en la Edad del Hierro IIb-c

Se han recuperado muy pocos restos del siglo IX a.C. Sin embargo, hacia finales del VIII, la ciudad se expandió hacia el oeste (Avigad, 1985). Habitualmente se explica esta expansión como consecuencia de la llegada de refugiados procedentes del norte durante la época de Ezequías (727-690 a.C.) Entre

los restos arqueológicos de esta época se incluyen, entre otros, una imponente muralla de 5 metros de grosor y un pavimento empedrado (Avigad, 1985; Cahill y Tarler, 1994; Shiloh, 1985, 1989). Shiloh estimó que la extensión de Jerusalén iría de las casi 16 ha en el siglo X a aproximadamente 60 a finales del siglo VIII. También calculó que la población se incrementaría de los 25.000 a los 40.000 habitantes (1989, p. 98). La expansión geográfica de la ciudad estaba dictada por los numerosos enterramientos en cuevas que rodeaban el asentamiento.[32] Este hecho, junto al crecimiento demográfico, el cual hizo de la Jerusalén de la época un lugar populoso y lleno de ruido, fue uno de los principales factores que determinaron la construcción del palacio real en Ramat Rachel, situado entre Jerusalén y Bethlehem (Belén). El importante número de asas de las llamadas «jarras *LMLK*» que se encontraron allí (unas 170) indica su uso durante la época de Ezequías.

Otro importante resto arqueológico de Jerusalén es su sistema de distribución de aguas, especialmente el «túnel de Ezequías» (véase la figura 8.19) y el «pozo de Warren». Este último fue descubierto por Warren en 1867, y de ahí su nombre. Este sistema de conducción de aguas se relaciona en ocasiones con la historia bíblica de la toma de Jerusalén por parte de David (2 Samuel 5, 18; 1 Crónicas 11, 6), aunque no se ha probado, a lo que se añade el hecho de que la fecha de su construcción no está clara. Shiloh (1994) lo fechó entre finales del siglo X y principios del IX, en cuyo caso sería posterior a la época de David. Otros autores han sugerido que existiría ya tiempo antes del siglo X (Cahill y Tarler, 1994, p. 44).

Contamos, gracias a las excavaciones de los últimos años, con muchos e interesantes descubrimientos de la Jerusalén de la Edad del Hierro (nivel X de la excavación de Shiloh), especialmente en la «Ciudad de David». Entre éstos se encuentran una serie de construcciones arquitectónicas, quizá de tipo doméstico (figura 8.24). Una de ellas es una «casa de cuatro habitaciones», y cerca de ella se encuentra la «casa de Ahi'el», llamada así porque se encontró su nombre grabado en una vasija de almacenamiento. Uno de los descubrimientos más importantes se produjo entre los restos de un edificio situado al este de la casa de Ahi'el. Se trata de la «casa de las bulas», llamada así a causa de las cincuenta y una bulas que se encontraron allí.[33] A partir de ellas se han recuperado ochenta y dos nombres, dos de los cuales aparecen mencionados en la Biblia: «Gemaryahu, hijo de Shaphan» (en castellano Gamarías, hijo de Safán; Jeremías 36, 10 y 25) y «Azaryahu, hijo de Hilqiyahu» (Azaría, hijo de Helcías; 1 Crónicas 9, 10-11).[34]

Si el «Gemaryahu» de la bula es el mismo que el escriba que menciona Jeremías, entonces este testimonio epigráfico nos proporciona un importante punto de referencia cronológica. La noticia de Jeremías se fecha en el quinto año del reinado de Joaquim, en torno al 603 a.C. (Jeremías 36, 9; cf. Shi-

loh, 1989, p. 104). Así, los datos bíblicos y arqueológicos coinciden en situar las actividades de la «casa de la bulas» inmediatamente antes de la destrucción de Jerusalén, en el 587/586 a.C.

La Biblia

A menudo, en las discusiones sobre los textos hebreos antiguos, se pasa por alto que la producción literaria más significativa de la Edad del Hierro II en Judea es, precisamente, una buena parte de la Biblia. Aunque no existen manuscritos bíblicos de este periodo,[35] muchos críticos literarios han defendido que gran parte del material que hoy encontramos en el Pentateuco, Deuteronomio (Josué, Jueces, Samuel y Reyes), así como en muchos de los profetas preexílicos y los Salmos, se compuso en el Hierro IIc.[36] Que la forma definitiva de estos escritos deba datarse en el periodo postexílico no es aquí la cuestión.

EPÍLOGO

Hemos recorrido un largo camino desde las chozas neolíticas hasta las ruinas de Israel y Judá tras las catástrofes militares de la Edad del Hierro II. Durante este lapso de tiempo de aproximadamente 8.000 años, vivió y murió un número incontable de personas, la mayoría de las cuales nos ha dejado un testimonio escasísimo de sus pobres vidas. El paisaje arqueológico de este pueblo se encuentra salpicado de innumerables publicaciones, muchas de ellas técnicas y, en cierta medida, inaccesibles para el no especialista. No obstante, es a este pueblo, en especial a esos que conocemos como «hebreos» o «israelitas», a los que debemos una de las grandes religiones del mundo. Los fragmentos de su existencia yacen enterrados bajo el suelo de Palestina, ¡a menudo sobre los vestigios de sus ancestros neolíticos! Con este breve estudio he pretendido iluminar de algún modo esta asombrosa historia, muchas de cuyas piezas aún no las hemos encontrado, y otras sólo las hemos comprendido parcialmente. A ello se añade el que muchas otras piezas de importancia se hayan omitido por necesidad.

A pesar de estas omisiones, espero que algo haya quedado claro a lo largo de nuestro recorrido: la importancia de la arqueología, que es mucha. La arqueología es un puente que puede llevarnos al pasado, al lugar en el que nuestros ancestros nacieron, vivieron, amaron, temieron y murieron. Es la única disciplina que puede proporcionarnos el retrato contemporáneo de la cultura de la que emanó la Biblia. Dicha disciplina nunca ha «probado» ni «probará» la «verdad» de la Biblia, si por ello entendemos probar la veracidad de las interpretaciones teológicas que los escritores bíblicos hicieron de su propia historia. La arqueología es una materia humanista, no teológica, aunque en ocasiones puede iluminar el contexto en el que los autores de las historias bíblicas las situaron y puede aportarnos una perspectiva diferente a la que conservamos en el texto sagrado. Además, al excavar las ruinas del pasado nos enfrentamos cara a cara con nosotros mismos, dado que somos los descendientes de esos ancestros cuyas ciudades y aldeas, chozas, palacios y tumbas buscamos y estudiamos. Si somos o no los más indicados para ello, es, supongo, un veredicto aún sin pronunciar. En estos años de gastos de excavación

excesivos, de incontables horas de esfuerzo físico y, para muchos de nosotros, de separación de nuestros seres queridos y amigos, surgen las preguntas sobre el valor de las excavaciones arqueológicas. Por muchas justificaciones que pudiéramos encontrar para esta actividad, ninguna, a mi juicio, sería mejor que la de Paul Lapp:

> Quizá los descubrimientos de Jerusalén son incluso más importantes que los de Cabo Cañaveral. Los descubrimientos de Cabo Cañaveral tienen que ver con la expansión del universo del hombre. Los descubrimientos de Jerusalén tienen que ver con el hombre mismo. Quizá los historiadores puedan contribuir a nuestra sociedad en mayor medida que los teóricos del cosmos. Quizá los descubrimientos arqueológicos de Palestina ilumïnen a los hombres más que una excavación en la Luna. Quizá es más importante para el hombre comprenderse a sí mismo que expandir su universo. Quizá los seres humanos necesiten con mayor desesperación comprenderse entre ellos que descubrir la existencia de nuevas criaturas en el espacio exterior. Si ésa es vuestra convicción, la historia antigua y la historia bíblica os ofrecen estimulantes oportunidades de ampliar vuestros horizontes (1969, p. 113).

NOTAS

1. *Introducción: la arqueología y la Biblia* (pp. 9-10)

1. Cf. King (1985, p. 49): «Desde la guerra árabe-israelí, la actividad arqueológica a ambos lados del río Jordán ha acelerado su paso de tal modo que es incluso difícil nombrar todos los proyectos que hoy se llevan a cabo en Israel, Jordania, y países vecinos».

2. *Una breve historia* (pp. 11-24)

1. Sobre el descubrimiento de Smith, véase Lloyd (1995, pp. 176 y ss.); Moorey (1991, pp. 11-12). Para una traducción (en inglés) de esta historia, conocida como el «Poema de Gilgamesh», véase *ANET*, pp. 42-44.

2. Véase Tadmor (1985, pp. 260-268). En los últimos años se ha generado una controversia acerca del término «arqueología bíblica», controversia encabezada principalmente por W. G. Dever, de la Universidad de Arizona. Entre sus muchas publicaciones sobre este tema, véanse: 1985a, 1985b, 1988, 1992a, 1996a, 1996b, 1997a. Es asimismo recomendable para un resumen conciso e informativo de la historia de la «arqueología bíblica» la consulta de la publicación de Moorey (1991).

3. Sobre la vida de Robinson y sus contribuciones a los estudios bíblicos, véase Moorey (1991, pp. 14-17); y, en especial King (1983c). En *OEANE* se pueden encontrar las biografías de muchos de estos pioneros, así como las de otros importantes arqueólogos del mundo próximo-oriental.

4. Se atribuyen estas palabras a Titus Tobler. Citado en Albright (1949, p. 25).

5. Véanse, *inter alia*, Dever (1980a, 1985a, 1992a); Moorey (1991); y Miller (1987). Dado que el análisis que hiciera Dever de esta historia es ampliamente conocido entre los arqueólogos, nuestra exposición seguirá sus planteamientos básicos. Él llama a estos estadios en el desarrollo de la disciplina arqueológica «revoluciones».

6. Dever (1985a); véanse los resúmenes de las historias de las diferentes «escuelas» nacionales en los capítulos iniciales de *BTC*.

7. Nuestra escasa disponibilidad de espacio no nos permite desarrollar más ampliamente las contribuciones de Albright al desarrollo de la «arqueología bíblica» y su influencia en la misma. El estudiante, tan pronto se familiarice con las publicaciones sobre la materia, se dará cuenta de lo influyente que ha sido, y aún es, la figura de Albright. Aunque se trata de una valoración breve sobre Albright, véanse Moorey (1991, pp. 67-75); y King (1983a). Sería imposible enumerar todas las obras de Albright, pero es recomendable que, para introducirse en la profundidad y magnitud de su pensamiento, el estudiante conozca en especial dos de sus trabajos: *From the Stone Age to Christianity* y *The Archaeology of Palestine*. Sobre su vida y sus aportaciones, véase también BA, 56, n.º 1 (marzo de 1993).

8. Dever (1982a, 1985a, 1990a, 1992a). Un diálogo interesante, al tiempo que informal, sobre esta controversia, entre otras cuestiones, puede leerse en Shanks (1996a, b).

9. No hay, hoy por hoy, que yo sepa, un solo arqueólogo de campo que imparta clases en ninguno de los seminarios vinculados a mi tradición religiosa.

10. Un ejemplo clásico de esta controversia es la discusión actual sobre la existencia de Jerusalén antes y durante la época de la «Monarquía Unida». Véanse Cahill (1998); Na'aman (1998); Steiner (1998).

11. Cf. las historias de Israel y Judá de J. A. Soggin (1984), J. M Miller y J. Hayes (1986). La conclusión de estos últimos es que las historias bíblicas previas a la época de David son «un constructo literario artificial e influido por planteamientos de tipo teológico» (p. 78). Lemche llega a una conclusión similar (1985, p. 414). Estas cuestiones sobre la historiografía israelita se merecen una amplia discusión, lo cual es imposible aquí. Entre las publicaciones sobre el tema, además de los trabajos ya mencionados, será de gran utilidad para el lector la consulta de los siguientes estudios y sus respectivas bibliografías: M. Z. Brettler (1995); R. B. Coote (1990); B. Halpern (1983); J. Van Seters (1983).

3. *Cómo se hace: introducción al trabajo de campo* (pp. 25-41)

1. Buena parte de la «prensa arqueológica» no especializada, la cual puede inducir a error a un público incauto, es a menudo obra de «arqueólogos» cuyos métodos son, cuando menos, cuestionables. Véase al respecto la crítica de Daniel C. Browning, Jr. (1996) a ciertas investigaciones de V. Jones. Véase también L. Davidson (1996).

2. Las técnicas de excavación, incluso los nombres de las mismas, tienen su propia historia. Los arqueólogos se esfuerzan permanentemente por mejorar estos métodos. La literatura científica al respecto es demasiado amplia para hacer un listado, pero son recomendables, por sus explicaciones y sus referencias bibliográficas, los siguientes trabajos: Dever (1974, 1985b); R. L. Chapman III (1986); G. W. Van Beek (1988). Los siguientes manuales acercarán al lector a la terminología, las técnicas y los sistemas de registro en arqueología: Blakely y Toombs (1980); Dever y Lance (1978); Joukowsky (1980).

3. Véanse W. Dever (1996a); M. B. Schiffer (1987). Aunque Schiffer se refiere en raras ocasiones a los *tells* del Oriente Próximo, su trabajo es de gran interés para cuestiones como la formación y el deterioro de los *tells*. También serán de gran ayuda los diferentes capítulos que en *BTC* llevan por título «Metodología arqueológica: las técnicas». Sobre el problema de la estratigrafía, véase J. Holladay (1997a, b), así como el breve artículo de A. M. Rosen (1997). También merece la pena la lectura del ensayo de G. E. Wright (1974).

4. Para una explicación de los procesos de alteración que pueden causar la mezcla de los niveles y los materiales pertenecientes a un *tell* véase Shiffer (1987, pp. 199-234). Esta actividad se denomina «posdeposición».

5. Strange (1988). Véase también Longstaff (1997). Para una estudio más amplio de las aplicaciones informáticas en arqueología véanse los repertorios bibliográficos que incluyen estos artículos.

6. Cf. Dessel (1997).

7. En algunas excavaciones los dibujos de las secciones estratigráficas son responsabilidad del supervisor de área. Véase Dever (1978, pp. 164-172).

8. El escándalo de las publicaciones arqueológicas en Israel es bien conocido. Véase Shanks (1996c). Sabemos que desde 1967 se han encontrado 30.000 monedas en las excavaciones llevadas a cabo en Jerusalén. En julio de 1996 aún no se había publicado ninguna de estas monedas. Véase BAR, 22-24 (julio-agosto de 1996), p. 9).

9. Lance (1981, p. 57). Para una exposición más detallada sobre el problema de las publicaciones arqueológicas, véanse Boraas (1988) y Shanks (1996c).

10. Dos destacados ejemplos son las publicaciones que se están preparando sobre dos excavaciones diferentes de Jerusalén, una la dirigida por K. Kenyon y la segunda por Y. Shiloh.

4. *El nacimiento de la civilización: del Neolítico a la Edad del Bronce Antiguo (c. 8500-2000 a.C.)* (pp. 43-65)

1. Véanse los principales capítulos de *ASHL*.

2. Son muchos los estudios, tanto de tipo general como especializados, sobre estos periodos. Para el Neolítico son interesantes y, sin duda, de gran ayuda a la hora de emprender estudios posteriores, las siguientes publicaciones (todas ellas con completas bibliografías): A. Gopher (1995); A. M. T. Moore (1982); O. Bar-Yosef (1992, 1995). Para el Calcolítico, véanse R. Gonen (1992a); T. Levy (1986, 1995a).

3. Para consultar investigaciones más antiguas véanse: Lapp (1970); G. E. Wright (1971); R. de Vaux (1971); K. Kenyon (1979, pp. 84-118); R. Amiran (1970a). Para perspectivas más recientes, véanse Richard (1987); A. Mazar (1990, pp. 91-150); A. Ben-Tor (1992).

4. W. F. Albright parece haber sido el primero en acuñar el término «Edad del Bronce Antiguo». Véase Richard (1987, junto a la bibliografía que allí aparece). G. E. Wright en 1937 dividió el periodo en cuatro fases, del Bronce Antiguo I al IV. La mayoría de los arqueólogos utilizan hoy esta terminología. Sin embargo, algunos israelitas utilizan el término étnico «Canaanita» o «Canaanita Antiguo» para referirse al mismo periodo; véase M. Dothan (1985).

5. Cf. *OEANE*, vol. 4, pp. 412-413; para un trabajo ligeramente diferente, véanse S. Richard (1987) y *NEAEHL*, vol. 4.

6. P. Gerstenblith (1980, p. 66); véase también sus notas finales, números 6 y 7. Cf. S. Richard (1987, p. 23).

7. En su artículo de 1987, J. F. Ross identificó unos 102 yacimientos del Bronce Antiguo excavados y más de 550 prospectados. Incluyó además amplias bibliografías para cada yacimiento de su lista. Para un estudio de los patrones de asentamiento en Palestina durante el Bronce Antiguo II y el Bronce Antiguo III, véase Broshi y Gophna 1984; véase también Finkelstein y Gophna (1993). Para un estudio de los patrones de asentamiento en el sur de Palestina y el Sinaí durante el III milenio a.C., véase I. Beit-Arieh (1981). M. Haiman ha estimado en unos 1.000 los yacimientos conocidos del Bronce Antiguo IV en el desierto del Sinaí (1996). Palumbo, por su parte, eleva la cifra a más de 3.000 para el mismo periodo. Por lo que se refiere al trabajo de T. Thompson (1979) debería manejarse con cautela. Véanse las críticas de Ross (1987, p. 316) y W. G. Dever (1980b, pp. 53 y ss.).

8. P. Lapp (1970); De Vaux identifó a los «fundadores» de la Edad del Bronce Antiguo como «cananeos» que migraron desde el norte (1971, p. 234). K. Kenyon argumentó, sobre la base de sus estudios de la cerámica funeraria de Jericó, que tres grupos tribales provenientes del este, y quizá también del norte, eran los responsables de la cultura del Bronce Antiguo I, a la que llamó «periodo protourbano» (1979, p. 66). Los más recientes hallazgos y la mejor comprensión e interpretación actual de los datos antiguos han puesto en duda estas teorías. Véase especialmente J. W. Hanbury-Tenison (1986), para una amplia discusión del horizonte del Calcolítico Tardío-Bronce Antiguo I en Palestina y Transjordania así como para la consulta de algunas viejas teorías formuladas por los más destacados arqueólogos desde el periodo anterior a 1945 hasta la década de los ochenta.

9. Para una exposición más detallada de la economía del Bronce Antiguo I véase Hanbury-Tenison (1986, pp. 72-103).

10. En el pasado algunos incluían una tercera división, Bronce Antiguo IC. Véanse, por ejemplo, Paul Lapp (1970) y J. A. Callaway (1978). Sobre la hipótesis de que no existe Bronce Antiguo I, véase S. Richard (1987, p. 25); cf. también Schaub (1982, p. 69).

11. Broshi y Gophna (1984, p. 41); según la investigación de Finkelstein y Gophna (1993), el tamaño medio de los 35 yacimientos del Bronce Antiguo I estudiados en el norte de Samaria es de aproximadamente 2 ha, y el de los 29 yacimientos del sur de Samaria y Judea, de 1 ha.

12. A. Mazar y De Miroschedji (1996, ilustraciones 4-15). Nuestras limitaciones de espacio no nos permiten detenernos en las *massebot*, las cuales se remontan a un periodo tan antiguo como es el Neolítico. Estuvieron ampliamente extendidas en el mundo antiguo y fueron a menudo condenadas por la Biblia a causa de su vinculación a las prácticas cananeas. Contamos con suficientes pruebas arqueológicas procedentes de yacimientos tales como Tel Dan como para afirmar que estas piedras jugaron un destacado papel a lo largo de toda la historia de la religión israelita. Véanse Mazar y De Miroschedji (1996) y nuestro capítulo 8.

13. Aunque el estudio clásico de R. Amiran, *Ancient Pottery of the Holy Land* (1970b) necesita ser revisado, es aún de enorme utilidad para el conocimiento de la historia de la cerámica de la antigua Canaán y de Israel.

14. Hanbury-Tenison (1986, pp. 104-138; ilustraciones 15 y 23). Hanbury-Tenison, asimismo, ha criticado la hipótesis de R. Amiran (1970b) de una cultura «meridional» con cerámica de decoración lineal contemporánea de una cultura septenrional de cerámica «gris bruñida», calificando dicha hipótesis de «engañosa». Véase Hanbury-Tenison (1986, pp. 125-126).

15. Los planteamientos sobre este tema son bastante técnicos. Véase Amiran (1970b, pp. 35-57) y Hanbury-Tenison (1986).

16. Para un resumen de los principales puntos del tema así como para un listado de los yacimientos, véase Hanbury-Tenison (1986, pp. 231-250).

17. Entre las publicaciones sobre las relaciones egipcio-palestinas durante el Bronce Antiguo, véanse W. A. Ward (1991); I. Beit-Arieh (1984); J. M. Weistein (1984); M. Wright (1985).

18. Sobre la hipótesis de que la construcción de estos asentamientos amurallados del Bronce Antiguo II se debió más bien a factores de índole social que a factores de tipo económico, véase Hanbury-Tenison (1986, p. 102).

19. Nos es imposible aquí hacer una exposisicón detallada de todos estos yacimientos. Para el caso de Dan, véanse Biran (1994, pp. 33-45); R. Greenberg (1996); R. Greenberg y Porat (1996). Para el caso de 'Ai, véanse Callaway (1972, 1978, 1980b, 1987). Para el caso de Arad, véanse Amiran *et al.*, (1978); Amiran (1985a); Amiran e Ilan (1996). Se pueden encontrar artículos breves sobre los yacimientos mencionados, eso sí, con completas bibliografías, en *NEAEHL* y *OEANE*.

20. Los siguientes trabajos incluyen bien resúmenes bien estudios especializados de este periodo (todos ellos con completas bibliografías). S. Richard (1980); W. G. Dever (1980b, 1995b); S. Richard y R. Boraas (1984, 1988); R. T. Schaub y W. E. Rast (1984); G. Palumbo (1991), R. Gophna (1992); G. Palumbo y G. Peterman (1993); Y. Goren (1996); M. Haiman (1996).

21. Aunque Dever aboga por la utilidad de la cerámica como indicador cronológico, ha sugerido también que en algunos casos los conjuntos cerámicos pueden solaparse y entonces representar únicamente diferencias de tipo regional (1995b, p. 296, n. 21).

22. Para una breve crítica de estos modelos, véase Dever (1995b).

5. *La Edad del Bronce Medio (2000-1550 a.C.)* (pp. 67-89)

1. La nomenclatura puede resultar confusa. Algunos estudiosos (especialmente israelíes) se refieren a la primera parte de este periodo como «Edad del Bronce Medio IIA» (cf. *NEAEHL*, vol. 4; B. Mazar, 1968; A. Mazar, 1990, p. 174). Pero incluso existen discrepancias dentro de este grupo. Algunos de ellos dividen el periodo en dos subfases: Bronce Medio IIA (2000-1750 a.C.) y Bronce Medio IIB (1750-1550 a.C.), como hace *NEAEHL*. Otros (por ejemplo A. Mazar, 1990) utilizan esta nomenclatura pero dividen la última fase de la Edad del Bronce Medio en

Bronce Medio IIB-C (cf. Kempinski, 1992b, tabla 1.1, que cuestiona la validez de dividir la última fase del periodo en dos subfases, b, c). El denominador común de todos estos esquemas es que todos asumen que el «Bronce Medio I» debería situarse a finales del III milenio a.C. (2200-2000 a.C.), y no a comienzos del segundo.

2. Es preciso considerar las conclusiones de Ward de forma cautelosa a la luz de la utilización, tanto pasada como presente, que se ha hecho de la cronología egipcia en un intento de establecer fechas absolutas. Él plantea que los investigadores modernos han impuesto a los antiguos egipcios una «precisión moderna» que ellos (léase los egipcios) «ni necesitaban ni les preocupaba» (p. 60).

3. Las cuestiones en torno al origen, significado y utilización de los términos «Canaán» y «cananeo» exceden los objetivos de este estudio. Véanse J. C. H. Laughlin (1990) y A. F. Rainey (1996).

4. El problema de identificar grupos «étnicos» sobre la base de los restos arqueológicos es sumamente complejo. Véase Kamp y Yoffee (1980), en particular su crítica a la «hipótesis amorita». Por lo que se refiere a «Israel», véanse Dever (1993b, 1995a, 1995c); Finkelstein (1996).

5. La «ciencia» que calcula los índices demográficos de las sociedades antiguas es muy imprecisa. Los diferentes autores utilizan métodos diferentes y sus cifras son igualmente diferentes. Para la región costera, Gophna y Portugali (1988) confeccionaron un listado de unos 50 yacimientos del Bronce Medio I, y estimaron que la población de los mismos habría sido de unos 28.000 habitantes; los 60 yacimientos del Bronce Medio II habrían tenido una población de unos 37.000 habitantes. Kempinski (1992b, p. 194), por su parte, calculó que la población de toda Palestina durante el Bronce Medio II (su Bronce Medio IIb) rondaría los 200.000 habitantes.

6. Una vez más, la palabra *ciudad* que utilizamos para describir estos asentamientos antiguos no tiene las connotaciones del uso contemporáneo del término, en especial por lo que se refiere al tamaño. La mayor parte de las «ciudades» palestinas fueron bastante pequeñas, incluso para los patrones de su propia época (compárense, si no, con el tamaño de las ciudades de Siria y Mesopotamia).

7. Oren (1992, p. 115) da una serie de criterios mediante los cuales valorar estos restos. Entre otros, incluye la proximidad de las casas «patricias» a otras estructuras de importancia (como templos, palacios y puertas de la ciudad), las dimensiones y calidad constructiva, la presencia de suelos enlucidos y la existencia de residencias para los sirvientes y almacenes.

8. Sobre la construcción de los taludes desde el punto de vista de un ingeniero, véase E. Pennells (1983).

9. El tema de la terminología está siempre presente. Véase cómo A. Mazar califica a los restos de Shechem, Hazor y Megido de «templos monumentales simétricos» (1992a, p. 166).

10. Dever admite que las pruebas arqueológicas de las exportaciones palestinas son escasas durante este periodo. No explica cómo se transportaría el ganado, aunque creemos que se emplearía algún tipo de embarcación.

11. Para una amplia discusión de las teorías acerca del colapso de las sociedades antiguas, véase Yoffee y Congill (1988).

12. Albrecht Alt hizo esta observación hace casi setenta años en su bien conocido ensayo «The God of the Fathers». Reimpreso en Alt (1968).

13. La historia del debate entre estudiosos bíblicos, arqueólogos e historiadores sobre el tema de los Patriarcas y su ubicación histórica, incluida la cuestión de si los Patriarcas fueron o no personas de carne y hueso es demasiado amplia y compleja como para exponerla aquí con detalle. Un excelente punto de partida para los estudiantes son los ensayos de Dever y Clark (1977), los cuales incluyen sendas bibliografías que resultarán, sin duda, de gran ayuda. Más breves, aunque también de gran utilidad, son las valoraciones que realizan Mc Carter, Jr. (1988); Millard (1992).

14. Esto no significa que todos los estudiosos que consideran que al menos parte de las tradiciones patriarcales son anteriores a la época de la Monarquía estén de acuerdo en las fechas. Clark (1977), por ejemplo, aboga por la Edad del Bronde Tardío.

6. *La Edad del Bronce Tardío (1500-1200 a.C.)* (pp. 91-106)

1. Soy consciente de que no puedo ocuparme aquí de todos los aspectos importantes de este periodo tratándose este trabajo de una presentación general del estado de la cuestión Así pues, sería muy recomendable la lectura de las siguientes publicaciones (en especial desde una perspectiva político-histórica), muchas de las cuales incluyen, además, una completa bibliografía: Aharoni (1978, pp. 112-152); Albright (1949, pp. 96-109); Bunimovitz (1995, pp. 180-211); Drower (1973); Gonen (1992b); Kenyon (1979, pp. 180-211); Leonard (1989); A. Mazar (1990, pp. 232-294); De Vaux (1978, pp. 82-152).

2. La utilización de fechas diferentes para un mismo acontecimiento o personaje por parte de los distintos autores resulta enormemente confusa, especialmente para aquel que se acerca a estos temas por primera vez. Hasta no hace mucho, la llamada cronología «alta» utilizada en *Cambridge Ancient History* (vol. II, 2B, p. 1.038) era ampliamente aceptada. Hoy, sin embargo, algunos investigadores abogan por una cronología «baja» (véase P. Astrom, 1987). En *NEAEHL*, vol. 4, se incluye un cuadro en el que se comparan ambas cronologías.

3. A. Mazar, en su estudio sobre la historia estratigráfica de 19 yacimientos de la Edad del Bronce Tardío, identificó tres periodos ocupacionales principales: Bronce Tardío, II; IIA y IIB (1990, p. 242, tabla 5).

4. La estimación del número de yacimientos, de los índices demográficos y de la extensión total de terreno ocupada no es en absoluto exacta. En la mayoría de los casos los yacimientos arqueológicos de la Edad del Bronce Tardío sólo se han excavado parcialmente, y puede ser que otros ni siquiera los hayamos detectado. Sin embargo está perfectamente demostrado que, en términos generales, todos esos parámetros disminuyen respecto a la previa Edad del Bronce Medio.

5. Aunque Ottoson (1980) llegó a la conclusión de que este «templo» no era más que un taller cerámico, esta hipótesis no ha sido aceptada por un buen número de investigadores (A. Mazar, 1992a, p. 179, n. 65). Sin embargo, para una valoración diferente a la de Ottoson, véase Callaway (1982a).

6. Aunque habitualmente la fecha que se menciona para este descubrimiento es el año 1887, existen versiones diferentes. Algunos sitúan el descubrimiento en 1886; véase Moran (1992, p. XIII).

7. Algunas fuentes hablan de una mujer beduina (Campbell, 1970, p. 2).

8. Las fechas para Akhenaton varían considerablemente según la publicación que consultemos. Si aceptamos una cronología «alta», su reinado habría tenido lugar aproximadamente entre 1379-1362; si, por el contrario, aceptamos una cronología «baja», entre 1352-1336. Véase Moran (1992, pp. XXXIV-XXXIX).

9. Existe un importante volumen de publicaciones acerca de estas tablillas. Entre ellas, son recomendables: Aharoni (1979, pp. 169-176); Albright (1975); Bruce (1967); Bryan (1997); Campbell, Jr. (1960); Harrelson (1975); Izre'el (1997); Moran (1985, 1992); Na'aman (1992). Para un mapa de las ciudades cananeas mencionadas en la correspondencia, véase Aharoni (1979, p. 173, mapa 11). Veinticinco de estas cartas, la mayoría de reyes palestinos vasallos, aparecen recogidas en *ANET*, pp. 483-490.

10. Los 'apiru aparecen mencionados en unas 53 cartas; véase Moran (1992, p. 393).

11. Véase, por ejemplo, Sarna (1988). Sus argumentaciones me parecen forzadas, en ocasiones incluso triviales (cf. Dever, 1997b, p. 69); Malamat (1997) (este último autor recopila sus

tura de la región montañosa central, hecho que Finkelstein pone de relieve (Finkelstein, 1996, p. 206).

15. Un tratamiento amplio de las implicaciones de los recientes datos arqueológicos así como de los estudios literarios contemporáneos supera con mucho los objetivos de este volumen. Además de los trabajos de Dever y Finkelstein, véanse Coote (1990); Lemche (1995). Desgraciadamente el debate se ha convertido en ocasiones en algo personal. Véase el ataque de Thompson a Dever en Fritz y Davies (1996, pp. 26-43); y cf. los comentarios de Dever en Dever (1995c, p. 212 y n. 15; que debería ser n. 14).

16. Cf. Dever: «La inevitable conclusión ... es que el asentamiento israelita en Canaán se incluye dentro del largo proceso de transición entre el Bronce Tardío y la Edad del Hierro. Fue un proceso gradual, extremadamente complejo, que supuso un cambio social, económico y político, así como religioso, con muchas variaciones regionales» (1990a, p. 79; véanse también sus conclusiones en 1992c, p. 548).

8. *La Edad del Hierro II (1000-550 a.C.)* (pp. 133-169)

1. Dice Barkay: «El término "arqueología bíblica"... es el más apropiado cuando lo circunscribimos a la Edad del Hierro II-III» (1992, p. 302).

2. Entre sus ejemplos incluye a W. Dever, quien parece haberse vuelto más prudente. Véase Dever (1995c).

3. El sarcasmo de Holladay de que los «puristas» podrían sustituir «proto rey rojo bruñido número I (y quizá II o III)» por David y «rey rojo bruñido» por Salomón (1995, p. 368) carece de interés. El hecho es que, sobre la base de los materiales arqueológicos, incluida la cerámica, es imposible afirmar la existencia de una monarquía unida hebrea en Palestina durante el siglo x a.C. Al tiempo que cuestiona la validez histórica de la Biblia, Holladay, y muchos otros, parece creer a pies juntillas la credibilidad histórica de otras fuentes escritas, tales como la lista de Shishak de los yacimientos palestinos supuestamente destruidos. Véanse asimismo los comentarios, más prudentes, de J. Wilson, en *ANET*, pp. 263-264; véanse también las pp. 242-243, así como los comentarios de Barkay (1992, pp. 306-307).

4. Cf. A. Mazar: «La Biblia es la única fuente escrita sobre la Monarquía Unida y es por tanto la base de cualquier presentación histórica del periodo» (1990, p. 369). Cf. Dever (1995a, y la bibliografía que allí se incluye). Véanse también las interesantes observaciones de D. N. Freedman (1985).

5. Para un resumen de gran utilidad sobre estos temas, véase Herr (1997b, pp. 116-118); para un esquema alternativo, véase Barkay (1992); para la consulta de un trabajo arqueológico reciente sobre el Hierro II, véanse Barkay (1992); Herr (1997b); A. Mazar (1990, pp. 368-530). Para estudios especializados sobre el periodo, véanse Dever (1995d); Holladay, Jr. (1995).

6. Para un estudio detallado de la teoría de la formación del estado, véase Frick (1985); para un resumen de las historias arqueológicas de los estados mencionados, véase Herr (1997b), *inter alia*; para la arqueología de Moab, véase *BA*, 60(4) (diciembre de 1997). Sobre los ammonitas, véase Herr (1993); sobre Ammón, Moab y Edom, véase La Bianca y Younker (1995).

7. Sobre las excavaciones de estos y otros yacimientos mencionados en el presente capítulo, véanse los artículos pertinentes de *NEAEHL* y *OEANE*.

8. Los testimonios arqueológicos sobre «Saúl» son insignificantes. Para una discusión al respecto, véase A. Mazar (1990, pp. 371-374).

9. Las publicaciones sobre esta ciudad son numerosísimas. El lector deberá consultar los artículos de *NEAEHL* y *OEANE;* véanse también Geve (1994); Kenyon (1974).

10. ¡En 1984, Y. Shiloh me señaló una casa sobre la colina de Ofel de cuyo dueño tenía que conseguir el permiso para poder excavar en el suelo de la misma!

11. Véanse los artículos de Fritz (1987b) y C. Meyers (1992b), ambos incluyen repertorios bibliográficos.

12. El único objeto que podría provenir del Primer Templo es una pequeña granada inscrita fechada en el siglo VIII a.C. Véase Avigad (1994).

13. En los muros del templo de Karnak se conserva la lista de los lugares que Shishak afirmaba haber conquistado. Cf. Herr (1997b, p. 134).

14. Es imposible incluir aquí todos los datos arqueólogicos aportados por las memorias de excavación así como por otras publicaciones. El lector deberá, una vez más, remitirse a los artículos de *NEAEHL* y *OEANE*.

15. A. Biran llegó a la conclusión de que el yacimiento fue ocupado tras el ataque asirio. Este periodo de ocupación se ha denominado «Nivel I», y se ha fechado entre el final del siglo VIII y comienzos del siglo VI a.C. Sin embargo, durante esta época (Hierro IIc en esta publicación), Dan, aunque densamente ocupada, se encontraba bajo el control asirio. No nos ocuparemos de esto aquí.

16. Para un plano de esta puerta así como para una reconstrucción de la misma, véase Biran (1994, p. 236, 248).

17. La discusión sobre este destacado descubrimiento no hace más que aumentar. Los siguientes trabajos serán una buena guía para el lector: Biran y Naveh (1993); Dever (1995a); Halpern (1994); Schniedewind (1996); Shanks (1994). Se localizaron dos fragmentos de la misma estela en 1994.

18. La propuesta de Barkay de que esta estructura debería interpretarse como los restos de un palacio no ha recibido excesivo apoyo (Barkay, 1992, p. 312).

19. Aunque la hipótesis de la prensa de aceituna parece ser la opción más plausible (véase Stager y Wolff, 1981), es preciso decir que la parte superior de esta estructura está construida con piedras de forma irregular sin enyesar, lo que habría hecho que se perdiera mucho aceite. Además, y aunque supone un argumento *ex silentio*, no se ha encontrado asociado a esta instalación un solo hueso de aceituna.

20. Que yo sepa la mayoría de los investigadores no ha incorporado a los estudios sobre la Biblia hebrea lo que hoy se conoce como «religión popular» (Dever, 1994b). Véanse Albertz (1994) y Dever (1996). Este tema merece un tratamiento mucho más amplio del que nos es posible aquí.

21. El yacimiento fue reocupado en los periodos helenístico, romano y bizantino, pero la discusión sobre estos niveles excede nuestros propósitos.

22. Para un resumen de la historia de las excavaciones de este yacimiento, véanse los artículos de *NEAEHL* y *OEANE*.

23. Un *óstracon* es un fragmento de cerámica que contiene una inscripción. Véase Lemaire (1997).

24. Véanse algunos ejemplos en *ANET*, p. 321.

25. Para la discusión y la comparación de los marfiles de Samaria con otros marfiles conocidos del Oriente Próximo, véase Barnett (1982).

26. Sobre este festival véanse King (1988b, 1988c); Beach (1993). Todos estos trabajos incluyen referencias a investigaciones anteriores. A partir de las ediciones castellanas de la Biblia difícilmente podemos pensar en la existencia de un gran festival religioso. En Amós 6, 7, *marzeah* se suele traducir como «júbilo», mientras que en Jeremías 16, 5 se traduce como «duelo».

27. Herr (1997b) habla de 22 yacimientos principales para el periodo del Hierro IIb (p. 142), y de 42 para el Hierro IIc (p. 155). De los 22 yacimientos del Hierro IIb, 16 estuvieron ocupados también durante el Hierro IIc.

28. Para la consulta de artículos sobre todos estos yacimientos véanse *NEAEHL* y *OEANE*.

29. El comentario es de Barkat (1992, p. 349): «Hacia finales del siglo VIII la sociedad israelita en conjunto era una sociedad alfabetizada».

principales argumentos en su artículo de 1998); Yurco (1997). Las publicaciones sobre el Éxodo son tantas que incluso dudo en incluir un listado de referencias bibliográficas. Sin embargo, recomendaría a aquellos estudiantes que se acercan a esta cuestión por primera vez la lectura de dos recientes publicaciones: *The Rise of Ancient Israel* (1992), editado por H. Shanks; *Exodus: the Egiptian Evidence* (1997), editado por E. S. Frerichs y L. H. Lesko.

12. Según la tradición que se recoge en 1 Reyes 6, 1 y ss., el Éxodo habría tenido lugar a mediados del siglo XV a.C., una fecha que la mayoría de los estudiosos rechaza. Por mi parte, asumiré la fecha del siglo XIII a.C., opinión que muchos otros investigadores comparten. Sin embargo, son irrelevantes los argumentos sobre cualquier fecha si resulta que no existió un éxodo como el que cuenta la Biblia.

13. Las publicaciones sobre esta estela, especialmente sobre esa referencia a «Israel», son demasiadas como para hacer aquí un listado. El modo en que las publicaciones tratan la estela es sencillamente representativo de la forma en que el autor la interpreta.

14. Es sumamente interesante ver cómo algunos autores tratan de rescatar algún «hecho histórico» oculto tras la historia bíblica. Así, Malamat (1997, 1998), tras admitir que la referencia a Israel de la estela de Merneptah poco tiene que ver con la cuestión del Éxodo, cita otras fuentes egipcias para afirmar que debió de haber algún tipo de Éxodo de Israel hacia finales del siglo XIII a.C. Incluso sugirió que podrían haberse producido varios Éxodos a lo largo de varios siglos. Sus argumentos no son excesivamente convincentes, y finalmente ha tenido que admitir que «ninguna fuente egipcia prueba la historia del éxodo» (1997, p. 15).

7. *La Edad del Hierro I (c. 1200-1000 a.C.)* (pp. 107-132)

1. Las fechas de Kitchen se suelen calificar de «bajas». Para una cronología «alta» ampliamente aceptada por los especialistas, véase *CAH*, vol. II, 2B, p. 1.038. Cf. asimismo *NEAEHL*, vol. 4, p. 1.530, donde aparecen tanto la cronología alta como la baja.

2. Aunque han tomado parte en este debate muchos investigadores, me centraré en las aportaciones de dos de los más destacados: W. G. Dever, arqueólogo norteamericano dedicado al mundo de Siria-Palestina, y I. Finkelstein, arqueólogo israelí. Véanse Dever (1993b y 1995c, ambos con bibliografías); Finkelstein (1988, 1994 y 1996, también con referencias bibliográficas).

3. Lo corriente que esta suposición ha sido, y aún es, en el contexto de los estudios bíblico-arqueológicos queda ilustrado en el gran número de publicaciones al respecto que existen, y que no podemos citar aquí. El estudiante sólo deberá comenzar la lectura de las publicaciones más relevantes para darse cuenta. Junto a los trabajos mencionados en la nota 3, véase Finkelstein y Na'aman (1994).

4. Cf. la advertencia de Finkelstein y Na'aman de que cualquier término empleado para identificar a los «habitantes de la región montañosa durante la Edad del Hierro I será incorrecto» (1994, p. 17). Por mi parte utilizaré el término que Dever sugiriera de «protoisraelitas» (véase Dever, 1993b, y, en especial, 1995c). También Finkelstein empleó este término en su artículo de 1996. Es más, creo que el término puede estar justificado por el hecho de que es razonable asumir que estas poblaciones del Hierro I, independientemente de su lugar de procedencia, fueron los antecesores directos del pueblo que la Biblia llama «Israel».

5. Son muchas las publicaciones sobre el tema de los filisteos, demasiadas como para incluir aquí un listado de las mismas. Las que se indican a continuación servirán para orientar al estudiante sobre los principales aspectos de la cuestión. Además, tres de las cinco ciudades de la pentápolis filistea (Ashdod, Ashkelon y Tell Miqne-Ekron) han sido o están siendo, como en el caso de Ashkelon, excavadas. Gaza, identificada con Tell Harube, fue excavada en 1922, pero la escasez del material filisteo recuperado no ha permitido establecer la identificación de este yacimiento de un modo concluyente. Se desconoce por el momento la localización de Gath,

aunque se ha sugerido Tell es-Safi como posible enclave (T. Dothan, 1982, pp. 48, 50 y n. 133; véase Schniedewind, 1998). Se pueden encontrar artículos sobre estos yacimientos en las siguientes publicaciones: *EAEHL, NEAEHL* y *OEANE*. Para un tratamiento más en profundidad consúltense: R. D. Barnett (1975); A. Mazar (1990, pp. 300-334; 1992b, pp. 262-281); I. Singer (1994); L. Stager (1995). Dos conocidos artículos son los de A. Raban y R. R. Stieglitz (1991) y B. Wood (1991).

Sobre Ekron véanse T. Dothan (1990); Gitin y T. Dothan (1987); T. Dothan y Gitin (1990); Gitin (1990). Para un conocido resumen de la presencia palestina en Ashkelon, véase Stager (1991, 1993). Las escavaciones de Ashdod tuvieron lugar entre 1962 y 1972 con M. Dothan como director. Muchos de sus informes pueden encontrarse en la revista *'Atiqot*, publicada por el Departamento de Antigüedades del Estado de Israel. Para un buen resumen de los datos arqueológicos de este yacimiento, véase M. Dothan (1993).

6. La propuesta de Stager (1991, p. 14) de que los filisteos no eran otros que los griegos micénicos no ha recibido excesiva aceptación.

7. Hoy por hoy, todo el vocabulario filisteo que conocemos se limita a dos palabras: *seren* y *k/qo*ba, traducido habitualmente como «casco» (1 Samuel 17, 5 y 38); es interesante el hecho de que la mayoría de los usos del término *k/qoba* son tardíos: Isaías 59: 17; Jeremías 46, 4; Ezequiel 23, 24; 27, 10; 38, 5; 2 Crónicas 26, 14. Por supuesto, la palabra egipcia para referirse a este pueblo, *peleset*, puede ser también una palabra filistea.

8. Para una valoración crítica de los planteamientos de Albright, véase *Biblical Archaeologist*, 61, n.º 1 (marzo de 1992). Sobre el asentamiento «israelita» en Israel, véase Dever (1990a, capítulo 2).

9. Una de las razones que esgrime Finkelstein, esto es, que los camellos, necesarios para los nómadas del desierto, aún no se habían domesticado, ha sido rebatida por otros estudios. Véase en particular R. D. Barnett (1985).

10. Las publicaciones sobre este tema son muchas. Sólo mencionaré aquellas que considere las más destacadas y útiles para el estudiante. Un buen punto de partida sobre el estado de la cuestión en la década de los ochenta es la sección «II Session: Archaeology, History and the Bible – the Israelite Settlement in Canaan: a Case Study», *BAT* (1985). Para dos interpretaciones diferentes sobre estos nuevos testimonios y sus implicaciones a la hora de escribir la historia del antiguo Israel, véanse los siguientes trabajos de W. G. Dever e I. Finkelstein: Dever (1990a, 1990b, 1991b, 1992c, 1993b, 1995a, 1995c); I. Finkelstein (1988, 1994, 1995, 1996). Véase también el volumen editado por Finkelstein y Na'aman (1994). Como fuentes secundarias véanse Coote (1990); Shanks (1992); Lemche (1985); cf. Halpern (1983).

11. Ya en 1978, Ibrahim argumentó que no podía asignarse este tipo cerámico a ningún grupo «étnico» concreto. En su artículo se incluyen referencias a estudiosos anteriores (Albright, Aharoni, Amiran entre otros) los cuales interpretaron la jarra como «israelita». Véanse también Finkelstein (1996, p. 204); London (1989, pp. 43-45); Yellin y Gunneweg (1989).

12. Finkelstein apuesta por lo segundo (1996; Finkelstein y Na'aman, 1994), y acusa a Dever de lo primero. Dever ha ido, a mi juicio, demasiado lejos al valorar estas tecnologías de forma aislada (1992c, 1993b, 1995c) e incluirlas en el debate más amplio del cambio cultural y los «correlatos materiales».

13. El debate actual entre Dever y Finkelstein sobre el significado de los datos arqueológicos nos sirve para advertir que todos estos temas son de una gran complejidad y que es posible más de una interpretación. Este «desacuerdo» también incluye a la cerámica, significativa únicamente para los especialistas. Simplemente comentaré que Dever aboga por la continuidad entre las formas cerámicas de la Edad del Bronce Tardío en Canaán y las de las aldeas de la región montañosa central (1993b, 27*, 30*; véanse especialmente las ilustraciones 3.1, 2; 1995c, pp. 201-207), mientras Finkelstein difiere al respecto.

14. Dever no mencionó la ausencia de huesos de cerdo entre los restos de fauna de la cul-

30. En los últimos años ha crecido la controversia sobre la fecha de esta inscripción, hoy en el museo de Estambul. Rogerson y Davies la sitúan en el siglo II a.C. (1996). Esta datación ha sido rechazada por otros especialistas en epigrafía (Hendel, 1996; Hackett *et al.*, 1997) y en historia y arqueología (Cahill, 1997). Para una traducción (en inglés) de esta inscripción véase Albright en *ANET* (1969, p. 321).

31. Junto a estos sellos de época de Ezequías, se ha publicado recientemente un sello que se supone del reinado de Ahaz (733-737 a.C.), el padre de aquél. Véase Deutsch (1998).

32. Estas prácticas funerarias tienen un significado económico, social, artístico y religioso. Para una descripción de los enterramientos en cuevas en Jerusalén véanse Barkay y Kloner (1986); Barkay (1994); Barkay *et al.* (1994); Kloner y Davis (1994); Reich (1994); Herr (1997b, pp. 161-162). Para una exposición detallada de las prácticas funerarias en Judá, véase E. Bloch-Smith (1992).

33. El término «bula» deriva del latino *bulla, -ae* y se refiere a la impresión de un sello sobre un trozo de arcilla utilizada para sellar documentos. A menudo contiene el nombre de la persona a quien pertenecía el sello (véase Shiloh, 1985).

34. Shiloh sólo se refiere al nombre de «Gemaryahu» (1989, p. 104). Sobre «Azaryahu» véanse Schneider (1994) y Shoham (1994).

35. El texto bíblico más antiguo que se ha descubierto es la bendición que aparece en Números 6, 24-26, hallado en Jerusalén (Ketef Hinnom) sobre dos pequeños amuletos de plata fechados a finales del siglo VII o principios del VI a.C. (Barkay, 1994).

36. Un buen punto de partida para comenzar el estudio de este complejo y controvertido tema es la publicación de Friedman (1987).